



*Enseñame
el
camino*

A. L. JACKSON

Phoebe

A. L. JACKSON

*Enseñame
el
camino*

Traducción de María José Losada



Phoebe

Título original: *Show me the way*

Primera edición: mayo de 2019

Copyright © 2017 by A. L. Jackson

© de la traducción: María José Losada Rey, 2019

© de esta edición: 2019, ediciones Pàmies, S. L.

C/ Mesena, 18

28033 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-17683-36-8

BIC: FRD

Ilustración y diseño de cubierta: CalderónSTUDIO

Fotografía: Pedrag Popovski/Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del

Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

EPÍLOGO 1

EPÍLOGO 2

CONTENIDO EXTRA

PRÓLOGO

ALABAMA

HACE ONCE AÑOS...

La lluvia caía con furia, y fuertes ráfagas de aire aullaban entre los árboles, que se agitaban en la noche sombría. Corrí llena de agonía, segura de que mi corazón latía tan fuerte como los truenos que retumbaban en el cielo. Me quedé sin aliento cuando me resbalé en el suelo fangoso y caí hacia delante, aterrizando de golpe sobre las manos y las rodillas. Grité sin saber qué me dolía más, si la mente, el corazón o la carne desgarrada.

«¿Por qué me han hecho esto?».

Lloré con la cabeza inclinada y la mirada clavada en el suelo, abrumada por el dolor, por la traición... Pronto me levanté de nuevo, intentando ser fuerte. Me tambaleé hacia casa, que era una luz cálida justo al lado de la carretera. Me agarré a la barandilla de madera para impulsarme hacia arriba. Cuando abrí la puerta y entré, me detuve en seco. Miré a mi alrededor gimiendo. La sensación de pérdida era tan intensa como la tormenta que rugía fuera.

«¿Por qué me han hecho esto? ¿Por qué han sido tan crueles?».

Tuve que obligarme, pero me moví, pues sabía que no podía quedarme allí. Debía marcharme. Alejarme. Contuve los sollozos mientras me aferraba al pasamanos y subía, directa a mi habitación. Me dejé caer de rodillas en el suelo, aunque las tenía manchadas de barro y sangre, y saqué la maleta de debajo de la cama. Después me puse en pie y fui al armario.

Arranqué la ropa de las perchas con los ojos nublados por las lágrimas y lancé las prendas a la maleta. Mis movimientos se hicieron más frenéticos con cada minuto que pasaba. El impulso de escapar se había vuelto todavía más intenso cuando fui al tocador. Angustiada, arranqué los cajones de los rieles y los volqué en la maleta.

Y durante todo el tiempo, luché para reprimir los sollozos que pugnaban por salir de mi garganta. Para acallarlos. Para fingir que no había ocurrido nada. Para decirme que no era necesario esto.

Tiré de la cremallera con los dedos temblorosos.

—Rynna, ¿qué te pasa? —La voz, somnolienta y llena de preocupación, me llegó desde detrás de mi espalda. Aquella preocupación fue como un latigazo.

Cerré los ojos y supe que las palabras me saldrían temblorosas.

—Lo siento, abuela, tengo que marcharme.

Oí cómo el suelo crujía bajo los pasos de mi abuela. Contuvo el aliento cuando me vio, sorprendida por mi aspecto maltrecho.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué te ha pasado? —Le tembló la voz—. ¿Quién te ha hecho daño? Dímelo, Rynna. ¿Quién? No pienso tolerarlo.

Negué con la cabeza de forma enérgica mientras pensaba una mentira.

—Nadie. Es que... No puedo quedarme en este estúpido pueblo ni un segundo más. Voy a buscar a mamá.

Odié la mueca de agonía que apareció en la cara de mi abuela cuando mencioné a mi madre.

—¿Qué quieres decir?

—Que me voy.

Alargó la mano curtida para agarrarme el antebrazo.

—Pero... la graduación es el mes que viene. Tienes que pronunciar el discurso. Subir al escenario con tu toga y tu birrete. Jamás había visto a alguien tan entusiasmado con algo en toda mi vida. ¿De verdad vas a marcharte? Eras feliz como una perdiz, y ahora vas a huir asustada.

Las lágrimas me caían por las mejillas sucias, y me obligué a mirar a la mujer que lo significaba todo para mí.

—Abuela, solo puedo confiar en ti. Por eso tengo que marcharme. Dejemos así las cosas.

—Rynna, no permitiré que te vayas sin más —aseguró con una expresión de angustia en su rostro lleno de arrugas.

Alargó la mano y me secó la lágrima que se me escapaba del ojo. Inclino la cabeza a un lado, y la misma sonrisa tierna, con la que me había mirado por lo menos un millón de veces, se le insinuó en la comisura de los labios.

—Nunca lo olvides: «Si no te estás riendo, estás llorando». ¿Qué es lo que prefieres? —Hizo una pausa, pero no pude obligarme a responder—. Sécate las lágrimas y averigüémoslo, como hacemos siempre.

La tristeza creció hasta ser un propio ente en la diminuta habitación. Una pérdida. Un lamento. Un eco de cada aliento que mi abuela me había susurrado al oído.

—Abuela, no puedo quedarme. Por favor, no me pidas que lo haga.

Al oír mi súplica, mi abuela hizo una mueca. Me eché con rapidez hacia delante para besarla en la mejilla, inhalando el omnipresente aroma a vainilla y azúcar

que quería grabarme en la memoria. Luego puse la maleta en la cama y fui hacia la puerta. Mi abuela se acercó y me rozó el brazo con la punta de los dedos.

—Rynna, no te vayas —suplicó—. Por favor, no me dejes así. No hay nada tan malo como para que no lo entienda. Podremos arreglar lo que sea.

No me detuve. No respondí.

Hui.

Y no miré atrás.

1

RYNNA

Las sombras caían sobre el parabrisas, intercaladas con los cegadores rayos de sol que ardían en el cielo cada vez que mi coche pasaba bajo el denso dosel de árboles que jalonaba la sinuosa carretera de dos carriles. Cuanto más cerca estaba, más fuerte me latía el corazón dentro de los confines del pecho, y más ronca era mi respiración. Agarré con fuerza el volante y miré el gastado cartel que había junto al arcén.

«Bienvenido a Gingham Lakes, Alabama, donde la hierba es más verde y la gente, más dulce».

La ansiedad se apoderó de mí.

Habían pasado once años y lo que parecía toda una vida desde que abandoné ese pequeño pueblo que no podía llegar a considerarse una población importante. Me había prometido a mí misma que jamás regresaría.

Pero ahí estaba.

Deseaba haber roto antes esa promesa; no en ese momento, cuando ya era demasiado tarde.

—Tierra llamando a Ryn.

Pegué un respingo cuando la voz resonó por los altavoces. Estaba ensimismada en mis pensamientos, y me parecía apropiado. Me había cuestionado mi cordura desde que había firmado en la línea punteada.

—¿Estás ahí o ya te he perdido en el Sur profundo? —preguntó Macy. Casi la veía arqueando una de sus cejas oscuras sin quitarme el ojo de encima—. Estás realmente dispuesta a romper mi frágil corazón, ¿verdad? —continuó—. Me has dejado sola a mi suerte. No tengo a nadie con quien salir los viernes por la noche ni que me haga los milagrosos desayunos reconstituyentes los sábados por la mañana. Esto es una mierda. No te atrevas a destrozarme todavía más fingiendo que ni siquiera existo. Somos amigas para siempre, ¿recuerdas? No lo olvides nunca, o apareceré en tus sueños con el único propósito de darte una patada en tu flaco culo. Ah, y quiero recuperar los vaqueros negros. ¡Sé que me los has mangado! Llevo dos días buscándolos. Apuesto lo que sea a que los has

escondido en el fondo de una de tus cajas.

—Ni se me ocurriría tal cosa —logré decir a pesar del nudo que tenía en la garganta—. Tus vaqueros deben de estar debajo de tu cama, en ese desastre que llamas habitación. Eres peor que un niño de doce años.

Aunque estaba haciendo todo lo posible para insuflar ánimo a mi voz, no había forma de disimular mi pesar cuando doblé la curva y el pueblo apareció en el valle de abajo.

Gingham Lakes.

«¡Dios, es precioso!».

El valle era una amplia extensión verde, salpicada con abundantes y florecientes árboles. El enorme lago escondido en la base de la cordillera de montañas parecía un brillante espejismo en la lejanía y el río fluía sereno y tranquilo por el medio del pueblo, dividiéndolo en dos mitades.

En ese lugar residían mis mejores y mis peores recuerdos.

Solo una persona podría haberme convencido para que volviera: mi abuela.

Y lo había hecho de la forma más astuta posible.

—¡No me digas que ahora, que has atravesado todo el país para llegar ahí, estás llena de dudas! Pues te jodes, por no haberme permitido ir contigo. Actuaste como si yo fuera a ser una molestia en lugar de una ayuda. Y hubiera podido echarte una mano. Estoy segura de que soy el mejor apoyo de la historia de los apoyos.

—Y lo dice la chica que pensó que dejar caer una caja llena de vasos por un tramo de escaleras era mejor que arrastrarla.

Macy se rio por lo bajo.

—No te pongas celosa. La creatividad está muy presente en mi lista de habilidades.

—Te estarás refiriendo a crear desastres, ¿no?

Fingió un jadeo.

—Me ofendes. Incluso he hecho pizza sin prender fuego al apartamento.

—¿¡No!?! —dije.

—En serio.

Solté una risa a pesar de la opresión que sentía en el pecho.

—Mace, te voy a echar de menos.

En ese momento, San Francisco estaba a un millón de kilómetros. En otra galaxia. Me dirigía a una realidad completamente diferente.

Cayó sobre mí un sombrío silencio.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —preguntó bajando el tono—. Has dejado atrás una ciudad que adoras y un apartamento increíble en el centro. Has renunciado a un trabajo por el que cualquiera mataría. ¡Demonios!, estabas a punto de formar parte de la cúpula directiva. Y lo peor de todo, ¡me has abandonado!

El corazón se me encogió mientras luchaba contra el impulso de dar la vuelta para regresar a San Francisco. Ya no era la chica rota que se había marchado de Gingham Lakes hacía once años. Era fuerte, y no estaba huyendo de nada.

—Sabes por qué tengo que hacerlo.

—Lo sé. Y también soy consciente de lo difícil que te resulta.

El dolor era casi físico, pero también era el complemento perfecto para la determinación que me impulsaba, firme como el acero.

—Lo es, pero necesito hacer esto por ella casi tanto como por mí.

—Esta ciudad no será lo mismo sin ti, Ryn. —Solo había visto llorar a Macy una vez en todos los años que había vivido con ella. Sabía que trataba de contenerse. Aun así, sus suaves sonidos se filtraron por la línea, conmoviéndome a pesar de los kilómetros que nos separaban.

Apreté la mano contra la boca para intentar mantener a raya el revoltijo de emociones que me hacían estremecer.

—Vas a venir a visitarme.

Soltó una carcajada acuosa.

—¡Ni hablar! Ahí abajo hay caimanes. Si uno de ellos echara un vistazo a mi exuberante, curvilínea y deliciosa carne, invitaría a todos los demás a darse un festín.

Quise decirle que yo también estaba muy exuberante cuando me marché de este lugar. Que los caimanes eran la menor de sus preocupaciones. Pero me callé y mantuve a raya todas esas viejas inseguridades. Debían seguir enterradas en el pasado, donde pertenecían.

—¿Y no vale la pena correr el riesgo por mí? —respondí.

Soltó un sollozo, y hubiera jurado que casi podía ver su sonrisa.

—Sí, Ryn, por ti valdría la pena.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta mientras bajaba la velocidad para tomar otra curva cerrada. No pude dejar de preguntarme cómo iba a enfrentarme a lo que me esperaba.

—Por supuesto. Estoy entrando en el pueblo.

—Buena suerte, nena. Lo conseguirás. Quiero que sepas que estoy orgullosa de

ti, aunque voy a echarte mucho de menos.

—Gracias, Mace —dije.

Definitivamente iba a necesitarla.

2

REX

Puse los ojos en blanco al detenerme bruscamente ante su puerta.

—¿Estás segura de que es eso lo que quieres ponerte? —Me pasé la mano por el pelo, notando la humedad de los mechones, y me obligué a mantener el pánico a buen recaudo. Sinceramente, no sabía si quería reírme o dejarme caer al suelo y llorar.

Así era mi vida.

Ya llegábamos diez minutos tarde, y allí estaba ella, en su habitación, con un tutú rosa por encima del bañador.

—¡Claro! Debemos ir guapas para bailar. Annie nos ha dicho que los mejores bailarines usan calcetines, y que su madre se los ha comprado de todos los colores. Como un arcoíris —divagó mientras se ponía las Converse negras que me había convencido que le comprara en el centro comercial el fin de semana pasado encima de unos viejos calcetines muy altos que debía de haber encontrado en uno de mis cajones, unos con dos rayas azules en el puño que tendría que haber quemado hacía años—. Así que te los he cogido... —Se balanceó sobre los talones mientras se inclinaba para admirar su obra.

De repente, me miró con esa sonrisa que formaba un cráter en la piedra que rodeaba mi corazón. Le faltaba un diente de los de abajo, y se había intentado hacer un moño que parecía que había atravesado una tormenta, pero, aun así, era la imagen más bonita que había visto en mi vida.

—Soy la mejor bailarina, ¿verdad, papá?

—Eres la mejor bailarina del mundo, garbancito, y la más guapa.

Aunque apostaba algo a que esa fría zorra que era la señora Jezlyn no iba a estar de acuerdo. Ya había recibido una puta nota sobre cuál era la «vestimenta apropiada para ballet» que incluía estrictamente unos leotardos negros con medias de color salmón —fuera el que fuera— sin carreras. Al parecer, Frankie no cumplía esos estándares.

Pero ese era el resultado de haber recogido tarde a mi hija en casa de mi madre y, al volver a casa, decirle que se preparara ella sola mientras me daba una ducha rápida. Había estado trabajando todo el día, por lo que había llegado empapado

en sudor, lleno de grasa y mugre, y quería dar la mejor imagen posible. El problema era que estaba empezando a darme cuenta de que mi mejor imagen podría no ser suficiente.

Apreté las palmas de las manos en una especie de ruego, pero luego las separé con un suspiro, resignado.

—Entonces, de acuerdo. Tenemos que irnos antes de que te metas en más problemas.

Frankie dio un salto con las manos en el aire y aterrizó sobre los pies.

—¡Lista!

Me reí por lo bajo mientras cogía su mochila de ballet del banco rosa que había en su habitación. Me la colgué al hombro y le tendí la mano.

—Vamos, mi pequeña bailarina.

Se acercó a mí riéndose y puso su mano diminuta y vulnerable en la mía, que resultaba enorme por el contraste. Cuando salimos por la puerta, ella iba dando saltitos a mi lado mientras recorríamos el pasillo.

Llena de inocencia.

Su alegría me iluminaba por dentro. Estaba seguro de que toda su ternura tenía el poder de hacer retroceder la ennegrecida amargura que se acumulaba alrededor de mi corazón; pues cuando mi niña estaba cerca, no me pesaba en el pecho.

El día que nació, me había hecho un juramento: jamás permitiría que este mundo cruel la destrozara. Me negaba a dejar que la manchara como a mí.

Y había dedicado mi vida a protegerla.

Cuando cogí las llaves del buró que había en la entrada, escuché el sonido de una puerta cerrándose de golpe en algún lugar cercano. Fruncí el ceño mientras me echaba hacia atrás para echar un vistazo al otro lado de la calle por la ventana. Había un viejo *jeep* Grand Cherokee de color blanco aparcado en el camino de entrada a la casa de la señora Dayne.

Supuse que por fin habían puesto el lugar en venta. La señora Dayne había vivido allí toda su vida, desde mucho antes de que nos mudáramos enfrente, hacía ya cinco años, pero la casa llevaba dos meses vacía.

Se me encogió el corazón como resultado de una pena que, realmente, no podía permitirme sentir. La mujer había sido tan amable con Frankie que me había resultado imposible mantenerme frío con ella. ¡Joder!, se había pasado el tiempo irrumpiendo en nuestra vida como si se supusiera que era su misión, trayéndonos constantemente la cena o los deliciosos pasteles que ofrecía en el

diner que tenía en el centro del pueblo.

Frankie salió corriendo por la puerta y fue hacia la terraza que tenía nuestra casa a un lado. Todas las casas del barrio eran iguales. Se elevaban sobre el terreno, pero la puerta principal, en lugar de estar delante, se hallaba a un lado. Cada edificación tenía una terraza que se extendía por la fachada lateral de la casa, desde la que se podían ver la calle y las casas de los vecinos. Los escalones del porche formaban un ángulo en esa dirección, pues conducían a los caminos de entrada que llegaban hasta la parte de atrás de las casas.

Seguramente la imagen general sería muy extraña si no fuera por los grandes y frondosos árboles, que delimitaban cada manzana. Hacían que cada una de las casas fuera acogedora y se mantuviera aislada. Justo como a mí me gustaba. Esa había sido una de las principales razones por las que me había decidido por este lugar cuando estaba buscando una casa que renovar.

Frankie me soltó la mano y señaló al otro lado de la calle.

—¡Mira, papá! ¡Hay alguien en casa de la señora Dayne!

Al salir detrás de ella, cerré la puerta antes de intentar domar algunos mechones que se le habían soltado del moño y que ahora volaban alrededor de su cara con la cálida brisa. La besé en la frente.

—Es probable que sea un agente inmobiliario para ponerla en venta, Frankie Leigh. ¿Recuerdas que te conté algo al respecto?

Inclinó la cabeza hacia atrás y me miró con una expresión de confusión y esperanza en sus ojos castaños.

—¿Se ha ido al cielo?

—Sí —murmuré en voz baja.

La puerta mosquitera de la casa de la señora Dayne se cerró de golpe, lo que hizo que levantara la cabeza. Me encontré con una mujer que cruzaba la pequeña terraza y bajaba los escalones hacia el todoterreno.

«¡Joder!».

Quizá solo había sido por la sorpresa, pero al mirarla, me había quedado sin aire en los pulmones. Podría decirse que no estaba preparado para encontrarme con una mujer con ese aspecto. Supongo que esperaba a alguien distinto. Más mayor. Pero allí estaba esa chica, desaliñada de una forma que resultaba sexy y casual. Tenía recogida en lo alto de la cabeza una espesa melena más salvaje todavía que la de Frankie, y algunos rizos sueltos le caían sobre los hombros. Llevaba un top blanco muy ceñido que se perdía por debajo de los vaqueros de cintura alta.

Aquellos pantalones habrían debido hacer que su aspecto resultara desarreglado, pero en cambio solo consiguieron que un ramalazo de lujuria recorriera mis venas hasta mi polla. Era el tipo de mujer que podía conseguir que un hombre hecho y derecho se cayera de culo.

Impresionante.

Preciosa.

Demasiado sexy para su propio bien.

O quizá para el mío.

Podría considerarla una complicación de la que quería abstenerme durante mucho tiempo, pero si de algo estaba seguro era de que ninguna mujer me había provocado una reacción así después de haberle echado solo un vistazo.

Vi cómo se pasaba el brazo por la frente perlada de sudor mientras iba hacia el maletero del todoterreno, abarrotado con cajas de cartón. No me habría importado nada que hubiera estado retirando las cosas de la casa, pero tuve el horrible presentimiento de que, por el contrario, estaba metiendo sus pertenencias en el interior.

«Por favor, que esta chica no se esté mudando a la casa de al lado».

Apreté los dientes y cogí a Frankie de la mano; necesitaba irme de allí ya.

—Venga, Frankie Leigh, tenemos que marcharnos o llegarás tarde.

Pero Frankie ya avanzaba, saltando por las escaleras y la pasarela mientras agitaba la mano en el aire. La niña solo hacía que los brillantes rayos de sol parecieran todavía más intensos.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! Soy Frankie. ¿Quién eres tú? —gritó al otro lado de la calle.

Sorprendida, la mujer clavó la vista en nuestra dirección, y sus pasos se hicieron más lentos al ver a mi hija. Una sonrisa de diversión curvó sus labios rosados cuando observó el ridículo atuendo que había elegido Frankie. Pareció vacilar unos segundos, mirando a su alrededor como si estuviera buscando algo antes de cambiar de idea y acercarse a nosotros.

—Hola, Frankie, soy Corinne Dayne, pero todos me llaman Rynna.

«Rynna Dayne».

«¿Qué demonios...?».

Casi podía sentir la desconcertada emoción de mi hija mientras yo estaba allí, maldiciendo para mis adentros con todas mis fuerzas.

—¿Tú también te llamas Corinne? Así se llamaba la señora Dayne. Trabajaba en el *diner*, Pepper's Pies, y hacía todas las tartas. Mi padre se las comía todas,

todas, hasta la última miga. A veces teníamos que ir a comer allí, pero casi siempre lo hacíamos en casa. Ahora está en el cielo.

Un rayo de tristeza atravesó la expresión de la joven, y, ¡joder!, hasta yo mismo sentí su pena. Aun así, su sonrisa se hizo más grande.

—Hacía las mejores tartas del mundo, ¿verdad?

La emoción de Frankie se hizo más intensa.

—¡Sí! ¿Tú también conocías a la señora Dayne?

Rynna empezó a cruzar la calle, con aquella peculiar melena castaña, los ojos color verde jade y un cuerpo hecho para tentar. Aquella certeza hizo que me bajara un rayo acerado por la columna, y di un paso atrás, tensando la mandíbula al tiempo que cogía la mano de mi hija en un gesto protector.

Porque eso eran todas las mujeres.

Una tentación.

Un problema.

La jodida fruta prohibida.

Al final solo servían para condenarte. Así que me mantenía alejado. Guardaba las distancias. Si no me acercaba al fuego, no me quemaría.

Ella se agachó delante de mi hija y le tendió la mano.

—Es un placer conocerte, Frankie. Parece que eras amiga de mi abuela.

Pues sí.

Ya lo sabía.

Eso no impidió que me estremeciera.

A Frankie la brillaron los ojos como estrellas cuando le estrechó la mano con entusiasmo. Por la cara que ponía, era como si estuviera conociendo a Taylor Swift.

—Me decía que yo era su mejor amiga y, a veces, incluso me dejaba ir a su casa a hacer pasteles.

—¿En serio? —preguntó Rynna en tono divertido.

—Sí.

Rynna se inclinó hacia delante, haciendo que me envolviera su aroma a dulce.

—¿Te cuento un secreto? —susurró.

Frankie dio saltitos en el sitio.

—¡Oh, sí! ¡Sí, por favor! ¡Me encantan los secretos! Y no se lo contaré a nadie...

Una suave sonrisa flotó en la boca de Rynna, unos labios que cada vez me resultaban más difíciles de mirar de tan exuberantes, rosados y hechos para besar

que parecían.

—Bueno, pues esto es un secreto, pero espero que se lo cuentes a todo el mundo, porque, ¿sabes qué?: tengo las recetas de algunas de las tartas que hacía mi abuela.

Frankie la miró boquiabierto, y, para mi estupefacción, me gruñó el estómago.

—¿Me los harás? —preguntó mi hija, emocionada.

—Sin duda —dijo Rynna, que aprovechó ese momento para mirarme con una sonrisa en su precioso rostro, donde lo único afilado era el ángulo de su mandíbula.

Y aquel dulce aroma estaba de vuelta. Flotaba en la brisa. La envolvía como el calor. Tarta de cereza recién hecha.

Apreté los dientes, y la sonrisa desapareció de sus labios cuando vio lo que debía haber sido una expresión de irritación en mi cara. De hecho, hubiera jurado que contuvo el aliento cuando nuestros ojos se encontraron. Noté que tragaba saliva mientras se enderezaba y daba un paso atrás. Aun así, se mantuvo firme.

Esa joven poseía un matiz inquebrantable. Como si tuviera algo que demostrar. No supe muy bien si a mí o a ella misma.

—Hola. Soy Rynna Dayne. Me llamaron así por mi abuela —logró decir, aunque las palabras sonaron secas mientras me tendía su mano como había hecho antes con mi hija.

Me quedé mirando sus dedos como si pudieran inocularme veneno como una mordedura de víbora. Por fin, levanté la barbilla hacia ella y me obligué a ser lo más amable posible, que no era mucho.

—Rex Gunner. Lamento lo de tu abuela. Y vamos a llegar tarde..., así que, si nos disculpas... —Tiré de la mano de Frankie—. Venga, Frankie Leigh, tenemos que irnos o llegarás tarde a bailar.

Frankie trotó a mi lado, mirando a Rynna por encima del hombro con lo que yo sabía que tenía que ser una de sus adorables sonrisas.

—¡Menudo idiota! —oí que mascullaba Rynna a mi espalda cuando yo daba la vuelta para llevar a mi hija al lado del copiloto de la *pickup*.

Sentí un atisbo de amargura.

Sí.

Era un idiota.

Un gilipollas.

Lo que fuera.

Pero era mejor quemar los puentes para que nadie tuviera la oportunidad de cruzarlos.

Moví la cabeza para alejar aquellos pensamientos y subí a Frankie a la cabina, haciendo que chillara al fingir que estaba volando. Le aseguré el cinturón y rodeé el vehículo para sentarme detrás del volante. Me pregunté si era posible que el rugido del motor me hiciera olvidar el dolor que parecía pesar sobre los hombros de Rynna mientras salía a la calle.

Me pregunté por qué me sentía una mierda al mirarla por el espejo retrovisor. Sencillamente se quedó allí, perfilada contra la luz del crepúsculo como si fuera producto de un sueño. Observando con expresión de decepción cómo nos alejábamos.

Entablar amistad con una dulce anciana era una cosa. Permitir que una joven como Rynna Dayne entrara en nuestras vidas —una chica que hacía que mi cuerpo reaccionara de la manera en que lo había hecho— era una auténtica estupidez.

3

RYNNA

«¿Por qué estoy haciendo esto?».

La ansiedad erizó todas mis terminaciones nerviosas mientras esperaba a que se encendiera el portátil. Lo cierto era que no lo sabía. Me conecté a Internet e inicié sesión en Facebook. Me sentía como siempre que me sentaba allí detrás, con el icono girando en la pantalla, como si se iluminara una ventana al pasado. Casi podía percibir cómo alargaba los dedos para tocarme. Para molestarme con el control que había tenido sobre mí durante tanto tiempo.

Demasiado.

Escribí el nombre en la barra de búsqueda con dedos temblorosos. Era algo que había intentado al menos veinte veces antes de emprender el viaje de vuelta a casa, pero nunca había conseguido presionar la tecla *enter*.

Hoy lo hice.

Ella aparecía en la tercera hilera. En una imagen granulada, apenas distinguible. Pero sabía que era ella.

«Misuri».

Vivía en Misuri.

Cerré el portátil. Eso era lo único que quería saber.

Mientras no estuviera allí, no me importaría seguir en el pueblo.

—Dime que me echas muchísimo de menos.

Volví descalza a la cocina mientras me reía por lo bajo. Sostuve el móvil entre la oreja y el hombro para poder desempaquetar los pocos artículos que había traído conmigo. No lo había necesitado, dado que mi abuela me había dejado todos los suyos.

—Muchísimo —le dije a Macy, dejando salir un tono de broma mientras me ponía de puntillas para colocar mi taza favorita de Navidad en una de las alacenas de arriba.

—Mmm... Pues es raro, porque yo ni siquiera me he dado cuenta de que te has marchado —repuso sin modulación en la voz.

—Me lo dice la chica que me ha llamado hoy diez veces —ironicé.

Soltó una risita.

—Vale, vale, es posible que te añore un poco. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro antes de seguir—. Es que creo que el apartamento está embrujado.

—¿Que el apartamento está embrujado? ¿Ha ocurrido algo que no me has contado en los tres últimos días? —No pude reprimir el escepticismo.

—Ya sabes cómo funcionan estas cosas. Una fantasma me ha estado acechando y, en cuanto percibió tu ausencia, apareció para ocupar tu lugar.

—Sabes que estás siendo ridícula, ¿verdad?

—Precisamente esa es una de las razones por las que me adoras.

Era cierto. ¿Cómo iba a vivir sin verla todos los días?

—Venga, sé sincera, Ryn. ¿Qué tal ahí sola? ¿No te resulta raro vivir sola en una casa vieja? Aquí todo es muy extraño sin ti.

Me dediqué a mirar mi anticuado entorno: el suelo de linóleo, los armarios de principios de los 80, las encimeras de formica beis, que resultaban lúgubres después de haberse desteñido hasta adquirir un tono amarillo desvaído. La decoración consistía principalmente en las baratijas que mi abuela había coleccionado a lo largo de los años, y, en la pequeña mesa redonda, seguían estando los salvamanteles de flores que recordaba de mi infancia.

Era como si llevaran esperándome todo este tiempo. No había cambiado casi nada desde que me fui, hacía once años.

La casa necesitaba reformas. Pero eso sería cuando —o más bien si— hubiera ahorrado el dinero para ello. Sinceramente, todavía no sabía cómo iba a poder mantener todos estos hilos deshilachados, si podría quedarme aquí y hacerme cargo del control donde lo había dejado mi abuela. Si tenía lo que se necesitaba para revivir todo lo que ella había construido.

Pero cuando respiraba hondo, casi podía oler el persistente aroma a azúcar dorado al horno. Cuando me concentraba lo suficiente, casi podía saborear las cerezas agrias y la corteza dulce que se me derretía en la lengua. Cuando escuchaba atentamente, estaba segura de estar oyendo su voz resonando en las paredes.

—¿Sinceramente?

—Sí —repuso Macy.

Una vieja calidez me rodeaba, mezclada, eso sí, con las reservas y el miedo que me han mantenido alejada durante tantos años.

—Me siento en casa. Como si nunca me hubiera marchado. Como si pudiera atravesar la puerta de la cocina y encontrarme a mi abuela aquí de pie, sacando

una fuente del horno con la cena. —Me tragué el nudo que me obstruía la garganta al notar la pérdida de su presencia—. Ojalá hubiera regresado antes. Antes de que fuera demasiado tarde...

Noté una opresión en el pecho al recordar la llamada telefónica que había recibido dos meses antes. Al otro lado de la línea había estado una asistente social para comunicarme que mi abuela había sufrido un infarto fulminante mientras conducía el coche, que aunque las emergencias habían llegado enseguida, no habían podido hacer nada. Había muerto antes de llegar al hospital.

—No puedes sentirte culpable, Ryn. —La voz de Macy destilaba sinceridad—. Incluso aunque no supiera la razón, creo que al menos entendió por qué te marchaste.

—Entonces, ¿por qué me parece una excusa patética?

—Es posible que no tuviera la suerte de conocer a tu abuela en persona, pero durante el tiempo que compartimos apartamento, no recuerdo un solo día en el que no hablaras de ella. Quizá las circunstancias eran una mierda, pero te aseguro que ella sabía lo que la querías. ¿Quieres saber por qué ahora te parece una excusa patética? Porque has avanzado. Porque no eres la misma. Ya no eres la misma chica tímida e insegura que respondió al anuncio que había puesto para encontrar una compañera hace once años. Has madurado, eres distinta. Tu abuela lo entendía porque era una mujer inteligente.

Solté el aire lentamente.

—Lo sé. Es que... Ojalá hubiera vuelto antes de que fuera demasiado tarde.

Ojalá me hubiera dicho que estaba enferma. Ojalá nos quedara tiempo. Pero imaginé que las mujeres Dayne éramos tercas a nuestra manera.

—Estoy segura de que tu abuela no lo veía así. Y esa es la razón de que estés ahí ahora.

Me tragué la emoción como pude.

—Gracias, Mace —dije con la voz entrecortada—. Necesitaba escuchar eso.

Chasqueó la lengua.

—Claro que sí. Y para eso estoy yo.

Oí un crujido en el otro extremo de la línea y supe que su estado de ánimo estaba dando un vuelco mientras se acomodaba en el lujoso sofá del salón. Casi la veía con un vaso de vino en la mano.

—Dime, ¿qué tal está siendo el regreso a Gingham Lakes hasta el momento? ¿Has visto a alguien conocido? —Su voz se hizo burlona—. Dime que has

descubierto que esa zorra se hundió en el lago y no volvió a asomar la nariz. O que se fue en una curva cerrada un día que conducía demasiado rápido. ¿Con qué te quedas?

Me reí por lo bajo.

—Mace, eres horrible.

—Bah... No me digas que no te lo has imaginado ya mil veces.

—Vale, vale, quizá me he imaginado su desaparición un par de veces.

Cada vez que cerraba los ojos durante los dos años siguientes a que ocurriera aquello me había preguntado qué habría pasado si hubiera podido retroceder en el tiempo para cambiar las cosas. ¿Qué tenía yo para que se ensañara conmigo de esa manera? ¿Se habría llegado a enterar de lo mucho que me había dolido lo que había planeado?

Los viejos recuerdos conseguían que se me revoliera el estómago. Los ecos de su malvada y depravada risa inundaron mis oídos mientras volví a ver su imagen, de pie delante de mí como si no le importara nada estar destruyendo mi mundo. Como si aplastarme solo hubiera sido un entretenimiento para ella.

—No. No la he visto. Se mudó a Misuri.

—¿Lo has buscado? —preguntó Macy sorprendida.

—Es que... tuve que hacerlo...

El silencio inundó el espacio.

—Lo entiendo —reconoció finalmente.

Me incliné hacia delante para sacar la cafetera de la caja y suspiré.

—Y para responder a tu pregunta, no. No he visto a nadie conocido. Mi abuela tenía razón: el pueblo ha crecido mucho desde que me fui. No está lleno de caras familiares como antes. Esta tarde me he detenido en el supermercado y no conocía a nadie.

—¿Eso es bueno o malo?

Suspiré.

—No lo sé... Un poco de cada, supongo. —Me encantaba conocer a todo el mundo. Ir al *diner*, ver a la gente y saber quién era cada uno. Me hacía sentir segura. Pero después de lo ocurrido, de los rumores... —Apreté los labios—. Es agradable estar en un lugar que adoro y poder hacer borrón y cuenta nueva. Es como si fuera una segunda oportunidad.

Ojalá siguiera siendo de esa manera.

—Bueno, ya que no has visto caras familiares, dime al menos que algunas te derriten. Sabes que estoy aquí ansiosa, esperando a que te roben el corazón.

Saber que tienes algún objetivo aliviaría un poco mi preocupación por ti.

Solté un bufido; Macy era incorregible.

—Oh, hay un bombón suelto..., pero no me va a robar el corazón.

En ese momento, escuché el ronco retumbar de un potente motor que se acercaba cada vez más. Por supuesto... Mi abuela siempre me había dicho que lo único que necesitaba para que apareciera el diablo era hablar de él. En el encuentro que había tenido con él esa mañana, había habido algo que me había dejado inquieta. Aquel guapo desconocido tenía un no sé qué que me hacía sentir curiosidad e intranquilidad a la vez.

Había despertado mi interés.

Ese hombre era una paradoja.

Duro, quebradizo y frío.

Sin embargo, había sido supertierno con la niña, y ella le había aferrado la mano como si él fuera el centro de su universo.

No pude evitar acercarme a la ventana, aunque me quedé a un lado, fuera de la vista. Entonces, aparté el borde de la cortina para echar un vistazo. Los faros iluminaron la noche, y mi estúpido corazón latió más deprisa. La intriga hizo que el palpitar de mi pulso retumbara como un trueno. Era la misma atracción feroz que había sentido el día anterior cuando levanté la mirada y lo vi cerniéndose sobre mí, algo que me había hecho sentir un vuelco en el corazón. El nerviosismo que me había seguido hasta Gingham Lakes tomó una nueva forma.

Los faros se volvieron más brillantes e iluminaron el espacio entre nuestras casas antes de que la gigantesca *pickup* redujera la velocidad y girara hacia el camino de entrada al otro lado de la calle.

—Oh, oh, oh, cuéntame eso... Alguien suena compungida e... interesada.

—Ya sabes la suerte que tengo cuando se trata de hombres. —Siempre me fijaba en los que no me convenían—. No debería sorprenderte que mi vecino sea... muy guapo.

—¿«Muy guapo»? —repitió Macy con un chillido mientras yo miraba cómo Rex bajaba de la *pickup* para acercarse al asiento trasero. Un delicioso metro noventa iluminado por la luz de la luna.

—Como un dios griego, pero con un martillo en la mano.

Noté que Macy hacía ruido con los pies contra el suelo.

—¿Y eso es malo?

—Estoy segura de que él preferiría arrastrarme al lago y ahogarme en vez de permitir que viva enfrente de ellos.

—¿Ellos?

—También he conocido a su hija. Al menos a ella le ha hecho ilusión verme.

Reprimí la risa al recordar cómo había salido corriendo de su casa. Esa niña era un imán andante para los problemas con aquel tutú rosa y los horribles calcetines que debía de haberle robado a su padre. Era un paquete de vitalidad e inocencia.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Macy con falsa preocupación en tono burlón—. Dime que no te has colgado por el vecino casado. Eso estaría muy mal, Ryn.

En la noche clara, observé cómo Rex sacaba a Frankie, dormida, del asiento trasero y la acomodaba en sus brazos para que descansara la cabeza en su hombro. Luego le pasó la mano por la nuca y le dio un beso en la sien.

Aquella imagen era contradictoria con la hostilidad que me había mostrado antes, e hizo crecer la curiosidad que sentía por él. Noté que se me secaba la boca mientras lo miraba recorrer el camino de acceso hasta la casa.

Quizá lo que más me impactaba era que percibía algo triste en él. Una parte indefensa y asustada de su ser, que intentaba ocultar debajo de una imagen dura y borde. Que lo hacía parecer amargado y roto.

—Creo que no hay esposa —le susurré a Macy en cuanto llegué a la conclusión.

—Entonces, ¿crees que... es un padre soltero?

—Quizá —musité mientras miraba en la noche, bebiendo la forma en la que subía los escalones con sus largas piernas y cruzaba la puerta de su casa con la pequeña bailarina dormida—. Creo que sí. No estoy segura.

¿Por qué tenía tantas ganas de saberlo?

—¿Por qué me hablas en voz baja? —susurró Macy.

Me mordí el labio inferior mientras un silencio culpable flotaba en la habitación. Solo se vio roto por la risa de Macy.

—¡Dios! Estás espiándolo ahora mismo, ¿verdad?

—¡Cállate! —advertí mientras dejaba caer la cortina para continuar desempaquetando mis pertenencias.

—Alguien se ha enamorado... —canturreó.

—Para...

No lo estaba espiando, y ni siquiera me caía bien.

Acababa de conocerlos, y lo peor que podía hacer era mezclarme con el hombre enfadado con el mundo que vivía al otro lado de la calle con su dulce y adorable hija, que al parecer era una gran admiradora de mi abuela. Evidentemente la niña tenía buen gusto.

Pero ¿y el padre? Era evidente que cargaba un peso sobre sus hombros, y yo ya tenía bastante de qué preocuparme sin pensar en los matices de tristeza que asomaban desde el fondo de sus ojos.

Unos ojos del color de la salvia. Borneados en un gris más oscuro.

No, no estaba recordando aquellos labios suaves, llenos, apenas ocultos por la barba incipiente que le cubría la fuerte mandíbula. Y, definitivamente, no había percibido sus manos grandes ni la fuerza de sus brazos musculosos y muy bronceados.

No.

De eso nada.

Un tipo que llevaba el dolor escrito en el corazón.

Y yo ya había tenido suficiente de eso para toda la vida.

El sonido de la batidora contra el metal resonó en la cocina. Con el cuenco bajo el brazo, mezclé la mantequilla con la harina que había vertido en otro recipiente previamente. Aquello me proporcionó la misma sensación de paz profunda de siempre.

La noche era como una cálida manta alrededor de la vieja casa, algo que me mantenía sana y salva en el vasto silencio que inundaba la cocina.

Tenía la carta arrugada extendida sobre la encimera, a mi lado mientras cocinaba. De vez en cuando la miraba, disfrutando de su presencia. Tenía que haberla leído casi un millón de veces desde que la vi en el archivador que me había entregado el abogado hacía dos meses. Pero seguía dándole vueltas al asunto, no podía dejar de preguntarme por qué ahora.

¿Por qué no me lo había cuestionado antes?

«Cuando te marchaste, me dijiste que yo era la única persona en la que podías confiar. Tu corazón roto hizo que el mío se rompiera también esa noche. ¿No resulta irónico cómo resulta todo? Porque no importa cuántos años hayan pasado: al final, tú eres la única en la que confío.

Sé que estás asustada y que dudas de mis intenciones. Pero te pido que confíes en mí una última vez. Construí una vida dentro de estas paredes, y puse en ella todo mi corazón. Quizá no te diste cuenta, pero durante todo el tiempo estuve trabajando para poder entregártela algún día. Ahora es asunto tuyo darle vida, Corinne Paisley.

Te acompañaré en cada paso del camino...».

Se me encogió el corazón cuando lo atravesó una oleada de dolor y amor. Noté el peso de su espíritu bailando a mi alrededor. Un estímulo suave y tierno. Que era justo lo que ella me había proporcionado siempre. Estaba allí conmigo, brillando ante todas las dudas que todavía tenía.

—Tengo miedo, abuela. No estoy segura de que pueda hacer esto sin ti, pero te prometo que voy a intentarlo. Voy a hacer lo que sea necesario para que te sientas orgullosa.

Pegué un respingo cuando sonó el horno, avisándome de que había alcanzado la temperatura adecuada. Quizá estaba dejando que la casa me hiciera sentir demasiadas emociones.

Dejé el bol a un lado y rebusqué en la bolsa el extracto de almendra. «Extracto de almendra». Estaba segura de que lo había comprado en el supermercado por la tarde. Pero el extracto de almendra no estaba allí. Fruncí el ceño, irritada. La frustración me inundó.

«¡Maldición!».

Era la primera tarta que hacía y ya me iba a salir mal. Era uno de esos ingredientes prescindibles, pero si no lo usaba no sería lo mismo. Miré a mi alrededor, hasta centrar la atención en la despensa.

—Abuela, vamos a ver qué guardas aquí —murmuré por lo bajo, abriendo la puerta y rebuscando entre los artículos que aún quedaban allí—. ¡Ajá! —grité victoriosa mientras sostenía la botellita con extracto de almendra en la mano.

La victoria fue efímera; había caducado hacía tres años.

—¡Maldición! —repetí de nuevo, ahora en voz alta. Lancé la botellita al cubo de la basura justo antes de que percibiera de reojo un sobre blanco al lado de la pared, en un estante de la despensa. Como un compañero olvidado de todas las especias y extractos caducados. Una muestra del pasado.

Me inundó una inquieta y ansiosa aprensión mientras me acercaba muy despacio. Me sentía como si estuviera a punto de descubrir un secreto. Como si tuviera una especie de misión prohibida.

Era una tontería, lo sabía, pero me temblaban los dedos cuando estiré el brazo para cogerlo, aunque el papel se había quedado un poco pegado a la pared de la despensa.

La ansiedad creció, noté un nudo en la garganta y se me revolvió el estómago.

Vi en el sobre mi nombre escrito con una letra familiar, producto de una mano

temblorosa.

—¡Oh, Dios! —Me inundó la pena, pero sonreí entre las lágrimas que nublaron mis ojos de repente mientras abría el sobre. Era evidente que lo habían dejado allí con la convicción de que algún día la encontraría, y eso me hacía sentir bien.

Saqué la carta y la leí con rapidez.

«Todos los momentos importan, aunque rara vez sabemos lo importantes que son hasta que ya ha pasado la oportunidad de actuar sobre ellos».

Mi espíritu se inundó de amor, y me aferré al recuerdo de esta mujer increíble que siempre había percibido el mundo como si fuera la cúspide de algo mágico. Para ella, los tiempos difíciles no eran más que un peldaño que nos impulsaba a llegar a donde se suponía que debíamos estar.

Di un paso atrás cuando noté movimiento más allá de la ventana de la cocina. Una luz acababa de parpadear al otro lado de la calle. Avancé lentamente con el suelo crujiendo bajo mis pasos hasta la ventana. Retiré el borde de la cortina de encaje para echar un vistazo, sin tener claro si me sentía culpable por hacerlo o si, de alguna manera, era mi deber.

Porque esa vez no había duda: estaba espiando.

Era incapaz de mirar a otro lado.

Y tampoco quería hacerlo.

Él ocupaba casi la totalidad de la ventana de su cocina. Su pelo, que era castaño dorado y lo llevaba un poco largo por la parte superior, estaba completamente despeinado y salía disparado en todas las direcciones. Como si hubiera estado revolcándose en la cama, librando una guerra que no entendía. No podía distinguir su expresión, porque había hundido la cabeza entre los hombros —era probable que hubiera apoyado las manos en la encimera para sostenerse—, pero eso no significaba que no percibiera con claridad que peleaba contra los demonios que lo atormentaban.

—Mierda... —susurré, apretando la nota en la mano mientras libraba mi propia batalla. Todas las que había luchado en este pueblo las había perdido. Recordarlas me dejó paralizada, inquieta, aunque me infundía coraje la fuerza que había encontrado con los años.

Eché de nuevo un vistazo a la carta.

Y elegí arriesgarme.

Antes de que pudiera pensármelo dos veces, atravesé el arco que separaba la cocina del anticuado salón y me puse las sandalias que había dejado junto a la puerta. Luego salí a la bochornosa noche de Alabama, donde el aire resultaba embriagador por su olor a madreselva y hierba recién cortada. La luna, que permanecía enorme en lo alto, arrojaba sobre las casas y los árboles dormidos un resplandor plateado, y el constante trino de las cigarras flotaba en el ambiente.

Me sentí como si hubiera regresado a mi infancia. Recordé las noches que había pasado en el porche con mi abuela, mirando las estrellas, que parecían tan cercanas como si solo hubiera que alargar la mano para tocarlas.

Respiré hondo y me moví con la mayor ligereza posible. Aun así, mis pies hicieron crujir la grava del camino, así que me detuve para coger valor y atravesar la calle. Luego crucé en silencio hasta la acera.

Subí los peldaños con cuidado, con la mano en la barandilla, como si esta me ofreciera apoyo moral, y atravesé la terraza. Me detuve ante la puerta con el corazón me palpitaba en el pecho con el fervor de una tormenta.

«¿Qué estoy haciendo?».

Era una locura.

Este tipo me odiaba sin razón aparente.

Aun así, levanté la mano y golpeé con el puño la puerta. Temblaba cuando giró el pestillo y se abrió la puerta de golpe. Una vez más, me encontré delante de la misma furia sin justificación. Aunque me resultó más difícil de soportar.

Todo.

Su ceño fruncido, su mirada, cada arista gloriosamente definida de su cuerpo.

«¡Oh-Dios-mío!».

No pude evitar de ninguna manera que mi mirada bajara y estudiara la amplia extensión de carne expuesta. No llevaba camiseta; de hecho, solo le cubrían unos *boxers*.

Tragué saliva. Me vi atrapada por una estúpida atracción, húmeda, cálida y pegajosa. Que me hacía arder por dentro y me debilitaba las rodillas.

Clavé los ojos en el tatuaje que le recorría el brazo izquierdo. Era un paisaje de un acantilado irregular con una cascada a un lado. Las salpicaduras que se elevaban desde el estanque eran plumas brillantes y coloridas que flotaban y se retorcían como si bailaran con la brisa. Tristeza y esperanza quedaban claramente plasmadas en la representación.

—¿Qué quieres?

La severidad de su voz resonó en la noche, haciéndome salir de mi estupor.

Concentré mi atención en su rostro. Por supuesto, era tan llamativo como el resto de él. Igual de poderoso y dominante.

Di un paso atrás con un estremecimiento. ¡Oh, guau...! Sí, había sido una estúpida. Una maldita estúpida. Aun así, alcé la barbilla.

—Solo quería... —Busqué una excusa para estar frente a su puerta a la una de la madrugada—. ¿Tienes extracto de almendra?

Inclinó la cabeza a un lado, y si fuera posible, entrecerró todavía más los ojos.

—¿Tengo pinta de tener en casa extracto de almendra?

—Mmm... —Vacilé.

«Genial..., ahora me he convertido en una llorona».

Ese hombre me hacía perder el control. Era muy diferente a los chicos con los que acostumbraba a salir en San Francisco.

Era más duro.

Más basto y salvaje.

Más peligrosamente guapo de lo que ningún hombre tenía derecho a ser.

Pero además era... diferente.

Había algo en Rex Gunner que lo hacía único.

Ardiente en su oscuridad.

Cálido en su frialdad.

—Es que... —Señalé mi casa, al otro lado de la calle, con un gesto—. Estaba haciendo tarta de cereza según la receta de mi abuela y me he dado cuenta de que me faltaba extracto de almendra, así que cuando he visto la luz encendida, he pensado que podía aprovechar la oportunidad para preguntarte...

«Todos los momentos importan, aunque rara vez sabemos lo importantes que son hasta que ya ha pasado la oportunidad de actuar sobre ellos».

¿Era este uno de esos momentos que importaban?

¿Y por qué sentía que debía aprovechar esta oportunidad?

4

REX

La lujuria se apoderó de mi cuerpo mientras la miraba, de pie bajo la luz de la luna, parecía una especie de espejismo.

Una hechicera malvada con cara de ángel.

Que estaba horneando, no obstante, mi tarta favorita.

El olor flotaba a su alrededor. A cerezas y azúcar. Se me hizo la boca agua, y tuve que apretar los puños para no caer en la tentación de alargar la mano y probarla. Quizá ya había vuelto a la cama y este era solo un elemento nuevo en las pesadillas que me atormentaban noche tras noche.

Si fuera un sueño, la invitaría a entrar y me sumergiría en ese cuerpo tentador. La follaría de forma salvaje, como me gustaba. Y eso sería justo antes de que a ella le salieran colmillos y me destrozara. ¡Joder! Por la forma en la que me miraba, estaba claro que ya estaba dispuesta a hacerme trizas.

—Algunas oportunidades es mejor dejarlas pasar —dije con sequedad en tono de advertencia. Ella tenía que saber que estaba cruzando a un terreno en el que no era bienvenida. Llamar a mi puerta en medio de la noche estaba fuera de límites. ¿Cómo se le había ocurrido que era correcto?

Cogí la parte de arriba del marco de la puerta con la mano, consciente de que estaba utilizando mi tamaño para retarla, con todo el cuerpo erizado por la irritación. Todo mi cuerpo menos mi polla. Al parecer, a esa parte de mí no le molestaba su intrusión.

Noté que alzaba la barbilla respondiendo al reto.

—¿No? ¿Nunca has oído decir que si no lo intentas no sabes lo que puede ocurrir?

—¿Y cuántas puertas te han cerrado en las narices en respuesta a esa filosofía?

—Más de las que me gustaría. ¿Por qué tengo la sensación de que estás a punto de hacer aumentar el número?

Una risita de incredulidad retumbó dentro de mi pecho. Aquella chica poseía una buena dosis de temeridad y determinación.

—Imagino que es fácil leer mis intenciones.

Soltó un resoplido.

—No creas...

Inclinó la cabeza a un lado, y apareció una expresión suplicante en aquellos cálidos ojos suyos.

—Mira, voy a vivir justo enfrente...

Solo pensarlo me hacía sentir inquieto y agitado.

—Ya no conozco a nadie aquí —añadió en tono suave—, y sería bueno tener amigos. He pensado que quizá Frankie y tú podríais...

Me salió una risa desde lo más profundo.

Una risa cruel y ronca.

—Lo siento, pero tengo todos los amigos que necesito, y te agradecería que te mantuvieras alejada de mi hija. No necesita que nadie le haga promesas que no tiene intención de cumplir.

Y antes de cometer una estupidez, le cerré la puerta en las narices. Justo como ella esperaba que hiciera. Apoyé la espalda contra la madera, tratando de recuperar el aliento, de tranquilizarme, de calmar el furor de mi espíritu, esa parte de mí que odiaba por ser tan gilipollas, que se pasaba el tiempo recordándome por qué era necesario que fuera así.

Y es que había algo en ella que me ponía nervioso. Que me robaba el sentido. Solía ser un hombre con un gran autocontrol, ¡joder!, y no es que ella estuviera ofreciéndome un cálido trozo de pastel.

Pero era mirarla y se me ponía la piel de gallina... de placer.

Notaba su presencia al otro lado de la puerta. Emitía señales que flotaban en el aire, haciéndolo espeso y voluble, como si mi rechazo le hubiera producido dolor y lo estuviera proyectando directamente sobre mí.

Quizá ella solo estaba tratando de ser amable.

Quizá no tenía otro motivo.

Pero era una oportunidad que, sencillamente, no podía aprovechar.

El miedo le inundó las venas y le resonó en la caja torácica. Frenético, tropezó con el sotobosque, un mundo sepultado por los árboles. Las ramas le atacaron la piel expuesta de los brazos, y las espinas se aferraron a la tela de su camisa, intentando detenerlo.

Se impulsó con más fuerza.

Con más rapidez.

—¡Sydney! —gritó su nombre.

«¡Sydney! ¡Sydney! ¡Sydney!».

Solo le respondió el aullido del viento.
«¡Sydney!».

Me incorporé con el pecho agitado mientras luchaba para recuperar el aliento. Intenté concentrarme en el movimiento que me estaba despertando, que me arrancaba del sueño.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Papá! ¡Arriba! Arriba, arriba... Te he preparado el desayuno.

Frankie me sonreía mientras saltaba sobre mi cama, con el pelo castaño revuelto y salvaje, libre... Tan libre y salvaje como la forma en la que miraba al mundo, como la manera en la que amaba. Completa y sin reservas.

Me froté la cara con las manos y las dejé caer con rapidez. No me resultó difícil devolverle la sonrisa. Ver su expresión era suficiente para ahuyentar el cansancio que me agobiaba constantemente. Las pocas horas que conseguía dormir eran inquietas. Plagadas de la maldición que oscurecía mi vida.

Me tragué el miedo. El terror de que algún día pudieran robármela a ella también.

—¿Me has hecho el desayuno? —pregunté con voz somnolienta mientras le retiraba suavemente el flequillo de la cara; lo llevaba demasiado largo—. Es muy amable por tu parte que pienses en papá a primera hora de la mañana.

Soltó una risita.

—Claro que pienso en ti, papá. Y te he hecho un tazón enorme porque la abuela dice que te puedes comer una vaca entera.

—¿Tú crees?

Asintió de forma enfática. Sus ojos se abrieron de par en par cuando di un salto y me la puse al hombro. Frankie rugió de risa. Llevaba unos pantalones cortos y una camiseta, acompañados del mismo tutú rosa alrededor de la cintura.

Jodidamente preciosa...

—La abuela va a tener un buen problema cuando la vea —bromeé con mi hija mientras la hacía rebotar sobre mi hombro al empezar a correr por el pasillo.

Chilló y pataleó, aferrándose a mí como si le fuera la vida en ello.

—¡Oh, no! No le digas nada a la abuela. Es un secreto.

—Pero ¿no me habías dicho que eras muy buena guardando secretos?

«¡Joder!».

Lo último que quería era que ella recordara la conversación que habíamos tenido ayer con Rynna. Era mencionar a esa mujer y mi cabeza se llenaba de

fantasías. Con su rostro, su cabello, su cuerpo...

Era dulce y deliciosa.

Había creído que por la mañana habría borrado su imagen de mi conciencia.

No había tenido suerte.

Aparté los pensamientos, negándome a darles crédito. Eso fue justo cuando entré en la cocina —que acababa de remodelar—, y me detuve bruscamente.

Frankie se enderezó, apartando los mechones rebeldes de su rostro con las dos manos y me miró con una sonrisa de esperanza.

—Es posible que se me haya caído un poco de leche, papá. No importa, ¿verdad? Lo limpiaré todo, pero no quería que los cereales se te pusieran blandurrios... Agg...

Arrugó la nariz y su boca se curvó hacia abajo, como si hubiera probado algo amargo.

Fruncí el ceño al ver que en vez de «un poco de leche» en realidad se le había caído el cartón entero menos la cantidad que había logrado verter en el tazón. Había un charco blanco entre la pequeña mesa —con servicio para dos— y la nevera, y el envase vacío flotaba en medio.

—¿Estás enfadado? —preguntó con un hilo de voz al tiempo que hundía los hombros.

La abracé y le di un beso en la mejilla.

—Claro que no estoy enfadado. Voy a tener que empezar a llevarte al gimnasio para que tengas más fuerza. —Le apreté con suavidad el pequeño bíceps—. ¿Cómo va esto? ¿Estás preparada para hacer pesas? Antes de que te des cuenta, serás tan fuerte como Hulk.

Soltó una risita como si yo hubiera dicho lo más divertido del mundo.

—¿El increíble Hulk? Papá, estás loco, yo voy a ser Wonder Woman. ¿No ves que soy una niña?

Subió los dos brazos en el aire para bajar al suelo, liberándose de mis brazos. Fue directa al cajón donde guardábamos los paños de la cocina. Tuvo que subirse a un taburete para llegar, y su sonrisa iluminó toda la habitación cuando me miró.

—¿A que sí, papá? ¿Puedo ser a la vez la mejor bailarina del mundo y Wonder Woman?

Crucé la cocina para ayudarla a limpiar el desastre.

—Sí, mi pequeña bailarina, puedes ser lo que quieras.

Yo me aseguraría de ello.

Porque ella era la única maravilla de mi vida.
Y haría lo que fuera necesario para que siguiera siéndolo.

5

RYNNA

La luz del sol entraba a raudales por la larga fila de ventanas que daban a la bulliciosa calle. Y golpeaba el espacio turbio como una llamarada de fuego ardiente en una silenciosa oscuridad que se mantenía firme en el espacio tranquilo mientras los confines del restaurante permanecían en sombras.

Aquello dotaba al lugar de un tenue matiz de calidez, como si la atmósfera danzara un intrincado baile de paz y arrepentimiento con los restos de mi persistente temor.

Arrastré las puntas de los dedos con cariño sobre la capa de polvo que se había acumulado sobre la barra para dejar al descubierto el brillante mostrador blanco que se escondía debajo.

Enterrado, pero no olvidado.

Un anhelo palpitó atravesando mi ser, llenó mi espíritu y pesó en mi corazón; incluso me formó un nudo en la base de la garganta mientras deambulaba lentamente por el restaurante tipo *diner* que durante mucho tiempo había sido el centro de mi vida.

¿Cuántos días había pasado inclinada sobre ese mostrador? ¿Cuándo la niña que coloreaba y pintaba sobre la superficie se había convertido en una adolescente que estudiaba para entrar en la universidad? ¿Cuántas mañanas me habían encontrado allí antes del amanecer, de pie sobre un taburete para poder ver la cocina? Desde lo alto, había mirado con asombro cómo mi abuela mezclaba los ingredientes. También la había ayudado a verterlos en el cuenco, forzando mis brazos mientras seguía sus instrucciones para hacer la masa. Todo el tiempo permanecía en silencio, oyéndola charlar sobre la vida; era una mujer que relacionaba todo fácilmente con los pasteles que horneaba.

El bullicioso restaurante había rebotado vida; las familias se reunían en los reservados y los ancianos poblaban la barra para contar sus historias. Esa actividad había quedado ahora silenciada, pero no había desaparecido. Podía sentirla. Estaba invernando, pero hervía bajo la superficie a fuego lento. Temblorosa, aunque presionaba intentando ser liberada.

Esperando que alguien volviera a creer en ella.

A que alguien la devolviera a la vida.

Y mi abuela había depositado su fe en mí, quería que fuera yo la que lo consiguiera. Incluso aunque hubiera huido como una cobarde. Solo pedía ser capaz de cumplir sus expectativas.

Pegué un brinco cuando la campanilla tintineó sobre la puerta.

—¡Toc, toc! —gritó alguien.

Me giré con el corazón en la garganta, pero intenté vencer la oleada de miedo que se había apoderado de mí. Entrecerré los ojos para tratar de distinguir las dos figuras que había en la entrada. Avanzaron hasta quedar iluminadas por la tenue luz del interior.

Eran dos mujeres.

Sus caras no me resultaban familiares, pero ambas debían de ser de mi edad, unos veintiocho o treinta años. Una vestía algo parecido a lo que se hubiera puesto para trabajar en un despacho de San Francisco: falda tubo, blusa y tacones, además de llevar el pelo recogido en un intrincado moño. La otra iba más informal; unos vaqueros a la moda y una camiseta; y llevaba el pelo corto y suelto.

Me limpié las manos en los vaqueros antes de acercarme.

—¿En qué puedo ayudaros?

—Tú debes de ser la nieta de Corinne Dayne.

Asentí lentamente.

—Hemos oído que estabas en el pueblo —dijo—. Esperamos no estar interrumpiendo nada, pero queríamos presentarnos. Yo soy Lillith Redd. —La mujer de tacones se adelantó con una sonrisa de bienvenida y me tendió una mano.

Me acerqué para estrechársela.

—Un placer conocerte, Lillith. Soy Rynna.

La otra se rio.

—Oh, no... No hagas caso a esa tontería, nadie la llama Lillith. —Señaló a su amiga con el pulgar—. La conocemos como Lily Pad. No te dejes engañar por esa ropa tan elegante de bufete de abogados. De hecho, cuando la conoces, te das cuenta de lo salvaje que puede llegar a ser. Me alegro de conocer por fin a la Rynna Dayne de la abuela Corinne. Creo que ya somos amigas, porque la señora Dayne siempre estaba hablando de ti. Me llamo Nikki Walters.

Había en ella una confianza amable y juguetona cuando extendió la mano sin dudar para estrechar la mía.

Confianza.

En ese momento, busqué dentro de mí misma para encontrarla. Para recordar en quién me había convertido durante los años que había estado fuera. Para hacer gala de la fuerza y la audacia que había conseguido. Era una locura pensar que volver a ese pueblo me hacía encogerme y esconderme.

—Es un verdadero placer conocerte, Nikki. —Las miré a las dos—. Entonces, ¿conocíais bien a mi abuela?

De hecho, me alegraba encontrarme con que alguien diferente de Frankie y su padre conocía a mi abuela. Estaba empezando a acostumbrarme al hecho de que estaba allí sola, y que sería así como me enfrentaría a todo. Y esa soledad era más grande cada segundo que pasaba.

Tampoco me ayudaba que Rex Gunter me hubiera cerrado la puerta, literalmente, en las narices la noche pasada. Me había quedado quieta en el porche de su casa, como un pasmarote, incapaz de creer que le hubiera ofrecido mi amistad para que él me rechazara de una forma tan cruel. Me había dolido. Quería odiarlo, pensar que no era más que un idiota. Pero no podía.

Quizá era por la forma en la que me había criado mi abuela, que me impulsaba a detenerme y a mirar más profundamente. Más allá de la superficie, en lo que estaba oculto debajo.

Bien sabía Dios que me habían prejuzgado muchas veces cuando era niña. Me habían juzgado solo por la apariencia, lanzándome miles de indirectas con cada fugaz mirada burlona. Y por eso había intentado profundizar en el interior de Rex. Lo que había visto era dolor, miedo y una defensa rota justo debajo de la hostilidad que se filtraba por sus poros, como veneno. Había algo feroz y protector debajo del escudo de animosidad.

Sentí la necesidad de romperlo, de eliminarlo pieza a pieza; de cavar más profundo hasta descubrir lo que ocultaba debajo.

Aunque no me había ayudado el hecho de que mirarlo me hiciera sentir mariposas en el estómago.

No sabía nada de ese tipo, pero cada vez que lo veía, me veía asaltada por una abrumadora atracción hacia él. Hacía que me diera vueltas la cabeza, que se me debilitaban las rodillas, que mis dedos me hormiguearan por el impulso de recorrer las duras superficies de su cuerpo.

Y era una locura, porque no lo conocía, pero no podía borrar de mi conciencia la idea de que debía hacerlo.

Nikki abrió mucho los ojos, como si mi pregunta hubiera sido absurda.

—Por supuesto que conocíamos a tu abuela. —Eché la cabeza hacia atrás al tiempo que clavaba los ojos en el techo con un gemido—. Hacía los mejores pasteles del mundo. ¡Eran para morirse!

Se me escapó una risita melancólica.

—Sí, tenían ese efecto... Sabía lo que hacía, ¿verdad?

Sus tartas de marihuana eran casi tan legendarias como sus pasteles glaseados.

—Por favor, dime que vas a volver a abrir este lugar y que tienes en tu poder todas las recetas secretas de tu abuela —rogó Nikki como si mi respuesta pudiera salvarle la vida.

Eché un vistazo al *diner*, que llevaba dos meses cerrado, pero, dado su aspecto, cualquiera habría pensado que eran dos años lo que hacía que no abría sus puertas. Todas las superficies tenían encima un centímetro de polvo, los asientos de las cabinas estaban rajados, y algunas mamparas se veían rotas. Lo más preocupante era que los utensilios de la cocina resultaban viejos y estaban en peor forma todavía.

Sin embargo, estaba decidida.

—Al menos voy a intentarlo.

—Oh —intervino Lillith—, si eres como decía tu abuela, creo que lo conseguirás.

Una triste sonrisa me curvó los labios.

—Creo que es posible que mi abuela tuviera demasiadas esperanzas en mí.

—Psss... —Nikki hizo un gesto frívolo con la mano—. Si tienes las recetas, lo demás vendrá rodado.

—Bueno, seguir las recetas es la parte fácil. Lo que me preocupa es el préstamo de doscientos mil dólares que necesito para poner este lugar en condiciones —repliqué en tono burlón, para no dejar que la realidad me deprimiera.

Mientras tanto, me pregunté por qué estas dos chicas me ofrecían tanta confianza como para sentirme cómoda compartiendo esos datos personales con ellas.

Pero así era.

Lillith me miró con cierta preocupación, aunque su expresión era sabia.

—He oído que existe un impuesto de herencias y sucesiones.

Suspiré, pero fue con satisfacción.

—Es verdad, pero he vendido algunas propiedades que tenía en California para pagarlo, así como los gravámenes que afectan a la casa. Eso me convierte en la dueña de ambos lugares. —Solté una risita irónica—. Y también me quedan unos

cinco dólares en mi cuenta corriente. —No es que fuera una indigente, pero estaba cerca.

—Oye, una mujer puede hacer magia con cinco dólares —intervino Nikki con una sonrisa irónica.

—Es posible que necesite un poco más de magia para esto.

Lillith me miró con simpatía.

—Lamento mucho que te veas en estas circunstancias. Espero que sepas que tu abuela era un activo importante en esta comunidad y muy amiga de todos. La añoramos mucho. Si podemos echarle una mano, no dudes en decírnoslo. Soy abogada, y haré todo lo que esté a mi alcance para ayudarte a reabrir el lugar. Ya sea venir aquí a arrimar el hombro o darte asesoramiento legal. Incluso si solo necesitas una amiga para hablar.

Dijo las palabras con cuidado, pero había sinceridad detrás de ellas.

—Gracias. Es muy amable por tu parte. Es posible que tenga que aceptar tu oferta —repuse.

Sonrió.

—En el pueblo están entusiasmados con la posibilidad de que el *diner* vuelva a abrir, en especial los dueños del hotel que hay enfrente. El proyecto de restauración de Fairview Street está basado en conectar lo viejo y lo nuevo. Una fusión entre el pasado y el presente, y personalmente me encantaría ver cómo se consigue.

Había una expresión de orgullo en su rostro cuando miró por encima del hombro hacia la ventana, señalando las obras al otro lado de la calle.

Nikki puso los ojos en blanco y bajó el tono hasta que su voz se convirtió en un susurro conspirador, aunque mantuvo el volumen suficiente para que Lillith pudiera oírlo.

—Tienes que perdonarla. El hotel lo está poniendo en marcha la empresa de su novio, y ella está tan enamorada que resulta patética.

—Cállate —dijo Lillith, dándole un manotazo, aunque me miró sonriente—. Fue Nikki la que me insistió para que le diera una oportunidad, y ahora que estamos juntos no deja de darme la vara con ello. Creo que está celosa.

—Oye, no actúes como si no quisieras besarme los pies por conseguir que os enrollarais. Emparejar es una de mis habilidades. Piensa en todos los orgasmos que has disfrutado gracias a mí.

—Nikki, pero ¿de qué vas? —Lillith la golpeó de nuevo.

Nikki se llevó la mano al corazón.

—Solo digo la verdad. Y sí, para que conste, estoy muy, pero que muy celosa de todos esos orgasmos. Es decir, no es que desee que me los proporcione Broderick; eso sería una grosería y una falta de corrección. —Me guiñó un ojo—. Ya sabes que somos buenas amigas y todo eso. Solo envidio la cantidad de ellos. —Movi6 la cabeza fingiendo tristeza—. Es un poco codicioso por su parte, ¿sabes? Nadie necesita tantos.

—Oh, créeme, los necesito todos. —Lillith luchaba para reprimir una sonrisa y el rubor de sus mejillas, mirando, una vez más, la obra al otro lado de la calle.

Era un solar enorme rodeado por una valla metálica, en el interior de la cual comenzaba a tomar forma un edificio muy grande.

Sonreí al ver su expresión soñadora. Era imposible que no me cayeran bien. Parecían polos opuestos, sin embargo, no me imaginaba a una sin la otra.

—Será mejor que te dejemos en paz —me dijo Lillith casi a regañadientes— para que puedas volver al trabajo, pero queríamos pasar y presentarnos. De verdad, si necesitas algo, avísanos.

—Me alegro mucho de haberos conocido, y, tranquilas: si me veo perdida, os llamaré.

—Oh... —A Nikki se le iluminaron los ojos—. ¡Es viernes!

Arqueé una ceja al oírla, y ella me miró como si lo que eso significaba tuviera que ser obvio para mí.

—Mmm... ¿Hola? ¿Viernes noche? Eso significa que tienes que salir con nosotras esta noche.

—¿De verdad?

De acuerdo, quizá estaba siendo un poco demasiado entusiasta. Pero echaba mucho de menos a Macy, y lo cierto era que necesitaba compañía y amistades. De las de verdad. La sensación de pertenencia de los últimos días me había hecho sentir como si estuviera fuera de límites; un lugar que conocía de forma íntima, pero lejano en lo demás.

—¡Oh, qué buena idea! —intervino Lillith.

—Claro que es una buena idea —añadió Nikki.

—Y para que conste —dijo Lillith mirándome fijamente—, si te niegas, es posible que Nikki te arrastre con ella de todos modos. Lo mejor es aceptar con gentileza y saborear el viaje. Bien sabe Dios que yo lo haría. Así todo sería perfecto y divertido.

—Al menos sabes lo que es mejor —le lanzó Nikki antes de que me cogiera por la muñeca y me sacudiera el brazo—. Ven con nosotros. ¡Por favor! Es ya

como si te conociera y... Bueno, creo que podrías ser la tercera pata del banco de nuestra amistad. Siento que nos completas.

Y dibujó un corazón en el aire con los dos dedos índices.

—¿Ves? —preguntó Lillith—. Está loca.

Sonreí. Sí, estaba loca, pero eso me hacía olvidar los miedos. Habían pasado ya once años. ¿Quién iba a reconocermes? Y, si lo hicieran, ¿por qué iba a importarles?

Me estremecí.

¿Qué ocurriría si lo hicieran?

Me encogí de hombros y sonreí. Podía conseguirlo. Quería conseguirlo.

—Me parece divertido. ¿Dónde y cuándo quedamos?

Nikki me pasó el brazo por el hombro y fui con ellas hasta la puerta.

—A las ocho en Olive's. Está en la esquina de Macaber con la calle quinta.

—¿Por qué me da la impresión de que conoces bien ese lugar?

Lillith me guiñó un ojo cómplice.

—Eso es porque el dueño es Ollie. Y ella no puede mantenerse alejada de él.

Nikki lanzó un suspiro dramático.

—Ollie... El hombre más guapo de la Tierra. Pero solo me ve como amiga. Algún día haré que se dé cuenta de lo que se está perdiendo.

—Ahh... Las cosas empiezan a tener sentido —comenté.

Nikki fingió una expresión de tristeza al tiempo que negaba con la cabeza.

—No, Rynna, los hombres no tienen sentido. Ni lo busques, porque no lo encontrarás.

Me reí. Dios, me caían realmente bien.

—¿En serio? —insistí.

Lillith empujó la puerta de vidrio. Estaba manchada con una capa de polvo grasiento y el logo blanco que había pintado en ella donde se podía leer «PEPPER'S PIES» apenas era visible. Aun así, podría leerlo como si lo hubiera dibujado yo misma. Era una coctelera inclinada sobre un costado que vertía algunos granos de pimienta sobre un montón de pastelitos, tartas y pizzas. Las imágenes de mi abuela habían sido siempre únicas y muy peculiares. Como ella misma.

Me atravesó otra oleada de calor, y no pude evitar pensar otra vez que ese era mi sitio. Que no importaba lo que hubiera ocurrido en el pasado: siempre había pertenecido a ese lugar.

Salimos al caluroso día veraniego de Alabama, y parpadeé ante el repentino

resplandor del sol y la ráfaga de humedad pegajosa que me envolvió. Las nubes, producto del sofocante calor, amenazaban en la distancia.

Lillith dio saltitos de forma casi imperceptible sobre los dedos de los pies, con la atención centrada en el grupito de hombres que se había reunido dentro de la valla metálica, al otro lado de la calle. La mayoría vestía ropa de trabajo —vaqueros, camisetas y botas de caña alta—, salvo uno, que se encontraba de espaldas a nosotros, con un traje negro y un casco amarillo.

Nikki se inclinó hacia mí.

—El del traje es su prometido, Broderick Wolfe —me susurró al oído—. Ya sabes, el que hace que le ardan las bragas. Mírala..., apenas puede contenerse.

Reprimí la risa.

—¿Cuánto tiempo crees que va a tardar en correr hacia allí? —musité en el mismo tono burlón.

—Oh..., calculo que unos dos coma cinco segundos.

Lillith me dio un codazo y, por primera vez desde que había vuelto, me sentí real y completamente en casa.

—Basta ya... —dijo—. Voy a hacer como que no os he oído.

Las dos nos reímos. Nikki dejó caer el brazo y dio un paso atrás mientras me miraba.

—¿Cuál es tu número de teléfono? —preguntó, sacando el móvil del bolsillo trasero—. Por si acaso te pierdes —añadió con una sonrisa al tiempo que bajaba la cabeza para clavar los ojos en la pantalla. Estaba lista para memorizar mi número en la agenda.

Se lo dije cifra a cifra hasta que se me secó la boca y los números se me pegaron al paladar, por lo que no fui capaz de articular un sonido más.

El hombre que había al lado de Broderick se había dado la vuelta y miraba en la dirección donde estábamos nosotras.

Al ver que yo también lo miraba, la sonrisa desapareció de su rostro. Pero de alguna forma, la transformación de esta en un ceño fruncido resultó igual de hipnotizadora.

Brutalmente hipnótica.

Quizá todavía más que la sonrisa.

Porque bajo su mirada me sentía ingrátida.

Agitada e inquieta.

Encandilada.

Sus ojos resultaban tan sabios como duros e intensos. Me capturaban. Me

apresaban como rehén. Tan oscuros que deberían de haber tenido el poder de no mostrar el fuego que ardía en sus profundidades, y que era una clara muestra de su espíritu.

Pero no era así, veía esas llamas. Llegaba hasta donde se atascaban, en el aire caliente y estancado de su interior. Percibí el dolor que había enterrado debajo.

Nikki levantó la cabeza de forma interrogativa, pues le faltaban los dos últimos números.

—¿Rynna?

Me zafé de su mirada y me aclaré la garganta.

—Oh... Mmm..., perdón. Seis, dos...

—De acuerdo. —Volvió a guardar el móvil—. A las ocho en punto, amiga. No me hagas ir a buscarte. Sabes que lo haré.

Aparté mi atención del hombre que me mantenía inmóvil desde el otro lado de la calle. Me había capturado con tanta fuerza como si estuviera sujetándome físicamente, impidiéndome el movimiento con aquellas manos enormes.

—Allí estaré —aseguré.

—Más te vale —insistió al tiempo que me guiñaba el ojo.

Lillith me apretó la mano con suavidad antes de retroceder para cruzar la calle.

—Ha sido un placer conocerte por fin, Rynna. Es el principio de una gran amistad. Lo presiento. Me alegro mucho de que nos hayamos arriesgado a entrar para saludarte.

Lo dijo sin ser consciente del impacto que sus palabras habían tenido en mí. La forma en la que me inundaban de calidez y esperanza. Como si su confianza liberara mis aspiraciones de la raíz donde habían quedado profundamente atrapadas.

Mis ojos vagaron de nuevo, atraídos por el hombre, que no se había movido ni un centímetro. La hostilidad fluía desde su figura como si fueran oleadas de calor.

No sabía por qué yo las sentía. Por qué me veía atraída... Impulsada hacia un hombre que parecía tan rígido y peligroso para mi cordura.

Pero así era. Él necesitaba a alguien que reviviera su fe tan desesperadamente como lo hacía yo.

¿Porque supe aquello mientras lo miraba?

Porque, de repente, supe exactamente lo que le ocurría. Algo se había apagado en su interior.

Y se trataba de algo relacionado con las posibilidades.

No imaginaba siquiera los resultados que estas podían tener.

Pero no importaba si yo tenía éxito o fallaba; tenía que arriesgarme con él.

6

REX

—¿Estás seguro de que quieres estar aquí esta noche? —pregunté a Ollie. La culpa amenazaba con consumirme. Me arrastraba. Me estaba jodiendo.

Luchaba contra ella, tratando de ser fuerte, porque no estaba bien que fuera yo el que se derrumbara.

Estaba con Kale y Ollie en el despacho de Olive's, donde reinaba la tranquilidad. Era un lugar privado. Las elevadas voces de la multitud de personas que llenaban el local llegaban amortiguadas; apenas se filtraban a través de las paredes. La actuación del grupo en directo suponía poco más que un latido que hacía vibrar el suelo.

Ollie se pasó una mano tatuada por la boca como si ese acto tuviera el poder de borrar la losa que había puesto sobre sus hombros. Una risa ronca y carente de humor retumbó en su pecho.

—No supone demasiada diferencia dónde estemos, ¿verdad? Ese puto día irá con nosotros a donde vayamos.

—Sí —murmuré. Dudaba que hubiera una declaración con la que estuviera más de acuerdo. Esa jodida fecha nos perseguiría sin importar al lugar que fuéramos. Daba igual cuánto tiempo hubiera pasado. No lo habíamos superado.

Kale se balanceó en la silla de despacho frente al escritorio de Ollie. La hizo girar para mirarnos, con las largas piernas estiradas delante de él y los dedos cruzados en la parte posterior de la cabeza.

—Doce años. Doce años, y no es más fácil, ¿verdad?

Ollie apoyó la cabeza en la pared contra la que descansaba y cerró los ojos.

—Doce años... —La voz de Ollie era un gemido, casi cerca de las lágrimas—. Pero, a pesar de eso, cierro los ojos y, os lo juro por Dios, es como si hubiera ocurrido ayer.

Ollie era un capullo grande y corpulento, con la piel cubierta de tatuajes; si no lo conocías bien, resultaba intimidante. Había visto a hombres hechos y derechos cruzar la calle cuando él se dirigía hacia ellos.

Había comprado Olive's cuando el lugar se hundía, cuando se encontraba al borde de la ruina. Yo lo había acompañado para realizar el trabajo que suponía

reacondicionar el interior. Pero había sido su visión del negocio lo que lo había convertido en el bar más popular de Gingham Lakes.

—Y a la vez parece que ha pasado un siglo —añadí, buscando otra postura sobre el archivador en el que me apoyaba.

—Es que... —La voz de Kale se apagó como si fuera incapaz de decir lo que todos estábamos pensando.

Que era demasiado tarde.

Que no quedaba ninguna posibilidad.

Que no había esperanza.

Incluso aunque nos pareciera imposible abandonar.

Kale había sido siempre el que nos había empujado. Era médico de urgencias en el hospital local. Trabajaba duro y, casi siempre, con una sonrisa en la cara. Era el tipo de persona que atravesaría descalza carbones ardientes por un amigo. Joder, se detendría en medio de las llamas si con eso podía ayudar a alguien. O hacer más ligera su carga. Era esa clase de gente que cargaba el peso del mundo pensando que era su deber ofrecer alivio.

Kale, Ollie y yo habíamos pasado un infierno juntos. Éramos tan diferentes que me había preguntado muchas veces si nos habríamos distanciado si no hubiera ocurrido. Si ese fatídico día se había forjado algo indestructible entre nosotros. Un vínculo y una carga que jamás habrían debido existir.

Una bendición que, a la vez, era una maldición.

Ollie gimió y luego empezó a negar fieramente con la cabeza, como si estuviera intentando deshacerse de los recuerdos, del horror... Por fin, atravesó la estancia y cogió la botella de whisky. Lo vertió en tres vasos y los repartió entre los tres.

Levantó el suyo en el aire.

—Por Sydney. Nunca olvidaremos.

Yo también levanté el mío, al igual que Kale. Los tres vasos tintinearón en el medio.

—Nunca olvidaremos.

Me bebí el contenido de un trago, y el líquido se deslizó, ardiente por mi garganta hasta llenarme el estómago de llamas.

No.

No existía ninguna posibilidad de que olvidara.

Diez minutos después, Kale y yo fuimos al bar. Me acerqué a la mesa de siempre, que estaba al fondo, mientras Kale iba a por unas copas.

Una miríada de voces resonaba en las paredes de ladrillo rojo del piso inferior.

Olive's estaba de moda en Gingham Lakes. Estaba de moda, era popular y se encontraba lleno. Era un lugar que seguramente no pisaría jamás si no fuera porque Ollie era el dueño.

El estrépito era un tumulto que embotaba los sentidos de la misma forma que las luces tenues y estroboscópicas que colgaban del techo, consiguiendo de alguna manera ralentizar el tiempo. El grupo que tocaba esa noche era muy suave y contribuía a crear un ambiente relajado.

Me hacía sentir como si estuviera justo en el medio de la multitud sin poner un pie en la pista. Me envolvía la impresión de que la noche podría durar para siempre y que todo terminaría en un abrir y cerrar de ojos. Risas estruendosas y gritos se filtraron desde la zona de arriba, que albergaba un grupo de mesas de billar y conducía a la enorme terraza que daba al río.

Esa no era diferente que la mayoría de las noches en Olive's. El bar estaba lleno de gente que buscaba pasarlo bien. Que quería dejar a un lado sus preocupaciones durante unos minutos.

Luché contra el impulso para regresar a casa que bullía en mi interior.

La verdad es que también odiaba esa idea. Sabía que mi hija estaba acurrucada en el sofá junto a mi madre, pasando una noche feliz. Le gustaba llamarlos «los Viernes de Frankie», una permanente cita para hacer una fiesta de pijamas.

Si apareciera por su casa, mi madre me echaría fuera. Me insistía constantemente para que saliera más. Decía que necesitaba tiempo para encontrarme a mí mismo y para descubrir cómo iba a vivir la vida.

Ella no tenía ni idea de que no necesitaba salir. De que no tenía ningún interés en las mujeres que se fijaban en los hombres que se arrastraban por los bares como halcones, en los hombres a los que consideraban buenas presas.

Ese puto juego que tanto les gustaba.

Así que semana tras semana me sentaba y fingía que ni siquiera estaba allí. Me olvidaba de todo. Lo había logrado durante años... Hasta esta noche. Cuando todo ese autocontrol desapareció en el momento en el que se abrió la puerta.

Fue como si todo estallara y la habitación se quedara sin aire.

¡Por el amor de Dios!

¿Estaba acechándome?

No podía haber otra explicación. Esa mujer aparecía por todas partes. Invadía mi espacio. Conjuraba pensamientos que no podía tener.

Pero allí estaba.

Otra vez.

Atravesó la puerta de Olive's y su presencia lo inundó todo. Lo consumió por completo.

Sentí que la agitación hacía hormiguitar mi piel.

Esta noche parecía que acababa de salir de la pista con aquellas larguísimas piernas enfundadas en unos pantalones negros, sobre unos tacones muy altos. El pelo castaño, que normalmente llevaba revuelto y recogido en la cabeza, se movía a su alrededor con la sedosa calma de un río a medianoche.

Estaba jodido.

No sabía si me gustaba más así o despeinado, como se lo había visto siempre, como esa misma tarde, cuando me había quedado paralizado al verla mientras daba instrucciones al equipo delante de Broderick Wolfe. Sin duda había parecido una especie de idiota tan torpe que no lograba articular las palabras.

Pero eso había sido porque tenía la lengua trabada.

Porque estaba demasiado ocupado dejando que fuera mi polla quien hablara, y la muy traidora se había animado al ver a Rynna frente al *diner* de su abuela, un local que había visto días mucho mejores.

Había sido necesario que Broderick me advirtiera, con una sonrisa de complicidad, para que yo saliera de mi estupor y volviera a concentrarme en la reunión.

Suponía que debía haber imaginado que me traería problemas en el momento en el que la vi delante de Pepper's Pies con Nikki y Lillith.

Y hubiera acertado.

La vi esbozar una sonrisa en cuanto vio a esas dos. Estaban sentadas en la barra, ante dos copas decoradas mientras charlaban, como todos los viernes por la noche.

De repente, noté una mano en el hombro y salté como una nenaza.

Jodidamente increíble.

—Amigo, ¿por qué estás tan nervioso? —se rio Kale mientras me ponía delante una cerveza fresca y acercaba una silla. Cuando se sentó, su expresión era de diversión.

Así era Kale. Tenía la capacidad de dar con lo bueno de cada momento, algo ligero, fácil y divertido, incluso en un día como ese.

—¿Te has metido con uno de esos capullos y ahora tienes miedo? —Señaló con muy poca discreción a un par de tipos que seguramente poseían una hoja de antecedentes tan larga como mi brazo—. No me digas que voy a tener que ponerme a protegerte. Déjalo todo en manos de Kale.

Pero sabía que no era eso lo que me había puesto nervioso.

Me moví un poco de tal manera que Rynna no quedara justo delante de mí, lo que me permitía fingir que no estaba allí.

Que no sentía el calor que irradiaba su cuerpo.

Que esa sensación, que me dejaba inquieto, no existía.

Que no estaba nervioso.

Que no sentía hambre de algo que no podía entender.

—Eso te gustaría a ti, gilipollas —repuse a Kale al tiempo que le lanzaba una mirada de advertencia—. Si alguien necesita protección eres tú, con esa cara de niño bonito. Vas pidiendo a gritos que te den una buena patada en el trasero.

—¿En serio? —preguntó—. ¿Alguien me quiere dar una patada en el culo? Eso es solo porque les gustaría estar en mi pellejo. Las mujeres me adoran.

Sonrió al tiempo que tomaba un largo trago del líquido oscuro que bailaba entre los cubitos de hielo del vaso que sostenía en su mano. Kale era el mayor gilipollas en kilómetros a la redonda. El más imbécil. Una mentira total, pero aun así lograba tener el corazón más grande de todos nosotros.

Al verme allí sentado, la gente debía de pensar que ese no era mi sitio. Mi aspecto era parecido a uno de esos tipos a los que se había referido, mientras que Kale presentaba ángulos definidos y líneas nítidas, siempre bien afeitado, con el cabello rubio peinado hacia atrás y los pantalones perfectamente planchados.

—¿Quieres decir que no estás de guardia este fin de semana?

Se echó hacia atrás con un enorme suspiro de satisfacción.

—No. Lo tengo libre. No tengo que volver hasta el domingo por la noche. Es un puto milagro de Navidad en pleno verano. —Se encogió de hombros—. Además, se me ocurrió que Ollie podría necesitarme. Así que me lo pedí. He tenido suerte de que me lo concedieran.

Asentí moviendo la cabeza, pues lo entendía, y traté de no dejar que me volviera a capturar el estado de ánimo sombrío que me había asaltado en el despacho de Ollie. Ninguno de mis amigos necesitaba esa mierda. Rebozarse en la melancolía no iba a cambiar nada.

—Dime, ¿cómo está mi Frankie? —preguntó Kale, cambiando de tema con rapidez.

Mi sonrisa fue instantánea.

—Bien. He empezado a llevarla a clases de ballet. Es lo más bonito que he visto nunca.

—¿En serio? —Negó con la cabeza—. Se hace mayor. El tiempo vuela, ¿no

crees? Parece que fue ayer cuando estaba aprendiendo a andar.

Me pasé una mano por el pelo.

—Sí. Pasa demasiado rápido. A veces no puedo creer que esté a punto de entrar en la escuela.

Me señaló con la misma mano con la que sujetaba el vaso de whisky con hielo.

—Ya va a ir el colegio... —se rio—. Tío..., estás jodido. Si hasta te estás volviendo sobreprotector.

Me sequé el sudor que de repente me perlaba la frente. Sinceramente, no estaba seguro de cómo iba a manejar eso. Que alguien aparte de mí fuera responsable de ella. El no poder saber con exactitud dónde estaba en todo momento y con quién.

Aparté esos pensamientos, sin querer darles pie, y me puse a hablar sobre la idiota de su profesora de ballet, imaginando que sería divertido.

Justo entonces, sentí que el aire se hacía más espeso.

Me froté la nuca, intentando aligerar la tensión. Pero una certeza pareció atravesar el pub a oscuras. Un rayo certero, directo y caliente. Era una putada conocer su origen y no poder hacer ni una maldita cosa al respecto.

Giré apenas la cabeza y eché un vistazo entre las tenues luces. Un resplandor humeante llenaba el local mientras mis ojos volvían a donde no debían. Parecía un masoquista en busca de un castigo, porque allí estaba yo, desesperado por echar un vistazo.

Aun así, no estaba preparado para la forma en la que me hormigueó la piel cuando la pillé estudiándome cuando le robé una mirada.

Rápida y furtiva.

Como si acabara de darse cuenta de que estaba allí.

—Esa niña es condenadamente adorable, no sé cómo lo soportas... —Kale divagaba, meditando sobre la ternura que le hacía sentir mi hija mientras me recordaba que mi vida había resultado muy diferente a la que esperaba. Me quedé allí sentado, moviéndome en el asiento como un idiota mientras quería dejar de sentir algo que no debía existir bajo ningún concepto.

Lujuria por una mujer que ni siquiera conocía.

Kale se llevó el vaso a los labios, pero, de repente, lo bajó un poco para estudiarme desde arriba.

—¿Qué coño te pasa, tío?

—Nada.

—Pareces... nervioso. —Arqueó una ceja, inquisitivo. Esa era la peor parte de

tener amigos de toda la vida: a veces te conocían mejor de lo que querías. Porque, obviamente, yo no me comportaba así por el aniversario. Aun así, me encogí de hombros.

—No me pasa nada.

Sus ojos estaban llenos de dudas cuando me miró, y otra oleada de inquietud me hizo moverme de nuevo. Pasó la vista a un lado antes de volver a clavarla en mí, como si hubiera dado con el quid de la cuestión.

—Así que nada, ¿eh? Entonces, ¿por qué sigues mirando a Lillith y Nikki como si de repente te hubieran salido cuernos? Es decir, no es ningún secreto que has decidido que las mujeres son el demonio, pero a ellas pareces tolerarlas. ¿Qué ha pasado?

Forcé lo que esperaba que fuera una expresión de indiferencia.

—No sé de qué estás hablando. No ha pasado nada.

Frunció el ceño y miró otra vez en aquella dirección para estudiar lo que había cambiado. Luego, inclinó la cabeza a un lado con una sonrisa de complicidad.

—¿Quién es la chica nueva? No parece que sea de por aquí.

Volví a encogerme de hombros.

—No sé...

Al parecer, mi gesto era el indicador de una mentira, porque Kale se puso a reír. Alto y claro.

—Oh..., ya entiendo lo que está pasando. Parece que alguien todavía tiene polla.

—No. —Fue una advertencia firme. No había ni pizca de burla en ella.

Y él lo supo.

Negó con la cabeza.

—Es esa chica; de alguna forma ha llamado tu atención, ¿no? ¿Crees que es bueno que Frankie crezca a tu lado mientras tú odias a cada mujer que se cruza en tu camino? No está bien, tío. Debes solucionar esos problemas antes de que vuelvas loca a tu niña con esos pensamientos que tanto te gusta mostrar a todos.

Sí. Eso me hirió. Apreté los dedos alrededor del cuello de la botella de cerveza.

—¿De verdad te vas a poner a decirme que estoy criando mal a mi hija?

Frunció el ceño.

—¿No están para eso los amigos? ¿Para hacerte ver con claridad cuando estás obcecado? Porque ya ha llegado el momento de que te des cuenta de que tu opinión es sesgada. Han pasado ya tres años. Y, joder, amigo, sabes que eres un buen padre, pero no te quedas ahí sentado como si no te faltara algo.

Se balanceó hacia atrás en la silla, con los brazos cruzados, como si yo fuera un desafío.

—¿Cuándo fue la última vez que te acostaste con una mujer?

Ollie apareció justo en el momento oportuno, y se acercó a nuestra mesa con una nueva ronda de bebidas. Dejó un vaso de whisky con hielo delante de Kale y deslizó otra botella de cerveza hacia mí.

Ollie forzó una sonrisa mientras parecía cubrirse con una capa transparente que ocultaba toda la mierda.

—Estoy seguro de que la polla se le ha marchitado y muerto. Es algo muy triste.

Arqué las cejas.

—Gracias, tío —dije en tono seco.

—Oye, solo digo la verdad —repuso al tiempo que me daba una palmada en la espalda.

Negué con la cabeza antes de tomar un sorbo de cerveza.

—¿Por qué no vas a decir la verdad de otros por ahí?

Noté que sonreía por debajo de la barba.

—¿Y dónde estaría la diversión?

Kale se inclinó hacia delante.

—En serio, hombre. Piensa en lo que estás haciendo. La toxicidad que estás alimentando y cómo afecta eso a tu entorno, no solo a Frankie, sino también a ti. Puedes fingir todo lo que quieras, pero sé que te sientes solo.

Tragué saliva, intentando no mirar en dirección a Rynna.

Fracasé.

Porque no podía contener la dirección de mis ojos. Y los clavé en ella, bebiendo su figura.

¡Joder, estaba claro que yo era idiota!

Acogí con gusto el ramalazo de necesidad que me atravesó.

Estaba muy jodido. Pero esa sensación no deseada burbujeó en mi interior cuando me capturó con su risa desde el otro lado del local. Con la forma en la que levantaba la barbilla y curvaba los labios. Algo gratuito.

Algo que no me pertenecía.

Incómodo, volví a mirar a Kale.

—Créeme: Frankie es la única chica que necesito.

Mi hija lo era todo.

Vivía para Frankie.

Moriría feliz por ella si fuera necesario.
Y no permitiría que nadie amenazara eso.

7

RYNNA

—¿A quién estás mirando tanto? —Nikki giró en el taburete, esforzándose para mirar qué había a su espalda. La tenue luz arrojaba una cortina de calor sobre la barra, creando sombras y misterio.

Pero un hombre destacaba en medio de todo lo demás. Y nos miraba directamente.

—¿Qué haces? —susurré en tono de terror, dándole un golpe en la pierna. ¿Es que no tenía vergüenza?

Nikki me miró como si estuviera loca.

—Mmm... Estoy tratando de descubrir quién es el afortunado capullo que ha conseguido captar la atención de mi nueva amiga. Ese es mi trabajo, ¿sabes? Soy la casamentera oficial del pueblo, ¿verdad, Lily Pad? —Miró a Lillith sonriendo, y esta se limitó a mostrar su dedo anular, donde brillaba un diamante enorme como prueba, mientras tomaba un sorbo de vino.

—No me he fijado en nadie —protesté.

Sinceramente, fue una defensa inútil. Y más teniendo en cuenta que no podía dejar de robar otra mirada al hombre que comenzaba a robarme todos los pensamientos. No acostumbraba a obsesionarme con nada. No era de las que acechaban o espiaban. Pero había algo en él que hacía que lo tuviera presente siempre.

Algo que me fascinaba y cautivaba. Quizá fuera su adorable hija... Tenía que ser eso, era la única explicación posible.

Nikki siguió la dirección de mi mirada. Se quedó paralizada un segundo antes de volver la cabeza hacia mí, con la boca abierta, en evidente estado de *shock*.

—¡Oh, Dios mío! ¡No me digas que es Rex Gunner el que hace que no dejes de mirar! —Antes de que se me ocurriera una explicación creíble, su expresión se aclaró como si lo entendiera todo—. ¡Joder! Es que vive justo enfrente de ti... —Chasqueó los dedos delante de mi cara como si quisiera despertarme—. Oh, y su empresa es la que construye el hotel que está en Fairview..., justo enfrente de Pepper's Pies.

Me encogí de hombros como si eso no me importara lo más mínimo. Como si

realmente no me estuviera dando vueltas la cabeza y no sintiera mariposas en el estómago.

—A ver, fui a su puerta el otro día y me presenté. Eso es todo.

No conté —porque no me convenía— la parte en la que él me cerraba la puerta en las narices. Supuse que la sensación de culpa se escondía en los pequeños detalles.

La irónica risita que soltó Lillith me pareció un advertencia.

—Quizá deberías dejarlo estar así. Las únicas mujeres que le gustan a Rex Gunner son su madre y su hija. Si no, ten cuidado: es un hombre cínico como pocos.

Volví a mirarlo, y me quedé atrapada por la forma en la que quedaba expuesto su cuello cuando echaba hacia atrás la cabeza para beber la cerveza, por la manera en la que sus marcados músculos se movían mientras tragaba, y por la barba incipiente que, bien recortada, le sombreaba la mandíbula. ¡Dios! Era guapo de una manera destructiva. Como si pudiera sentir que las vibraciones que emitía hacían temblar la tierra bajo mis pies.

Me incliné hacia delante.

—¿Qué le ha ocurrido? —pregunté en voz baja, demasiado ansiosa por saber para mi propio bien.

Lillith y Nikki compartieron una mirada.

Por fin, Nikki se inclinó también hacia delante.

—Es que su esposa... —bajó el tono para que coincidiera con el mío— desapareció. Nadie sabe con certeza lo que le ocurrió.

¿Fue el miedo lo que aceleró mi pulso? Aquel hombre gritaba «¡Peligro!» por cada poro de su piel. Pero mi corazón me decía que se aceleraba por una razón completamente diferente de la pizca de morbosa intriga que me arañaba la conciencia. Aun así, abrí mucho los ojos mientras me inclinaba todavía más hacia ellas.

—¿La gente... la gente cree que está muerta?

Nikki aulló de risa y se incorporó de golpe, dándose una palmada en la rodilla. Era evidente que había caído en su trampa.

—Seguramente sería lo mejor para todos, pero creo que solo es una zorra egoísta que se largó cuando cuidar a un bebé se le hizo muy cuesta arriba. Nadie lo sabe, ya que él no habla al respecto. A mí jamás me cayó bien. —Se encogió de hombros antes de tomar un sorbo de su Cosmopolitan.

Caso cerrado.

—No se trata de ella..., ni de nada en realidad —agregó Lillith, que hablaba con la precaución del que hace ondear una bandera de rendición—. Lo conozco desde que éramos niños. Fuimos al colegio juntos, en el otro lado del pueblo, con Ollie y Kale. A los tres les han ocurrido cosas horribles en la vida. Sucesos que les han afectado y ha dado forma a su carácter. Pero ¿Rex? Ha cambiado desde que su esposa se fue. No me malinterpretes, es un buen tipo: honesto, un trabajador dedicado. Ha hecho crecer su pequeña empresa de construcción hasta convertirse en el contratista más buscado de la zona. Es fiel hasta los huesos, y no hay duda de que adora a su hija. Pero estoy segura de que la amargura se ha filtrado hasta la médula de su ser.

La sensación que había notado antes se volvió más intensa. Me impulsaba la necesidad de mirar más profundamente en el interior del hombre que había levantado una fortaleza a su alrededor; estaba claro que había necesitado protegerse del dolor que tenía grabado en los ojos.

Unos ojos lúgubres que podía sentir continuamente desviándose en mi dirección.

Y que me ablandaban con cada mirada furtiva.

Nikki se rio.

—Deberías verte la cara ahora mismo. Chica, tienes problemas... Me parece que estás considerando la advertencia como una especie de invitación. Te he dicho que la casamentera del pueblo soy yo, y no creo que sea algo adecuado.

Lillith puso los ojos en blanco.

—Y eso lo dice la chica que ha estado tratando de llamar la atención de Ollie durante los cinco últimos años.

—¡Oye! Algunas veces, estas cosas llevan su tiempo. Soy una mujer paciente.

En ese momento, su mirada se concentró en el hombre que salía de la trastienda del pub.

—Ha vuelto. Míralo, ahí está. De eso es de lo que te estaba hablando. Ese es mi Ollie. —Nikki bajó la voz mientras me golpeaba de nuevo el muslo un montón de veces tratando de conseguir que le hiciera caso.

Por la forma en la que se estremeció al verlo, cualquiera habría dicho que se le estaba agotando la paciencia. Entendí perfectamente la fascinación que sentía. Ollie era salvaje, duro y muy apuesto. Tan guapo como el chico que estaba sentado con Rex. Tenía que haber algo en el agua del pueblo, porque los dos eran casi tan atractivos como el hombre que ocupaba mis pensamientos desde que había regresado.

Casi...

Pero había algo en Rex que lo distinguía de los demás. Algo que lo hacía brillar a pesar de toda su hosca oscuridad. Algo que me hacía sentir mariposas en el estómago, que subía mi nivel de ansiedad, atracción y curiosidad. Una especie de impulso que insistía en que conociera a alguien que parecía desesperado por que no lo vieran.

Nikki suspiró cuando Ollie cogió un par de bebidas detrás de la barra y las llevó a la mesa de Rex.

—Dios, lo amo...

Lillith negó con la cabeza antes de tomar un sorbo de vino.

—Comienzo a pensar que te has encaprichado con lo que no puedes tener.

Nikki la miró parpadeando.

—¿Y no es lo mismo?

—Ni siquiera se acerca —soltó Lillith con una carcajada.

Nikki siguió a Ollie con la mirada. Ni siquiera disimuló cuando él regresó detrás de la barra para ayudar al barman.

—De verdad..., sea amor o no, me comería a ese hombre.

Me reí para mis adentros. Cuando conducía de regreso al pueblo, me preocupaba haber tomado una decisión equivocada. Había estado segura de que me pasaría el rato mirando por encima del hombro, preguntándome quién podría reconocerme, o si habría rumores y susurros.

Pero no había sentido nada así. Ni un segundo. Me encantaba que aquellas dos chicas me hubieran invitado a formar parte de su círculo. Que les gustara ser mis amigas. Que no parecieran tener reparos en darme la bienvenida.

Me sobresalté cuando una figura alta arrojó de repente una sombra sobre nosotras. Levanté la vista y me encontré con un hombre a mi lado que me miraba de arriba abajo con unos interesantes ojos castaños y una sonrisa en los labios carnosos. Me habría encogido un poco si no hubiera estado completamente segura de que nunca lo había visto antes.

Al parecer, sí había algo en el agua.

Era ridículamente atractivo. Estaba claro que se había deshecho de la chaqueta del traje, gris oscuro, y se había subido las mangas de la camisa por los brazos. Su imagen era casual y elegante a la vez mientras me miraba con expectación.

—Te acabo de ver aquí sentada y he pensado que podría invitarte a una copa —dijo, con su atención concentrada en mí—. Me llamo Tim.

Nikki se aclaró la garganta.

—Espero que esa invitación nos incluya al resto —espetó, haciéndose la ofendida.

—Si es necesario, por supuesto —repuso él, mirándola.

Me pareció que Tim era demasiado arrogante. Y no era Rex Gunner. Alcé mi margarita hacia él, una delicia verde en una copa con el borde lleno de sal.

—Creo que estoy bien, pero gracias.

—¿Estás segura de eso? Pareces muy sola aquí sentada...

Me empecé a sentir irritada. Estaba allí acompañada de mis amigas. ¿Cómo coño podía decir que parecía sola? Pero estaba acostumbrada a estos diálogos de besugo de cuando mi amiga Macy me arrastraba por los *pubs* de San Francisco.

—Estoy segura —concluí con una sonrisa forzada.

Él se encogió de hombros.

—Tú misma. Tú te lo pierdes. —Se dio la vuelta para alejarse.

—Menudo idiota —murmuré entre dientes, siguiendo sus pasos con evidente disgusto.

Nikki reclamó mi atención con otro golpe en mi rodilla y levantó su copa vacía.

—Deberías habértelo pensado, Ryn-Ryn. No me hubiera venido mal otra copa.

Me reí.

—¿A qué coste?

—¡Oh, venga ya...! —protestó abriendo los ojos azules como platos—. No estaba tan mal.

Riendo, me limpié una gota de margarita del labio.

—Puede que fuera guapo, pero era un poco creído. —«No, gracias».

Nikki le dio un codazo a Lillith.

—Sin embargo, le gusta Rex Gunner.

Lillith sonrió antes de que su expresión se hiciera más tierna.

—Supongo que nos atrae lo que nos gusta. Broderick me pareció un auténtico gilipollas cuando lo conocí.

Cometí el error de dejar que mi mirada regresara a Rex. Ollie estaba de nuevo en su mesa, y se había enzarzado en una conversación con el otro tipo. Rex parecía al margen. Sentado allí solo. Mirándome... descaradamente, con un especie de odio intenso y lleno de calor.

—Quizá haya esperanza para todos —murmuré.

Aparté la vista de él, me levanté, me aclaré la garganta yforcé una sonrisa.

—Tengo que ir al cuarto de baño.

Lillith señaló el pasillo que había a la derecha de las escaleras.

—Por ahí, al fondo a la izquierda.

—Gracias.

Atravesé la multitud que se había instalado en mesas altas. Las voces eran elevadas para que la gente pudiera oírse por encima del zumbido del grupo que tocaba en directo. Había fuertes carcajadas, señal de que todos dejaban a un lado las tensiones de la semana y abrazaban la posibilidad de relajarse.

Seguí el pasillo, entré en el cuarto de baño y me lavé las manos después de usarlo. Tenía una sonrisa en los labios.

Me sentía bien allí, incluso aunque Rex Gunner rondara en mi cabeza.

Me sequé las manos, abrí la puerta y, cuando salí al pasillo, me envolvió la bruma débilmente iluminada. Contuve el aliento cuando se acercó a mí el mismo chico de antes, plantándose delante de mí y obligándome a detenerme en seco.

—¿Qué quieres? —dije con cierta inquietud, mirando detrás de él a la gente que había a la vista. El nivel de ruido se había convertido en un sordo rugido. Mi preocupación aumentaba con cada segundo que pasaba.

Me moví con ansiedad, preguntándome si podría oírme alguien si gritaba pidiendo ayuda. Bueno..., quizá estaba adelantándome a los acontecimientos. Pero verme acorralada por un hombre que no conocía no entraba en la lista de situaciones más seguras. Me bajó un escalofrío de aprensión por la espina dorsal como una fría advertencia.

—Por fin he conseguido tenerte a solas —dijo.

Di un paso atrás y me eché a un lado, tratando de poner espacio entre nosotros.

—Si me disculpas, me gustaría regresar con mis amigas.

Alargó la mano hacia mí, y pasó la punta del dedo índice por mi mejilla.

—Deberías pasar de ellas y quedarte conmigo un rato.

—No estoy interesada —repuse sintiendo náuseas en el estómago.

Él avanzó un poco.

—¿No?

—No. —Escupí la palabra. No estaba interesada, aunque este tipo no parecía entender las directas.

—Creo que estás mintiéndome. Creo que sí estás interesada pero que no quieres parecer una puta delante de tus amigas. Venga, vámonos de aquí. Te prometo que no se lo diré a nadie.

«¿Qué coño...?».

Este tipo era cada vez más ridículo. Me parecía repugnante. Cualquier cualidad física que tuviera quedaba borrada por su sucio y ofensivo carácter. Me burlé con

una risa.

—Y yo creo que eres un completo idiota que parece no entender el hecho de que prefiero sacarme un ojo con un tenedor que pasar la noche contigo.

Me miró con ira, y avanzó hacia mí, obligándome a retroceder.

Quizá no había sido un buen movimiento decirle eso. Parecía haberlo incitado. Era uno de los riesgos; algunos hombres necesitaban que alguien les diera un buen golpe en la cabeza antes de captar las cosas y otros no entendían nunca el significado de la palabra «no». Ese pertenecía al último grupo.

—Ah... Jugando duro... Me gusta.

—No estoy jugando a nada, Tim. —Esta vez, las palabras iban acompañadas por un poco de miedo—. Lo digo en serio. Por favor..., déjame en paz.

Dio otro paso adelante, por lo que yo tuve que retroceder hasta la pared.

—¿Ves? Incluso recuerdas mi nombre. Deja de hacerte la tímida.

—Te ha dicho que no está interesada. —La voz que retumbó en el pasillo era brusca, ronca y peligrosa.

Me estremecí por otras razones completamente diferentes a las anteriores. Tim se giró para mirar por encima del hombro. Su cuerpo formó otro ángulo, quedando apoyado contra la pared, lo que me permitió ver más allá del pasillo. Donde estaba Rex. Con los puños cerrados, la mandíbula tensa. La ira parecía irradiar de él en oleadas. Sus ojos brillaban con odio cuando sus fibrosos músculos se crisparon.

Parecía que no sabía a cuál de nosotros odiaba más.

No importaba.

Respiré aliviada, dejándome llevar por una sensación de seguridad tan asombrosa que me debilitaba las rodillas.

Tim volvió a hacer gala de su sórdida arrogancia.

—Creo que deberías darte la vuelta y ocuparte de tus putos asuntos.

—Y yo creo que es mejor que te largues, antes de que pierdas la oportunidad de marcharte. —Su voz era casi un gruñido.

La animosidad iba de uno a otro. Creciendo, descontrolada.

Por fin, Tim esbozó una sonrisa frívola y llena de soberbia —aunque yo hubiera jurado que se estremeció de miedo—, comprendiendo que no tenía ni una oportunidad en una pelea. Rex Gunner lo golpearía hasta dejarlo hecho un guiñapo.

—Lo que tú digas, tío... —Tim se alejó de mí—. Si la quieres, ahí la tienes. No vale la pena el esfuerzo.

Me incliné hacia delante y comencé a tragar grandes bocanadas de aire. Rex lo fulminó con la mirada, y siguió con los ojos clavados en él cuando Tim cuadró los hombros al pasar por su lado. Sin embargo, Tim apretó el paso al percibir su furiosa hostilidad. Al verlo desaparecer al final del pasillo, me aparté el flequillo de la frente, donde la piel estaba resbaladiza y sudorosa por culpa de la adrenalina.

—¿Estás bien? —preguntó Rex con la voz ronca y todavía temblorosa.

Asentí con la cabeza.

—Es que él... —Me interrumpí, obligándome a incorporarme—. Gracias, Rex. Yo...

—Deberías volver a casa antes de que te metas en más problemas —me interrumpió con áspera frialdad. Luego se dio la vuelta y se alejó con grandes zancadas.

Me quedé allí mirándolo, preguntándome qué coño acababa de pasar. Por fin, me moví y arrastré los pies por el pasillo. Al llegar al final, escudriñé el local lleno de gente hasta que clavé los ojos en la espalda de aquel hombre mientras él se abría paso entre la multitud hacia la barra.

Por un momento, solo lo miré, preguntándome si valía la pena insistir con él cuando parecía que me rechazaba en todo momento. No tardé mucho tiempo en llegar a una conclusión: seguí sus pasos, zigzagueando entre los cuerpos que parecían multiplicarse a cada momento que pasaba.

Me detuve detrás de él. Había ido directamente a la barra, donde se apoyaba con los codos mientras le hacía gestos a Ollie con la barbilla. Ollie se limitó a responder con una mueca, como si estuvieran hablando en algún tipo de lenguaje secreto, y luego deslizó una cerveza por encima de la brillante caoba oscura hasta la mano de Rex.

Él se la llevó a los labios para tomar un buen sorbo, y no pude dejar de fijarme de nuevo en su fuerte cuello. Pero el movimiento irradiaba una nueva agitación.

Como si estuviera irritado.

Me tragué mis reservas y me acerqué de forma furtiva, preguntándome qué coño me había poseído. ¿Qué hacía que me resultara imposible alejarme de este hombre al que apenas conocía? Esa intriga crecía cada vez que lo veía, volviéndose un poco más profunda.

Soltó el aire con un suspiro cuando se dio cuenta de que estaba allí, y bebió otro sorbo sin mirarme a los ojos.

—He dicho que gracias —repetí en un tono lo suficientemente alto como para

que me escuchara a pesar del estrépito.

Suspiró y se pasó las yemas de los dedos por los labios, sin volverse hacia mí.

—De nada. —Lo dijo con brusquedad, como si le costara pronunciar las palabras.

—¿Qué tienes contra mí? —lo desafié.

Él tosió antes de soltar una carcajada. Luego negó con la cabeza y me miró un instante. Me miró de verdad, por completo.

—Nada. Pero, sinceramente, hubiera preferido tener que pelearme con ese cabrón.

—Entonces, ¿por qué estás enfadado conmigo?

Suspiró de nuevo, esta vez frotándose la cara con una mano mientras miraba hacia delante.

—Es solo que... Digamos que no es el mejor día para mí.

—¿Qué ha pasado?

Se estremeció, y luego se pasó la mano temblorosa por la mandíbula cubierta por la barba incipiente.

—Rynna Dayne, algunas cosas es mejor no contarlas. Lo único que se consigue al sacar la historia a la luz es recordar lo jodidamente mala que es y que no hay nada en este puto mundo que pueda cambiarla.

Lo estudié, tratando de darle sentido a lo que decía, pero me di cuenta de que era una puerta que estaba cerrada con llave y que no tendría la oportunidad de traspasarla. Así que me senté en un taburete.

Ollie abrió los ojos de par en par al acercarse, pero su atención estaba concentrada en los dos, como si le sorprendiera que Rex pudiera estar hablando realmente conmigo.

—¿Qué puedo servirte? —preguntó Ollie.

—Un margarita estaría bien.

Tanto Rex como yo permanecemos en silencio durante unos momentos, sin decir nada, mientras Ollie mezclaba los ingredientes de mi copa y la dejaba delante de mí.

—Gracias —dije. Y tomé un sorbo antes de echarle una mirada a Rex.

A su perfil.

A su nariz, sus labios y su mandíbula.

Me estremecí y sentí mariposas en el estómago.

—Tienes una hija adorable.

Una sonrisa hizo temblar sus labios.

—Sí..., es un torbellino.

Las palabras era de reverencia absoluta y, por primera vez, Rex dejó caer su coraza. Como si la mera mención de la niña tuviera el poder de conseguirlo.

Entonces, quizá me derretí un poco.

—Me atrevo a aventurar que ese tipo de torbellino es de los mejores que se pueden tener en la vida.

Se rio por lo bajo.

—A veces me pregunto cómo debo manejar a ese pequeño huracán. Apenas logro contenerlo... —A pesar de que parecía divertido, había una corriente subterránea de tristeza. Una pizca de miedo.

Asentí antes de que los dos nos diéramos la vuelta hacia delante para seguir apurando nuestras respectivas bebidas. Era como si los dos necesitáramos un respiro. Un momento para ordenar lo que fuera que estuviera pasando entre nosotros.

Sentí que, quizá en aquel silencio, estábamos firmando una tregua.

El grupo que tocaba en el pequeño escenario que había en el extremo opuesto del bar tocó los acordes de otra canción. Apenas les había prestado atención durante la noche; las canciones habían sido un telón de fondo para el ambiente, un grupo con unos componentes tan modernos como el *pub* en sí.

Pero ahora...

Era una canción que conocía muy bien.

Estaban interpretando una inquietante versión de *Awake my soul*, de Mumford & Sons.

Mucho más lenta y tranquila que la original, y las palabras sonaban llenas de anhelo y angustia. Tristes, pero esperanzadoras de alguna forma. Bebí un poco de margarita, dejándome llevar por los sentimientos. Por el confort que provocaba la voz suave y áspera del cantante, agradeciendo la sorprendente calidez que irradiaba Rex.

La cara de mi abuela revoloteó ante mis ojos, y creí oír su voz susurrándome al oído.

Me mordisqueaba el labio inferior cuando me volví hacia él, y me lo encontré observándome.

Intensamente.

Había algo ardiente entre nosotros. Algo vivo e intenso. Que erizó todos los nervios de mi cuerpo.

Lo miré mientras daba un trago lento a la cerveza. Midiendo sus palabras, con

cuidado.

—Rynna, de verdad, lamento lo de tu abuela. Era una buena mujer. —La tristeza cubrió su rostro—. No creo que haya nada peor que perder a alguien que amas.

La emoción me cerraba la garganta; me sentí aturdida por aquella repentina ternura, lamentando más que nunca su pérdida.

—Me siento como si la hubiera perdido hace mucho tiempo.

La confesión me salió ahogada, como si la hubieran arrancado de mi pecho porque no podía retenerla ni un segundo más.

Su mirada brillante se clavó en mi rostro entre las sombras.

—¿Había pasado mucho tiempo desde la última vez que la viste? —No había acusación en su voz, solo sincera curiosidad.

—Sí.

—¿Por qué te has mantenido alejada tanto tiempo?

Ahogué una risa insegura.

—Porque no fui lo suficientemente valiente.

—Pues a mí me pareces alguien muy valiente —repuso él con el ceño fruncido.

Negué con la cabeza.

—No, no soy valiente. O quizá no fui valiente cuando debía.

La letra de la canción flotó en el ambiente, palabras que hablaban de la vida y de la muerte, de la transitoriedad de nuestros cuerpos. Hubiera jurado que noté que Rex se ponía rígido.

Le toqué el brazo, incapaz de detenerme. Mi piel se erizó ante su contacto. Me miró y después se apartó, alejándose también de la barra.

Sorprendida, me di la vuelta hacia él.

Noté que arqueaba la espalda antes de mirarme... presa del pánico.

—Rex...

Se pasó la mano por la cara, cortando de golpe cualquier conexión que hubiéramos compartido.

—Tengo que salir de aquí.

Luego se giró, atravesó la multitud, empujó la puerta y desapareció en la noche, dejándome allí sentada, mirando el espacio que había dejado atrás. Me pregunté qué había hecho mal.

8

REX

Me sentía agitado.

Cabreado y confuso.

Algo hacía que me estremeciera hasta los huesos.

Por mucho que lo intentara, no había forma de librarme de ello. No podía deshacerme de la ira que me había perseguido durante la noche anterior y esa mañana.

Era la furia cegadora que se había apoderado de mis venas cuando la vi acorralada por aquel trozo de mierda.

¡Joder! Me había invadido en el momento en el que levanté la vista de la mesa y lo vi hablando con ella.

Ni siquiera la conocía, y estaba seguro de que no era mía, pero no podía soportar la idea de que se fuera con él. De que ella estuviera en su casa o de que él pisara la de ella.

Pensar en que la siguiera escaleras arriba hacía que quisiera arrancarme los ojos. Los imaginé cayendo en la cama.

No me resultaba sorprendente que un hombre atractivo creyera el erróneo concepto de que tenía derecho a tender la mano y coger lo que deseaba, con independencia de que la otra parte quisiera o no.

Hubiera disfrutado enseñándole una lección. Iluminando a aquel cabrón sobre lo que era mostrar un poco de respeto.

Pero ese era el problema cuando alguien te conmovía; cuando se te metía debajo de la piel. Cuando te hacía comenzar a madurar todo tipo de ideas tontas. Ideas para involucrarse en asuntos que no eran de tu incumbencia.

Trasabas una línea y no había vuelta atrás.

Ese hecho nunca había sido tan sorprendente como cuando ella se me acercó cuando estaba en la barra y me tocó. Estaba haciendo que deseara cosas que no podía tener.

Cosas a las que no tenía derecho.

Pero no me importaba.

Ya había pasado por eso, y sabía que tenía que alejarme antes de hacer algo que

no tuviera marcha atrás.

Antes de cruzar la línea que no podía traspasar.

Tenía una prioridad.

Un objetivo.

Y también una razón para seguir mi camino.

Y esa razón estaba acercándose a mí.

Con el cabello revoloteando tan libre como su espíritu. Sonriendo de oreja a oreja con una expresión tan radiante como el sol que surcaba el cielo sobre su cabeza.

Cuando acerqué la *pickup* a la acera, ella ya había salido de casa de mi madre con los brazos levantados.

—¡Papá! —Su voz flotaba en el viento.

Salté del vehículo y fui hacia ella. Cuando la alcancé, la cogí en brazos y la lancé al aire. Dejé que su risa me envolviera. Un profundo recordatorio de lo que estaba viviendo. La estreché con fuerza mientras ella me rodeaba el cuello con un abrazo mortal.

—¡Papá! ¿Sabes qué?

Me eché atrás un poco para verle la cara.

—¿Qué?

—La abuelita me ha dado pinturas, así que he pintado un árbol, una montaña y una ardilla, y ahora quiero ser artista, así que quiero ir a clases de dibujo, y también seré la mejor bailarina del mundo y Wonder Woman cuando vaya al gimnasio contigo.

Entonces vi la gruesa capa de pintura blanca en su mejilla y el arcoíris de salpicaduras de su camisa.

Miré a mi madre, que sonreía como el gato de Cheshire apoyada en el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Así que también serás pintora, ¿eh?

—Mmm... La abuelita me ha dicho que mi cuadro es muy bonito. ¿Crees que si lo vendiera sacaría el dinero suficiente como para comprar un perro? ¡Oh, papá! ¡Quiero tener un cachorrito!

Me reí por lo bajo, porque no podía hacer otra cosa.

—No creo que tener un perrito sea una buena idea en este momento, Frankie Leigh.

—¡Oh, papá! Pero... —Me hizo un puchero con los labios antes de sonreír—. ¿Quieres ver mi dibujo?

Me reí.

—Nada me gustaría más.

No me había equivocado: esa niña era un torbellino. Un alma inquieta que giraba de una idea a otra sin darme tiempo para procesar la primera. Tierna hasta límites insospechados. Lo más probable era que todos esos sueños e ideas surgieran de lo más profundo de ella.

Arqueé una ceja en dirección a mi madre mientras me acercaba.

—Así que volvemos a pintar, ¿no?

Con un paso más me planté ante mi madre y la besé en la mejilla.

—¡Oh, sí! —dijo con una sonrisa creciente—. Sin duda volvemos a pintar. Lo hemos pasado genial, ¿verdad, Frankie Leigh?

—Es muy, muy, muy divertido. ¿Puedo venir a estar aquí todas las noches?

—¿Y dejar a papá solo? —Fingí sentirme ofendido.

—¡Oh, no, papi! —El horror de Frankie era real—. Tú también puedes pasar aquí la noche, ¿verdad, abuela?

—Oh, garbancito, creo que tu padre es demasiado mayor para pasar la noche fuera de casa. A menos que empiece a alternar de forma adecuada. Ya sabes, como un adulto.

Lo último lo murmuró por lo bajo, e incluso tuvo el descaro de lanzarme un guiño. Mi madre acababa de cumplir cincuenta y dos años, y le habían sentado la mar de bien. El tiempo la ha tratado con mimo, y su espíritu era tan libre como el de Frankie.

—Vale, mamá... Muy astuta.

Se rio.

—Oh, todo el mundo necesita un pequeño empujón en la dirección correcta de vez en cuando. Hablando de eso, ¿qué tal te lo pasaste anoche?

Me encogí de hombros.

—Nada notable.

Lo que era una mentira *notable*. Pero lo último que quería era mencionar a Rynna. Mi madre cruzaría la calle tan rápido para conocerla que no llegaría a escuchar el final de mi historia.

Levanté de nuevo a Frankie y la obligué a girar en dirección al dormitorio.

—Ve a por tus cosas, garbancito.

Mientras desaparecía por el pasillo, me incorporé y miré a mi madre. Era obvio que estaba muriéndose por saber cualquier detalle jugoso que pudiera sacarme.

—Quedé con Ollie y Kale para tomar unas copas y luego volví a casa —

expliqué.

A pasar una noche larga e inquieta.

Mi madre frunció los labios.

—No eres nada divertido. Aquí estoy yo, que me presto con amabilidad a atender a tu hija durante toda la noche, y ni siquiera aprovechas para pasar una noche salvaje. Que es lo que yo haré esta noche.

—Eres una influencia terrible —aseguré al tiempo que negaba con la cabeza—. Creo que voy a tener que reconsiderar vuestras fiestas de pijamas.

Se llevó la mano al corazón.

—No te atreverás...

—No me pongas a prueba. —Era un farol.

—¿Qué tal los chicos? —preguntó con afecto.

No pude evitar curvar los labios.

—Bueno, Kale libra este fin de semana, así que estoy seguro de que está divirtiéndose por él y por mí. Ollie... Es que ayer hacía doce años.

—Oh... —suspiró—. No me acordé. ¿Qué tal está?

—Tan bien como se puede esperar, supongo.

O quizá peor de lo que se podía esperar. A saber... Dios sabía que yo no me había olvidado de nada todavía.

En el aire flotaba un rítmico silencio, como si la tristeza siempre estuviera acechando allí, en el fondo, antes de que Frankie la rompiera.

—Mira, papá —me dijo mi hija cuando regresó al salón con la mochila colgando de los hombros, una cartulina en una mano y una muñeca apretada contra el pecho con la otra. Orgullosa, levantó el dibujo, que no era más que gruesos trazos de colores.

—Es precioso, garbancito.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —Cambió de tema de inmediato—. ¿Quieres ir a nadar?

La mecí en mis brazos.

—¿Eso es lo que te apetece? ¿Ir al lago?

Esbozó una sonrisa de oreja a oreja que tuvo la capacidad de borrar todas las tonterías de mi mente. Mi corazón estaba lleno de amor.

De devoción.

—¡Sí!

Le pasé una mano por el pelo rebelde.

—Entonces, parece que vamos al lago.

La luz de mis faros cortó las sombras del atardecer.

El sol estaba a punto de desaparecer por el horizonte, y la tierra estaba envuelta en ese azul oscuro que invadía el aire justo en los momentos previos a que la noche sustituyera al día.

Había pasado el día con Frankie en el lago, jugando en el agua, paseando, encendiendo un fuego para cocinar las hamburguesas que habíamos comprado antes de emprender el viaje a nuestro lugar favorito. El más calmado del lago, una playa aislada bajo un cielo sin nubes.

Había sido una tarde perfecta.

Los veinte minutos del trayecto de vuelta habían arrullado a Frankie para que se quedara dormida en el asiento trasero de la *pickup*, con la cabeza caída a un lado, dormitando.

Dejé el vehículo en el camino de entrada junto a la casa, y apagué el motor antes de acercarme a Frankie, desabrocharle el cinturón de seguridad y cogerla en brazos. Me resultaba muy pequeña y liviana en momentos como ese, cuando toda su energía se había agotado y solo era una pequeña criatura a mi cuidado. Cuando necesitaba que la protegiera y mantuviera a salvo. Que fuera su refugio y su puerto.

Me incliné con ella hacia un lado para poder meter la llave en la cerradura y entrar en la quietud de la casita. Había hecho todo lo posible para que fuera un hogar. La mitad del tiempo, sentía que no tenía ni la más puñetera idea de lo que estaba haciendo, pero me levantaba cada mañana para seguir adelante.

Frankie apenas se movió cuando la acosté en su cama, le quité las sandalias, le puse el pijama y la cubrí con la sábana fresca. Miré su cabeza sobre la almohada, con aquellos rizos salvajes revueltos a su alrededor. Se los aparté de la cara mientras la miraba y me pregunté cómo podía salir algo tan bueno de una situación tan jodidamente mala.

Me pregunté si ella era mi bendición.

Mi indulto.

O si la insana preocupación que constantemente se agitaba en mi interior era otro elemento de la maldición que me atormentaría durante el resto de mis días.

Empujé aquellas inquietudes a las profundidades de mi espíritu antes de inclinarme para besarle la frente, prometiéndole en silencio que nada de eso era importante.

Que nada cambiaría la devoción que sentía por ella.
Que aquel loco amor había inundado cada célula de mi cuerpo desde la primera vez que la tuve entre mis brazos.
Que ella había calentado mi vida aquella fría noche de invierno.
Que se había convertido en una llama permanente.
Una que pensaba que se había apagado para siempre.
Me incorporé con un suspiro y salí de la habitación arrastrando los pies, dejando la puerta abierta así como la luz encendida en el pasillo por si me necesitaba. Luego fui a la cocina, cogí una cerveza fría de la nevera y la abrí.
Tomé un buen trago mientras miraba por la ventana. Era la misma imagen que había visto desde el día que me mudé. Sin embargo, dudaba mucho que pudiera volver a considerar la vista de la misma manera.

9

RYNNA

El horno empezó a pitar.

Me puse de los nervios y salí disparada hacia él mientras cogía los guantes para sacar la tarta del horno. Un aroma dulce y decadente inundó la cocina con un calor hogareño.

—Perfecto —murmuré por lo bajo con el pecho hinchado de orgullo y algo de melancolía mientras observaba la forma en la que se había dorado la parte exterior. El azúcar con el que había rociado la parte superior se había caramelizado a la perfección, y las cerezas burbujearon a través del agujero del medio.

Me atravesó la fugaz idea de que esta era la parte fácil. Hornear algo bien. Lo difícil era cambiar de mentalidad. Atraer a la gente a lo que tenía que ofrecer y convencerlos de que eso era, exactamente, lo que necesitaban.

Que Dios me ayudara, porque Rex Gunner iba a ser mi primer cliente. Y no estábamos hablando de dólares y centavos, sino de confianza y camaradería.

De amistad.

Si era sincera conmigo misma, habría admitido que me habría gustado imaginar más. Habría admitido que había algo en él y su hija que me llamaba. Que despertaba ese lugar en mi interior que prefería ignorar, un lugar que siempre había deseado las cosas simples de la vida.

«Lo simple es lo mejor».

¿Cuántas veces me había dicho eso mi abuela mientras trabajaba en una de sus recetas, que siempre relacionaba tan fácilmente con la vida? Por lo menos, me habría gustado encontrar una tregua en la guerra fría que Rex parecía intentar librar contra mí cuando yo no era culpable ni de haberle ofendido ni de ningún crimen.

Dejé que la tarta se enfriara durante unos minutos, mientras reunía valor y me ponía los zapatos. Salí a la noche. Una vez más me sorprendió la abrumadora sensación de comodidad. El aroma fragante de la madreselva. El sonido de los insectos que trinaban en los arbustos. Los imponentes árboles que susurraban con la brisa.

Era mi hogar.

La pequeña ventana que me proporcionaba una guía directa a la casa de Rex me mostraba una luz encendida. Podía verlo sentado a solas a una pequeña mesa, en la cocina, pasándose una mano por el pelo mientras bebía una cerveza. Parecía un ser solitario a pesar de que lo había visto regresar a casa con su hija hacía unos cuarenta y cinco minutos.

Ya no sentía que espiándolo estuviera violando su privacidad.

Me parecía que era parte de la misión.

Que tenía un propósito para que él estuviera mejor. O quizá para que su hija estuviera mejor. No lo sabía...

Solo era consciente de que no había absolutamente nada que pudiera hacer por él más que presentarme ante su puerta con una ofrenda de paz.

Un agradecimiento.

Sujetando la tarta con ambas manos, empujé la puerta con el codo. Se me aceleró el corazón cuando escuché el roce de las patas de la silla contra el suelo, y el crujido dentro de la casa hizo que mi sangre se convirtiera en un rayo corriendo por mis venas.

Entonces sentí su presencia claramente al otro lado de la puerta, como si su ardiente severidad traspasara la madera.

Bien podía ser una profunda brecha entre nosotros.

Porque podía sentir su conflicto interno, su renuencia.

Dios, ¿por qué tenía ese efecto sobre mí?

Y era algo que solo se hizo más grande al sentir su resignación, al oír que deslizaba lentamente el cerrojo, al percibir el crujido de las bisagras. Apenas abrió la puerta, mostrando solo un cauteloso ojo visible.

—¿Qué haces aquí, Rynna?

Levanté las manos para que pudiera ver lo que sostenía.

—Te he horneado una tarta.

—¿Por qué lo has hecho? —Su tono rezumaba exasperación cuando abrió la puerta un poco más.

—Porque es de buenos vecinos.

Me empecé a irritar, pero luego recordé la forma en la que había salido a defenderme. La manera en la que me había hablado en el bar..., con sinceridad. Parecía que quisiera dejarme entrar, pero no supiera cómo o si podría hacerlo. Luego se había alejado de repente, como si de repente yo fuera un peligro para él.

—Anoche me salvaste, Rex —añadí con sinceridad—, y quería agradecértelo de forma adecuada.

—No es necesario —repuso con sequedad. Y si no hubiera notado un destello en el fondo de sus pupilas, me lo habría creído.

—Es que...

—Por favor..., déjanos en paz, Rynna. —Era un ruego.

Empezó a cerrarme la puerta otra vez en las narices, pero se detuvo con un estremecimiento cuando una vocecita tierna y llena de emoción nos interrumpió.

—¿Señora Dayne? ¿Qué hace aquí?

La niña se frotó los ojos empañados con sus pequeños puños. Me fijé en que aquella niña daba a la expresión «pelos de loca» un significado totalmente nuevo. Rex se quedó a un lado, con los labios apretados mientras tragaba saliva, lo que hacía que tuviera que fijarme en que su nuez subía y bajaba de forma compulsiva en aquel cuello que me hacía perder el hilo de mis pensamientos.

—Hemos estado todo el día en el lago... —dijo él a la defensiva—, y no se ha bañado antes de quedarse dormida.

—Ya no estoy cansada, papá —aseguró ella, moviendo la cabeza como si estuviera deshaciéndose de la idea de volver a la cama.

—Es tarde, Frankie Leigh.

Ella ignoró por completo a su padre cuando, con una sonrisa de oreja a oreja, se lanzó hacia delante y me rodeó el muslo con sus bracitos antes de mirarme.

—¿Qué llevas ahí? ¿Una Pepper Pie? ¡Es deliciosa! —Dio unos saltos mientras tiraba de la camiseta de su padre—. ¡Papá! ¡Ha traído una Pepper Pie! ¿Es para mí?

Al menos alguien agradecía mis esfuerzos.

—Claro que es para ti —asegué sonriendo—. Pero ahora mismo está muy caliente, así que tendrás que esperar hasta mañana para poder comértela sin que te quemes. Si a tu padre le parece bien, claro. Y asegúrate de guardarle un trozo por si quiere. ¿Vale?

—¡Vale! —Me miró mientras parpadeaba—. Quiero tener un perrito.

Cambié el peso de la tarta de una mano a la otra sutilmente porque la temperatura había traspasado el guante.

—¿En serio?

—Sí. Pero papá me ha dicho que ahora no es una buena idea. ¿Tú tienes buenas ideas?

—Mmm... No estoy segura. —Solté una risita mientras me inundaba el

corazón una profunda ternura. Quizá fuera demasiado adorable, porque en ese momento probablemente le habría dado todo lo que ella me hubiera pedido.

Cambié la tarta otra vez de mano, y Rex suspiró.

—¿Tan caliente está? —Apretó los dientes cuando lo preguntó, casi como si temiera mi respuesta. Como si no quisiera preocuparse pero no pudiera evitarlo.

—Un poco —confirmé, moviéndola de nuevo.

Él miró al suelo soltando una maldición, aunque la dijo tan bajito que solo la descifré porque leí el movimiento de sus labios, suaves y llenos. Dio un paso atrás con un suspiro de resignación y abrió la puerta por completo.

—Venga, adelante..., déjala en la encimera de la cocina.

Por la forma en la que lo dijo, cualquiera habría pensado que la invitación le provocaba dolor físico.

—Gracias —susurré al tiempo que me colaba dentro, rozando su cuerpo con el mío al pasar.

No pude reprimir un leve jadeo, pues el calor que sentía en las manos no era nada comparado con el que me quemaba la piel. Me sentía atraída por él de pies a cabeza. Estaba segura de que era la emoción más tonta que hubiera sentido nunca.

Porque era profunda.

Abrumadora.

Demasiado intensa.

Cogí aire y me obligué a recorrer el resto del camino hasta la cocina.

—Guau... —Me había quedado boquiabierto. El interior de su casa no era lo que esperaba. Me había imaginado algo parecido a la casa de mi abuela, un hogar pintoresco y confortable que necesitaría, entre un millón de cosas, una capa de pintura. Un lugar en mal estado y sin estilo.

Pero Rex había redecorado la casa por completo. El suelo era de preciosa y brillante madera, y la moldura blanca que adornaba los techos hacía juego con la chimenea y la repisa de esta, que era el punto focal de la estancia. En la pared de encima, colgaba una pantalla enorme, y en el centro de la habitación había un conjunto de sillones de cuero marrón.

Y la cocina...

¡Santo Dios!

La cocina...

Era un sueño hecho realidad con aquella isla, el horno enorme y un fregadero estilo granja. La pequeña mesa que veía a través de mi ventana ocupaba un lugar

en medio de las dos estancias.

—Es increíble.

De repente, recordé que Lillith me había dicho que él había hecho crecer una pequeña empresa de construcción para convertirse en el mayor contratista de la zona.

Me giré hacia él.

—¿Lo has hecho tú?

Sus hermosos rasgos se vieron cubiertos por una expresión de incomodidad, una vulnerable humildad que atravesó su rígida coraza.

—Me dedico a ello.

—Sin duda haces un buen trabajo. —No tenía intención de decirlo con un susurro; no quería perderme en su mirada, ni que se me secara la boca ni que sintiera mariposas aleteando en el estómago. Y venga a pensar en mariposas...

Pero apretó los dientes y se puso rígido ante mi cumplido.

Me tragué el nudo de la garganta al tiempo que me obligaba a darme la vuelta para tomar aliento. Para tranquilizarme. Dejé la tarta encima de la encimera antes de volver a girarme.

—Lamento haber irrumpido de esta forma. Solo quería darte las gracias. Espero que disfrutéis de la tarta. Sé que a mi abuela le habría gustado que os la hiciera.

Traté de escaparme, pero Frankie me agarró el dedo meñique con su puño.

—¿No quieres ver mi habitación? —preguntó con el mismo tono emocionado de siempre.

Yo miré a Rex.

La misma ira del primer día, una ira que no podía comprender y que parecía que él apenas podía contener, hizo llamear sus ojos. Brillantes brasas que destellaron bajo la luz de la lámpara que colgaba del techo.

—No creo que sea una buena idea en este momento —le dije a la niña, aunque apenas podía pronunciar las palabras—. Creo que deberías estar durmiendo.

—Oh, ya lo sé. Pero puedes leerme tú la historia de antes de dormir. ¿Qué te parece? ¿No quieres leerme? ¿Puede, papá? —Le sonrió a su padre, completamente ajena a la repentina furia que bullía bajo la bronceada piel masculina y a los músculos tensos.

—Es que....

—Oh, por favor..., por favor..., por favor...

Miré a Rex en busca de ayuda, sabiendo que estaba traspasando los límites. Mi

misión había hecho que me internara demasiado en territorio enemigo, y había pisado una mina.

Pero, aunque pareciera imposible, él se suavizó cuando la miró. Como si aquel pequeño huracán fuera su calma.

—Cinco minutos, Frankie Leigh; luego apagaré la luz.

—Vale, papi. Cinco minutos —prometió con resolución. Luego se dio la vuelta y me llevó por el pasillo que comenzaba en un punto entre el salón y la cocina, enfrente de la mesa.

Tropecé cuando miré por encima del hombro a su padre.

Rex tenía miedo.

Era tan evidente debajo de ese duro, inflexible y hermoso exterior, que noté una opresión en el pecho, como si un puño me apretara el corazón.

El terror de su expresión me atravesó como una tormenta.

Azotándome y desgarrándome por dentro.

Aparté la mirada y seguí a Frankie a su habitación, preguntándome qué demonios había esperado cuando había decidido hacerle la tarta.

De lo que estaba segura era de que no era esto. Tampoco me importaba. El puño que me oprimía el corazón se cerró todavía más cuando Frankie se dio la vuelta y levantó los brazos para mostrarme su habitación. Su expresión era de puro orgullo al mirar ese mundo rosa.

—¿Te gusta? ¡Mi padre me dejó ayudarlo a pintar las paredes, me llevó a la tienda y fui yo quien eligió los cajones y todo lo demás. ¿Sabes que hoy he estado pintando? Pienso ser pintora. Mi abuela dice que puedo serlo.

Pasé la vista por las paredes, que eran rosas. De un rosa profundo, salpicado con referencias a cuentos de hadas y finales «felices para siempre». En un lado vi el débil contorno de un arcoíris, con unicornios y princesas escondidos entre los trazos de color.

Era algo delicado.

Tierno.

Hermoso.

En una de las paredes del fondo había un caos de color, pinceladas desdibujadas y manchas claramente añadidas por una mano pequeña.

¡Oh, Dios mío! ¿Quién era ese hombre?

Frankie se arrodilló ante una librería y cogió un volumen delgado y desgastado, que agitó en el aire.

—Este es mi favorito.

—¿*Stelaluna*? —pregunté, con una pequeña sonrisa al ver el adorable murciélago de la portada. Una historia desconocida para mí.

—Sí.

Se subió a la cama.

—Léemelo.

Me puse de rodillas junto al borde de su cama.

—Vale.

Lo abrí y empecé a leer. El nudo que tenía en la garganta crecía cada vez más con cada página. Había algo en la forma en la que Frankie me escuchaba, calmada y contenida, pegada a las palabras que surgían de mi lengua mientras leía sobre un bebé de murciélago que había perdido a su madre, y que había sido criado por una madre pájaro, reuniéndose con su madre al final, aunque seguía siendo amigo de los pájaros que lo habían acogido en su nido.

¿Por qué creí que me pondría a llorar cuando terminé la última página? Después de todo era un final feliz. Pero allí estaba, como si el aire me oprimiera cuando volví a mirar a Frankie. Tenía la sábana subida hasta la barbilla y se aferraba a ella.

—¿Sabías que he perdido a mi madre?

Me lo susurró como si fuera un secreto.

Como si me ofreciera su confianza.

Supuse que era eso, pero no estaba preparada para ese tipo de oferta. Me temblaba la mano cuando la alargué para recorrerle la mejilla con los nudillos.

—Lo siento mucho, Frankie. Yo también perdí a mi madre cuando era pequeña.

—¿De verdad? —Se le abrieron los ojos de par en par.

—Sí.

—¿Y la encontraste? —preguntó en voz todavía más baja.

—No. Lo intenté, pero creo que ella no quería que diera con ella. Pero ¿sabes qué? Mi abuela me quería tanto y me cuidó tan bien que no me sentía triste.

Esbozó una sonrisa tan tierna que el puño que me oprimía el corazón se tensó. Se apretó con tanta fuerza que me dificultó la respiración.

—Papá me cuida muy bien y me quiere mucho, muchísimo.

—Parece un buen padre.

Asintió enérgicamente.

Inclinándome hacia delante, le di un breve beso en la frente, consciente de que tenía que salir de allí antes de perderme más.

—Me voy. Han pasado más de cinco minutos, y deberías dormir.

—Vale —susurró. Me miró con nuestras narices a unos centímetros de distancia.

Sonreí, profundamente atraída por el corazón de aquella niña, antes de obligarme a ponerme en pie. Mis pasos se hicieron más lentos mientras atravesaba su habitación. Apagué la luz y cerré la puerta, pero en el último segundo la dejé entreabierta. Por puro instinto.

Recorrí el pasillo en silencio, impulsada por el turbulento silencio que revoloteaba en el ambiente. Me apreté las manos contra el vientre al ver a Rex en medio de la cocina. Su expresión indicaba que había escuchado la conversación que había compartido con Frankie.

Furia, rota y quebrada.

Que manaba de él como un torrente de agonía.

—Me voy —murmuré.

Bajé la cabeza y me acerqué a la puerta, sin saber si estaba arrepentido de haberme dejado entrar o si le sorprendía haberlo hecho. Me sentí idiota. Simple e imprudente. Porque había ido en busca de algo que no había entendido.

Y acababa de tener el presentimiento de que, en realidad, sus vidas eran inestables y tenían los pies de barro.

Que eran frágiles.

Que dependían de un equilibrio tierno, amoroso e imperfecto.

Que solo era necesario un paso en falso para que todo fracasara.

Había llevado la mano al pestillo cuando sentí la ráfaga de intensidad a mi espalda, la sofocante tensión, el movimiento que robaba todo el aire de la habitación.

Me giré y pegué la espalda a la puerta cuando lo vi acercarse.

Más y más.

No me estaba tocando, pero me sentía como si lo hiciera.

Apoyó una mano en la puerta, por encima de mi cabeza, e inclinó la cabeza hacia mí.

—¿Qué coño crees que me estás haciendo, Rynna? —me gruñó de forma entrecortada al oído.

La lujuria y la confusión me hicieron temblar hasta la médula de los huesos cuando me empujó y me atrajo más cerca de su cuerpo. Pensé que quizá ninguno de nosotros era capaz de ignorar aquella abrumadora atracción. Porque la fiebre que ardía en mis venas prendía fuego en mi vientre. Era algo tórrido,

abrasador...

No fui capaz de hablar.

—Dímelo, Rynna. ¿Qué quieres de nosotros? —murmuró con la voz ronca y salvaje—. Porque no tengo nada que ofrecerte, y no dejaré que nos quites nada más.

Intenté procesar lo que decía, lo que quería decir aquello.

Pero no podía enfocarme. No podía ver. Solo sentía el calor que irradiaba entre nosotros.

Una ola tras otra, que me cegaban.

Contuve el aliento, y él se acercó más. Introdujo una rodilla entre mis piernas al tiempo que plantaba las dos manos en la puerta, sobre mi cabeza.

Dejándome enjaulada.

Sentí el sonido estrangulado que emitió antes de que se convirtiera en un gemido cuando se apretó contra mí.

Ese hombre estaba duro.

Era muy grande.

Y abrumador.

El calor que yo sentía llegó a su punto de ebullición, y un deseo palpitante explotó entre mis muslos.

—Oh, Dios... —Gemí cuando frotó la polla contra mi cadera.

Un sonido desesperado retumbó en su pecho. De repente, posó una mano en mi mejilla y puso el pulgar debajo de mi barbilla para levantarme la cara. Así no podía eludir la ferocidad de su mirada. Leí rabia, contención y deseo. No podía descifrar lo que estaba sucediendo. El impulso y el control. El odio y la necesidad.

—Es que... —Apenas podía hablar—. He pensado que quizá necesitarías un amigo.

—Ya te he dicho que tengo todos los amigos que necesito.

—Vale, Rex... —Me sentía tan frustrada que mis palabras fueron frías—. No necesitas más amigos. O quizá sí. Y tal vez, solo tal vez, yo no quiera ignorar esto.

Cerré los dedos sobre su camiseta, sintiendo el salvaje latido de su corazón bajo la palma de mi mano. Era pura energía contenida.

Una brillante oleada de neón ardía entre nosotros.

Como si fuera un hilo que nos uniera.

Lleno de electricidad.

Noté que apretaba los dientes y que se acunaba contra mis muslos. Me hundió más la punta de los dedos en los costados, como si no supiera si acercarme o obligarme a alejarme.

—Esto no está bien, Rynna. No puedes hacerme esto.

—¿Hacerte el qué? —susurré.

—Hacer que te desee.

—¿Por qué?

Una expresión de dolor atravesó sus rasgos.

Luché por formar las palabras, forzándolas a salir por fin para enfrentarse al espeso aire.

—Lo último que quiero es hacerte daño. ¿Crees que no veo que ya te han lastimado suficiente?

Vi con fascinación la forma en que le subía y bajaba la nuez.

—No me conoces, Rynna.

—Por eso estoy aquí. Porque quiero conocerte.

Se apartó con una mueca de arrepentimiento, poniendo espacio entre nosotros.

—No es posible.

Me encogí ante el rechazo, y mis viejas inseguridades salieron a flote para intentar tomar el control. Las bloqueé como pude, oponiéndome a las cadenas que suponían.

—¿Porque tienes miedo o porque no me deseas?

Soltó una risa amarga al tiempo que se pasaba las manos por la cara.

—Es algo un poco más complicado que eso.

—Puedes contármelo, Rex.

Negó con la cabeza.

—Deberías irte a casa. Se está haciendo tarde.

La decepción me atravesó como una ola pesada y opresiva.

—Quizá solo eres un cobarde.

Noté que se estremecía antes de darme la vuelta para abrir la puerta. Había empezado a alejarme cuando su voz me llegó desde atrás.

—¿Sabes lo que se siente cuando te abandonan, Rynna?

Había un tono de súplica en sus palabras. Me volví lentamente para mirarlo. Rex se había metido las manos en los bolsillos de los vaqueros, y su expresión me rogaba que percibiera algo que él no me permitía ver. Me tragué todo lo que quería decirle y me limité a asentir moviendo lentamente la cabeza. Luego seguí mi camino silenciosamente.

En el momento en que pisé la acera, me inundaron los recuerdos. Porque, si algo conocía bien, era la sensación que te invade cuando te abandonan.

RYNNA, A LOS CINCO AÑOS...

Unas ráfagas de aire frío azotaban el patio de juegos. La risa flotaba en él desde los grupos de niños que corrían por los campos, mientras jugaban a pesar de los pesados abrigos invernales.

Yo tenía la cabeza hundida entre los hombros y las manos a punto de congelárseme mientras rodeaba las cadenas metálicas con los dedos. Apenas tocaba el suelo con la punta de los dedos de los pies, y los estiré para impulsar lentamente el columpio.

Levanté la vista cuando pasó corriendo un grupo de niñas.

Se reían.

A carcajadas.

Notaba una sensación rara en el pecho y me dolía la barriga. Alcé la cabeza cuando una sombra me bloqueó el sol de repente. Quise sonreír, pero no supe cómo hacerlo.

—Corinne Paisley —me dijo mi abuela con ternura. Se arrodilló ante mí y me cubrió las manos heladas con las suyas.

—Abuela...

—¿Por qué no estás jugando, cariño?

—No me quieren.

Frunció el ceño.

—¿A qué te refieres con que no te quieren? Te han invitado. Eso significa que esa niña quería que vinieras.

—Han dicho que soy demasiado lenta —susurré.

Mi abuela resopló.

—¿Demasiado lenta? Si eres lo más rápido que he visto en mi vida...

Negué con la cabeza mientras me aferraba con más fuerza a las cadenas.

—No, abuela.

Mi abuela me pasó los nudillos por la mejilla antes de ponerme el dedo índice debajo de la barbilla, y me obligó a mirar sus ojos sabios.

—¿Por qué dices eso?

La sensación en la barriga era más intensa todavía. Me dolía tanto que pensé que iba a vomitar.

—No he podido atraparla, abuela. No pude coger a mamá. Corrí lo más rápido

que pude..., pero no lo conseguí.

Mi abuela se incorporó y me tendió la mano.

—Venga, cariño. Vámonos a casa.

10

REX

Me incorporé para sentarme. La oscuridad jugaba en las paredes de mi dormitorio, iluminadas con los frágiles rayos de luna que entraban por la rendija de las cortinas. Parpadeé para alejar el sueño que había tenido, para despejar la pesadilla que me había empapado la piel de sudor. Miré el reloj de la mesilla, que me informó de que acababan de dar las tres de la madrugada y ya era lunes.

Esta vez... Esta vez no había sido el sueño lo que me había arrancado de mis sueños.

Incliné la cabeza y me concentré en el débil sonido que se filtraba en mi habitación.

Era un lloro.

No necesité nada más para apartar las sábanas y levantarme. Salí volando hacia el dormitorio de Frankie, y patiné los últimos metros hasta su cama.

No estaba completamente despierta, solo gemía en sueños.

—Shhh... ¿Qué pasa, garbancito? —susurré mientras la abrazaba, apartándole el pelo que tenía pegado a la frente.

Me recorrió un escalofrío de terror.

Estaba caliente.

Le apreté la palma de la mano contra la frente y noté que tenía la piel pegajosa por el sudor.

¡Joder! Estaba ardiendo.

Parpadeó y me buscó con los ojos entre las sombras.

—Papá, no me encuentro bien.

La cogí entre mis brazos mientras le daba un montón de besos contra la sien, como si la simple acción tuviera el poder de calmar cualquier incomodidad que ella pudiera sentir. La llevé a mi habitación luchando contra el pánico que se agitaba en mi interior, encendí la luz y fui directo al cuarto de baño, donde también apreté el interruptor.

Frankie parpadeó ante aquella repentina claridad.

—Lo siento, garbancito —murmuré, dejándola sentada en la encimera del lavabo pero con una mano sobre ella mientras revisaba el botiquín en busca de

un termómetro—. ¿Qué te duele? —pregunté mientras quitaba a tientas el capuchón de plástico.

—Todo...

Me temblaban las manos, y me llevó un rato poner aquella puta cosa en el lugar correcto. Me obligué a ir más despacio y a tener cuidado mientras le metía el extremo en la oreja. El corazón me tronaba en el pecho mientras esperaba los cinco segundos de rigor para que tomara la temperatura.

Cuarenta grados centígrados.

¡Joder!

El pánico se incrementó.

«Es mucho, ¿verdad?».

Lo cierto era que no pensaba arriesgarme nunca con respecto a la salud de Frankie.

Le di una dosis de paracetamol, luego cogí una toalla del armario de la ropa de casa, la empapé en agua fría y se la apreté contra la frente. La sostuve allí mientras la llevaba en brazos a mi cama, y la dejaba sobre ella.

—Espera un poco, Frankie. Papá hará que te pongas bien.

Solo hizo un gesto de asentimiento, con confianza, y se acurrucó en posición fetal, abrazándose a la muñeca con la que siempre dormía. Me vestí —camiseta, vaqueros y zapatillas deportivas—, antes de volver a cogerla en brazos para, cogiendo las llaves y la cartera en la mesa de entrada al pasar, salir corriendo a la noche.

La hora era intempestiva, la luna flotaba en el cielo por detrás de un grupo de nubes tenues. Abrí de golpe la puerta trasera de la *pickup* y la senté en el elevador. Le abroché el cinturón con rapidez y corrí para ocupar mi sitio detrás del volante. Metí la llave en la ranura y la giré.

El motor no arrancó.

—Mierda... —murmuré por lo bajo. Apreté el acelerador y lo intenté de nuevo.

No conseguir nada hizo que un lento temor me recorriera de pies a cabeza.

«Mierda...».

Las luces de la cabina no se habían encendido cuando abrí las puertas. Levanté la vista al techo. La luz cenital seguía brillando.

«Mierda».

Frankie la había encendido para poder hojear un libro mientras volvíamos del lago el sábado por la noche, y me había olvidado de apagarla. La batería estaba

descargada.

—Mierda... —Hice tamborilear los pulgares sobre el volante. Estaba calculando cuánto tiempo me llevaría sacar el cargador de baterías del cobertizo y ponerlo en marcha cuando percibí un movimiento por el espejo retrovisor.

La casa que quedaba a nuestra espalda estaba bañada por la luz de la luna, y las ventanas estaban oscuras.

Seguramente esa mujer me odiaba.

Al menos debería hacerlo.

No me podía creer todavía lo que le había hecho dos noches antes, la forma en la que me apreté sin remedio contra ella, disfrutando aunque fuera un poco de lo que no podía tener. Y nadie sabía mejor que yo que ella no era para mí.

Pero no había podido detenerme después de lo que había pasado en la habitación de Frankie. La silenciosa comprensión que había derramado Rynna, como si realmente pudiera comprender lo que Frankie y yo habíamos pasado. Como si ella hubiera sufrido la misma mierda. Lo ideal habría sido limitarme a darle las gracias. Pero no, me había portado como un gilipollas. Me había acercado demasiado a ella. La había tocado porque no había podido reprimirme. Y menos cuando me sentía envuelto por su presencia, su olor a cerezas y azúcar, condenadamente dulce.

Nada de eso importaba en ese momento. Solo importaba Frankie, que gemía en el asiento trasero moviendo la cabeza hacia los lados. Lo peor de todo era que no sabía si estaba dormitando o entrando y saliendo de la consciencia. Eso no tenía nada que ver con lo ocurrido.

Me bajé de la *pickup*, abrí la puerta de Frankie y la cogí en mis brazos lo más rápido que pude. Sosteniéndola con un brazo, cogí el elevador y atravesé la calle vacía.

No vacilé cuando subí los escalones y golpeé la puerta de Rynna.

Me quedé allí, balanceándome sobre los pies con ansiedad mientras esperaba. La inquietud se multiplicó por diez cuando vi parpadear una luz en la ventana del piso de arriba. Treinta segundos después, me llegó el sonido de unos pasos. Casi noté su confusión cuando nos observó por la mirilla. Pero en el momento en que lo hizo, no se anduvo con tonterías y abrió la puerta. La preocupación estaba escrita en su rostro. En aquella impactante cara que hacía que se iluminara algo en mi interior cuando la veía.

—¡Oh, Dios mío, Frankie! —susurró, presa del pánico—. ¿Qué ha pasado?

Sus ojos color jade subieron a mi cara. Llenos de preocupación, de miedo. Yo

bloqueé todos los complicados sentimientos que me provocaba.

—Se ha despertado con fiebre, y se me ha descargado la batería del coche. Necesito que me prestes tu coche para llevarla a urgencias.

—Yo te llevaré —se ofreció en lugar de aceptar mi proposición. Vi cómo se ponía unas chanclas que había junto a la puerta.

—No es neces... .

Levantó una mano para interrumpirme.

—Está malita, y, obviamente, le duele todo. —Su tono se volvió todavía más suave—. Te llevaré. No me cuesta nada.

La parte de mí que necesitaba demostrar a cada paso que podía criar solo a mi hija quería apartarse y negarse. Pero la reprimí para concentrarme en Frankie, que se movía entre mis brazos.

Su bienestar era mi única preocupación.

—Gracias.

No debía aceptar la generosidad de esta mujer. Cada una de las putas razones por las que sonaban alarmas en mi mente me gritaba que no lo hiciera. Que pensara bien lo que estaba haciendo. De alguna forma, no pude obligarme a tener eso en cuenta.

Rynna cogió el bolso y salió, todavía con lo que obviamente se había ido a la cama: unos pantalones de algodón a rayas y un top negro. Bajé la mirada; por lo menos encontré el control suficiente para no comerme con los ojos el delicioso balanceo de su culo. Eso me supo a una pequeña victoria.

La seguí hasta el SUV; coloqué el elevador de Frankie en el asiento trasero y la senté en él antes de entrar junto a ella. Fingí no sentir el peso de la preocupación de Rynna cuando nos miraba por el retrovisor, a pesar de que estaba allí y era palpable en el aire. Hice como que, para mí, no significaba más de lo que debería.

Le aparté a Frankie el pelo de la frente y le di un beso, lo que hizo que volviera a sentir el calor que irradiaba. Recé para que no fuera nada grave. Me dije a mí mismo que todos los niños se ponían enfermos. Era parte de la vida. Pero eso no significaba que no tuviera encogido el corazón. Que no sintiera miedo. No hacía que mi mayor terror todos los días de mi vida no fuera perderla a ella también.

11

RYNNA

Las enormes puertas dobles que Rex y Frankie habían recorrido tres horas antes se abrieron por enésima vez esa noche. Me levanté cuando por fin apareció él con su hija dormida en los brazos.

El tipo rubio que había acompañado a Rex en el *pub* la noche del viernes los seguía de cerca, y tuve que mirarlo dos veces cuando percibí que vestía una bata azul y llevaba un estetoscopio colgado del cuello. A pesar de que seguía transmitiendo la misma tensión rígida, Rex parecía aliviado. Seguramente la carga de adrenalina había sido tan fuerte que no se había disipado del todo.

Y eso me aliviaba a mí también.

Era cierto.

Había desaparecido la enorme losa que me había aplastado como si fuera un montón de escombros y piedras mientras había estado allí sola, esperando noticias. Solo quería que cualquier persona me confirmara que aquella niña estaba bien. Mi raciocinio me decía que solo se trataba de un virus o un catarro. Sin embargo, otra parte de mí, a la que le había entrado el pánico cuando los vi a los dos delante de mi puerta en medio de la noche, se había preocupado y había seguido así durante todo el tiempo que había estado allí.

¡Dios!, llevaba algunos días intentando sacármelo de la cabeza. Pero apenas había podido concentrarme en otra cosa desde que había dejado a Rex Gunner en la puerta de su casa el sábado por la noche, después de leerle un cuento a Frankie. Me había dejado más confusa que nunca. Su contacto persistía en mi piel y sus palabras daban vueltas en mi cabeza.

Sinceramente, me había sorprendido que viniera en busca de ayuda.

Pero cualquier reserva que hubiera tenido había sido borrada por el terror puro que intentaban bloquear aquellos ojos tormentosos. Había sido erradicada por el feroz instinto de protección que irradiaba de él.

Más que nada había parecido no poder contener la impotencia. Y lo supe por la forma en la que le había temblado el mentón plantado en mi porche, sosteniendo a su hija entre la seguridad de sus brazos.

—¿Cómo está? —susurré a pesar de que en la brillante sala de espera había

mucho ruido. No podía hacer otra cosa que extender la mano y pasarle los dedos por el cabello castaño. Estaba dormida, y tocarla hizo que una oleada de afecto me recorriera las venas.

Cogí aire, sorprendida por aquella repentina emoción. Con rapidez, volví mi atención hacia Rex. Su rostro resultaba impresionante, duro y brutal. Evidentemente, era el peor lugar en el que concentrar mi atención, porque la emoción solo creció más.

—Es solo un virus. —Seguía teniendo tensa aquella mandíbula áspera y desaliñada, aunque sus palabras transmitían un gran consuelo.

El hombre que había seguido a Rex le dio un codazo en las costillas.

—Rex lleva el concepto de protección a un nivel superior. Si hubiera dejado pasar el tiempo para que el paracetamol hiciera efecto, se habría dado cuenta de que no era nada importante.

—Eso no era una opción —gruñó Rex.

Me pregunté qué opciones eran válidas para él. Sin embargo, tenía que estar de acuerdo con él en este caso.

—Creo que has hecho bien en traerla —intervine, esperando animarlo. Rogando que entendiera que me había dado cuenta del tipo de padre que era.

El tipo que lo acompañaba soltó un sonido de incredulidad, como si se sintiera poco satisfecho con la situación. Luego me tendió la mano.

—Doctor Kale Bryant, a su servicio.

—Rynna Dayne —repuse, estrechándosela.

Una sonrisa petulante se reflejó en su atractivo rostro mientras miraba a Rex y luego a mí.

—Señorita Dayne, no se hace una idea —dijo en tono risueño— de lo agradable que es conocerla.

Rex casi puso los ojos en blanco.

—Doctor Kale Bryant... Recuerdo los días en que dejaba que me copiaras los exámenes de mates, gilipollas. No seas tan estirado.

Kale le dio una palmada en la espalda.

—Oye, no la vayas a tomar con tu médico. Todavía estarías aquí sentado esperando para ver a tu hija si no fuera por mí.

—No la voy a tomar contigo. Ya sabes que me siento en deuda.

Quizá me sorprendió notar la sinceridad que contenía su confesión. Supuse que no debería ser así por la forma en la que estrechaba a Frankie contra su pecho.

Protegiéndola.

Manteniéndola a salvo.

—Deberíamos llevarla a casa —le ofrecí. Una vez más, miré a aquella preciosa niña. Sus mofletes estaban apoyados contra el torso de su padre, y había cerrado el puño aferrándose a la tela de su camiseta, como si el constante latido de su corazón le proporcionara paz.

Rex le hizo a Kale un gesto con la barbilla.

—Gracias, tío. De verdad... No creo que sepas lo que aprecio que te ocupes así de ella.

Kale hizo un saludo mientras bajaba la mirada hacia la niña.

—Todo es poco para Frankie Leigh. Ese es el primer mandamiento, ¿sabes?

Me miró cuando dije esto último, y una sonrisa se abrió paso entre el cansancio que amenazaba con poseerme.

—Por supuesto.

A Kale le salieron unos hoyuelos cuando sonrió levantando los brazos.

—No dejes que te engañe mi buena apariencia. Soy perfectamente capaz de criar a un niño —aseguró golpeando de forma juguetona el hombro de Rex—. Casi tan bien como este tipo.

Volví a mirarlo y me dio un vuelco el corazón.

Pero eso no significaba que no necesitara algo.

Alguien que llenara el vacío evidente que lo comía por dentro.

Y con cada capa que exponía ante mí, más quería ser esa persona.

—Ya la tengo —susurró bajito cuando intenté ayudarlo a sacarla del asiento trasero del coche.

Una calmada quietud flotaba en el aire fresco del amanecer que se insinuaba tiñendo el horizonte. Los brillantes rayos perseguían la noche e iluminaban el cielo con tonos rosados, anaranjados y azul de hogar.

Un día nuevo.

Lleno de posibilidades.

—Al menos déjame abrirte la puerta. —Lo dije sin acritud mientras le cogía las llaves de la mano y subía los escalones del porche. De alguna forma, había llegado a entender que este hombre sentía la necesidad de hacerlo todo por sí mismo. O quizá se había visto obligado a ello, y no conocía otra cosa.

Sentía a mi espalda el zumbido de energía que irradiaba de su piel. Me hacía

sentir como si estuviera al borde de algo magnífico, una extraña presenciando algo puro y absoluto. Vivo y profundo. Una fuerza creciente que amenazaba con sumergirme en sus profundidades.

Deslicé la llave en el cerrojo, la giré y abrí la puerta. Luego me eché a un lado para que él se dirigiera directamente al pasillo, devorando la distancia con sus largas piernas.

Me quedé allí, vacilante, recordando lo ocurrido dos noches antes, cuando me había inmovilizado contra la puerta. Su furia había sido entonces descaradamente evidente. Casi tan aguda como la ruptura de su interior que se había filtrado por su piel hasta la mía.

Había sido algo tan intenso como el deseo que había vibrado entre nosotros.

No lo conocía siquiera, y me resultaba fascinante aquel hombre que siempre estaba en conflicto consigo mismo. Tenía algo que me impulsaba a acercarme. A rozarlo con mis dedos, a explorarlo, a descubrirlo.

Pero era algo más que eso. Había algo en él que me hacía sufrir. Algo que provocaba que mi pecho, mi espíritu y mi estómago se revolvieran ante la idea de marcharme.

Cogí aliento y tomé una rápida decisión. Entré, cerré la puerta y recorrí el pasillo, incapaz, o quizá no dispuesta a evitar, mirarlo desde el umbral de la habitación de Frankie. Mis entrañas se estremecieron mientras los miraba.

Rex la tendió en la cama con cuidado. Con suavidad, le retiró aquella caótica maraña de cabello de la frente. Su mirada era muy tierna mientras observaba el confiado rostro de la niña, su talante suave cuando se inclinó hacia delante para besar una de las mejillas sonrosadas y regordetas.

Noté que se me cerraba la garganta y me agarré al marco de la puerta.

Sorprendida y hechizada.

Dios... Ese hombre estaba deshaciendo algo en mi interior.

Descubriéndome algo que no me había dado cuenta que quería.

Se incorporó lentamente. Su figura parecía tan grande como el día naciente, su fuerza bruta me envolvía como si fueran cadenas. Cuando se movió, clavó en mí los ojos y avanzó en mi dirección. Intenté coger aire. Busqué un atisbo de razón. Di un paso atrás en el pasillo, buscando fuerzas, sin saber a dónde nos llevaría su ira o hacia dónde podría conducirnos esta atracción.

Se detuvo en la entrada con la respiración entrecortada. La misma conciencia que tenía yo brillaba en sus ojos. Solo que esta vez parecía haber ganado fuerza con el sol naciente.

—Gracias. —Las palabras fueron como una áspera caricia.

—Por supuesto. Cuando te dije que pensaba que podías necesitar amigos, lo dije en serio. Significa que, si me necesitas..., aquí estoy.

Asintió, aunque de forma renuente. Como si estuviera cruzando una línea invisible al aceptarlo.

—Vale.

Moví la cabeza arriba y abajo, sorprendida de que hubiera cedido.

—Vale. Me voy... Hablaremos más tarde. Por favor... —Me puse una mano sobre el corazón—. Por favor, avísame si alguno de los dos necesitáis algo. De verdad, me gustaría saber cómo está. Sé que me voy a pasar el día pensando en ella.

Dicho eso, me di la vuelta para ir hacia la puerta. Tenía que salir de allí. Debía hacer desaparecer de mi cabeza aquellas ideas estúpidas que habían comenzado a girar en ella. Aquel tonto impulso de saltar a aguas de las que no podía ver el fondo. Sacar la agitada necesidad que impulsaba mi conciencia.

Por encima de todo, quería respetar el espacio que tan claramente necesitaba.

Pero no tenía idea de cómo iba a funcionar eso si ya me empezaba a doler tan solo alejándome.

12

REX

La vi escaparse por el pasillo.

Bien, al menos lo sentía así, como si estuviera huyendo. Poniendo tanto espacio entre nosotros como fuera posible.

Y debía hacerlo.

Quizá era lo suficientemente inteligente como para escapar de lo que fuera que estuviera flotando en la atmósfera cada vez que compartíamos el mismo espacio.

Algo siniestro, poderoso, implacable...

Vi cómo apresuraba los pasos, cómo se movía el sedoso montículo de pelo castaño —tan enredado como siempre— en lo alto de su cabeza. El cabello dejaba a la vista la cremosa y delicada piel de su cuello.

Me atraía, y luché contra cada emoción que no podía permitirme sentir.

¡Joder!

Necesitaba que se fuera.

Que se marchara.

Lejos.

Donde no podía confundirme, tentarme o corromperme.

Donde no pudiera colarse en mi mente y tentar mis dedos.

Donde no tuviera el poder para colarse entre las grietas que producía constantemente y grabarse a fuego en mi espíritu, como si la coraza que había levantado a mi alrededor ni siquiera existiera. Aquella chica se introducía en los espacios que debían permanecer sellados, bloqueados.

Pero tampoco importaba que debieran seguir lacrados, pues se abría paso entre ellos.

La tensión solo crecía cuanto más lejos llegaba ella. Sus pasos se volvieron más débiles, pero el espacio entre nosotros solo provocó otro tipo de gravedad. Todo se tensaba a mi alrededor, se volvía rígido: el aire, mi pecho, mis pensamientos. Y me impulsaban en una dirección en la que no debían ir.

Pero ¿por qué no me quedaba allí quieto? Porque no podía. Porque su olor seguía envolviéndome y me nublaba los sentidos. Me hacía la boca agua. Cerezas y azúcar... Una combinación condenadamente dulce.

De repente, recordé lo que había sentido cuando me apreté contra ella hacía dos noches.

Su calidez, su confortabilidad y ese cuerpo maldito que me hacía perder la cabeza.

Había sido en ese momento tonto cuando había cedido a la tentación, y no debía. Un simple roce de su cuerpo había calentado cada centímetro de mí. Mi polla estaba más dura que nunca, desesperada por algo diferente a lo que ella estaba ofreciéndome. ¡Mierda! ¿Por qué deseaba tanto perderme en el resbaladizo calor de su cuerpo? Rynna era seducción en cada curva perfecta, rezumaba pecado en cada poro.

Pero había sido la forma en la que miró a Frankie cuando atravesamos las puertas de urgencias lo que me había lanzado a un terreno irregular.

El suelo se abrió debajo de mis pies. Fulminó mi razón. Mis pies se movieron sin que a mi cerebro le hubiera dado tiempo a calcular las consecuencias.

En ese momento no me importaba nada.

Me daba igual el coste que pudiera tener.

Recorrí el pasillo y atravesé el salón.

El aire chisporroteaba con cada paso que daba.

Rynna ya había bajado los escalones del porche cuando la atrapé por la muñeca, y oí que contenía el aliento con uno de esos sonidos guturales y sexys que iban directos a mi polla. Ese simple punto de contacto me encendió hasta llevarme a la ebullición absoluta. El calor se extendió por mis venas, eclipsando todo lo demás. Razón, cordura y juicio.

La obligué a darse la vuelta y, en un segundo, le había apretado la espalda contra mi *pickup*, donde nadie podía vernos. Enredé los dedos en aquel pelo rebelde, con las caras separadas. El corazón se me detuvo cuando sus ojos inocentes se clavaron en los míos, y los abrió más con confusión al darse cuenta de que la había inmovilizado.

Como ella a mí.

Apreté los labios contra los de ella porque no quería vacilar ni un segundo. Solo necesitaba sentir algo diferente a la constante agitación que ardía en mi interior. Por un momento, noté algo que casi me pareció esperanza.

Incluso aunque supiera que estaba muy mal.

Se abrió a mí con un suspiro. Su boca resultó condenadamente suave cuando comenzó a moverse contra la mía.

Tierna y tentativamente.

Me tentó y presionó, como si necesitara más. Mis labios se apoderaron de la suave voluptuosidad de los de ella, y luego se los mordí; mi boca se movía cada vez con más desesperación. Mendigaba el tipo de satisfacción que, mucho me temía, solo ella podía darme.

Y me la ofreció. Su respiración se volvió irregular cuando introduje la lengua profundamente en su boca para saborearla.

¡Dios! No me equivocaba. Era muy dulce...

Profundicé el beso, poseyendo más con cada movimiento de mi lengua. O quizá era Rynna quien me robaba pedazos con cada contacto de esos labios redondos y voluptuosos.

La lujuria me consumía. Era tan cegadora que apresaba mis células y forzaba mis músculos.

Apreté cada rígida línea de mi cuerpo contra sus suaves curvas. Abrumado. Ansioso por algo que no había tenido desde hacía años. Como si acercándome lo suficiente no existiera nada que pudiera hacerme daño.

—Rex... —gimió clavándome los dedos en los hombros, buscando el contacto tan desesperadamente como yo el suyo.

Su beso era igual de apasionado.

Bajó las manos desde mis hombros hasta mis brazos, recreándose en los bíceps, donde nuestra piel se tocaba. Aquel roce nos hizo arder todavía más, y respiré hondo cuando noté que deslizaba los dedos por debajo de las mangas de mi camiseta, recorriendo con las puntas el tatuaje que tenía grabado en el brazo.

Gruñí de placer... ¿O era de agonía...? No lo sabía.

—Rynna —susurré contra su boca. Encerré su cara hechicera entre las manos antes de deslizarle las palmas por el cuello para echarle la cabeza hacia atrás—. Ni siquiera te conozco. ¿Cómo es posible que tengas este tipo de poder sobre mí?

Sus palabras fueron incoherentes. Moví la boca sobre su mandíbula. Estaba segura de que me estaba emborrachando con su aliento, perdiéndome en el latido de su corazón, que palpitaba al mismo ritmo que el mío.

Bajé las manos por su cuerpo. El que se había burlado de mí desde el momento en que la vi salir corriendo por la puerta de casa su abuela. Volví a subir a sus hombros, deslizándome por el hueco de su cuello hasta su pecho.

Quizá ya lo había percibido entonces, que esta chica me arruinaría. Porque podía sentir que estaba desmoronándome. Pieza a pieza.

—Sí. —Su suspiro apenas fue audible.

«¡Mierda! ¿Qué estoy haciendo?».

Pero era mi polla la que tenía el mando, y todas las razones que decían que esta era la peor idea que hubiera tenido en años se alejaron en la distancia galopando.

Sobé una de sus preciosas tetas, con el pezón firme bajo la delgada tela del top. La oí jadear antes de presionarse con más fuerza contra mi contacto.

—¡Joder! —murmuré. Quizá en ese mismo segundo la locura me dominó, porque no me importaba que estuviéramos fuera. Ni que pudieran escucharnos.

Así que me aparté para mirarla, tendida sobre el capó de la *pickup*, arqueando el pecho para ofrecerme las tetas, con los labios hinchados y tiernos.

Noté que la tierra temblaba.

Era como un terremoto en el que todo se agrietaba y desmoronaba.

Tiré del cuello del top para dejarla desnuda.

No llevaba sujetador; sus tetas tenían el tamaño perfecto para que las cogiera con la mano, con la piel impoluta y los pezones, de un rosado oscuro, ya erizados.

—Preciosas —murmuré antes de bajar hacia ellos y capturar una punta rosada entre los dientes.

Noté que me hundía los dedos en el pelo. Suplicante, desenfrenada...

—Rex. ¡Oh, Dios mío! Por favor...

Solté un gruñido mientras movía la boca por el valle entre sus pechos hasta empujarle la barbilla con la nariz para tener acceso a la nivea piel de su cuello.

El pulso le latía errático e inestable.

Me aferré a ese punto, succionando su carne con la boca al tiempo que deslizaba la mano por su costado, por su cadera hasta la rodilla. Me coloqué con rapidez su pierna alrededor de la cintura para apretar mi ansiosa polla contra el abrumador calor que ardía en su coño.

Apenas notaba su forma a través de los pantalones del pijama y la ropa interior, pero casi me corrí allí mismo.

Había pasado demasiado tiempo. Muchísimo, y comenzaba a perder el control. La cordura se escapaba de mi alcance.

Seguí frotando mi erección, protegida por la bragueta, contra su clítoris, adorando la manera en la que gemía y balbucía mi nombre, aunque intentaba no hacerlo para que sus sonidos no fueran arrastrados por el viento.

«¡Joder!».

Era sexy, una chica que podía convertir en maravilloso un día de mierda.

Quería arrancar cada prenda de ropa que nos cubría y hundirme hasta el fondo.

Perderme en el apretado calor de su cuerpo.

Le mordí la clavícula mientras empujaba contra ella como un adolescente que nunca hubiera tenido sexo.

Pero así me sentía.

Como si estuviera frente a algo grandioso. Más grande de lo que podía comprender.

Rynna se tensó de pies a cabeza, aspiró profundamente y empezó a estremecerse entre mis brazos.

Intentó reprimir un profundo gemido mientras se corría así, sobre la *pickup*.

Noté que se le debilitaban las rodillas, pero no dejé de impulsarme contra su cálido cuerpo, preguntándome lo lejos que iba a llevarme esta locura.

Solo necesité oír el débil grito que flotó desde la habitación de Frankie para conocer la respuesta.

Para regresar a la realidad.

Para recordar quién era y las responsabilidades que tenía.

Retrocedí luchando contra el temor que se me clavaba en la garganta como si fuera una espina.

—Mierda... —Negué con la cabeza, tratando de orientarme. De alejarme de su cuerpo. Di un paso atrás, todavía excitado, pero apenas capaz de mirarla después de lo que acababa de ocurrir.

Rynna me tendió una mano temblorosa.

—Rex...

¿Cómo era posible que su expresión reflejara comprensión?

—Lo siento mucho, Rynna. Dios, no sé qué coño estoy haciendo.

Rynna recogió la ropa y se incorporó, y quedó iluminada por el nuevo día que inundaba el cielo de verano. Durante un instante, se limitó a devolverme la mirada, y la energía crepitó en el aire. Una suave sonrisa le curvó los labios.

—No es necesario que te disculpes.

Luego se dio la vuelta y cruzó la calle mientras yo me quedaba parado como un idiota, mirando el lugar que acababa de dejar vacío.

Supuse que quizá eso era lo que había sido siempre.

Un idiota.

Negué con la cabeza al tiempo que subía los escalones y entraba.

—¡Papá! —El grito flotó por el pasillo, y tuve que reprimir todas las emociones para encerrarlas en el lugar al que pertenecían.

Porque, tal y como le había dicho a Kale, solo necesitaba una chica en mi vida.

¿Qué debía hacer entonces?

Mi niña me necesitaba.

Cuando oí que sonaba el timbre, dejé que se apagaran las palabras del libro que estaba leyéndole a Frankie. Al momento, mi respiración se volvió superficial y el corazón se me aceleró.

¡Dios! Realmente lo había echado de menos, mi mente y mi cuerpo todavía se tambaleaban por lo que había estado haciendo por la mañana con Rynna contra el capó.

Había resistido años.

Y, como si fuera una novela, había sido la chica de al lado la que me había resultado irresistible.

Notaba que la culpa se extendía por las partes más profundas de mi ser. Por aquellos lugares sagrados que no debía profanar.

Me moví donde estaba apoyado en la cabecera de la cama de Frankie, con el libro levantado ante nosotros. Mi hija estaba medio tirada sobre mi pecho, con la cabeza para un lado para poder ver las imágenes. Prácticamente había estado allí todo el día, alternando entre leer sus historias, comprobar que no tenía fiebre y verla dormir.

—¿Quién es? —susurró. Sus ojos castaños se iluminaron de emoción, lo que auguraba que la enfermedad que había estado padeciendo por fin había comenzado a seguir su curso.

—No lo sé. ¿Esperas a alguien para una fiesta o algo así? —bromeé, golpeándole en broma la nariz con el dedo índice mientras trataba de fingir que la idea de que fuera Rynna la que estuviera al otro lado de la puerta no me afectaba en absoluto.

Frankie arrugó la nariz antes de sonreír.

—La gente no celebra una fiesta solo para sentirse mejor, tonto.

—¿No? —fingí ignorancia.

—¡Para nada! Solo los más afortunados consiguen sentirse bien por tener que volver al trabajo.

Se me escapó una carcajada en el mismo momento en que el afecto por mi hija me atravesó el pecho como una flecha; fue algo tan intenso que pensé que podría cortarme en dos. Pero era una de las consecuencias de amar a Frankie Leigh.

La quería tanto que me dolía.

Le pasé la mano por el pelo, revolviéndoselo.

—Me parece que has pasado demasiado tiempo con la abuela.

—Con la abuela el tiempo nunca es demasiado, papá —me dijo con la boca abierta por la sorpresa—, ¿es que no lo sabes?

Me reí de nuevo y casi decidí ignorar el timbre, pero fue Frankie la que saltó de la cama. Me rodeó una de las muñecas con sus manitas y tiró con todas sus fuerzas. Por supuesto, el único empujón que dio me atravesó el corazón.

—Vamos, papá. Hay alguien en la puerta. Tenemos que ver quién es.

—Vale, vale... —dije, cediendo, aunque odié la forma en la que me enervaba imaginar que podía ser ella la que estuviera llamando. Me puse en guardia al instante e intenté levantar mis defensas. Me pasaba el tiempo deseando encontrar la forma de levantar el puente levadizo. ¿Qué podía suponer dejar atrás el lío que había hecho de mi vida y saltar a uno donde estaba bien liarme con una chica como Rynna Dayne?

Me encontré siguiendo a mi hija mientras ella tiraba de mi dedo índice. La niña estaba demasiado alegre mientras se ponía detrás de la puerta. Quizá yo había reaccionado de forma demasiado exagerada.

Frankie se puso de puntillas para mirar el porche por la ventana lateral. Resopló al apoyar los talones.

—Ya es demasiado tarde. No hay nadie. —Le puse una mano en el hombro para ponerla detrás de mí, siempre protector. Luego giré el pomo para abrir la puerta y mirar fuera.

Frankie tenía razón.

No había nadie.

Aunque había habido alguien.

A la derecha, habían dejado una bandeja en la pequeña mesita de madera colocada entre las dos mecedoras. Las había hecho hacía un millón de años, cuando solo era un iluso; nos acabábamos de mudar aquí y había pensado que por fin superaría la sombra.

La cicatriz que había eclipsado para siempre la verdadera alegría de mi vida.

Debía haber imaginado que no sería así...

Sobre la bandeja, había un cuenco grande cubierto con una tapa, con una tarjeta al lado.

Frankie salió chillando desde detrás de mí.

—Oh, mira, papá... Pone mi nombre. Es un regalo para mí.

Miré al otro lado de la calle. La vieja casa estaba silenciosa e inmóvil, solo saludaban las ramas de los grandes árboles que daban al patio.

Una emoción me recorrió de pies a cabeza, imparable y demasiado abrumadora.

Los sentidos volvieron a golpearme cuando me incliné y cogí las asas de la bandeja. Solo que esta vez era el increíble aroma que provenía del cuenco lo que había llamado mi atención.

Algo confortable y cálido destinado a mi hija.

Que me hacía pensar de una manera que no podía permitirme en la mujer que lo había traído.

Mi dulce niña dio saltitos a mi lado mientras yo llevaba dentro el regalo y me sentaba a la mesa del comedor.

—¿Qué es, papá?

Me miró con aquella sonrisa confiada, con los dedos entrelazados mientras apoyaba los codos para ver mejor. Parecía que estaba rezando para agradecer la comida que le habían dado.

—Ten cuidado... —advertí, levantando la tapa.

Era una tarta de pollo, de las que habían hecho famosa a Corinne Dayne. Hecha en casa. A mano. El aroma era tan abrumador que se me llenó la boca de saliva. La mano me temblaba cuando estiré el brazo para coger la nota. El nombre de Frankie aparecía escrito con la letra más bonita del mundo.

Levanté la solapa para sacar la nota.

«Querida Frankie Leigh:

¿Recuerdas que te dije que tenía algunas de las recetas de mi abuela? Pues te voy a contar un secreto solo a ti: guardo la de la tarta que me hacía cuando estaba enferma. Siempre ha sido mi favorita, y a veces ni siquiera me importaba ponerme mal, porque sabía que me la haría y que todo iría mejor. Recuerdo que cuando era una niña, como tú, comía esta delicia en la mesa de la cocina, al otro lado de la calle. A cada bocado que tomaba, sabía que mi abuela tenía que quererme más que a nada en el mundo.

Ayer por la noche deseé que te pusieras bien. Pero quizá exista la posibilidad de que esta tarta te haga sentir mejor como siempre consiguió conmigo. Lo espero de verdad.

Con todo mi amor.

Rynna».

Maldita fuera.

Y ojalá se fuera directa al infierno por molestarme así.

Por entrometerse y hacerse un hueco en un lugar donde sabía que nunca se quedaría.

Maldita fuera por hacer que lo deseara.

—¡Léemela! ¡Oh, papá, léemela! ¿Qué dice?

—Es de Rynna —expliqué, tratando de evitar que la emoción entrecortara mi voz—. Dice que su abuela le hacía esta tarta cuando se ponía malita. Ha pensado que también podría ayudarte a ti a sentirte mejor, así que te ha hecho una.

Sus grandes ojos castaños se abrieron como platos ante aquella posibilidad, y bajó la voz, como si fuera a contarme un secreto.

—¿Crees que puede estar tan buena como la tarta de cereza?

Dirigí mi atención al dulce que seguía en la encimera, y pensé que me gustaría volver a degustar el sabor de ella en cuanto tuviera oportunidad, porque lo que había disfrutado por la mañana no había sido suficiente.

—¿Y si lo comprobamos? Si tomas un poco de esto, te calentaré un trozo de tarta de cereza. ¿Qué te parece?

—Me parece que eres el mejor padre del mundo..., igual que la abuelita de Rynna.

Ojalá fuera verdad.

13

RYNNA

Cuando salí del *diner* de mi abuela, me abofeteó en la cara el calor de Alabama. Un sudor brillante y pegajoso me humedeció la piel, mientras todavía me ardían los brazos por el esfuerzo de haber fregado por lo menos treinta años de manteca y aceite salpicados por cada superficie de la vieja cocina. Se me había ocurrido que no estaría de más trabajar en lo poco que podía salvarse de dentro. Al menos me daba algo en lo que mantener mis manos ocupadas mientras esperaba que llegara la cita con el banco para poder solicitar de forma oficial un préstamo.

Esperar sin saber dolía. Me preguntaba si iba a tener lo necesario para devolver a la vida a aquel polvoriento *diner*. Si alguien creería en mí. Si ellos me darían la oportunidad de hacer realidad este viejo sueño.

Ese día estaba exhausta. Pero notaba en la sangre una vibración ansiosa. Una satisfacción que no había notado durante los años que había estado fuera. Mientras vivía en San Francisco, había intentado convencerme de que deseaba una vida alejada de Gingham Lakes. Pero una parte de mí siempre supo que era mentira.

Casi oía a mi abuela susurrándome al oído...: «Niña, haz lo que te haga feliz. La experiencia me dice que la alegría es una elección propia. La vida es dura, no esperes que no lo sea. Pero si no nos reímos, lloramos. Elige reír. Elige lo que te proporciona alegría. Y cuando eres tú la que decide su camino, puede que no sea el más fácil, pero siempre será el correcto».

—He sido yo la que ha elegido este camino, abuela —murmuré por lo bajo cerrando los ojos y levantando la cara hacia el cielo azul—. Incluso aunque no sea el más fácil, pero es donde me espera la alegría.

Cuando levanté los párpados, mi mirada aterrizó en las obras al otro lado de la calle. Estaban desiertas, terminada ya la jornada laboral, pero eso no impedía que pensara en Rex.

Al salir de su casa el día anterior por la mañana, había ido a la mía para meterme directamente en la cama. Al haber estado despierta la mayor parte de la noche en la sala de espera de urgencias, había imaginado que me quedaría

dormida en el acto, pero me había equivocado.

Estaba agotada pero alerta.

Cansada pero despierta.

Como si me hubieran dejado dando vueltas en algún lugar del limbo.

Perdida en una especie de purgatorio feliz en el que me había topado con un hombre capaz de llevarme al orgasmo con la fricción de su cuerpo.

Pero después de ver su expresión de dolor, fruto de los remordimientos, me había sentido como si me estrellara contra el suelo. Sin duda había tenido que ir con Frankie. Eso era lo que debía hacer. Un hijo siempre es prioritario. Pero lo que me dolía era lo claro que me había quedado que su arrepentimiento era mucho más profundo que el simple hecho de que nos hubiéramos dejado llevar y hubiéramos perdido el control ocultos por la *pickup*. Más profundo que el hecho de que necesitaba marcharse con ella.

Con Rex me sentía fuera de control.

Girando mientras pendía de un hilo.

Hacía desaparecer el suelo debajo de mis pies.

Me estremecí mientras cerraba la puerta, antes de pisar la acera.

La escena que tenía enfrente me hizo preguntarme cómo había ocurrido el cambio del lugar. Los viejos edificios se alineaban a cada lado, mientras los enormes árboles que habían crecido en los parterres arrojaban sombra sobre las fachadas de las tiendas, algunas de las cuales existían ya cuando mi abuela tenía mi edad.

Cualquiera pensaría que las obras de restauración habían robado encanto al lugar. No era así: solo lo habían incrementado.

Los edificios rehabilitados tenían toldos y aleros nuevos, y las nuevas estructuras de ladrillo subían entre ellos para ofrecer la sensación de cohesión de la que Lillith había estado tan orgullosa cuando la conocí.

Un día, muy pronto, Pepper's Pies sería una parte de este renacimiento.

Solté el aire con satisfacción y comencé a andar hacia el SUV, con la cabeza gacha para elegir la llave correcta. De pronto, choqué contra un cuerpo firme.

—¡Oh, Dios, lo siento! Perdón —murmuré sorprendida.

Unas manos me sujetaron por los hombros.

—Tranquila, no pasa nada. —El hombre se rio entre dientes, atrayendo mi atención. Abrí mucho los ojos y se me secó la boca mientras el corazón me daba un vuelco. Él se limitó a sonreír, confundido por mi reacción. Luego inclinó la cabeza a un lado mientras sonreía—. Una mujer guapa como tú debería ir más

despacio, no se vaya a caer y se le estropee una carita tan bonita.

Di un paso hacia atrás, tambaleándome. Sin poder hablar. Sin poder responder.

No podía respirar, y el corazón se me encogió de golpe.

Me recorrió tal sensación de mareo que perdí el equilibrio.

Él ni siquiera me había reconocido.

El muy cabrón no me había conocido.

Me apreté la mano contra la boca, tratando de reprimir el grito que pugnaba por abandonar mi garganta, y me quedé mirándolo, quieta. Incapaz de moverme. Paralizada. Congelada por la sorpresa. Por el miedo. Por el odio.

—¿Te encuentras bien, guapa? —preguntó como si fuera capaz de preocuparse por algo.

Deseé con todas mis fuerzas poder arrearle una bofetada en la cara. O quizá escupirle. O gritarle que se fuera al infierno, donde debía estar. En cambio, me quedé allí, mirándolo con aterrada incredulidad.

Cuando se inclinó hacia mí, salí por fin de mi estupor. Detuve su mano y me eché hacia atrás. Me alejé luchando contra las lágrimas y corrí hacia el Cherokee. Busqué a tientas la llave, pero me temblaban tanto las manos que, cuando la encontré, apenas podía meterla en la cerradura. Me atravesó otra oleada de mareo, una violenta tormenta.

Apenas podía arrastrarme al asiento del conductor.

Las náuseas me invadieron.

Cerré la puerta con llave y puse las manos en el volante para apretarlo con fuerza. Luché contra la tentación de encender el motor, meter la marcha y huir.

Él estaba aquí.

«¡Está aquí!».

La bilis me subió por la garganta cuando Aaron me miró por encima del hombro. Negó con la cabeza como si yo estuviera loca, luego giró y continuó andando por la acera.

«No significo nada para él», pensé mientras mi mente se remontaba a los días que quería olvidar a toda costa.

RYNNA, A LOS DOCE AÑOS...

Sonreí con ansiedad, presa de la emoción. No podía creer que me hubieran invitado. Había algo especial en ello, como si las cosas fueran a cambiar por fin. Odiaba que me dejaran al margen. La abuela decía que solo era porque era demasiado tímida, pero yo no estaba segura.

Entrelacé los dedos y los puse en el regazo mientras me sentaba con las piernas cruzadas en el suelo de la habitación de Janel.

Formamos un círculo.

¡Un círculo!

Pasé la mirada por las caras de los demás: Kimberly, Sarah, Ben, Kerry, Janel y Aaron.

Aaron.

Noté mariposas en el estómago y las palmas de las manos sudorosas.

Aaron.

Seguí mirándolo, deseando estar sentada a su lado, pero demasiado nerviosa para cambiarme.

Pero al menos estaba allí. Y eso era todo lo que me importaba.

Una tenue luz brillaba desde una lamparilla de noche, pero las demás luces estaban apagadas.

Janel puso la botella en medio del círculo.

Kerry soltó una risita.

—Este juego es estúpido. —Pero miraba a Ben cuando lo dijo, y me pregunté si estaría tan nerviosa como yo. Si lo estarían todos.

Janel se aclaró la garganta, haciéndome pensar que no. Ella nunca tenía miedo.

—Bueno, estas son mis reglas —anunció—. Cuando gires la botella, sea quien sea a quién señale, tienes que besarlo durante tres segundos. —Bajó la voz—. En los labios.

—¿Aunque sea otra niña? —preguntó Kimberly.

Janel resopló.

—¿No es lo que he dicho?

—Ayyyyy... —Sarah movió los pies al tiempo que sacudía la cabeza con violencia.

—Deja de ser una cría —ordenó Janel, mirándola con intensidad—. Has dicho que querías venir, así que debes seguir mis reglas.

Janel era la líder del grupo. Siempre lo había sido. Las dos nos conocíamos desde siempre. Su madre trabajaba en el *diner*, con mi abuela, así que estábamos mucho tiempo juntas. Por supuesto, eso no significaba que acostumbraran a invitarme a fiestas como esta.

Fue Janel la que hizo girar primero la botella. Señaló a Sarah. Janel se arrastró hasta besarla en los labios. Todos contamos hasta tres. Janel se retiró.

—No ha sido tan malo, ¿verdad?

Sarah se cubrió la boca con la mano.

—No creo que quiera besar a nadie.

Janel miró a Kimberly y le hizo un gesto con las cejas.

—Ya te he dicho que no era lo suficientemente madura.

—¿Y tú? —preguntó mirándome.

Asentí con la cabeza de forma firme, presa de los nervios.

—Bien, eres la próxima.

¿Era posible que el estómago se me subiera a la garganta? Hice girar la botella torpemente y se detuvo delante de Kimberly. Cerré los ojos cuando me incliné sobre el círculo para besarla..., en los labios. No había sido tan malo, pero no era ella a la persona a la que quería besar.

Me sentí al borde del precipicio, con el corazón acelerado mientras girábamos la botella sin cesar, turnándonos.

Aaron volvió a girarla otra vez, y la botella dio vueltas lentamente hasta que su cuello me señaló. Las mariposas se pusieron a aletear de forma salvaje en el estómago. Cuando Aaron se inclinó hacia delante, Janel extendió el brazo, deteniéndolo.

—Creo que vosotros deberíais hacerlo en privado. En el armario.

Abrí mucho los ojos.

—Pero...

—Es mi casa, son mis reglas, ¿recuerdas?

Me puse en pie, sintiéndome sudorosa cuando me miró a mí y luego a Aaron, que también se levantó de mala gana. Janel nos imitó de un salto. La seguí por la habitación hasta el armario, y abrió la puerta.

—Entra.

Dentro estaba muy oscuro, y dudé por un segundo. No me parecía que estuviera bien ni que fuera divertido, y recordé las advertencias de mi abuela sobre ser inteligente si algo no me parecía bien: si me parecía malo, seguramente lo fuera. Debía confiar en mi instinto.

Lo ignoré. Por fin me habían invitado a algo, y no iba a estropearlo por esto. Entré, esperando que Aaron me acompañara. Pero luego, Janel se rio con tanta fuerza que me bajó un escalofrío por la espalda justo cuando me cerró la puerta en las narices. La risa siguió rugiendo al otro lado mientras me invadía el pánico. Empujé la puerta, pero no se movió.

—Venga, Janel, no tiene gracia. Déjame salir.

Más risas.

—¿De verdad crees que Aaron querría besar a una vaca gorda como tú? Eres idiota, Rynna Dayne. Como si lo deseara. Como si nos gustara a cualquiera de nosotros.

Las lágrimas me quemaban los ojos.

—Por favor...

—Veinte minutos libres de la vaca —oí que decía Janel. Su risa atravesó la delgada madera, y me senté en el suelo del armario. Apreté las rodillas contra el pecho mientras me preguntaba si en algún momento dejaría de sentirme tan sola.

14

REX

—Abre la boca del todo y di «ahhh».

Frankie obedeció desde donde estaba sentada, en el borde de la camilla, abriendo tanto la boca que no supe cómo era posible que Kale no le estuviera viendo el interior del estómago. Emitió al mismo tiempo un «ahhhhh» alargado y gutural que se combinó luego con una risa. Noté que hacía todo lo posible para no sucumbir a un ataque de risa cuando Kale le apretó la lengua con el palito de madera y enfocó la luz al fondo de su garganta.

—¡Oh, no! —Si Kale no fuera tan mal actor, exagerando a tope la preocupación, era posible que yo hubiera caído sobre él al instante y le hubiera exigido saber qué horrible enfermedad era la culpable de los síntomas de mi hija.

Así que sí. Me había dedicado a buscar cosas raras en el móvil mientras la veía dormir presa de la fiebre durante el fin de semana. Al parecer, Google era el instrumento adecuado para multiplicar por mil tu preocupación. Porque lo que allí encontré era aterrador.

Pero Kale seguía siendo el idiota de Kale. Burlándose de Frankie como si aquello fuera muy divertido.

—¿Qué me pasa, tío Kale? —le preguntó ella con los ojos abiertos como platos.

—No se lo digas a nadie —repuso él bajando tanto la voz que se convirtió en un susurro—. Pero creo que en tu garganta están viviendo unos monstruos.

Frankie soltó una risita más fuerte al tiempo que subía los hombros.

—Bah... No tengo monstruos en la garganta.

Kale soltó un dramático resoplido.

—¿Y tú cómo lo sabes? El médico soy yo.

—Papá dice que los monstruos no existen.

—¿Y tu padre es más listo que yo? —Dada la forma aviesa con la que me miró Kale, me pregunté si realmente estaba fingiendo.

—Por supuesto que es más listo que tú. Es el papá más listo del mundo. De toodo el mundo. —Abrió los brazos al tiempo que lo decía. Luego me miró—. ¿Verdad, papá?

Me encogí de hombros desde la pared, donde estaba apoyado cruzado de brazos.

—Mi hija es la niña más inteligente del mundo, así que debe de saberlo.

Kale frunció el ceño.

—¿La cuestión es que de verdad eres más listo que yo?

No pude reprimir una sonrisa.

—Supongo que sí.

Frankie subió de nuevo los brazos.

—Yo lo sé todo.

—¿En serio? —preguntó haciéndole cosquillas en la barriga. Al instante, ella se puso a aullar y le agarró la mano.

—¡Para! ¡Para! —gritó Frankie—. Sí, es así —repitió cuando él se detuvo, lo que tuvo como consecuencia un nuevo ataque de cosquillas. Yo sentía en el pecho una opresión, de orgullo y felicidad, lo que sucedía cada maldita vez que miraba a mi hija.

No mentía. Ella era mi luz. Lo que me daba vida.

—¿Estoy mejor, tío Kale? —preguntó poniéndose muy seria.

Él le rozó la barbilla con los nudillos.

—Muy bien, tartita de calabaza.

—No me gusta la tarta de calabaza, tío Kale —arrugó la naricilla—, sino la de cereza.

«Por supuesto...».

—¿Quieres que te llame tartita de cereza? —preguntó él con incredulidad. Noté que reprimía la risa y que me miraba como si estuviera esperando a que soltara yo la carcajada.

—Mmm... ¿no? —intervine tomando impulso desde la pared. Me sentía irritado, porque sabía los sucios caminos que había seguido la mente de Kale; aquel maldito vídeo de Warrant que Ollie nos había hecho ver una y otra vez durante todo el verano entre tercero y cuarto grado. Al parecer, en cuanto Ollie había decidido que las chicas no eran precisamente idiotas.

O quizá me molestaba porque oír mencionar una tarta de cereza había hecho que pensara en Rynna.

Ninguno de los dos podía resistirse a la locura que ardía entre nosotros. Sin duda, ella era tan prisionera de aquella despiadada química como yo. Se trataba de una violenta necesidad, cada vez más fuerte, que nos obligaba a estar juntos. Era algo tan irresistible como estúpido y temerario. Sobre todo eso último:

temerario, porque sabía que no era inteligente dejar que avanzara. Y hubiera jurado que tocarla había marcado mi propia profundidad.

Había sido demasiado, había sido demasiado bueno. Demasiado bueno cuando sabía que cada segundo estaba mal. La parte más aterradora de todo era que no estaba seguro de que no desear a una chica como ella en mi vida. ¿Qué había supuesto ver que se alejaba con aquella expresión de comprensión? Había sido como una patada en el estómago. Lo último que quería era hacerle daño, pero no tenía nada que ofrecerle, solo el maldito lío en el que se había convertido mi vida. Sacudí la cabeza para desechar esos pensamientos.

—¿Ya está bien?

—Amigo mío, está perfecta.

Kale levantó a Frankie por debajo de los brazos, la lanzó al aire y la hizo chillar y agitar los brazos como si estuviera volando antes de dejarla en el suelo, donde le dio unas palmaditas en la cabeza.

—Ya está como nueva, ¿verdad, Frankie Leigh, tarta de cereza?

Me guiñó un ojo y le di un codazo en el costado.

—Ni lo pienses, tío.

Se agarró las costillas jadeando de la risa.

—Amigo, tranquilo, tranquilo... Solo estoy tomándote el pelo. ¿Por qué estás tan serio todo el rato?

Frankie empezó a dar saltos por la consulta.

—Rynna hace las mejores tartas de cereza del mundo. Incluso papá ha dicho que podrían ser mejores que las de su abuela.

Kale la miró antes de volverse hacia mí con los ojos brillantes.

—Así que Rynna, ¿eh?

—Sí —repuso Frankie, sin darse cuenta de que la pregunta de Kale iba dirigida a mí en realidad—. Me trajo una tarta cuando estaba enferma y fue lo que me hizo ponerme bien. ¡Oh, tío Kale, no sabes lo buena que estaba!

—Eso que cuentas de Rynna suena muy bien —dijo Kale, mirándome de nuevo como el capullo que era.

—Mmm... Es muy, muy maja. Incluso me escribió una nota. —Frankie derrochó con Kale todos los detalles que yo no quería que supiera y siguió contándoselos después de abrir la puerta, por el pasillo, entre los saltos y peripecias que había aprendido el día anterior en ballet.

Cuando llegamos a la sala de espera, se precipitó al área de juegos que había en la esquina. En aquel espacio había un montón de niños, mientras que sus madres

estaban sentadas en sillas de plástico, esperando a que dijeran su nombre.

Me volví hacia Kale.

—Muchas gracias, tío. Sé que no es normal que sigas los casos como este.

Él inhaló profundamente y miró a Frankie, que hablaba con un niño de su edad. La niña no tenía ni pizca de timidez en el cuerpo. Siempre hacía amigos allí donde fuera; era tan sociable que casi me preocupaba. Siempre tenía que vigilarla como un halcón. Aunque lo haría de todas formas.

—Me ha encantado hacerlo, Rex. —Se echó atrás para mirarme. La diversión de la que había hecho gala desde que entramos fue reemplazada por preocupación—. Tienes que dejar de pensar que estás solo en esto. Yo también estoy aquí. Adoro a esa niña, tienes que aceptarlo.

Me pasé la mano por el pelo con un suspiro, volviendo a concentrar la atención en mi hija, que estaba subiendo los escalones del tobogán de plástico para tirarse.

—Lo sé. Es solo que...

—Que crees que es lo que tienes que hacer —me interrumpió, cruzando los brazos sobre el pecho—. Crees que si dejas a un lado tu responsabilidad, aunque solo sea un segundo, estás traicionando a tu hija de alguna manera.

—Eso no es cierto.

—¿No? Demonios, me sorprende incluso que hayas dejado que tu madre se ocupe de ella cuando sale de la guardería.

—En realidad me estoy planteando eso —confesé con una sonrisa—. El casco de obra le quedaría fenomenal, ¿no crees?

Entrecerró los ojos.

—Me reiría si no pensara que estás hablando en serio.

Solté una carcajada y negué con la cabeza, divertido, antes de bajar la mirada a los pies.

—No, por favor...

Kale me puso la mano en el hombro.

—Eres un desastre, tío. Ya sé que no quieres oírlo, pero tienes problemas, y estoy preocupado por ti.

—Es que me resulta muy difícil perderla de vista. Siento como si estuviera luchando siempre por estar al frente de todo, e intento adelantarme para asegurarme de que está sana y salva.

—Ya sabes que eso no siempre será posible —dijo en tono suave.

El terror me revolvió el estómago. La misma inquietud que me acechaba día y noche: la impotencia, el miedo y la agonía habían arañado y deteriorado mi

espíritu. Era un sufrimiento perpetuo.

Me preguntaba cómo era seguir adelante.

—Tienes que entenderme, Kale.

—Claro que te entiendo, hombre. Yo estaba allí, lo viví contigo. Pero no puedes pasarte el resto de tu vida prisionero desde ese momento.

¿Cómo coño se suponía que debíamos avanzar cuando el tiempo era infinito?

—Estoy intentándolo.

—¿En serio? Entonces, ¿por qué no me cuentas lo que pasa con esa chica, Rynna? La chica que casualmente estaba en la sala de espera de urgencias a las tres y media de la madrugada con el hombre que se niega a aceptar ayuda de nadie que no sea yo, Ollie o su madre, y muy de vez en cuando.

Me atravesó un ramalazo de inquietud. La misma sensación que llevaba días molestándome. Temor, necesidad y confusión.

—La *pickup* se me quedó sin batería.

—Mmm...

—Mmm ¿qué?

—¿No lo ves? Eres un tipo horrible por haber tenido que pedir ayuda a una mujer en medio de la noche.

—Frankie estaba enferma. No me quedó más remedio.

—Necesitabas a alguien, y recurriste a ella.

¡Mierda! Tenía razón. Necesitaba a alguien y recurrí a ella. «¡A ella!».

La agitación me hizo cambiar de posición. Él me apretó el hombro con más fuerza.

—Dime qué pasa entre vosotros.

Clavé los ojos en Frankie mientras me pasaba una mano por la boca, tratando de no pensar en que me había sentido impresionado por Rynna. Mi corazón había despertado por primera vez en años.

—Lo que está ocurriendo es un asco.

—¿Por qué?

Me dolió el pecho, y miré al suelo.

—Me siento como si estuviera engañando a alguien —dije bajando tanto la voz que no estaba seguro de que hubiera oído mi confesión. Sentí que la simpatía de Kale se mezclaba con exasperación.

—¿Y a quién estás engañando exactamente? Porque esa zorra te dejó y Sydney se fue. Ya no están, tío, y no van a volver.

Me estremecí, presa de una angustia y una culpa ciega que me devoraban desde

dentro. La voz de Kale se hizo más baja, imitándome.

—Tienes que contárselo a Ollie, Rex. Así te lo quitarás de encima de una vez por todas y podrás seguir adelante.

—No sé cómo hacer eso.

La cuestión en realidad no era esa, sino si quería en realidad hacerlo. La cara de Rynna dio vueltas en mi mente. Habría jurado que sentía cómo ese punto doloroso de mi interior se transformaba para siempre. Volcándose en algo diferente, en algo mejor. Y eso me asustaba mucho. Miré a Kale. Cuando vi su expresión, mi irritación regresó con toda su fuerza.

—¿Por qué cojones estás sonriendo?

—Oh, ya sabes... Es muy entretenido verte; estás dándote cuenta de que quizá quieras algo, pero la idea de necesitarlo provoca que quieras escaparte.

—Menudo gilipollas eres —murmuré.

—Que no duda en decirte las verdades. Admítelo, esa chica te gusta.

—No me gusta. Ni siquiera la conozco.

—Pero quieres conocerla... —El muy idiota tuvo la audacia de canturrear mientras dibujaba un círculo con el dedo delante de mi cara.

Lo empujé.

Era peor que un crío de trece años.

—Vamos, hombre, admítelo. Quieres. —Me dirigió una de esas sonrisas ridículas que tenían a todas las chicas del pueblo muriéndose por salir con él. Llena de hoyuelos y dientes blancos—. Háblame de esa tartita. —Arqueó las cejas, sin saber que estaba jugando con fuego—. Cuéntame que te mueres de ganas de que se coma la tuya.

Tragué saliva mientras la culpa crecía a mi alrededor como si estuviera hundiéndome en profundos acantilados irregulares. Me sentía culpable por haberme rendido. Ya había cometido más errores con ella de los que podía permitirme. Ya había llegado tan lejos que no estaba seguro de que fuera a regresar.

—¡Oh, mierda! —murmuró Kale bajito—. Eres un capullo con suerte, ya lo has hecho. Y ahora te dedicas a hacer pucheros por eso.

Me alejé, sin necesidad de fingir que estaba vigilando a Frankie.

—Bueno, no... Nosotros solo...

Me vi inundado por muchas visiones. El éxtasis que reflejó su rostro cuando se corrió. Lo bien que sabía. Lo que había sentido al tenerla entre mis brazos, donde encajaba a la perfección.

—¿Qué? —me presionó.

Solté un suspiro de frustración.

—Solo fue un beso —susurré.

Se rio.

—Solo un beso, ¿eh? Teniendo en cuenta que no has tocado a una chica desde hace años, apostarí mi coche, que sabes que quiero como si fuera mi bebé, que significa mucho más que un beso, al menos para ti. En serio, o tienes una fuerza sobrehumana o tomas algo, porque deberías tener los huevos tan azules como para que se te hubieran caído. —Kale me conocía bien, y no dudaba en tirar a dar—. ¿Dices que te arrepientes de lo que sientes ahora? Pues espera a ver cómo te arrepientes cuando no hagas nada al respecto. —Suspiró—. No tiene por qué ser algo serio, Rex. Prueba. Pasa tiempo con ella como amiga. Tantea cómo va la cosa. No es que vayas a pedirle que se case contigo.

Me estremecí al oírlo, y resopló, negando con la cabeza antes de darse la vuelta para acercarse al mostrador de recepción. Las dos enfermeras que había detrás atendieron al instante a lo que fuera que hubiera dicho aquel imbécil con los brazos apoyados en la superficie, inclinado hacia ellas.

Y me pregunté cómo había hecho él. Para digerirlo. Para superarlo.

O quizá había sido yo el que había tenido la culpa todo el tiempo.

15

REX

Me pasé la mano por los tensos músculos de la nuca mientras caminaba de un lado para otro haciendo crujir la grava con las botas delante de su casa.

De un lado para otro. Una y otra vez.

¡Mierda!

«¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! Puedes conseguirlo, tío».

Como amigos. Eso había dicho Kale.

¡Podía conseguirlo!

Me obligué a mover los pies para subir los escalones y cruzar el porche, y luego llamé al timbre. La puerta tardó treinta segundos en abrirse, que me parecieron una eternidad. Casi retrocedí, porque noté vacilación en sus movimientos antes de que apareciera una expresión de alivio en sus facciones.

—Rex —susurró, abriendo más la puerta.

—Hola...

—¿Qué tal está Frankie? —preguntó con una sonrisa.

Había algo en la curvatura de sus labios que calmaba las erráticas carreras de mi corazón, y sentí que no podía evitar devolverle la sonrisa.

—Como nueva. Puede que haya tenido algo que ver con la tarta que apareció misteriosamente junto a la puerta.

Un rubor le cubrió las mejillas, y se mordió el labio inferior; no había nada fingido en ella.

—Espero que le haya gustado.

—No lo dudes.

Su cara se puso todavía más roja.

—Me alegro de que esté mejor.

—Yo también. No sé cómo darte las gracias por haberme ayudado esa noche.

—Lo dije en serio, Rex. Aquí estoy.

Asentí con la cabeza, me pasé los dedos por el pelo y el aire pareció cargarse eléctricamente a nuestro alrededor. Un remolino de tensión nos envolvió.

—Así que... —me interrumpí como el patético capullo que soy.

—¿Así que...? —me presionó ella, con una mirada muy cálida.

Contuve el aliento mientras me volvía a pasar los dedos por el pelo.

—La cuestión es que Broderick Wolfe me ha invitado a pasarme mañana por Olive's. Solo se trata de una pequeña fiesta para celebrar los progresos que hemos hecho en el hotel Fairmont. Sé que Nikki y Lillith también estarán allí. Me pareció que estaría genial que vinieras conmigo. Ya sabes, como amigos... —añadí precipitadamente al final.

Parecía tranquila.

Condenadamente tranquila.

Y tuve que bajar la vista.

—¿Como amigos? —preguntó, arqueando una ceja. La palabra parecía una broma de mal gusto. No podía culparla si así lo creía, considerando especialmente que la última vez que la había visto se había corrido contra mí, apoyada en el capó.

—Sí —confirmé, metiéndome las manos en los bolsillos. Mi tono era ronco y sincero—. No estoy seguro de tener mucho más que ofrecer en este momento, Rynna.

El silencio se volvió espeso. Pesado por lo que implicaban mis palabras. Los dos teníamos muchas reservas y guardábamos dentro muchas cosas que no sabíamos cómo decir.

Parpadeó mientras me miraba.

—Me parece genial —dijo finalmente—. Me encantaría ir contigo.

Solté el aire, aliviado.

—Genial... —Retrocedí, pero una enorme sonrisa inundaba mi cara—. Es realmente estupendo. Te recojo a las ocho.

Sonrió con suavidad antes de mover la cabeza para asentir, y luego cerró la puerta.

Y me sentí bien. Jodidamente bien.

Podía conseguirlo.

16

RYNNA

Rex sostuvo la puerta.

—Las damas primero —dijo con una sonrisa de suficiencia en aquellos labios tan sexis.

Los nervios me tenían un poco agarrotada, y me mordisqueé el labio inferior.

—Gracias —murmuré, inclinando la cabeza mientras entraba en el abarrotado *pub*.

El espacio estaba envuelto en una cálida penumbra, y el sordo rugido de las voces flotaba como un zumbido en el aire. Las bombillas colgaban del techo y parpadeaban contra las paredes de ladrillo rojas como las llamas.

Había gente por todas partes, compitiendo por conseguir un taburete en la barra o detrás de unas de las mesas altas junto a la pared, perdidos en sus conversaciones mientras dejaban los problemas a un lado y se dejaban llevar por el relax del fin de semana. Eso no impedía que me sintiera como si estuviera en el punto de mira.

No sabía si ese hecho tenía que ver con que estaba al lado del hombre más guapo que hubiera visto en mi vida. O quizá fuera porque todavía me estremecía al recordar que me había encontrado con Aaron delante de Pepper's Pies hacía cuatro días.

Cuando Rex me pidió que le acompañara a la fiesta, mi primer impulso había sido decirle que no.

Primero porque solo mirarlo me hacía temer por mi corazón después de que verlo delante de mi puerta hubiera hecho que se me extendiera lentamente un intenso fuego por debajo de la piel.

Y segundo por miedo. Puro y duro. Pero me negaba a permitir que la historia pasada me coartara. No pensaba tolerar que me echaran del lugar que amaba, del que pertenecía, nunca más.

Así que salí de mi zona de confort y acepté. Por ese hombre valía la pena correr el riesgo.

Levantó la barbilla y seguí la dirección de su mirada hasta la barra. Ollie estaba detrás, haciéndole un gesto de bienvenida, pero Rex se concentró en mí e inclinó

la cabeza a un lado.

—Vamos.

Me guio delante de él hacia las escaleras. Junto al letrero había una señal que indicaba que la segunda planta estaba cerrada para una fiesta privada. Lo miré con cautela.

—Me pareció entenderte que era una fiesta pequeña.

Se rio por lo bajo.

—Broderick Wolfe lo hace todo a lo grande. De hecho, «Grande» parece su segundo nombre.

Arqueé las cejas en un gesto burlón.

—Ah..., ya veo cómo va la cosa. Me has invitado para que te proteja.

Bajó la vista por mi cuerpo.

Una mirada caliente... y llena de necesidad.

Sus ojos magnéticos resbalaron por mis hombros desnudos y se hundieron en el valle entre mis pechos. Solté un tembloroso suspiro cuando su vista vagó por encima del vestido color melocotón que llevaba puesto. Los finos tirantes satinados se cruzaban sobre la espalda abierta, y la ajustada parte delantera del corpiño tenía un profundo escote en V. La falda fluía hasta caer con suavidad por encima de mis rodillas.

Sus ojos subieron lentamente hasta los míos.

—Creo que puedo asegurar que ni un alma me mirará a mí si tú estás a mi lado con ese aspecto.

Me bajó un escalofrío por la espalda.

«Amigos. Amigos. Amigos...», repetí mentalmente, como si así pudiera convertir esas palabras en realidad y considerar a Rex Gunner solo un amigo cuando estuviera a su lado.

Aunque lo que sentía por él me parecía más una necesidad desesperada de sexo y de amor.

Una esperanza de curación.

No había duda de que los dos habíamos tenido nuestras decepciones. Que nos habían vapuleado y roto de forma cruel.

Mi impulso era alargar la mano y dejar al descubierto sus heridas; quizá que él viera también las mías.

—Tú tampoco estás mal —logré decir con la voz entrecortada como si fuera tonta. Me parecía una idiotez decir eso en voz alta, cuando iba vestido con unos vaqueros ajustados y una camisa de color rosado claro con las mangas enrolladas

en los antebrazos; de hecho, dejaban a la vista algunas plumas de colores del tatuaje que invadía la parte superior de su antebrazo.

Casi me tropecé conmigo misma cuando me lo encontré así al abrir la puerta. Resultaba ridículamente sexy con el pelo recién cortado y arreglado.

La tensión que había flotado entre nosotros durante lo que duró el trayecto en la *pickup* había sido más de lo que podía soportar. Me había vuelto muy consciente de cada uno de sus movimientos, desde la flexión de sus fibrosos músculos mientras metía una marcha hasta la forma de tensar la cincelada mandíbula con un gran estoicismo. Parecía haber tenido que mantenerse moderadamente rígido, como si ofrecerse una palabra hubiera supuesto el estímulo necesario para llevarnos al límite. El detonador de una bomba que hiciera añicos un suelo frágil y endeble.

Parecía estar en guerra consigo mismo antes de negar con la cabeza y esbozar una sonrisa.

—Vamos; vamos allí antes de que Brody piense que me he escaqueado.

Cuando empecé a subir los escalones, Rex me puso una mano en la parte baja de la espalda, lo que me hizo contener un jadeo. Aunque me resultó casi imposible con la ráfaga eléctrica que me recorrió como si fuera una inyección de adrenalina.

Él también soltó un gemido. Aunque fue casi inaudible, lo sentí como un estruendo. No solo me pasaba a mí.

Logramos llegar arriba, pero volví a contener el aliento cuando estábamos ya en la segunda planta. Era magnífico.

La decoración interior poseía el mismo aire de la planta baja, con paredes de ladrillo rojo, que resultaban acogedoras. Los manteles, adornos florales y arreglos formales cubrían las mesas dispuestas en medio de la sala, evidentemente colocadas allí para la fiesta que se ofrecía esa noche.

Aunque lo que realmente acaparó mi atención fue lo que me encontré enfrente. Una pared de vidrio y madera rústica que se abría a la terraza. Había unos maceteros con plantas colocadas de forma estratégica por toda el área, y las lámparas, iguales que las de la planta inferior, conseguían que el espacio al aire libre pareciera cubierto con un techo brillante y resplandeciente.

Era complicado delimitar dónde terminaba un espacio y dónde comenzaba el otro.

Y la vista del río, serpenteando por el pueblo que tanto amaba, me hizo sentir una profunda nostalgia.

—Es bonito, ¿verdad?

Me estremecí al oír aquella voz áspera a mi lado. Salí de mi estupor y le ofrecí a Rex una sonrisa tímida.

—Casi me había olvidado de lo bonito que es Gingham Lakes.

Me miró con el ceño fruncido.

—¿Era eso lo que querías? ¿Olvidar?

Mi risa fue trémula.

—Es más fácil así, ¿no crees? Olvidar consigue que las cosas no duelan tanto.

El dolor también atravesó sus llamativas facciones.

—A veces, el dolor es mejor que olvidar.

Se me revolvió el estómago, y busqué algo que decir; quería volverme hacia él y descubrir exactamente a qué se refería.

—Voy a ir al bar —dijo—. ¿Quieres que te traiga algo para beber?

—Un chardonnay estaría bien.

Inclinó la cabeza antes de ir en esa dirección, serpenteando entre los grupos de personas que había por todas partes. Las conversaciones eran tranquilas, y el grupo que tocaba algo en el pequeño escenario de la esquina contribuía a crear un ambiente relajado.

—¡Oh, Dios mío!

Giré sobre los talones ante aquel grito que provenía de mi espalda. Nikki venía directa hacia mí, con un llamativo vestido rojo y los ojos abiertos como platos por la emoción. Me abrazó como si llevara años sin verme.

—Oh, Dios mío... —repitió, mirándome de arriba abajo—. Joder, estás estupenda. ¿Es que quieres que todas parezcamos unas piltrafillas?

Sentí que me ruborizaba.

—Gracias.

Me costaba digerir los elogios de las amigas. Macy había considerado, por supuesto, que era su deber divino borrar esa idea de mi cabeza, y, según ella, había hecho un buen trabajo al respecto, haciendo que desaparecieran casi todas mis viejas inseguridades, pues me negaba a permitir que volviera a hacer mella en mí.

Le cogí las dos manos y se las apreté mientras sonreía.

—¿Lo dices en serio? Si tienes el aspecto de una diosa.

Se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que diga? Cuando me surge la oportunidad de vestirme para mi Ollie, sería tonta si no la aprovechara.

Me reí... Adoraba a esa mujer.

—Bueno, el tonto sería él si no se diera cuenta.

Casi me dolió el brillo que apareció en sus ojos, pero vi cómo negaba con la cabeza.

—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Te ha invitado Lillith?

Me puse a mirar de nuevo a mi alrededor. Justo entonces, Rex apareció entre la multitud; era tan ridículamente guapo que contuve la respiración mientras se me aceleraba el corazón sin remisión. Era esbelto y de poderosa presencia.

—¡Oh, guau! —Nikki volvió a mirarme con la boca abierta por la incredulidad.

—No es nada —susurré—. Solo somos amigos.

—¿En serio? —Su voz contenía una acusación irónica y sorprendida a la vez.

—En serio —aseguré, aunque de alguna forma sonaba como una mentira.

—Nikki —dijo Rex con demasiada dureza mientras inclinaba la cabeza a un lado.

—Rex —repuso ella, con una risita.

—Aquí tienes —me dijo él, entregándome la copa de vino.

—Gracias.

Estaba bebiendo un sorbo cuando vi que Lillith se acercaba. Llevaba de la mano al hombre que supuse que era su prometido.

Broderick Wolfe.

Era alto, ancho e iba vestido de forma impecable con un traje que, a todas luces, parecía haber sido confeccionado para adaptarse a la perfección a su musculoso cuerpo.

—Rynna, aquí estás. Me encanta. Todas mis personas favoritas reunidas en una habitación. —Lillith se acercó a mí y me abrazó antes de dar un paso atrás inclinando la cabeza a un lado—. Rex, ¿qué tal? Me alegro de verte.

Había cierta preocupación en su voz cuando lo dijo. Como si quisiera protegerme.

—Bien —repuso él en tono seco. Luego se dio la vuelta para estrechar la mano de Broderick—. Gracias por la invitación. Esto es una pasada.

Broderick negó con la cabeza.

—Me alegra de que hayas venido. Nada de esto podría suceder sin RG Construcciones. Tu compañía es la columna vertebral de la operación.

«¡Guau! Menudo elogio».

Miré a Rex de reojo. Su expresión estaba llena de satisfacción cuando estrechó la mano de Broderick.

—Mis hombres son muy buenos. Estoy muy orgulloso de ellos.

Broderick se echó a reír; fue una risa fuerte y bulliciosa que no se detuvo cuando le puso a Rex una mano en el hombro.

—Tú siempre tan humilde... —Broderick miró al resto—. Este tipo es el impulsor de un equipo increíble. Se puede decir que, literalmente, me ha salvado el culo mil veces durante este proyecto. Volvió a mirar a Rex—. Te has ganado la reputación a pulso. Te he contratado porque eres el mejor. En solo tres años, has puesto a RG Construcciones al frente de las empresas de la zona a pesar de lo que ocurrió antes. No es una hazaña fácil.

Rex se estremeció... Aunque fue de forma sutil, yo lo vi, lo sentí.

—Si tenemos que concederle ese crédito a alguien —repuso con la voz ronca—, debería ser a mi madre. Es ella quien me enseñó que no hay nada que el trabajo duro no consiga.

¡Dios! Ese hombre era un enigma absoluto. Duro pero blando. Modesto y orgulloso. Tenía capas, hilos y dimensiones de misterio.

Broderick solo negó con la cabeza como si no pudiera creer a Rex, y luego se volvió hacia mí con una sonrisa carismática.

—Bueno, ¿a quién tenemos aquí? —Se acercó para cogerme una mano entre las suyas.

Lillith tenía la de ella debajo de su brazo mientras sonreía.

—Esta es mi amiga Rynna, de la que ya te he hablado. Es quien ha heredado Pepper's Pies, el *diner* que hay enfrente del hotel.

—Me alegro de conocerte por fin —repuso él con una sonrisa de oreja a oreja que le iluminó toda la cara—. Esperaba que reabrieran ese negocio en lugar de venderlo. Pepper's Pies es importante en la historia de Gingham Lakes, y sé que también será así en el futuro. Si necesitas que te ayude en el proceso, no dudes en avisarme. —Aunque eran unas palabras que podría haber utilizado en una sala de juntas para vender una idea, su voz estaba envuelta de un evidente tono de sinceridad.

—Para mí también es un placer conocerte. Y, sin duda, tendré en cuenta tu ofrecimiento. Gracias.

Broderick miró a su alrededor.

—Creo firmemente que la revitalización de Gingham Lakes nos corresponde a todos. Es nuestra responsabilidad unirnos para que sea un lugar mejor para todos los residentes.

Lillith pegó la mejilla a su brazo, como si se viera abrumada por su amor por

él, que la besó en la coronilla con ternura.

Al notar que se me aceleraba el corazón, no pude evitar mirar a Rex, atraída por el hombre que seguía a mi lado con un gesto estoico.

Broderick señaló la sala con la cabeza.

—La cena se servirá dentro de unos minutos. ¿Por qué no buscamos un lugar donde sentarnos y disfrutar?

Mientras nos guiaba hasta una enorme mesa redonda, donde nos acomodamos, Broderick fue saludando y dando la bienvenida al resto de sus invitados mientras les indicaba que tomaran asiento. Cuando sirvieron la cena, comimos, bebimos y nos reímos. Lillith y Nikki consiguieron que me resultara fácil encajar, e incluso me pareció que Rex también lo conseguía. Aunque seguía mostrándose un poco reservado.

Después, Broderick se levantó y se acercó.

—¿Nos perdonas un minuto? —preguntó, haciéndole una seña a Rex.

—Por supuesto —repuse.

Lillith estaba enfrascada en una profunda conversación con la pareja de la mesa de al lado, y Nikki se excusó para bajar, sin duda con idea de encontrarse con Ollie.

Así que fui a la barra para pedir otra copa de vino y salí a la terraza, atraída por la vista.

Reinaba el silencio y el aire todavía estaba tibio, aunque se había enfriado desde que se había hecho de noche, y la leve brisa me hizo estremecer. Un manto de estrellas cubría el vasto dosel que se extendía por encima, y aspiré el aroma del pueblo, a madreselva, del río y de las edificaciones antiguas.

Era mi hogar.

Me sentía envuelta por él, por la suave música que llegaba a mis oídos y la paz que irradiaba desde el lugar que había tratado de olvidar que adoraba.

Pegué un brinco cuando noté una respiración en el hombro desnudo.

—Lamento haberte dejado sola.

Curvé los labios mientras miraba por encima del hombro al hombre magnífico que tenía detrás.

—Lo entiendo. Es un tema de trabajo.

—Prefiero estar contigo.

Noté mariposas en el estómago. ¿Era normal? No importaba: estaban allí, revoloteando en mi interior, aleteando, dando vueltas e incitándome. Me volví lentamente para mirarlo.

—Yo también prefiero estar contigo.

Una suave ráfaga de aire nos envolvió y movió los mechones más largos de su cabello mientras clavaba en mí aquellos ojos hipnotizadores y llenos de dudas y preguntas.

—Rynna... —musitó, alargando la mano para tocarme la mejilla.

Me bajó un escalofrío por la espalda.

El grupo había cambiado de canción, y el aire estaba lleno de los acordes de una guitarra acústica. La desgarradora voz del mismo cantante que había actuado la última vez que estuve allí flotó en la brisa. Estaba cantando *Collide*, de Howie Day. La letra me rozó la piel, haciendo que se me pusiera de gallina mientras él recorría mi brazo con las puntas encallecidas de sus dedos.

Las palabras giraban a nuestro alrededor cuando, lentamente, Rex dio un paso adelante. Me rodeó la cintura con el brazo y me apretó contra él al tiempo que posaba la palma de la mano contra la parte baja de mi espalda, rozándome con el pulgar la piel desnuda que dejaba expuesta el vestido. La otra mano aterrizó en mi cuello.

Y todo mi mundo tembló.

Poco a poco, comenzamos a seguir el ritmo en un baile lento, hipnotizados por la canción, las sensaciones y el abrumador ambiente, con los corazones vibrando en sincronía. Estábamos atrapados en el momento, como si el tiempo se hubiera detenido y los dos nos hubiéramos entregado a aquel instante. No me habría importado que se hubiera vuelto eterno.

Rex me acercó todavía más y me recorrió la parte posterior de la oreja con la nariz.

—Eres preciosa, Rynna —murmuró—. Tanto que me duele mirarte.

—Rex... —susurré al tiempo que enroscaba los dedos en la tela de su camisa.

De repente, dio un paso atrás mientras se frotaba la cara con la mano, lo que me dejó frustrada.

—Creo que deberíamos largarnos de aquí.

Asentí lentamente con la cabeza y lo seguí al interior.

17

REX

¿En qué demonios estaba pensando al invitarla? ¿De verdad había creído que podría manejar aquello?

«Amigos...».

Contuve una risa amarga y la conduje al interior, tratando de mantener cierta distancia entre nosotros cuando lo único que quería era quitarle el vestido y hundirme en su interior. Nos despedimos, dándole las gracias a Broderick, mientras Lillith me lanzaba una mirada que prometía que me cortaría la polla si le hacía daño a su amiga.

Y ese era el puto problema.

No sabía cómo hacerlo bien.

No tenía ni idea de cómo llevar a buen puerto lo que claramente estaba creciendo entre nosotros.

Algo así como una tormenta salvaje.

Brutal.

Salimos al exterior, y nuestros pasos resonaron en la acera en medio de la noche. Todo lo que queríamos decirnos se agitó en el silencio que reinaba entre nosotros. Abrí la puerta de la *pickup* y la ayudé a sentarse en el lugar del copiloto. Me puse rígido de pies a cabeza cuando me asaltó otra oleada de su dulzura, porque esa chica me conquistaba con cada una de sus tentadoras y deliciosas partes.

Azúcar y picante.

Pastel de cereza.

Era jodidamente impresionante.

Rodeé la camioneta y me senté detrás del volante, pero no encendí el motor, solo me aferré al volante, mirando al frente y dejando que aquel confuso silencio se apoderara de mí.

—Lo siento —dije por fin.

Ella esbozó una sonrisa vacilante, aunque parecía no comprender nada.

—¿Por qué?

Solté una carcajada mientras cambiaba de marcha para salir a la carretera.

—Por comportarme siempre como un idiota.

Ella se rio por lo bajo.

—No siempre te comportas como un idiota, Rex. Sé que hay algo más en ti.

—¿Por qué lo sabes? —pregunté, y esas palabras sonaron casi como un juego entre nosotros.

—No eres ningún idiota cuando estás con tu hija.

El orgullo que sentía hizo que gruñera.

—Eso es porque ella es la mejor parte de mí.

—Es una niña increíble —comentó Rynna, mirando por el parabrisas mientras yo la estudiaba de reojo.

—Sí. Es todo lo que tengo.

Percibí sus ojos sobre mí, una mirada cálida y espesa..., exigente.

—¿Y es así como quieres que sea siempre?

La incomodidad que sentí me erizó la piel.

—Así es como consigo que mi vida funcione, Rynna. Como logro superar la mayor parte de los días. Sin salirme de los límites. Ella es mi vida. Mi corazón. No creo que tenga espacio para nadie más.

—¿Porque has perdido a tu media naranja?

El dolor me atravesó y me partió en dos.

—Me perdí a mí mismo hace mucho tiempo; no estoy seguro de haberme recuperado.

Volvió a mirar al frente antes de bajar la voz para murmurar su propia confesión.

—¿Sabes...? Cuando regresé aquí me aterraba lo que podía estar esperándome.

—Notaba su confusión, el dolor que había guardado dentro—. Aterrorizada de lo que, en un primer lugar, me había hecho salir huyendo. Pero sabía que lo había dejado atrás, y que valía la pena correr el riesgo por lo que me esperaba aquí. No quería volver a tener miedo.

Fruncí el ceño.

—¿De qué estabas huyendo?

Su risa sonó falsa.

—De la vergüenza. Mi vergüenza. Cuando miro atrás, creo que quizá estaba huyendo de mí misma. —Era como si estuviera riéndose de sí misma, y me fijé en sus dedos, que retorció en el regazo. Los mechones que se habían soltado flotaban sobre su delicada nuca—. Cuando era una adolescente, era una niña gordita, torpe, que no se gustaba a sí misma.

Levanté la vista y bajé la mirada por su cuerpo lentamente. Era una mujer exuberante, curvilínea y jodidamente perfecta, y odiaba la idea de que alguna vez se hubiera sentido menospreciada.

—Ahora me parece ridículo... —Su tono era de asombro— haber permitido que las burlas me afectaran. No sé si realmente era por mi peso o si me sentía insegura y todos lo sabían y se aprovechaban de ello. Cuando mi madre se fue, dejó un vacío que no entendí en ese momento. Me sentía sola, y creo que cuanto más sola estaba, más ganas tenía de interactuar, pero me parecía que siempre me excluían. Creo que, de alguna forma, los otros niños se alimentaron de ello, empeorando a medida que crecía.

Me miró con expresión de impotencia.

—Llegó un momento en el que no pude aguantarlo más, así que hui.

La ira corrió como un relámpago por mis venas; por la niña que había sido. No quería ni imaginarlo. ¿Y si alguien tratara así a Frankie?

—Lo siento mucho, Rynna.

Se encogió de hombros.

—Quizá eso me hizo más fuerte. Durante años, me dio mucho miedo regresar. Pero después de la muerte de mi abuela, me planté. Me había perdido un montón de años con ella, y no quería seguir huyendo. Estaba cansada de huir de mí misma. Incluso aunque a veces me encuentre mirando por encima del hombro, no pienso permitir que nadie me haga dejar mi hogar.

—Este es tu sitio —aseguré.

Me miró parpadeando.

—No creo que haya sido una casualidad que Frankie y tú fuerais las primeras personas que viera.

Me sentí vacilante. Sabía lo que ella decía. Lo que me pedía. Nunca me había sentido más en guerra con lo que quería y lo que sabía que era correcto. Giré hacia nuestra calle.

—Mi vida es como un accidente ferroviario. —Tenía las palabras pegadas a la lengua—. Un accidente que no cesa nunca. Cada vez que creo que estoy haciendo algo bien, todo se vuelve a convertir en una mierda.

—¿Qué pasó con la empresa hace tres años? —preguntó de repente. Se quedó mirándome mientras esperaba una respuesta, jugueteando con el tirante de seda de aquel vestido que conducía a la lujuria. Como si supiera que estaba cruzando una línea. Presionándome más y con idea de seguir haciéndolo de todas formas —. ¿A qué se refería Broderick?

—Solo a otra vez que la vida me apuñaló por la espalda. En esa ocasión fue mi socio, el muy capullo casi me destruyó. Hizo que pareciera que yo era parte de sus actos sospechosos, robando clientes, falsificando documentos... Podía haber acabado en la cárcel como él. Me las arreglé para demostrar que no tenía ni idea de qué clase de gilipollec es estaba haciendo en la oficina mientras yo me partía la espalda en las obras con la cuadrilla. Casi pierdo la empresa, pero logré conservarla.

Me invadió una oleada de odio. Todavía no podía creer que aquel bastardo casi hubiera acabado conmigo. Había sido un golpe tan duro como volver a casa y descubrir que mi esposa me había abandonado.

—Es horrible.

Asentí con la cabeza mientras entraba en su camino de acceso.

—Lo fue. Me jode que ese hijo de puta acabe de ser puesto en libertad. Me cuesta mucho no ir a por él.

Se rio con incredulidad, aunque su expresión era sincera.

—Tú quieres ir a cazar a tus fantasmas mientras la parte más débil de mí quiere huir en dirección contraria de los míos.

—Nunca dejes que nadie te eche de lo que te pertenece, Rynna Dayne.

18

RYNNA

La tensión crepitó entre nosotros. Fue como si se tensara el hilo que nos unía para acercarnos todavía más. Así que tragué saliva y agarré la manilla de la puerta. Él abrió la suya, saltó al suelo de inmediato, y se las arregló para estar a mi lado antes de que tuviera tiempo de bajarme de la gigantesca *pickup*. Cuando me ayudó a salir, su mano me quemó en el punto del codo donde me sujetó.

—Deja que te acompañe hasta la puerta. Lo último que necesito es preocuparme de que hayas ido sola y de que un imbécil se aproveche de ti. — Entonces, esbozó una sonrisa que hizo que me temblaran las piernas—. A menos que, por supuesto, el imbécil sea yo.

Inclinó apenas la cabeza a un lado; había algo entrañable y autocrítico en su actitud. Su aspecto en ese momento era completamente distinto al del hombre malhumorado que había conocido unas semanas antes; este estaba exponiéndose ante mí, capa a capa.

Alcé la barbilla, firme pero vulnerable, y lancé al aire todas mis incertidumbres.

—¿Debería tener miedo? —pregunté.

—Sí, deberías. —Su respuesta fue brusca, aunque eso no ocultaba el hecho de que su irritación estaba dirigida a sí mismo. Apoyó la mano en mi espalda y me ayudó a atravesar el camino de grava sobre los tacones, así como los escalones del porche.

Pisamos los tablones con la tensión creciendo con cada paso. Cuando llegamos a la puerta, hervíamos de necesidad. Me giré lentamente para enfrentarme a él. Noté como si irradiara de él una oleada de energía a través de la madera del suelo, y su abrumadora presencia me hizo contener el aliento.

Se quedó de pie bajo el tenue resplandor de la lámpara de emergencia contra huracanes que colgaba sobre la puerta. Una escultura de músculos fibrosos y fuerza bruta, forjada durante años de trabajo físico. Cada centímetro de él era áspero, desde las manos callosas hasta las profundas arruguitas que le rodeaban los ojos.

Aquel hombre era una figura de pura belleza masculina.

—¿De qué se supone que debo tener miedo exactamente, Rex? —Arrugué la

nariz—. Porque cuando estoy cerca de ti —expliqué bajito—, lo último que siento es miedo.

—Jodo todo lo que toco, Rynna, y solo puedo ofrecer desastre y caos. No puedo hacer esto.

La contención hacía retumbar su pecho, un sonido tan profundo que noté que temblaba el suelo debajo de mis pies.

Ahuequé la mano contra su mejilla.

—No estoy asustada.

Era una promesa y un ruego.

—Pues deberías —aseguró él—. Te lo he advertido, conmigo nada acaba bien.

—Quizá sea un riesgo que estoy dispuesta a correr.

Gimió y me plantó las manos por encima de la cabeza. Jadeó sobre mí de forma desgarradora; desesperado, me rozó la nariz con la suya.

—Maldita seas, Rynna. ¡Dios! Maldita seas.

Supe en qué momento se rindió. Cuando el hilo se tensó demasiado y aquel hombre avasallador cedía. Su boca descendió sobre la mía.

Fue abrumador.

Impactante.

Vertiginoso.

Labios, lenguas y mordiscos ardientes.

Y sus manos... Estaban en mi cara, en mi cuello, en mi cintura. Me las arreglé de alguna forma para aferrarme a él y girar mientras buscaba a tientas la cerradura. Se apretó contra mí, frotando la erección contra mi trasero al tiempo que me dejaba con la boca un rastro de fuego por el lateral del cuello.

Entramos tropezando en la oscuridad de mi casa, y solo nos separamos cuando me di la vuelta para mirarlo. La única luz era la de la lámpara que había dejado encendida en el piso de arriba. Cerró la puerta lentamente, a su espalda, y nos quedamos allí, a medio metro de distancia el uno del otro, mirándonos.

Con la respiración alterada.

Antes de encontrarnos de nuevo.

Una maraña de lenguas y cuerpos.

Un hombre frenético que trataba de tocarme por todas partes.

—¿Qué estoy haciendo? Joder, ¿qué estoy haciendo...? —murmuró de forma incoherente antes de besarme más profundamente con salvaje abandono.

Me puse de puntillas y arranqué la boca de la de él para poder lamerle el cuello. Noté que su cabeza chocaba contra la puerta, apretando todo el cuerpo contra la

madera como si lo necesitara para mantenerse en pie. Pronunció mi nombre mientras seguía besándole el cuello, y mientras le desabroché el botón de los pantalones con manos temblorosas.

Perdimos el control.

Por completo.

Cuando le rocé el abdomen, tensó todos aquellos músculos definidos, excitándose todavía más.

—Rynna, estás matándome. Joder, estás matándome... —murmuró.

Su deseo me envolvió como una ola embriagadora. Me hizo sentir valiente y audaz, por lo que me volví tan descarada como para mordisquearle la nuez mientras le bajaba la cremallera con seguridad.

Antes de que pudiera considerar nada —ni las ramificaciones ni las repercusiones, ni que suponía una clara amenaza para mi corazón—, me arrodillé y le bajé los vaqueros y los calzoncillos hasta mitad de los muslos.

Solo podía pensar en liberarlo, esperando que encontrara algo de esa libertad gracias a mí. Aunque solo fuera con momentos robados. Pero... ¡Dios! No estaba preparada para aquello. Era solo una idiota ingenua e inocente cuando su gruesa polla se balanceó ante mis ojos.

Erecta y dura.

Tan grande como el resto de él, y la punta ya goteaba de deseo.

No pude reprimir el impulso a pesar de los nudos que sentí en el estómago. Verlo me provocaba un profundo dolor en el vientre, hacía que mi núcleo se convirtiera en una bola de fuego, que el calor se extendiera con rapidez hasta palpar entre mis muslos. Los apreté como si eso pudiera ofrecerme alivio mientras el corazón se me aceleraba sin control. Como si corriera delante de mí, conociendo ya nuestro destino.

De repente, Rex me puso las manos a ambos lados de la cabeza y me obligó a mirarlo. El hambre que brillaba en sus ojos era un peligroso cóctel de tristeza, necesidad y control. Mi fascinación se hizo más fuerte. Fue entonces cuando supe que había adoptado otro rol.

De hombre ansioso y dominante.

—¿Es esto lo que quieres de verdad? ¿Que te folle la boca?

Me estremecí ante la promesa que percibí en sus palabras, tomada por sorpresa otra vez por ese hombre que me había llevado a un terreno inestable.

—Solo quiero hacerte sentir bien —susurré.

Rex estaba duro. Desde la cabeza a los pies. Desde la tensa mandíbula hasta la

longitud que sobresalía ante mí, vibrante, pasando por su estómago marcado.

Noté que la punta me rozaba los labios, así que saqué la lengua y la pasé por la carne aterciopelada.

—Mierda... —siseó Rex—. Rynna, no puedo... Esto está mal. Jodidamente mal.

Pero en lugar de alejarme, me acercó más. No pudo reprimir un gemido salvaje cuando le rodeé la base de la erección con los dedos y le lamí el glande. Lanzó una maldición al tiempo que se balanceaba hacia delante. El control se le escapaba por momentos. El mismo control que sabía que él usaba como defensa. Como una forma eficaz de mantener a todos a distancia.

Presioné con la lengua la parte inferior de su polla y me la metí más adentro, casi por completo, aunque muy despacio. Luego se la acaricié también con las manos, lentamente.

Y quizá debería haber intuido que tenía problemas cuando me puse a temblar. Cuando la habitación giró al sentirlo. Al notar el impacto que tenía en él.

—Esa boca... —murmuró, haciendo que sucumbiera por completo, mientras me ponía los dedos debajo de la barbilla.

Cuando levanté la mirada hacia él, me rozó con los pulgares la curva de las mejillas y luego los llevó al borde de mis labios. Sus ojos brillaron con ternura justo antes de que me abriera más la boca, poseyéndola por completo. Con cruda posesividad, con intensidad.

Comenzó a mover las caderas, arqueándose. Se introdujo más profundamente en mi boca, llenándomela tanto que tuve que luchar para no vomitar. En ese momento me excitó, me retorcí arrodillada en el suelo. Tenía que rendirme ante ese hombre poderoso.

—Dios..., Ryn..., Ryn... Es tan bueno... Joder, es... Esa boca... —De sus labios salió un chorro de palabras mientras me follaba los míos de una forma salvaje, alocada y ávida.

Y me gustó. Me encantó que él hubiera tomado el control. Que estuviera cerca de mí, aceptando lo que quería ofrecerle. Me regocijé de tener el poder de hacerlo gemir.

Eso me gustaba mucho, más de lo que debía. De una forma que me estaba volviendo loca. De una manera que era suave y frágil; frágil porque me envolvía con una red compleja, con hilos de necesidad, con oleadas de placer.

—Rynna... —gruñó mi nombre, una pronunciación profunda y reverberante que hacía eco en las paredes. Tragué saliva a pesar de tenerlo en la boca con idea

de llevarlo más profundamente. Me dolía todo. La mandíbula, el corazón y el lugar donde sentía aquel latido desesperado en la unión entre mis muslos. Sus embestidas se volvieron más duras. Más salvajes y exigentes—. Por favor..., más fuerte. Por favor...

Lo apreté de una forma brutal, con la misma ferocidad que él poseía mi boca, reproduciendo con las manos el frenético ritmo de su asalto.

Y noté que se le tensaban y elevaban los testículos. Que contraía el abdomen y los muslos poderosos. Y la electricidad me envolvió con cada movimiento. Me resultó sorprendente.

—Maldita sea, Rynna. ¡Dios! Maldita sea...

Impulsó las caderas un par de veces más con frenesí. Y antes de que cada glorioso centímetro se pusiera rígido, hubo una intensa pausa. Luego se apoderó de él el orgasmo, y soltó un rugido gutural mientras se dejaba llevar.

Eso era justo lo que yo quería. Ver cómo se desmoronaba ese hombre, para poder echar un vistazo más allá de los muros destruidos. Y la vista era... magnífica.

Su polla palpitó y vibró al tiempo que se derramaba en mi boca, y la engullí recreándome en el puro éxtasis que había en sus ojos. En su fuego.

Entonces me levantó del suelo con rapidez. Antes de que pudiera saber lo que hacía, tenía el trasero apoyado en el respaldo del sofá, el vestido por la cintura y sus dedos en mi interior. Llenándome. Me observaba con desesperación al tiempo que me acariciaba profundamente. Gemí al sentir que me follaba con los dedos, mientras me llevaba al éxtasis con el pulgar. Fue casi inmediato. Tan rápido que me sorprendió el clímax que hizo explotar mi cuerpo. Un ramalazo brutal que surgió de la nada. Y me corrí clavándole los dedos en los hombros, oleada tras oleada.

Luego redujo la velocidad, jadeante, con una mirada enloquecida. Dio un paso atrás como si no pudiera entender lo que acababa de ocurrir entre nosotros, y me puso los pies en el suelo.

—Maldición —dijo con la voz rota.

Yo me desplomé contra el sofá, agarrándome al respaldo en busca de apoyo. Exhausta, agotada, confusa.

Se apresuró a subirse los pantalones mientras miraba a todos lados menos a mí, y luego se pasó las manos por el pelo.

—Maldita sea. ¡Dios, joder! Amigos... Amigos... ¡Menuda mierda!

Empezó a andar con un ritmo frenético.

—Rex —susurré, tratando de romper lo que fuera que estaba apoderándose de él.

—No puedo... No puedo creerme que... ¡Joder! —gritó lanzando un golpe sin rumbo al aire—. No puedo con esto.

—¿Por qué no puedes? —Me temblaban las rodillas y el corazón me latía de forma errática. Le tendí una mano—. ¿Por qué no puedes hacer esto?

Nunca había suplicado. Nunca había perseguido a un hombre, excepto al que me había roto el corazón el día que cumplí dieciocho años. Había aprendido rápido. Si un hombre no quería lo que podía ofrecerle, no se lo merecía.

Sin embargo, había algo en Rex Gunter que hacía que quisiera gritar, suplicar y golpearle en el pecho. Exigir que se abriera a mí. Que me mostrara lo que guardaba en su interior.

Ese mismo algo me decía que él necesitaba lo que yo tenía que ofrecerle. Lo que fuera que me estaba faltando lo había encontrado en él también.

—Tengo que salir de aquí —dijo, dirigiéndose a la puerta.

Lo miré con estupefacta sorpresa, presa de una oleada de dolor que me llevó a cubrirme la boca con incredulidad. ¿Se iba a marchar? ¿Después de lo que acabábamos de hacer?

Apreté los labios al notar que me temblaba la barbilla, luchando contra las lágrimas. Un llanto fruto de mi frustrada esperanza.

—Te he dicho que yo no tengo miedo. ¿Por qué lo tienes tú? Lo único que te pido es que corras el riesgo conmigo. La vida no vale la pena si no la disfrutas.

Se quedó paralizado en la puerta y soltó aquella risa horrible y cortante antes de mirarme por encima del hombro.

—¿Quieres saber por qué tengo miedo, Rynna? —Inclinó la cabeza a un lado y sus ojos brillaron con una especie de odio que sabía que no estaba dirigido a mí—. Tengo miedo porque lo jodo todo. Tengo miedo porque todo lo que toco, todo lo que amo, acabo manchándolo. Arruinándolo. Y luego solo queda tristeza, sufrimiento y miedo. Y mi hija... Mi Frankie. Ella es todo lo que me queda. Es la única cosa buena que permanece intachable. Y las pocas emociones que me quedan le pertenecen a ella, porque ya he entregado todas las demás. Ya te lo he dicho, no tengo nada que ofrecerte. Lo siento. Lo siento mucho, pero me niego a hacer algo egoísta o estúpido que ponga en riesgo su felicidad.

Abrió la puerta, aunque se detuvo, vacilante, antes de volver a mirarme. La rendición estaba grabada en cada línea de su hermosa cara.

—Rynna Dayne, ya no me quedan oportunidades. He agotado todas las que me

han dado, y si acepto alguna más no sería más que un ladrón.

Salió sin añadir una palabra más, dejando que la puerta se cerrara a su espalda. Fue en ese momento cuando aquel hombre me partió en dos. Porque, cuando salió, se llevó consigo una parte de mí que no sabía si recuperaría en algún momento.

19

RYNNA

Iba a llegar tarde. ¡Joder! Iba a llegar muy, muy tarde. Y no podía retrasarme después de haber montado esa reunión. Salí del vestidor con una falda ajustada y unos zapatos de tacón; el cuarto estaba lleno de cajas de mi abuela. Tropecé en una de ellas y levanté la mano de forma automática hacia la pared en busca de apoyo. Me detuve un instante, tratando de recuperar el equilibrio con el otro pie. Cuando lo conseguí, volví a dar un par de pasos, hasta el tocador que había en el otro extremo de la habitación, donde me torcí el tobillo.

El dolor me subió por la pantorrilla.

—¡Mierda! —grité, tratando de evitar la caída. Lo único que conseguí fue impulsarme hacia delante. Alargué los brazos de forma desesperada y logré rozar el borde del taburete con los dedos un segundo antes de estrellarme de cara contra el suelo. Aunque mis rodillas no tuvieron tanta suerte, y chocaron contra la gastada alfombra.

Al notar que se me habían roto las medias, hundí la cabeza y luché contra las lágrimas que me llenaban los ojos. Eran lágrimas de frustración, de preocupación, producto del dolor que había crecido en mi corazón todos los días desde que Rex Gunter había atravesado la puerta dos semanas antes, sin decir una palabra más.

Me dije que estaba siendo estúpida. Idiota. Al perseguir a un hombre que, obviamente, no quería tener nada que ver conmigo. El hecho de que me lo hubiera dicho con toda la franqueza no significaba que me hubiera convencido. Y todo porque me parecía una mentira.

Dios... ¿Por qué la vida era tan complicada? Tenía suficientes preocupaciones sin necesidad de hacerlo también por el atractivo hombre y su adorable hija que vivían al otro lado de la calle y que, de alguna forma, se habían convertido en el centro de todos mis pensamientos.

Emití una risita... de loca. De esas risas que podrían haber sido un llanto, solo dependía de cómo la escuchases. O quizá de en qué camino estuvieras cuando la oyeras.

«Si no te estás riendo, estás llorando. ¿Qué es lo que prefieres?».

Sentí en la conciencia el suave aliento de mi abuela, y casi pude sentir el roce de su pulgar en la mejilla. Respiré hondo, esperando que ella pudiera guiarme, ofrecerme claridad...

—No sé ya la diferencia, abuela —susurré sin poder evitarlo—. Todo se está complicando. Se complica mucho, y no sé si puedo manejarlo. No sé si puedo hacerlo. Siento que voy a fallarte.

¡Dios! ¿Y si fracasaba de verdad? La idea hizo que mis pulmones se quedaran sin aire y que amenazaran con explotar. Así que la rechacé con todas mis fuerzas.

Necesitaba rehacerme; levanté la cabeza y empecé a incorporarme. Fruncí el ceño al ver ante mis ojos un sobre que no había visto nunca. Estaba metido en un pequeño escondite del tocador.

—¡Oh, abuela!

Me senté sobre los talones, temblando de dolor y amor, y alargué la mano para sacar la nota. Me apresuré a dar la vuelta al sobre para sacar la tarjeta, con intención de devorar las palabras.

«Hay obstáculos en todas partes. A menudo parecen insuperables; imposibles. A veces solo son unos escalones. Otras, una distracción. En la mayoría de los casos están ahí solo para demostrarte que puedes. Pero una vez que tomas otra dirección, una desviación, que haces una elección, el destino te lleva a un lugar que jamás imaginaste, pero en el que has estado todo el tiempo».

—¿Qué tratas de decirme, abuela? —susurré a la nada. Mis palabras resonaron en el silencio, aplastándome como si fueran una oleada de afecto, de pesar. Recordé su voz y sus frases, y todo aquello a lo que había renunciado por mí.

Apreté la carta contra el pecho, apreciando sus palabras. No me importaba no saber descifrarlas, lo que valía era que estaban destinadas a mí. Y me habían llegado en el momento que más las necesitaba.

Mi abuela había tenido ese don de la visión. La asombrosa habilidad de saber cuándo yo necesitaba una palabra amable o un cariñoso empujón. Me puse en pie con resolución, me deshice de los pantis rotos y volví a ponerme los zapatos. Me espolvoreé la nariz con maquillaje antes de pintarme los labios con brillo. Solo entonces me miré en el espejo.

—Puedes conseguirlo, Rynna Dayne. Es lo que quieres; ve a por ello.

Bajé corriendo las escaleras y atravesé la sala para coger el bolso de piel y el portadocumentos que había preparado previamente. Revisé mentalmente los

detalles y lo que iba a decirles, para lo que utilizaría algunas de las herramientas de estrategia que había aprendido en San Francisco. Quizá se suponía que en mi destino estaba escrito que debía ir allí. Tal vez esa experiencia me había preparado para este día.

No quería retroceder cuando salí a la luz de la mañana, pero lo hice. Porque Rex Gunner estaba allí, enderezándose desde el asiento trasero de la *pickup*, donde yo sabía que acababa de atar a su hija en el elevador. La forma en la que cuidaba a su hija era casi tan impresionante como su presencia.

Movió los ojos en mi dirección con una expresión de tristeza. Se me ocurrió que quizá no podía evitar mirarme, igual que yo no podía evitar fijarme en él. Me lo comí con la mirada como si fuera fruta prohibida. Algo —alguien— que quería tan desesperadamente que estaba dispuesta a intentar liberarlo de todas las cadenas que lo mantenían preso.

Sabía que ese destino era peligroso para mi salud. Respiré hondo, me estremecí y me obligué a bajar los escalones hasta el SUV; no miré atrás cuando salí del camino hacia la carretera, pero ese breve vistazo que le había echado había sido suficiente para que viera su dolor, su miedo, su arrepentimiento. Y hubiera jurado que solo estaba allí de pie retenido por aquellas espinas, porque también quería abrazarme.

Sin embargo, a veces, tenemos que admitir que algunos obstáculos son, sencillamente, demasiado profundos.

Me contoneé con ansiedad en la dura silla de plástico con la espalda tiesa y recta. Apretaba las piernas una contra la otra desde los muslos a los tobillos mientras esperaba con el portadocumentos en el regazo.

Cada segundo que pasaba era insoportable; mi corazón me resonaba con tanta fuerza que seguía esperando que alguien se inclinara para preguntarme qué me pasaba. Para decirme que controlara esos nervios que parecían a punto de hacer saltar mi corazón del pecho y ponerlo a dar vueltas alrededor de la sala de espera.

Miré a todas partes, a los cajeros, a los escasos empleados que atendían a los clientes en los cubículos que ocupaban la pared frontal del banco. ¿A quién juzgaría toda esta gente? ¿A mí? ¿A mi abuela? ¿Al *diner* vacío que ocupaba un local en la calle principal del pueblo, suplicando que alguien se apiadara de su desolado estado? Si solo se tratara de limpiar la mugre que se había acumulado allí en dos meses, no me llevaría demasiado lejos.

Pero si quería conseguir algo más, necesitaba dinero. Estaba claro que los cinco dólares que me quedaban no me llevarían muy lejos.

—¿Señorita Dayne? —preguntó una mujer que apareció al final del pasillo.

—¿Sí?

Me brindó una sonrisa amable.

—El señor Roth la recibirá ahora mismo. Venga conmigo.

Me puse de pie, temblorosa, y me alisé la falda con las manos sudorosas.

—Gracias.

Me armé de valor antes fingir tranquilidad, firmeza y confianza. Sabía que sería difícil que me aprobaran la solicitud, ya que sería un préstamo de alto riesgo, y solo contaba con que mi fe en el negocio hiciera inclinarse la balanza a mi favor.

La seguí por el corto pasillo hasta donde estaban ubicadas las oficinas. Mis pasos resonaron en el suelo de baldosas, en sintonía con el latido de mi corazón, que se aceleraba más con cada paso.

La mujer señaló con el brazo a uno de los despachos.

—Buena suerte... —murmuró mientras giraba para regresar por donde habíamos venido.

Tragué saliva, alcé la barbilla con renovada confianza, y me obligué a sonreír al atravesar la puerta. Al entrar en la oficina me detuve en seco, me quedé sin respiración. No podía tragar aire. Tenía un obstáculo en la garganta que no podía superar.

Timothy Roth. Tim. El capullo del *pub* que no entendía la palabra no.

—Bueno, bueno... —esbozó una sonrisa arrogante—, menuda casualidad... —Hizo una pausa para leer el nombre del dossier que tenía abierto encima del escritorio. La petición de un préstamo que había dejado en registro tres días antes, cuando pedí cita con el jefe de préstamos. Timothy Roth.

—Corinne Dayne. —Se reclinó en la silla de cuero con la misma expresión que tendría si acabara de ganar la lotería. O, más bien, como si fuera yo fuera el susodicho billete.

No sonaba bien. El pavor se deslizó por mi garganta con el lento y viscoso movimiento de una serpiente. Constriñéndola por fuera y sofocándola por dentro.

—Señor Roth. —Lo dije con incertidumbre, indecisión y dudas.

¿Por qué me pasaba eso? Primero Aaron y luego este imbécil. ¿Qué podía hacer?

Tim señaló con apremio la silla que estaba frente al escritorio.

—Por favor, cierra la puerta y siéntate.

Me estremecí, pero hice lo que me dijo, cerrando la puerta. Me temblaron las piernas mientras recorría los tres pasos que me separaban del escritorio para sentarme en la silla, incómoda.

«Suéltalo ya, Rynna. Es demasiado importante para que te rindas ahora. No dejes que este capullo te detenga».

No era tan tonta como para no pensar que todo tenía un coste, y a veces, el precio era solo el orgullo.

—Gracias por recibirme —logré decir.

Tenía un codo apoyado en el reposabrazos de la silla, el dedo en la sien y el pulgar debajo de la barbilla mientras me miraba de arriba abajo. Su ansiedad se convirtió en una sonrisa.

—El placer es todo mío.

Ignoré el nudo que se me había formado en la garganta.

—Espero que haya tenido la oportunidad de ver mi solicitud.

—Sí, lo he hecho, y agradecemos que haya venido a nuestro establecimiento con idea de cubrir sus necesidades.

Bien... Por ahora iba bien. Quizá podría olvidar por completo la incómoda situación previa.

Asentí con la cabeza antes de continuar.

—Pues, como explico ahí, he heredado Pepper's Pies de mi abuela, que falleció hace unos meses. —Dios, odiaba la forma en que lo estaba explicando, como si no fuera más que un recuerdo lejano cuando en realidad se trataba de una herida fresca que me seguía doliendo en lo más profundo. Forcé una sonrisa—. Está ubicado en Fairview, lo que supone una localización privilegiada, en especial con la renovación que está experimentando la zona.

Mientras hojeaba los documentos, relajé un poco mi rígida columna vertebral. Por fin desviaba su atención de mí para centrarla en la razón por la que estaba allí.

—¿Ha solicitado doscientos mil dólares? —preguntó sin levantar la vista—. ¿Cómo ha llegado a esa cifra?

—En efecto. Me hicieron una valoración antes de que aceptara la propiedad. Con esa cantidad, podré ponerlo en marcha de nuevo.

Asintió.

—Ajá.

Sentí que me inundaba la esperanza, y me deslicé hasta el borde de la silla.

—En la página trece se encuentran las estimaciones de ganancias y pérdidas. Con la reputación que tiene el local, me aseguraron que podía esperar que las ganancias superarían a las pérdidas antes de un año. Así que esa cantidad cubriría el mantenimiento del *diner*, un modesto salario para mí y la previsión de pagar el préstamo cada mes.

De acuerdo, quizá fuera un poco exagerado, llegaría por los pelos, pero estaba dispuesta a trabajar horas extra.

Al estudiar esa página, Tim se frotó la barbilla.

—Las estimaciones no dejan de ser estimaciones, señorita Dayne. No existe nada que nos garantice que el *diner* volverá a atraer a la clientela.

Mis esperanzas se desvanecieron un poco, pero las reuní de nuevo, preparada para presentar batalla.

—No considero que la mía sea una situación atípica. La mayoría de las pequeñas empresas comienzan con un préstamo, como el que yo he solicitado al banco. Y la mayoría de esas empresas emergentes no tienen a un nombre detrás. En mi caso, tengo una base de clientes integrada, y cuando abra el hotel que están construyendo enfrente, habrá muchas personas hambrientas ante la puerta de mi restaurante todos los días.

Una sonrisa se insinuó en la comisura de su boca, y se la devolví con aire impaciente. Cerró la carpeta y se movió en su silla para entrelazar los dedos.

—Diría que...

—¿Qué? —Me acerqué un poco más justo cuando él se inclinaba sobre el escritorio, imitando su postura. Mis sueños colgaban enfrente de mí como una zanahoria.

—¿Qué te parece que hablemos de esto durante la cena —dijo bajando la voz y echándose más hacia delante— y así me muestras cuánto deseas que te concedamos el préstamo?

Había algo siniestro en sus palabras. Algo oscuro y vulgar que hizo que se me erizara el vello de la nuca.

—¿Perdón? —pregunté, incapaz de creerme lo que me estaba insinuando.

—Pareces una mujer inteligente. Creo que te estás haciendo la tímida de nuevo. —Recordé cada detalle sórdido de él; el hombre arrogante que no sabía aceptar un no por respuesta y que pensaba que las mujeres debían besarle los pies. Pero este era su trabajo. ¿Se atrevería a hacerlo también allí?—. Creo que me debes demostrar lo buena que eres. —Su voz estaba cargada de insinuaciones—. Enséñame por qué debería recomendar que te dieran el préstamo.

Inclinó la cabeza a un lado, creyéndose el dueño del poder, tomando mis sueños como rehenes de sus sucias garras. Me entraron náuseas.

—¿Está diciéndome que tengo que salir con usted para que recomiende mi solicitud?

Observó la puerta cerrada por encima de mi hombro antes de que volviera a clavar en mí aquella sórdida mirada.

—Puedes considerarlo un intercambio de negocios.

—No puede... No es legal. —Estábamos echando un pulso. Miré la puerta cerrada, rezando para que surgiera un milagro, que alguien apareciera allí y pudiera aclararme esa locura.

Porque ese tipo estaba loco.

—Solo te estoy pidiendo una cita, señorita Dayne. —Pero sus intenciones iban mucho más allá.

Y me pregunté cuántas citas habría forzado este ser vil con clientas del banco. Sin duda, yo no era la primera.

Me levanté, aturdida. Me vino a la mente el recuerdo de Aaron. La forma en la que me había manipulado y que eso era algo no estaba dispuesta a permitir nunca más.

—Es increíble. Prefiero trabajar cada hora durante el resto de mi vida para ahorrar el dinero con el que abrir el *diner* de mi abuela que rebajarme a salir con usted.

Se balanceó hacia atrás en el enorme sillón, que era casi tan grande como su ego.

—Lo único que he pedido era una prueba de cuánto desea el préstamo, señorita Dayne. No sé qué está insinuando.

—No eres más que un mentiroso —me burlé—. No hay nada que desee más que este préstamo, pero prefiero morir antes de permitir que me toques.

Abrí la puerta y corrí al pasillo. La furia era la emoción que destacaba sobre todas las demás, la que hizo que me pusiera en marcha. Timothy Roth se había metido con la chica equivocada. Pensaba sortear este obstáculo, nada de tomar desvíos, iría a comisaría directa a denunciarlo. Me encargaría de que este capullo no volviera a manipular a otra mujer que se sentara en su despacho.

La tarde del viernes a última hora llamaron a mi puerta. Me estremecí de pies a cabeza, pero me obligué a tranquilizarme, rechazando las inseguridades que

seguían tratando de minar mi conciencia. Crucé el salón y miré por la mirilla, aunque fruncí el ceño al no poder distinguir al hombre vestido con una camisa que había en el porche.

Abrí con cautela, y me recorrió una oleada de inquietud. La desesperación que me envolvía tenía un motivo. Debería haber escuchado a mi instinto. Igual que siempre me había advertido mi abuela.

Traté de cerrar la puerta de golpe cuando percibí los rasgos enfadados y contraídos del hombre que había al otro lado. Y fue en el mismo momento en el que choqué contra una pared de miedo. O quizá me caí de cabeza en una cuba. Porque el miedo me tragó, me paralizó de pies a cabeza. Cada célula, cada fibra...

Gritando, le di la espalda a la puerta y la empujé tan rápido como pude.

—Ya he llamado a la policía. Está de camino.

Mentiras. Recé para que esas mentiras traspasaran su ira. Porque tenía razón desde el principio: Timothy Roth estaba loco. Solo que de una forma diferente a la que había imaginado.

La sangre me palpitaba en los oídos mientras el terror me recorría las venas. Era un ruido constante. Un estallido. Metal líquido. Pesado. Muy pesado. Pánico, miedo... ¡No! ¡No! ¡No!

La amenaza no hizo nada para disuadirlo. La puerta se abrió todavía más, aunque seguí empujando con todas mis fuerzas. Podía llegar a cerrarla y echar el pestillo.

—¡Maldita puta! —Su voz se filtró como veneno por la rendija—. Te voy a matar por lo que has hecho. Sé que has sido tú. Me has arruinado la vida, puta. Y vas a pagar por ello.

Tenía los dedos en el marco, forzando la apertura de la puerta. Grité con angustia mientras me empujaba, así que impulsé el hombro contra la puerta, poseída por la adrenalina. Lo hice con todas mis fuerzas. Pero no sirvió de nada. Porque a veces las intenciones y la fuerza física no coinciden. Porque él pateó la puerta y la hizo chocar contra la pared, lo que me hizo acabar en el suelo.

Tim entró en casa de mi abuela, arrojando una amenazadora sombra sobre el suelo cuando se acercó a mí. Me deslicé por el suelo, notando la áspera alfombra contra la piel desnuda del muslo. Sollocé: aunque odiaba hacerlo, no pude evitar que el terror se apoderara de mí. Odié lo que dije. Lo que suponía. Odié suplicar.

—Por favor, no. ¡Oh, Dios, por favor! Haré lo que sea.

Porque haría cualquier cosa, esa era la brutal certeza de aquella horrible

cuestión. No, prefería morir antes de permitir que Timothy Roth me tocara.

20

REX

Iba a volverme loco. Atravesé la cocina mientras me pasaba los dedos por el pelo, como si eso pudiera conseguir que me calmara.

Era viernes, por lo que Frankie estaba disfrutando de la fiesta de pijamas habitual en casa de su abuela, y se suponía que debía reunirme con Kale para cenar algo, después de lo cual terminaría sin duda en el *pub* para tomar una cerveza y ver también a Ollie. Pero aquí estaba...

No debía pensarlo. No tenía derecho a considerar mía a esa chica, pero eso no significaba que mi corazón, mi cuerpo y mi mente no estuvieran recriminándomelo a gritos. De repente, el capullo que la había hecho pasar un mal rato en Olive's hacía unas semanas detuvo el coche en el camino de entrada. Cuando salió del brillante Mercedes plateado, se tambaleó hacia los escalones del porche.

¿Qué demonios pasaba aquí? ¿Estaba saliendo con ese cabrón?

En mi mente daban vueltas un montón de posibilidades que no quería barajar.

¿Rynna habría ido por el pub alguna noche que yo no estaba, se habría vuelto a encontrar con este tipo y había decidido intentarlo con él? ¿Le había dado su número aquella noche? ¿Había ocurrido algo que yo no sabía durante todo el tiempo?

No. Sabía que no se trataba de eso. No existía ninguna posibilidad de que estuviera follando con él antes de que yo me hubiera comportado con un capullo y me alejara de ella.

Mis pensamientos se concentraron en la parte inferior de mi cuerpo. Y en lo que me había hecho su boca. Me había albergado con aquellos malditos labios hacía dos semanas. Me había succionado profundamente en su cálida y húmeda boca, mientras ella estaba de rodillas, como si estuviera haciendo una especie de ofrenda. Un sacrificio.

De alguna forma, eso había sido. Ella se había abierto de par en par, dejando que la tomara, la usara y la explorara.

Y había querido. Mucho. Muchísimo. Pero ¿cómo demonios podía hacerle eso? Si ni siquiera yo mismo podía entender el desastre en el que se había convertido

mi corazón. Estaba atado por unas cadenas de mierda que ella no necesitaba conocer. Las dos últimas semanas habían sido una pura tortura en las que me había visto obligado a fingir que ella no estaba allí, al otro lado de la calle. Que no me importaba una mierda cuando mi interior era un caos absoluto.

Volví a recorrer la cocina para intentar espiarla por la ventana como un exnovio enloquecido. Aquel idiota era todavía peor que yo, ¿verdad? ¡Joder! Debía de creerlo, porque volví a mirar por la ventana apoyado en la encimera de granito, esperando ver algo que me hundiera por completo y me ayudara a olvidarme de una vez. Que impidiera que hiciera una estupidez suprema como salir corriendo para exigirle algo a lo que no tenía derecho.

¿Por qué demonios seguía aquel estúpido de pie en los escalones? ¿Por qué movía los hombros y la espalda? ¿Por qué cerraba los puños? El tipo parecía... Parecía enfadado. No, no enfadado..., sino furioso.

Mi corazón dio un vuelco antes de por fin ponerse en acción. Fue como si una creciente y lenta conciencia inundara mi mente mientras lo veía subir los escalones. Una abrumadora sensación que hizo que me bajara un escalofrío por la columna, obligándome a incorporarme y tomar nota de todo.

Entrecerré los ojos, observando todos sus movimientos.

No tenía una imagen clara de la puerta, ya que estaba en el costado de la casa, solo del porche, que aquel capullo ocupaba casi por completo. Entonces lo vi golpear la puerta con el puño. Hubo un movimiento, aunque realmente no podía ver la puerta, pero, de alguna forma, supe que la había abierto. Fue un cambio en el aire, supe que la había abierto con la misma seguridad con la que supe que ella trataba de cerrársela en las narices.

Entonces, aquel despojo humano volvió a intentar abrirla. Retrocedió, levantó un pie y le dio una patada.

Rynna.

«¡Rynna!».

Todos los miedos que me habían agarrotado desaparecieron y el fuego inundó mis venas. Abastecido por gasolina y llamas. Mi alma gritó. No iba a permitir que le ocurriera nada. Otra vez no.

Salí volando, bajé mis escalones y crucé la calle antes de subir los suyos con el corazón en la garganta y el estómago retorcido en un nudo de terror. El pavor alimentaba mi rabia, rogándome que la protegiera...

«¡Sálvala! ¡Defiéndela!», gritaba todo mi ser mientras corría.

Me hubiera volcado para proteger a cualquiera, era consciente de ello, pero

también lo era de que la fuerza motriz que me impulsaba provenía de algo completamente diferente mientras subía detrás de aquel bastardo.

Vi a Rynna sollozando en el suelo. Estaba muerta de miedo y le suplicaba con una expresión de horror al tiempo que se arrastraba por el suelo hacia atrás. Él se cernía sobre ella, invadiendo su espacio con la misma ira que había notado desde la ventana. Escupía algunas palabras que eran un ataque verbal que se volvería físico unos segundos después.

—¡Maldita zorra! ¡Me has arruinado la vida!

Él estaba tan concentrado en degradarla que no se había percatado de mi presencia. Avancé lentamente, tratando de calmar la respiración que me llenaba los pulmones de forma entrecortada. Noté como si el aire se enfriara, se congelara, coagulando la tensión cada segundo. Una sensación densa, oscura y profunda.

Me llegó un gemido desde el suelo, y el corazón estuvo a punto de salirse del pecho cuando aquellos ojos de color jade destellaron en mi dirección. Los abrió de forma imperceptible durante solo unos segundos, pero hubo más comunicación en ese breve intercambio que en cualquier otra conversación que hubiera mantenido en mi vida. Brillaron de alivio, liberación, confianza... Me lo transmitió todo, llenándome por completo. Luego lo miró directamente y continuó rogándole como si yo no estuviera allí.

Era jodidamente lista. Estaba consiguiendo que desembarazarnos de aquel pedazo de mierda fuera mucho más fácil de lo que hubiera sido si él supiera que yo estaba allí.

Me apresuré y, por detrás, le enganché el brazo alrededor del cuello. Se lo apreté contra la garganta mientras con la otra mano me agarraba la muñeca para mantener la presión.

—Hijo de puta —le susurré al oído—, ¿te acuerdas de mí? Te lo advertí la última vez: solo te dejaría en paz si dejabas a la chica sola. ¿Crees que estaba de coña?

Durante un breve parpadeo se relajó, cogió aire sorprendido y la certeza se filtró a través de la ira y la conciencia. Eso fue todo antes de que tensara cada músculo de su cuerpo y comenzara a luchar. Me hundió los dedos en el antebrazo, clavándome las uñas como una nenaza luchando por liberarse. Yo lo sujeté con los dientes apretados, intentando mantenerlo preso.

—Rynna, llama a la policía para que podamos enviar a este gilipollas al lugar donde debería estar.

Ella ya estaba de rodillas, levantándose. Le temblaban las piernas de una forma incontrolable mientras trataba de encontrar el equilibrio, y clavó los ojos en un lugar a mi espalda, donde recordaba que había guardado el bolso la noche que yo había aparecido aquí con Frankie enferma. Sin duda guardaba ahí el móvil. Nuestros ojos se encontraron otra vez, y no fueron necesarias las palabras.

«Ve. Lo tengo inmovilizado. No dejaré que te pase nada».

Ella salió disparada en esa dirección.

El cabrón se revolvió y me clavó el codo en las costillas al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás. Su cráneo hizo crujir mi nariz con una fuerza que casi me puso de rodillas. Me explotó el dolor en la cara como un rayo cegador, terrible... Y fue suficiente para que perdiera el control de forma momentánea. Le dio tiempo a darme una patada en una pierna, haciendo que Rynna tropezara mientras nos rodeaba para llegar a su bolso.

Rynna cayó hacia delante y, mientras se caía de bruces al suelo, se golpeó la cabeza contra la esquina de la mesa de entrada, que estaba apoyada en la pared junto a la puerta. Entonces fui yo el que sintió rabia.

—Idiota, ¿crees acaso que me voy a quedar aquí y dejar que le hagas daño?
—«Nunca. ¡Joder! Jamás».

Una vez más, él avanzó en dirección a ella, así que me lancé, alcanzándolo de costado y pillándolo desprevenido. Tropezó y trastabilló. Los dos caímos al suelo, donde nos convertimos en un enredo de piernas, brazos, puñetazos y salpicaduras de sangre. Suya y mía.

Me senté a horcajadas sobre su pecho y empecé a golpearle la cara con los puños, un golpe tras otro. Sin embargo, aquel hijo de perra luchó con todas sus fuerzas. Me alcanzó en el mentón y me lanzó al suelo, momento que aprovechó para subirse sobre mí e inmovilizarme. Luego me clavó el codo en la mejilla.

—Menudo pedazo de mierda. ¿Es todo lo que puedes hacer? ¿Tener a una mujer si la fuerzas? ¿Eh? Seguro que la tienes tan pequeña que no te sirve para nada.

Sabía que estaba provocándolo. Enfureciéndolo más. Incitándolo a seguir golpeándome. Pero eso me parecía bien, porque estaba ganando tiempo. Porque Rynna ya había marcado el número de la policía, y había dado el aviso correspondiente. Ella estaba a salvo, y eso era todo lo que importaba. Traté de no hacer una mueca de dolor cuando vi venir su puño y los nudillos me cayeron directamente en la sien. Me iba a doler. Seguramente me noquearía.

«Ella vale la pena. Ella vale la pena. Ella vale la pena».

Se oyeron las sirenas en la distancia, cada vez más cerca.

«Rynna está a salvo. Está a salvo».

Pero el puño jamás alcanzó la meta. El capullo gimió y salió volando de encima de mí, para caer sobre el suelo, de rodillas, agarrándose un lado de la cabeza. La sangre brotó entre sus dedos hasta gotear en la alfombra.

Entrecerré los ojos, preguntándome si sería algún tipo de alucinación. La chica perfecta, la más guapa que hubiera visto nunca, estaba a mi lado, con el pelo castaño enmarañado salpicado de sangre. Su pecho subía y bajaba al ritmo de su respiración entrecortada. Tenía entre las manos un jarrón de cristal con una grieta enorme en el centro y un montón de astillas.

En el exterior, rugían los motores. Por el sonido, acababan de detenerse tres vehículos delante de casa de Rynna. Hubo pasos y gritos. Unos segundos después toda aquella gente entró en tropel en la casa, ordenando que todos nos quedáramos quietos.

Rynna dejó caer el jarrón, abandonando finalmente la lucha, y este se deslizó al suelo, donde se rompió en mil pedazos. A ella le ocurrió lo mismo: cayó de rodillas encima de la alfombra. Empezó a sollozar al darse cuenta de que todo había terminado.

Ella estaba a salvo. Y en ese momento era lo único que importaba.

21

RYNNA

—Gracias de nuevo, amigo mío —dijo Rex a Seth, el último oficial en salir de mi casa. Era un tipo al que, al parecer, Rex conocía desde el instituto, alguien al que consideraba un amigo.

—Bueno, cuídate —repuso Seth, que nos miró a los dos antes de bajar los escalones del porche para sentarse detrás del volante del coche policial y alejarse.

Habían despedido a Timothy Roth por la tarde. Al parecer, mi queja sobre acoso sexual no era la primera, y cuando su esposa descubrió el motivo del despido, lo echó de casa.

«Su esposa...».

Temblé al pensar en eso, y también en la arrogancia y estupidez de aquel hombre, y lo mal que podría haber salido todo.

Las luces traseras del coche patrulla de Seth crearon otro resplandor rojizo que se mezcló con los colores de la puesta de sol mientras aceleraba por la estrecha carretera del vecindario. En ese momento, fue como si hubieran apagado el volumen, porque se hizo el silencio. Un silencio tan intenso como la presencia de Rex Gunner, algo que eclipsaba todo lo demás. Un silencio tan fuerte como un trueno. Como si fuera un ser con vida propia.

—No me gusta la idea de que hayas rechazado el tratamiento —dijo él con la voz áspera—. ¿Seguro que no quieres que llame a Kale?

Lo miré de reojo; estaba detrás de mí, al otro lado del mostrador.

Mi salvaje salvador.

Unas rayas de sangre se habían secado en su rostro, y tenía un arañazo que empezaba en la esquina del ojo. La ropa estaba hecha jirones, sucia de sudor y sangre; el pelo, despeinado, y el cuerpo, todavía tenso por los restos de la ira reprimida.

Me quedé sin respiración ante aquella visión hipnótica. Cada parte de mí se relajó y quiso llegar a él.

—¿Sigues preocupado por mí? —logré decir—. Ya has venido a rescatarme. Has vuelto a ponerte en peligro. Otra vez. No puedo...

Lo miré mientras él inclinaba la cabeza, enderezaba los hombros y daba un

poderoso paso adelante. La energía que siempre vibraba entre nosotros se incrementó.

—¿Crees que no me preocupo por ti? —Casi parecía una acusación. Dio otro paso adelante, como si fuera una torre de furioso afán de protección—. ¿Acaso crees que no volvería a hacerlo otra vez? ¿Que hubiera dejado que te hicieran daño?

De repente, se detuvo frente a mí, haciéndome contener el aliento.

Era una sombra imponente, dominante.

Quería deshacerme del miedo que me había tomado como rehén. Si no hubiera sido por Rex, todo habría acabado de una forma completamente diferente. Él alzó la mano y me apartó un mechón de pelo pegado a la mejilla con los dedos.

—Quería matarlo, Rynna. —Sus palabras retumbaron como una amenaza—. Iba a hacerte daño, y yo quería matarlo. Quería. Cuando vi que tenías problemas, mi corazón empezó a gritar que te protegiera. Que protegiera lo que me pertenecía, lo que era mío.

«Mío».

La palabra retumbó a nuestro alrededor.

—Gracias —susurré. Se me cayó una lágrima al tiempo que empezaba a estremecerme al asimilar la realidad. Solté un jadeo y, de repente, me arrastré a la seguridad que me ofrecían los brazos de Rex. Noté sus brazos envolviéndome, apretando mi cuerpo posesivamente contra su pecho.

—No pienso permitir que nadie te haga daño —murmuró contra mi frente. Y me llevó a través de la puerta—. Voy a cuidar de ti.

—Rex... —gemí.

—Shhh... Lo sé, nena. Lo sé...

Me agarré a su cuello mientras me llevaba escaleras arriba. En el rellano, giró a la izquierda y fue a mi habitación. Allí dejó mi cama a un lado y atravesó el arco que conducía al cuarto de baño. Como si ya supiera el camino.

Me puso en pie y me dio la vuelta para mirar al lavabo. Mis ojos se encontraron con los de él en el espejo, y soltó un gruñido mientras se inclinaba para abrir el grifo.

El aire se calentó.

Hubiera jurado que nuestros movimientos, lentos y medidos, atraían cada molécula en un radio de cinco kilómetros. Me rodeó con sus brazos desde atrás y, cogiendo mis manos, las puso debajo del agua tibia. Frotó nuestros dedos con suavidad, y el lavabo se tiñó de rosa mientras limpiaba la sangre de nuestras

manos.

—Dos semanas, Rynna. Llevo dos semanas sufriendo, odiando la forma en la que dejé las cosas entre nosotros. Odio haberte hecho daño.

Me rozó la mejilla con las manos, y su presencia llenó mis sentidos de forma abrumadora. Vertió jabón en nuestros dedos y continuó lavándolos como si así pudiera borrar cualquier posibilidad que pudiera haber pasado. Con cuidado. Meticulosamente.

Su voz era un suave roce en mi oreja que enviaba escalofríos por mi cuello, que convertía mi corazón en un tambor atronador en el centro de mi pecho.

—Durante todo este tiempo, he estado deseando con todas mis fuerzas poder cambiar las circunstancias. Poder ser el adecuado para ti. Entonces, Rynna, va y ocurre esto. Ocurre esto y ya no me importa nada. Me da igual que esto esté mal.

Capturó mis ojos en el reflejo del espejo con los suyos, y en ellos brilló una advertencia. Un presagio. Una predicción.

—Yo no tengo miedo —susurré, y mi promesa cortó el aire vibrante. Él me recogió el pelo con la mano y lo echó a un lado para exponer mi cuello. Entonces, apretó los labios contra ese punto con un beso suave.

—Es gracioso —dijo—, porque yo estoy jodidamente aterrorizado. —Me recorrió la piel con la nariz hasta la parte de detrás de la oreja—. Aterrorizado de esto.

Me bajó un escalofrío por la espalda, y Rex retrocedió un poco para cogerme el borde de la camiseta y subirla despacio por mi cuerpo.

El escalofrío se convirtió en una avalancha de escalofríos cuando me la quitó por encima de la cabeza antes de hacer lo mismo con la suya. Se frotó la cara con ella antes de arrojarla al suelo.

Lo recorrí con los ojos a través del espejo, y me tragué la emoción que crecía en mi interior.

Aquel hombre tan complicado y sorprendente me volvía loca de deseo. Loca de necesidad, loca por este deseo que se había convertido en una entidad propia dentro de mí.

Alargó la mano y me recorrió con la punta de los dedos el hombro expuesto y el brazo. El hormigueo se extendió lentamente, y todo el miedo que había sentido antes se transformó en otra emoción que no estaba segura de haber sentido antes.

Algo que era tan real que alteraba mis sentidos.

Llevó las manos hacia atrás y me desabrochó el sujetador para bajar los tirantes

por mis brazos. Se me erizaron los pezones cuando quedaron expuestos mis pechos, y noté que le reverberaba el pecho con un gruñido.

—Eres preciosa. Jodidamente preciosa —murmuró.

Metió los dedos por debajo de la cinturilla de los pantalones cortos que yo llevaba.

—¿Deseas esto, Rynna? ¿Me deseas? —Le temblaba la voz, y esa misma precaución hacía que le brillaran los ojos—. Porque no pienso seguir escapando de ti.

—Te deseo tanto que me duele.

El soltó un suspiro antes de bajar para besar mi columna, dejando un rastro de besos mientras me deslizaba los pantalones cortos y la ropa interior por las piernas.

—¡Oh, Dios! —gemí, inundada por una avalancha de sensaciones.

Necesidad, anhelo y deseo. Pero era la última la que palpitaba en las profundidades de mi ser y que casi me hizo caer de rodillas. Oleada tras oleada se filtraba por mis poros, saturándome por completo. Me hacía temblar la garganta y que sintiera mariposas en el estómago.

—Rynna... —gimió cuando besó la hendidura entre mis nalgas mientras me sacaba la ropa por los pies. El sonido fue tan gutural que retumbó contra las paredes.

Luego volví a estar en sus brazos, y me llevó a la cama para tenderme en el medio mientras seguía de pie con el pecho agitado. Era pura fuerza deslumbrante, era un hombre tan oscuro y atractivo que se me secó la boca.

Cualquier pensamiento, cualquier reserva, huyeron de mi mente. Todas las palabras de ánimo que me había repetido durante las dos últimas semanas para olvidarlo y dejarlo ir con el viento desaparecieron. Porque solo éramos él y yo. No había nada más que el latido de mi corazón. Nada más que la llamada de nuestros espíritus. Algo más ruidoso que todas las preguntas. Más grande que su pasado. Más alto que nuestros obstáculos.

Me inundó una feroz oleada de deseo mientras me miraba, completamente desnuda en la cama.

—¿Estás segura? —insistió.

Me aferré a las sábanas al tiempo que me arqueaba hacia él. Lo necesitaba como nunca había necesitado a nadie.

—Ya te he dicho que no tengo miedo, Rex Gunner. Por ti estoy dispuesta a arriesgarme.

—No deberías... —Lo dijo con la misma dureza que exhibía.

Me mordí el labio inferior, adorando esos momentos que me permitían vislumbrar cómo era realidad por debajo de toda esa dureza.

—Sin embargo, lo estoy.

—¿Y qué pasará cuando te vayas? —Había en su voz tanta tristeza que sentí una puñalada en el pecho.

Me puse de rodillas lentamente y le tendí la mano. Le pasé la punta de los dedos por la áspera mejilla.

—¿Y si me quedo?

Cerró los ojos durante un instante, inclinándose de forma inconsciente hacia mi cara antes de agarrarme por la muñeca y presionar la boca contra la palma de mi mano.

—¿Y si no te dejas marchar?

«¡Dios, este hombre!». Tiró de mí, con fuerza, pegándose a él.

Luego se echó hacia atrás sin dejar de mirarme con aquellos ojos hipnotizadores mientras se quitaba las botas. Se desabrochó el cinturón sin liberarme de su mirada, y me fijé en cómo tensaba el abdomen cuando se desabrochó el botón y bajó la cremallera del pantalón.

El deseo inundó mi cuerpo como una tormenta de anticipación y necesidad al ver que deslizaba los vaqueros por las piernas junto con la ropa interior. Luego se quedó inmóvil entre las sombras de la habitación, completamente desnudo. ¡Desnudo!

Noté que me empapaba la hermosa lluvia del deseo.

No le había mentado a Macy, ese hombre estaba hecho como los dioses; elegante, definido, tallado en dura perfección indestructible. Todo él salvo las partes rotas que yo sabía que trataba de mantener ocultas, enterradas en su interior, y que yo veía claramente en el fondo de sus ojos, esos ojos que me advertían de que si no quería que me devorara debería huir. Pero quería que me poseyera, quería desesperadamente ser suya.

Avanzó con la mano extendida hacia mi pecho y me empujó sobre el colchón. Cuando estuve tumbada, él se inclinó sobre mí desde un lado. Entonces me retorcí, arqueando las caderas en el aire, sin importarme lo más mínimo parecer desesperada. Necesitarlo. Sus caricias, su cuerpo y ese espíritu que me había conquistado por completo. Me pasó la punta del dedo por el interior del muslo.

—Las dos últimas veces que te toqué casi acaba conmigo verte así. No he vuelto a ser el mismo. Me has robado el sueño, me has robado el aliento. La

cordura. Eres una ladronzuela.

Me recorrió un escalofrío de pies a cabeza y me envolvió un caos de sensaciones cuando me puso las manos sobre las rodillas para separármelas. Nunca me había sentido tan expuesta en mi vida. Tuve que contener el aliento al ver que se inclinaba y me cubría el sexo con los labios.

Luego se echó atrás y me brindó una sonrisa tan sexy como si estuviera viendo amanecer por primera vez. Con la atención centrada en mi rostro, me rozó los pliegues con la punta de los dedos.

—Eres maravillosa, jodidamente impresionante. Cuando te toco de esta manera, siento que estoy soñando. Como si me hubiera sumergido en una especie de fantasía y no quisiera despertarme nunca.

—Y tú... —dije notando que me sonrojaba de pies a cabeza—, me haces sentir como si por fin hubiera encontrado mi realidad. Como si supiera por fin dónde debía estar exactamente. —Por su rostro pasaron un millón de emociones: arrepentimiento, lujuria y esa ansia que no podía contener.

Cuando se arrastró despacio sobre mí, con cuidado, contuve la respiración. De repente, plantó las manos a ambos lados de mi cabeza y me enjauló con sus poderosos muslos entre los míos.

Noté que su erección se balanceaba sobre mi vientre, que me recorría un escalofrío.

Se dejó caer sobre los codos para encerrar mi rostro con sus manos calientes.

—No entiendo esto, Ryn. La influencia que tienes sobre mí. Pero, cuando te miro, tengo la sensación de que estoy donde debo.

—Rex... —dije temblorosa. Mi voz se había convertido en una súplica.

Se inclinó para besarme con ternura, con suavidad, con cariño... Y esa energía cargó el aire, una corriente creciente que de forma lenta y constante era alimentada por cada movimiento de su lengua, por el calor que hacía chisporrotear nuestra piel, por lo que explorábamos con las manos. Le pasé las palmas de las manos por el pecho y los anchos hombros, por los musculosos tendones de la espalda hasta las estrechas caderas.

Mientras tanto, lo rodeé con la mano para acariciarlo muy poco a poco desde la base hasta la punta. Apartó la boca de la mía e inclinó la cabeza hacia atrás con un largo gemido.

—Rynna... ¡Joder! Rynna...

Me aplastó contra el colchón con una mano antes de rozarme la mejilla y retroceder un poco más. Luego me agarró la parte posterior de la rodilla y me

separó las piernas. No pude contener unos hipidos irregulares mientras se cogía la polla con la mano y frotaba el glande por mi centro.

Surgieron llamas. Es simple roce me hizo arder.

—Rynna... Mierda... Me vas a destruir.

—Por favor —gemí.

Comenzó a hundirse en mi interior con los dientes apretados, con pequeños empujes con los que me iba dilatando, con los que me robaba el aliento y se apoderaba de mi cuerpo. Era grande, tanto que hundí las uñas en sus hombros. Sabía que se estaba conteniendo, obligándose a mantener el control.

Poco a poco llegó más dentro. Y más dentro. Hasta que me penetró por completo y se convirtió en mi dueño.

Notaba el latido de su polla contra las paredes internas de mi sexo.

La mano que tenía sobre mi muslo subió para rozarme la cadera y el costado, para ahuecarse sobre mi pecho hasta llegar a mi barbilla.

—Joder, Rynna... Es increíble. Estar dentro de ti es jodidamente bueno.

—Es lo mejor —murmuré.

Él gimió de nuevo antes de salirse casi por completo y detenerse con aquella mirada hipnótica fija en mi cara, como si pudiera ver dentro de mí. O quizá solo me estaba rogando que atisbara sus profundidades.

En ese momento, todo se volvió eléctrico y esa corriente azotó y electrificó el aire, y él se impulsó en mi interior robándome el aire de los pulmones y enviándolo a algún lugar cerca de mi corazón. De hecho, noté que mi corazón palpitaba más fuerte, envuelto en la emoción, en la necesidad y en el afecto, y esa sensación se elevó para aniquilar todas las demás.

El mismo corazón que luchaba por mantenerse al ritmo que latía el suyo.

Volvió a levantarme la pierna sujetándomela por la parte de atrás de la rodilla y me miró mientras se apoderaba de mi cuerpo. Me recorrió con la mirada: la cara, los pechos, el lugar donde nos uníamos una y otra vez. Era como si no pudiera tener suficiente. Como si quisiera que nunca terminara.

Su piel comenzó a brillar de sudor mientras se sumergía en mi interior, con los músculos en tensión. Follándome profunda y apasionadamente. Todo se convirtió en placer, en brillantes llamas blancas mientras me miraba como si no fuera real. Como si yo solo fuera una fantasía. Algo que nunca podría merecer, retener o mantener. Cuando lo cierto era que ya había ganado cada parte de mí. Mi cuerpo, mi mente y mi alma temblorosa.

Se estremeció con frenesí, apenas conteniéndose.

—Joder... Nena... Ryn. Eres un jodido milagro. Ninguna mujer debería hacer que me sintiera así. Joder... No puedo contenerme.

—Entonces, no lo hagas.

—Joder... Eres jodidamente increíble. Condenadamente tierna. —Y me encantó la sonrisa que le curvó los labios cuando su boca descendió sobre la mía, su mano en mi cuello. Me besó hasta que me dio vueltas la cabeza, y luego giró sobre las rodillas y me agarró por la cintura, levantando mis caderas en el aire.

Me arqueé, entregándome a él, con las manos aferradas a las sábanas, donde me sostuve mientras Rex Gunner me soltaba.

Perdió el control. Se introdujo profundamente en mi interior, donde el placer se enroscaba, apretaba y quemaba.

Jadeé sorprendida; sus envites eran tan desesperados como dulces. Siseó al ritmo de la cadencia de sus caderas.

—Eres un milagro. Mírate, tan sexy. Tan maravillosa y ni siquiera lo sabes.

Me penetró con más fuerza. Con más rapidez. Tensó una mano sobre mi piel y con la otra buscó mi vientre tembloroso hasta que encontró el clítoris con el pulgar.

—¡Oh, Dios! —grité, sintiendo que se escapaba mi propia realidad por culpa del ardiente placer que provocaba cada envite. Aquel hombre follaba como un salvaje que hubiera perfeccionado su arte. Brusco y agotador, y me volvía loca. Me conducía hacia donde se fundían el día y la noche...—. Rex...

Todo estalló. Detrás de mis párpados brillaron rayos de luz cuando el placer inundó mi cuerpo, rompiéndome. Dispersándome en mil pedazos de goce. Enervando todas las terminaciones nerviosas y afectando a todas las células.

Se me escapó un sonido desde el fondo de la garganta que cobró vida desde algún lugar de mi espíritu. Porque, como había dicho Rex, esto no debería ser real. Era demasiado bueno, demasiado... Demasiado abrumador.

El placer se extendió como un terremoto, tan intenso que pensé que duraría eternamente. Rex me penetró más profundamente, con más fuerza, con menos control. Hundió los dedos en mis caderas y embistió con dominantes empujes. Estaba perdiendo la cordura, con cada respiración, con cada gruñido... Me sujetó como si eso le diera seguridad, como si temiera que lo arrastraran. Echó la cabeza hacia atrás y rugió mirando al techo.

Y floté con su éxtasis, mis músculos internos lo ciñeron con fuerza, mi corazón se quedó paralizado. Por unos segundos nos quedamos allí. Noté que sus hombros y su pecho se agitaron cuando intentó coger aire. Poco a poco, puso mis

caderas sobre el colchón e hizo una mueca cuando se retiró de mi interior antes de caer sobre mí.

Me pasó los dedos por el pelo y luego nos colocó de costado, frente a frente. Me miró, parpadeando con sorpresa mientras me pasaba el pulgar por la curva de mi mejilla.

—Eso ha sido...

—... increíble —susurré casi con timidez.

—Decir que ha sido increíble podría ser considerado un insulto. Debería ser imposible sentirse así, Rynna Dayne. No estoy seguro de que pueda salir de esta casa y ser igual.

—¿Qué pasa si no quiero que te vayas de aquí siendo igual?

—No creo que me preocupe nada de eso. —Me estudió, vacilante, antes de hablar—. No he estado con nadie desde la madre de Frankie —admitió con aspereza.

El *shock* me dejó la mente en blanco, me sacudió el espíritu. Las preguntas inundaron mi cabeza; este hombre era un misterio.

Me apoyé en el codo e hice que Rex se tumbara para buscar a sus ojos entre las sombras.

—¿Qué? ¿Por qué ahora? ¿Por qué yo?

—Porque lo has cambiado todo, Rynna. Cuando entras en una habitación, todo mejora. Y cuando te vas, todo se apaga. Se enfría. Y estoy cansado de vivir en la oscuridad. —Me retiró el pelo que me caía en la mejilla—. Pero eso no significa que no esté aterrorizado. Que no tenga miedo de estar obrando mal. De estar tomando una mala decisión, como he hecho todo el tiempo. Lo último que quiero es hacerte daño.

Me incliné hacia él y le besé en la barbilla. Luego me eché hacia atrás, buscando la intensidad de su mirada.

—Lo único que me dolería es que te alejes.

—Mi hija... —Noté que tragaba saliva, que un fuerte afán de protección se filtraba por todos sus poros. Apreté la palma de la mano contra el trueno errático de su corazón.

—Lo sé. Tu hija..., tu hermosa Frankie. Te prometo que prefiero morir antes que hacerle daño, igual que sé que preferirías morir a verla herida.

Su corazón latió más fuerte, y frunció el ceño.

—¿Cómo lo has sabido?

—Algunas cosas no son tan difíciles de entender. Como amar a un niño. Es

algo completo, absoluto, sin término medio. Así que, sí, lo entiendo.

—Se colará por ti, Rynna.

Esbocé una sonrisa tierna y me rocé la barbilla con la punta de los dedos.

—Eso me parece bien, porque yo también estoy colada por ella.

«Y por ti...».

No lo dije porque tenía mis propios miedos. Que podría ser que él no estuviera preparado. Que mis palabras podrían alejarlo. De todas formas, pensaba que era algo evidente cuando me miraba.

Le hundí los dedos en los suaves mechones de pelo.

—¿Qué pasó con la madre de Frankie?

—No lo sé, Rynna —dijo, estremeciéndose—. Un día llegué a casa y ella estaba yéndose. Ni siquiera se detuvo cuando me crucé con ella en el camino. —Cerró los ojos con fuerza—. Yo pensaba que todo iba bien. Fue a trabajar esa mañana y luego... se fue. No sé, algo de mi trabajo la venció y no pudo soportarlo más.

Nikki tenía razón; una zorra egoísta.

—¿Cómo era?

Sus ojos brillaron de emoción. De odio y dolor.

—Lo último que quiero es hablar de ella cuando estoy aquí contigo. Porque ¿sabes qué? Aquí es donde quiero estar, y lo último que necesito es que ella esté en el medio.

—Rex, no es necesario que me digas nada —susurré con suavidad mientras deslizaba los dedos por su mandíbula—. Pero cuando quieras, cuando estés preparado, estaré aquí, dispuesta a escuchar. Te prometo que no hay nada que puedas decirme que me aparte o me envíe lejos. Porque yo también quiero estar aquí.

Asintió mientras me ponía la mano en el cuello.

—¿Sabes? Tu abuela... Estaba aquí con Frankie cuando llegué a casa esa noche. Cuidando de ella. Me ayudó a superar ese momento.

Pensar en mi abuela cuidando de Frankie me hizo sentir una cálida emoción. Ella había formado parte de sus vidas. Supuse que hasta ese momento solo lo había relacionado con los pasteles; pero también había significado algo para ellos. Y había sido una cosa recíproca.

—Me alegro de que pudiera apoyarte.

—Era alguien increíble.

—Sí —susurré.

La satisfacción se extendió por mi ser como una caricia lenta, y me acerqué más

para acurrucarme a su lado, apoyando la cabeza en su pecho, y pegando la oreja al constante ritmo de su corazón.

—No me puedo creer lo que ha estado a punto de ocurrir esta tarde —murmuró, deslizándose los dedos con suavidad por la espalda desnuda.

—Ni yo —repuse estremeciéndome—. Pero se ha acabado ya. No quiero pensar lo que podría haber pasado. Solo agradezco que vinieras.

—Pero ese bastardo ha hecho que no te dieran el préstamo. ¿Y ahora qué?

Me puse a dibujar patrones en los ondulantes músculos de sus pectorales.

—Esperaré —murmuré—, supongo. Rezaré para que lo aprueben y que todo este lío no me afecte de ninguna manera.

—¿Te importa decirme el importe del préstamo?

—No, no me importa. Doscientos mil dólares. Cuando me enteré de que mi abuela me lo había dejado todo, el abogado hizo que contratara un perito para hacerme una idea de lo que costarían las renovaciones necesarias para volver a abrir. Quería darme la opción de reducir las pérdidas y venderlas por lo que valían.

—¿Y eso es lo que querías? ¿Regresar aquí y llevar el negocio?

—Cuando era pequeña —solté con un suspiro de afecto—, dirigir ese restaurante era mi sueño. No podía imaginarme otra cosa que seguir aquí, junto a mi abuela.

—¿Por qué te marchaste, Rynna?

La tristeza penetró todas las fibras de mi ser, e incliné la cabeza a un lado para poder verlo.

—Porque pensaba que estaba enamorada de un chico, y resultó que para él no era más que una apuesta. No podía seguirle el juego, Rex. Me dolía demasiado.

—Joder... Lo siento.

—No se trataba solo de él. Era por todos. La escuela, el pueblo... Sabía que si me quedaba, todos se reirían de mí.

Todavía veía a Janel, con aquella risa malvada, señalándome sin importarle que estaba aplastando mi alma, destruyendo mi mundo...

—Me sentía humillada. Traicionada. En ese momento, no vi otra opción que huir. Pensé que no podía quedarme y enfrentarme a esas personas a las que creía que les importaba. Era muy cría. Cuando ahora miro atrás, me parece ridículo haber dejado que me afectaran tanto.

Me estrechó con más fuerza.

—Resulta sorprendente la cantidad de poder que poseen los que nos importan.

En especial cuando nos están haciendo daño.

—Sí —susurré—. Ojalá no hubiera tardado tanto en volver. Ojalá hubiera vuelto cuando ella todavía estaba viva. Quería que regresara, aunque me pagó la universidad y me animó a que encontrara lo que andaba buscando, lo que me hacía feliz. Y no estaba mal en San Francisco, satisfecha hasta cierto punto, pero nunca sentí aquel tipo de satisfacción que ella quería para mí. Y entonces... se fue... Llegué demasiado tarde.

Se movió un poco, mirándome fijamente, casi con cautela.

—¿Has vuelto por ella o por ti?

—Pues... —Parpadeé, recorriendo las emociones que había sentido cuando me enteré de su muerte: agonía, dolor, culpa. El miedo que me había atenazado y la esperanza que me había empujado hacia delante—. Me aterraba volver, pero lo hice porque había una parte de mí que jamás había dejado este lugar. Solo necesité atravesar las puertas del *diner* para saber que era allí donde debía estar. Tantos años trabajando en una corporación y resulta que lo que me gusta es hundir los dedos en la masa.

Flotó hacia mí su cálida risa.

—Y aquí estás... En casa... Justo donde se supone que debes estar.

—Sí.

—Haciendo esas tartas. —Había un tono burlón en su voz.

No pude contener una sonrisa, y me apoyé en las manos para mirarlo.

—Pero te gustan esas tartas, ¿no?

Se inclinó para besarme la punta de la nariz, y la caricia de sus labios fue otro eslabón que encadenó mi corazón.

—Mmm... Sí, definitivamente me gustan.

Podía sentir el calor que empezaba a inundar mi cuerpo.

—¿Has comido la que te hice? —pregunté en voz baja.

—Cada miga —aseguró en tono codicioso—. Enterita, menos el trozo que se tomó Frankie..., y menos mal, porque me la hubiera comido toda.

—Egoísta.

—No se puede culpar a un hombre que sabe lo que es suyo. —Su sonrisa arrogante era visible desde donde estaba en medio de la cama. ¡Dios! Era tan guapo que todavía no podía creerme que estuviera allí. Que fuera real. Me invadió una ráfaga de alegría. De esa clase de felicidad que se extendía con rapidez. Me gustaba su carácter juguetón, la despreocupación que podía mostrar ese hombre.

—¿Eso es lo que te ha conquistado? ¿Mis tartas?

—Quizá..., un poco.

Le di un golpe en el pecho.

—Te vas a quedar sin ellas.

Me quedé sin respiración por la sorpresa cuando me dio la vuelta de repente y me puso a horcajadas sobre él. Me clavó los dedos en los costados, y ese hombre, tan duro y serio, se rio conmigo mientras me hacía cosquillas.

—Eres muy mala, mujer. No te atrevas a amenazarme así.

—¡Oh, Dios mío...! Rex, para. ¡Basta! Tengo muchas cosquillas —chillé, intentando liberarme, aunque no conseguía nada.

—No hasta que me hagas más tartas.

Traté de recuperar el aliento, luchando contra él y abrazándolo al mismo tiempo.

—No, nada de tartas.

—Dime, ladronzuela. Dime que me vas a hacer todas las tartas. —Siguió con aquel dulce ataque hasta que los dos nos quedamos sin respiración por culpa de un ataque de risa, presos de unas carcajadas histéricas, chillidos y nuestros corazones palpitantes.

Cuando cesó la risa, puso mis manos en la cama, sobre sus hombros, y me mantuvo prisionera de sus penetrantes ojos con más firmeza que de las muñecas. En ellos brillaba una certeza feroz e intensa.

—Rynna, este es tu sitio. Lo conseguirás. Tengo fe en ti.

Y luego se puso a besarme como si no quisiera parar nunca.

22

REX

El miedo goteó en sus venas y resonó en su pecho. Frenético, tropezó con el sotobosque, el mundo que sepultan los árboles en alza. Las ramas atacaron la piel expuesta de sus brazos, y las espinas intentaron retener la tela de su camisa para detenerlo.

Se impulsó con más fuerza.

Más rápido.

—¡Sydney! —gritó su nombre.

«Sydney. Sydney. Sydney...».

Solo le respondió el aullido del viento.

«Sydney...».

Jadeé y me desperté de golpe. Giré la cabeza, buscando mis pensamientos a tientas para saber dónde estaba. Noté que me invadía una oleada de calor cuando las manos se deslizaron por mi cara y una voz suave atravesaba la oscuridad.

—Shhh..., estoy aquí, Rex. Estoy aquí.

Enterré la cara en su pelo.

—¿Estás bien? —me susurró ella.

—Ahora sí —repuse. Porque era la verdad.

Rynna. Jodida Rynna.

Mi ladronzuela.

Ella me estaba haciendo una tarta. Joder, ¡me estaba haciendo una tarta! Esa chica increíble revoloteaba por la cocina, haciéndome girar la cabeza con cada movimiento o balanceo de sus caderas.

Se había puesto un *short* de encaje y una camisa de manga larga de cuadros rojos y negros que apenas cubría aquel culo redondo y provocativo, por lo que las largas piernas torneadas estaba desnudas, volviéndome loco con su longitud y elegancia.

Obviamente tenía razón cuando ella me dijo que ese era mi sitio. No estaba siguiendo la línea de pensamiento de aquel capullo que había pensado que podía tomar lo que quisiera de ella, ya fuera su cuerpo o su venganza, sino la de la

comodidad y elegancia que mostraba. La alegría era evidente en sus ojos, y parecía irradiar orgullo cada vez que echaba un vistazo a la receta que, claramente, había memorizado previamente. Aun así, seguía mirándola con amor. Como si sintiera que su abuela estaba con ella a cada paso.

Me acomodé sobre la silla de madera tratando de controlar mis pensamientos. Pero las ideas parecían saltar desde lo más profundo, diciéndome que no era más que un estúpido por querer creer que estaba a mi alcance. Sin duda todas aquellas razones por las que no podía tenerla me molestaban solo por encima, todavía no amenazaban con llegar a mí, hacer mella en mí y arrancarme de ese momento.

El problema era que el pedazo de mierda que se había presentado esa noche en su puerta también me había robado algo: mi maldita cordura. Después de lo ocurrido, ya no me quedaba demasiado. ¿La prueba de ello? Estaba sentado ante la mesa en su cocina, junto a la ventana que daba a mi casa, a las dos de la madrugada.

Después de despertarme por culpa de la puta pesadilla de siempre, después de permitir que aquella chica increíble viera esa parte de mí.

Me había consolado entre susurros, asegurándome que todo iba bien cuando no tenía ni puta idea de dónde procedía mi pánico. Cuando ella no sabía que una parte de mí gritaba de dolor, aterrada. Me sentía culpable por haber dejado que me calmara cuando esa parte de mí estaba condenada a la agonía durante toda mi vida.

Me había puesto sobre ella para tomarla con tierna lentitud mientras ella me miraba entre las sombras de la noche. Nos habíamos duchado y luego habíamos vuelto a la cama para dormir unas horas. Me había despertado con su cuerpo envolviéndome, y habíamos vuelto a empezar.

Parecía que, una vez que comenzábamos, ninguno de los dos tenía suficiente. Después, me había cogido de la mano y me había arrastrado escaleras abajo. En su cara había una sonrisa de complicidad que iba de oreja a oreja, cuando se había vuelto hacia mí para decirme que me sentara y que no se me ocurriera moverme.

Como si fuera a irme a alguna parte.

La había tomado ya tres veces esa noche; algo que parecía imposible *a priori*, pero así estaban las cosas. La lujuria me retorció las entrañas, y mi polla estaba demasiado ansiosa por otra ronda mientras observaba sus pasos ligeros sobre el suelo, la forma en la que su pelo caía sobre la piel sedosa de la nuca cuando se

inclinaba para sacar el pastel de cerezas del horno. Una tarta cuyo olor era un milagro en sí mismo.

La noche quedaba al otro lado de las cortinas, y la tenue luz de la lámpara redonda del techo proyectaba sobre ella un charco dorado de calor. Habíamos estado hablando durante los cuarenta minutos últimos, mientras ella trabajaba. Habíamos charlado de todo y de nada, ambos completamente a gusto. Le había preguntado qué tal le había ido en San Francisco y cómo era trabajar en una multinacional. Ella me había hablado sobre su mejor amiga, Macy; la ternura llenaba su expresión cuando hablaba sobre esa chica que la había ayudado a salir de su caparazón.

Por supuesto, se había mostrado ansiosa por saber historias sobre Ollie, Kale y yo, y la había puesto al día de los líos en los que nos habíamos metido desde que nos conocimos, haciendo que se riera a carcajadas. Y yo había querido dejarle todo claro. Pero ¿cómo iba a frenarla con algo tan complicado si ni siquiera yo entendía cómo me sentía? ¿Cuando una parte enfermiza de mí quería darle todo a pesar de que no sabía hasta dónde podía ofrecerle?

—Solo faltan dos minutos —me aseguró con una sonrisa por encima del hombro.

—Ryn, tu idea en realidad es arruinarme, ¿verdad?

Soltó una risita preciosa. ¡Joder, todo en ella era bonito!

—¿Y eso?

—Creo que sabes perfectamente lo que estás haciendo.

—¿Y qué hago? —De cada una de sus palabras goteaba una burlona sensualidad.

—Tentarme con pasteles y hechizarme con tu cuerpo.

—Si eso es todo lo que se necesita... —repuso, sonriéndome mientras cortaba la tarta.

—¿Todavía guardas más armas en tu arsenal? Porque, como me ataques con más fuerza, acabarás conmigo para siempre.

Se rio a carcajadas, negando con la cabeza mientras deslizaba una espátula por la tarta para cortar una porción humeante y ponerla con rapidez en un plato. Luego fue hasta el congelador, cogió un recipiente con helado de vainilla y cortó un trozo para ponerlo encima del dulce. Casi lo vi chisporrotear cuando cayó sobre el pastel, y comenzó a derretirse con rapidez. Noté que me gruñía el estómago.

—Dado que eres muy impaciente y todavía está muy caliente, va a convertirse

en un batido.

—No puedes pensar que voy a esperar cuando huele tan bien —gruñí.

Se le pusieron rojas las mejillas cuando aquella humilde dulzura se apoderó de ella.

¡Maldición! Me encantaba verla así. Me gustaba que fuera orgullosa y valiente, que no dudara en decir lo que pensaba. Pero ese orgullo venía acompañado de esa modestia que me hacía querer abrazarla y cantarle cada alabanza que podía caer de mis labios.

Rynna todavía no se creía que se merecía cada una de ellas. Seguía sonriendo cuando se movió en mi dirección. Se me hizo la boca agua; no sabía si era porque quería devorar el pastel o hundir los dientes en aquellas caderas que se balanceaban ante mí. Que me tenían hipnotizado, emocionado, excitado... ¡Joder, vaya mujer!

Me recliné en la silla cuando se detuvo a mi lado para ponerme el plato delante.

—Parece que alguien aprecia mi pastel —me dijo al oído en voz baja.

Moví la mano automáticamente para ponerla sobre sus caderas.

—No seré el único, te lo aseguro. La gente irá en tropel al *diner* en cuanto se corra la voz de que lo has reabierto.

Ella ahuecó la mano sobre mi cara, y mi corazón volvió a dar un brinco, acelerándose, zumbando y perdiendo el ritmo.

—¿Cómo consigues que crea que puedo hacerlo? —susurró.

—Sé que puedes. —Las palabras me salieron más bruscas de lo que quería mientras deslizaba la mano de su cadera a su cintura.

Ella soltó un gritito cuando la alcé para sentarla en el borde de la mesa, y luego se rio al tiempo que cogía el tenedor, cortaba un trozo y lo sostenía delante de mi boca.

—¿Qué? ¿También es necesario que te lo dé yo?

Como única respuesta, le apreté la parte exterior del muslo y la acerqué más a mí.

—Al parecer, estoy dispuesto a aceptar todo lo que estés dispuesta a darme.

—¿Qué tal si empezamos con esto? —Movió el tenedor delante de mi cara, provocándome con tono burlón. Alargué la mano, la cogí por la muñeca y tiré de su brazo al tiempo que abría la boca.

¡Por Dios Santo!

Aquel manjar se me derritió en la lengua, en una explosión de notas ácidas y dulces.

—¿Qué tal está? —me preguntó. En su voz había una pizca de inseguridad.

La aprobación que sentía retumbó alrededor del tenedor mientras me lo retiraba de la boca.

—Está perfecto, Rynna. Tan perfecto como está empezando a parecerme que eres tú.

Vi que tragaba saliva y que miraba el pastel con expresión melancólica.

—No soy perfecta ni de lejos, Rex. Solo quiero hacer justicia a las recetas de mi abuela, hacer que se sienta orgullosa y feliz al mismo tiempo. —Soltó una suave carcajada—. A veces me parece una chorrada... que eso signifique tanto para mí.

Le pasé el pulgar por la parte superior del muslo, con la mano todavía en su costado; necesitaba aquella conexión con ella.

—Quieres que todo vaya bien, Rynna. No es para avergonzarse de ello.

Le quité el tenedor y le ofrecí un poco.

—Venga, pruébala.

Casi me dio algo cuando gimió con el tenedor en la boca, cuando vi que cerraba los párpados de placer. Saboreando aquella delicia.

—¿Ves? No debes preocuparte por nada, nena.

Abrí los ojos y la boca a la vez. Tenía una mancha de azúcar en la comisura del labio inferior, así que me incliné para limpiársela con la lengua.

—Deliciosa —murmuré contra su boca, y ella gimió de nuevo, hundiendo los dedos en mis hombros. La besé más profundamente y su lengua se deslizó contra la mía. Muy lentamente. Como si estuviera saboreándome de la misma forma que a la tarta.

Me retiré y volví a hundir el tenedor en el dulce para darle otro bocado, que masticó despacio, mirándome. El ambiente se cargó de electricidad. Como si cobrara vida una corriente. Hubiera jurado que esta chica poseía su propia clase de gravedad. Volví a hundir la lengua en su boca, degustándola. Probando sus labios, su lengua, su boca. Disfrutándola. Me pregunté cómo podía sentirme tan bien.

En ese momento, me tiró del pelo, echándome hacia atrás para poder coger otro bocado con el tenedor y llevarlo a mi boca. Me vio masticar mientras le acariciaba con los dedos la parte superior del muslo, hacia la entrepierna. Una vez allí, pasé los dedos por el borde de encaje que la cubría.

Ella me siguió alimentando y soltó un gemido justo cuando aparté a un lado las bragas, dejando su coño a la vista. Una parte tan deliciosa de ella como el resto. Estaba mojada y palpitante. Le pasé los dedos por los pliegues, jugando con ellos

alrededor del clítoris hinchado, y no dejé de mirar su rostro mientras saboreaba el pastel.

—Rex...

—¿Qué? —retumbé, sin importarme nada más cuando ella me estaba dando otro bocado. Le agarré la rodilla con la mano libre y le subí el talón a la mesa, mirándola con expresión burlona antes de hundir dos dedos en el cálido centro de su cuerpo. Noté sus paredes tensas, vibrantes y ansiosas. Empecé a mover los dedos adentro y afuera, mientras ella estaba tendida sobre la mesa, tan deliciosa como el postre que había preparado.

Gritó cuando retiré los dedos, y luego vi que tenía los ojos vidriosos mientras sumergía esos mismos dedos en el pastel y los llevaba a su boca.

—¡Oh..., Dios...! Qué... —Se le estrangulaban las palabras cuando hundí los dedos entre esos labios exuberantes.

Me los chupó hasta dejarlos limpios.

—Un poco sucio y muy dulce. Justo como pensaba —dije con brusquedad y dureza.

Ella gimió, y el sonido vibró alrededor de mis dedos. Los retiré repentinamente de su boca y, al instante, la agarré por la nuca y tiré de ella hacia delante. La besé con intensidad mientras volvía a hundir los dedos en su centro con firmeza. Porque ¡joder!, no pensaba salir de esa casa sin conseguir que se pusiera tan salvaje como ella me ponía a mí.

Jadeó cuando de repente le puse las manos en los muslos y la abrí de par en par. La lamí de arriba abajo. Su clítoris, su ano y todo lo que había en el medio. Al notar que me hundía las manos en el pelo no pude evitar sonreír. Me estaba guiando a su clítoris.

—Por favor. No puedo... Te necesito.

La lamí y succioné mientras ella seguía diciendo palabras incoherentes, que no eran más que un tipo de alabanza. Aquella chica era lo más perfecto que hubiera tenido entre mis manos.

Introduje también los dedos en su interior al tiempo que bajaba la otra mano entre sus nalgas. Y ella comenzó a emitir sorprendidos sonidos de placer. Que alimentaron mi ansia. Que me hicieron sentir que era imposible que nos alejáramos. Se corrió con un gemido, tirándome del pelo. Con el corazón desbocado y la respiración entrecortada.

Lo mismo que yo. Me dolió el corazón por el deseo de que ella fuera una posibilidad a la que debía aferrarme. La miré mientras se quedaba laxa, saciada.

Inerte. Me levanté y le pasé un brazo por debajo de las piernas y otro por la espalda para llevarla arriba, al dormitorio.

Y durante todo el camino, recé para no estar cometiendo el error mas grande de mi vida.

23

RYNNA

Me senté de golpe en la cama, con la sábana aferrada contra mis pechos desnudos, luchando por respirar. Una profunda sensación de temor se filtraba por las paredes de mi dormitorio. Aquella inestable sensación de que algo iba mal. Entrecerré los ojos para ver el juego de sombras que había al otro lado de la ventana, donde la luz del día inundaba lentamente el cielo.

Me llevó dos segundos darme cuenta de qué estaba mal. Me encontraba sola.

Después de lo que había pasado entre Rex y yo la noche pasada, esperaba despertarme en la seguridad de sus brazos, rezando para que también él se hubiera sentido a salvo en los míos. No sabía si me había sentido alguna vez tan impotente como cuando me desperté y lo encontré temblando en la cama, perdido en algún tipo de tormento interior que yo no podía entender.

Quería, ansiaba entenderlo. Lo necesitaba. Anhelaba que también él abrazara los sentimientos que crecían entre nosotros. Lo quería con todas mis fuerzas, con avidez.

Lo había observado la noche anterior mientras emergía de la tormenta que asomaba en sus ojos, escalando las paredes de la fortaleza que había levantado a su alrededor para dejarse caer al otro lado.

Me había permitido colarme debajo de esas capas tuyas que intentaba mantener ocultas. Igual que yo lo había dejado entrar en mi coraza, ofreciéndole fragmentos del horror que me había hecho huir. Me deslicé por la cama para levantarme. Me llamó la atención el papel doblado que había caído al suelo. Debía de haber estado enredado en las sábanas. Por un momento parpadeé aterrorizada, aunque también ansiosa por leer lo que podía decir. Por fin, estiré el brazo y lo recogí despacio.

Lo abrí lentamente, y recorrí con los ojos la letra que cubría la superficie blanca:

«Eres más hermosa que sol cuando rompe al amanecer. Créeme. Esta mañana he tenido el privilegio de veros a los dos y no quería parar. Mi ladronzuela, ¿qué voy a hacer contigo?».

El corazón me dio un vuelco y luego aleteó con ligereza. Apreté la nota contra mi pecho agitado, sin intentar siquiera contener la sonrisa que me dividía la cara.
RYNNA, A LOS DIECISÉIS AÑOS...

—¿Qué estás haciendo? —Una confusa preocupación cruzó mi mente cuando entré en el despacho. Pepper's Pies estaba a punto de cerrar. Había estado ocupada todo el día y me sentía cansada y hambrienta. Me había pasado las seis últimas horas corriendo de un lado para otro del comedor, atendiendo a los clientes, lo mismo que Janel y su madre, mientras que la abuela se ocupaba de cocinar en la cocina de la parte de atrás.

El aroma a empanada de pollo todavía flotaba en el comedor, con su corteza crujiente, las verduras bien sazonadas y el sabroso pollo, y me inundaba las fosas nasales, haciendo que deseara sentarme a comer.

Pero era la escena que tenía delante la que me oprimía el pecho.

Janel estaba junto a la pared del fondo, donde dejábamos nuestros artículos personales, guardándose un montón de billetes en el bolsillo del delantal. La sorpresa le hizo abrir los ojos cuando se giró para mirarme, en la puerta.

No podía estar haciendo lo que parecía.

La sorpresa de Janel se transformó en una sonrisa.

—No te sientas celosa por que haya recibido buenas propinas y tú casi ninguna. Si no te pasaras tanto tiempo comiendo las empanadas que hace tu abuela, podrías ganar mucho más dinero.

Sus burlas me traspasaron como dardos, haciendo que me echara hacia atrás, como si el golpe fuera físico.

—Tenía más mesas que tú —dije, tragándome el dolor, porque solo era Janel, y había aprendido a vivir con ello. De hecho, era la única forma en la que podía seguir siendo su amiga, si quería llamar amistad a aquello.

Janel se pasó un largo mechón rubio por encima del hombro.

—Bueno, las propinas tienen más que ver con el aspecto y cómo haces sentir a los clientes que en poner un estúpido plato de comida delante de ellos para que se llenen el estómago. Pero sé que no te sientes identificada con el concepto.

Me sentí furiosa, pero me quedé paralizada cuando escuché que mi abuela refunfuñaba desde el comedor.

—¿Qué demonios...? Me faltan unos doscientos dólares en la caja.

Abrí la boca de nuevo, y me temblaba el pulso cuando me giré lentamente para mirar de nuevo a Janel. La culpa hacía brillar sus pálidos ojos azules cuando

atravesó la estancia para agarrarme el brazo con ambas manos.

—Rynna, por favor, no digas nada. Mi madre anda escasa de dinero este mes, no sé cómo vamos a pagar el alquiler. Lo siento mucho... Me siento avergonzada. No quería que lo supieras.

—¿Por qué no se lo has dicho a mi abuela? —pregunté bajando mi voz rota hasta igualar la de Janel—. Sabes que lo entendería. Que os prestaría el dinero.

—Ya sabes lo orgullosa que es mi madre —suplicó ella.

Intenté tragarme la piedra que me obstruía la garganta. Todo esto estaba mal, era un error...

Vacilé, y Janel me apretó el brazo.

—Por favor.

Apenas asentí con la cabeza y salí al pasillo.

—Oh, abuela, lo siento mucho, me había olvidado de decírtelo. Lo necesitaba para unas zapatillas nuevas de gimnasia.

Mi abuela apareció por la esquina.

—Corinne Paisley, tienes que acordarte de esas cosas. Si no, las cuentas no me cuadran.

—Se me olvidó. Lo siento mucho —prometí, mirando a Janel por encima del hombro. Ella se había dado la vuelta para cambiarse la camiseta.

—Me alegro de haya sido eso. ¿Por qué no te sientas a cenar? Iré contigo dentro de nada.

—Sí, ya voy.

—¿Y tú, Janel? ¿No queréis acompañarnos tu madre y tú?

Janel cogió el bolso del gancho.

—Tengo planes, señora Dayne. Pero muchas gracias.

Janel se despidió de las dos mientras yo iba a la cocina para coger un plato. Odiaba la forma en la que la culpa me cerraba el estómago. Todo estaba mal. Como si fuera cómplice de algo que no quería.

Me llené un plato y salí al comedor, donde me detuve junto a la máquina de refrescos para coger una Coca-Cola. Oí una risa a mi espalda y me giré para mirar a una de las pocas mesas que seguían ocupadas. Había cuatro chicos. Muchachos a punto de convertirse en hombres. Aaron estaba junto a la ventana, con el pelo castaño bien peinado, tan guapo que sentí una punzada de dolor en el pecho.

Pegué un brinco al oír una risita a mi espalda. Janel negaba con la cabeza como si yo le diera pena.

—¡Oh, Rynna! No te hagas esto a ti misma. Sabes que él está fuera de tu alcance. Llevas tantos años enamorada de él que resultas patética.

La incomodidad me subió por la garganta y un dolor pegajoso me humedeció la piel. Quería decirle que cerrara aquella estúpida boca. Que estaba cansada de sus pullas, de que manipulara cada situación. No era la primera vez que cubría a Janel. Ni por asomo. Pero no le dije nada. Solo bajé la cabeza, y me acerqué al otro lado del *diner*, donde me senté en el reservado que siempre compartía con mi abuela.

24

REX

—¡Papá! —Frankie salió corriendo por la puerta de casa de mi madre, con el pelo castaño alborotado y flotando a su alrededor. Mi niña lucía esa sonrisa que me hacía derretirme y convertirme en un charco a sus pies.

Llevaba una camiseta sin mangas y pantalones cortos. Siendo Frankie Leigh como era, no iba a haberse puesto solo eso. También llevaba unos tirantes viejos, que había sacado de solo Dios sabía dónde, y unos zapatos de tacón alto que había robado del armario de mi madre, que usaba por lo menos cinco números más que ella.

Y, sorpresa, sorpresa, el maldito tutú rosa.

No pude reprimir la sonrisa. Suponía que realmente me volvía tonto con todo lo que concernía a Frankie.

—Aquí está mi niña. —En el momento en que llegó a mi lado, la cogí en brazos y la lancé al aire. Justo como sabía que le gustaba. Y mi corazón se aceleró al oírla reír. Ese sonido era mi mayor alegría. La atrapé para abrazarla contra mi pecho, y hundí la nariz en su pelo, aspirando su fragancia.

—Te he echado de menos —susurré contra su cabello. La estreché con fuerza, y ella me rodeó el cuello con sus brazos. La fuerza de su sonrisa me enterneció incluso aunque no podía ver su rostro.

—¡Te he echado de menos, papá! Pero la abuela y yo nos hemos divertido mucho. Me ha dejado hacer mi propia escultura, ¿verdad, abuelita? —Se movió contra mi pecho, girándose para mirar a mi madre, que seguía en el umbral, sonriéndonos.

—¿Una escultura? —pregunté, mientras llevaba a Frankie por la acera.

—Ajá.

—¿Y qué has esculpido? —pregunté.

Sus ojos castaños se abrieron mucho, como si yo no me enterara de nada.

—Un cachorro, tonto. Te he dicho que quiero un cachorro. Lo quiero muchísimo. ¡Oh, papá! ¿Puedo? ¿Puedo tener uno? Seré la mejor madre de cachorros de todos los tiempos.

Una punzada me golpeó con fuerza, cortándome con profundidad. Luché

contra los recuerdos que querían surgir a la superficie, amenazando mi conciencia. Desde que Rynna había entrado en mi vida, era como si todo estuviera allí mismo, esperando debajo de mis narices a quedar expuesto.

La idea de Missy todavía me mataba; mi perra muerta a un lado de la carretera el mismo puto día que mi esposa me había dejado. Había tenido a ese animal desde antes de perder a Sydney, y había sido mi consuelo, mi razón para vivir cuando no había querido seguir adelante. Pero la vida era así de brutal. Amenazaba con llevarse todo a la vez.

Si lo que había ocurrido con Sydney no fuera suficiente como para que fuera ridículamente sobreprotector con Frankie, que me desesperara mantenerla siempre a salvo, la crueldad de ese día había fortalecido mi intención.

Puse a un lado esos pensamientos mientras la miraba.

—Creo que todavía no es una buena idea, Frankie —le dije con la mayor suavidad posible.

—¿Cuándo será un buen momento?

—¿Así que ahora estamos esculpiendo? —le pregunté a mi madre cuando llegamos a su lado, rezando para que eso distrajera a Frankie y no me exigiera una respuesta a su pregunta.

—Estamos experimentando todas las formas de arte, ¿no es verdad, garbancito? Se ve que tenemos muchos talentos, como tu padre. —Mi madre alborotó el pelo de mi hija con los dedos. Había tanto afecto en su mirada cuando nos miraba a los dos que no pude reprimir la oleada de amor que inundó mis sentidos. Era como si algo se hubiera desbloqueado en mi interior y se hubieran liberado sin permiso todas aquellas emociones que había tratado de mantener reprimidas. Amor. Anheló. Miedo. Arrepentimiento. La cara de Rynna inundó mi mente, su roce fue un débil susurro sobre mi piel mientras respiraba toda la belleza de la vida.

Los estremecimientos de esperanza me sacudieron como si fueran temblores de advertencia. Las flechas se me clavaron más profundamente, exigiéndome más. El suelo tembló bajo mis pies, haciéndome perder el equilibrio sin saber que me iba a enviar directo a una caída en picado. La culpa me empezó a invadir, instándome a prestar atención a ese distorsionado sentido de lealtad. La cuestión era que cada vez me costaba más recordar a qué se suponía que era leal.

Mi madre inclinó la cabeza a un lado mientras me miraba. Noté en qué momento llegó a una conclusión, porque arqueó una ceja con sabiduría.

—¿Te lo pasaste bien anoche?

Intenté formular una mentira rápida, pero no fui capaz. Al menos no fui tan veloz como para soltar algo que mi madre se pudiera creer antes de que leyera algo en mi expresión que le hizo curvar los labios satisfecha.

—Ahhh... Ya entiendo —dijo—. Parece que anoche te lo pasaste muy bien.

No entendía que esa mujer tuviera todavía el poder de hacerme avergonzarme. Pero allí estaba, como un niño de doce años tratando de encontrar una excusa para que su madre no se enterara de sus sucios secretos.

—Mamá... —suspiré mientras dejaba a mi hija en el suelo. La niña se tambaleó sobre los tacones.

¡Joder! Me sentía incluso culpable por abrazarla cuando me estaban abrumando miles de recuerdos de la noche anterior.

Rynna. Follar con Rynna. Mi ladronzuela.

Supongo que no era tan extraño que aquella mujer hubiera conquistado mi cuerpo, pero lo que estaba a punto de hacerme caer en picado era la forma en la que había tomado de rehén mi mente. La forma en que robaba un lugar dentro de mí. Un lugar que no pensaba que existiera para ella.

Había pasado años sin sentirme tentado. Nunca me había dado por vencido, porque sabía para qué vivía. Conocía la razón de cada latido de mi corazón. De hecho, clavé los ojos en ella. En la pequeña que se balanceaba con torpeza sobre los tacones con el tutú, subiendo las manos por encima de la cabeza mientras intentaba dar un giro que ni siquiera sabía bien cómo era.

Mi pequeña bailarina.

—Ve a buscar tus cosas, garbancito —le pedí en voz baja, tanto que el único sonido que llenó la habitación fue mi devoción por ella.

—Vale. —Frankie salió del salón haciendo repiquetear los tacones en la alfombra, y desapareció por el pasillo.

Retiré la mano que mi madre me puso de repente en el brazo.

—Oye —me dijo. Su voz contenía el mismo tono de mando con el que me había criado. Cualquier insinuación había desaparecido de sus palabras—. ¿Qué te pasa, Rex?

Me miré las botas mientras me pasaba la mano por la boca, como si eso tuviera el poder de sellar todo lo que estaba ansioso por confesar.

—Nada.

—No me vengas con «nada». ¿Te crees que no te conozco? ¿A mi hijo? ¿Mi hijo? ¿El que ha puesto esa expresión desde que tenía diecisiete años? ¿Crees que no me doy cuenta de cuándo estás aterrado? Y eso es algo que casi nunca deja

tus ojos, Rex. Pero hoy... Hoy es diferente. Y sé que lo sabes tan bien como yo.

Me obligué a sostenerle la mirada.

—¿Cuándo te vas a dar cuenta de que te mereces ser feliz? —insistió.

Me temblaban las manos.

—Lo estoy intentando, mamá. Pero me aterra cometer una estupidez. Tomar una decisión incorrecta, como siempre. Hacer algo que ponga a Frankie en peligro.

—¿Encontrar de nuevo la felicidad es una amenaza? Me parece una tontería. ¿Sabes cómo lo veo yo? Cuanto más feliz seas tú, más lo será ella.

Me sentí tan culpable que la preocupación me cerró la garganta.

—¿Crees que es infeliz?

Frunció el ceño, lo que hizo aparecer las pocas líneas que mostraban su edad.

—¡Dios, no! De ninguna manera. No quiero decir eso. Lo que digo es que esa niña te adora. Cree que caminas sobre las aguas y que no puedes equivocarte. Pero llegará un día en el que tenga la edad suficiente para ver las sombras de tus ojos, las que desaparecen cuando la miras. Rex, ella es tu vida. Todos lo sabemos. Encontrar la felicidad no hará que la ames menos.

Dio un paso para acercarse a mí y me puso la mano sobre el corazón.

—Aquí falta algo. Desde hace mucho, mucho tiempo. Mucho antes de que esa zorra se escapara y os dejara solos. Quizá ha llegado el momento de que lo encuentres. No puedes avanzar sin moverte.

Una emoción me subió por la garganta como un ardor. Intenté tragarla, pero las palabras me salieron más ásperas de lo que quería.

—Pero ¿y si estar con ella está mal? ¿Qué pasa si vuelvo a joderlo todo y la ahuyento? ¿Y si Frankie le coge cariño y acaba adorándola?

«¿Y si lo hago yo...?».

Ni siquiera pude decidirme a decir esto último, porque ya sabía que estaba ahí.

—¿Quieres decir que has conocido a una chica? —preguntó mi madre con un brillo en los ojos y una sonrisa victoriosa.

—Mamá... —Me hacía sentir frustrado. Sabía exactamente cómo incitarme con cariño.

Volvió a mirarme con ternura, su sonrisa se volvió suave, y sus ojos irradiaban comprensión.

—Rex, en la vida no hay certezas. Elegimos, ganamos y perdemos... Lo sabes de primera mano. Pero lo que no has aceptado todavía es que la única certeza que tenemos es cómo usamos los momentos que nos dan. Podemos aceptarlos o

desperdiciarlos. Podemos apreciarlos o dejar que el miedo nos contamine. Y sí, algunas posibilidades nos obligan a asumir mayores riesgos. Por supuesto que sí, y no quiero que te lances ni seas imprudente. No tienes por qué apresurarte a tomar decisiones importantes. Puedes proteger a tu hija mientras pruebas. Pero si no lo intentas, jamás lo sabrás. Solo tienes que decidir si vale la pena darle la oportunidad a esa chica.

«Oportunidades...».

Casi sonreí. Estuve a punto de decirle que su discurso era parecido al de Rynna.

«Rynna». Mi hermosa Rynna.

—Ni siquiera sé por dónde empezar —admití con un suspiro—. Me he dedicado a mantener a la gente a distancia durante mucho tiempo, y no tengo ni idea de cómo volver a todo eso de las citas.

Pero había algo en mi relación con Rynna que me decía que esa etapa ya la habíamos superado. Nuestra conexión era más profunda que andar probando. Más intensa que tener citas y ver cómo resultaba. Entre nosotros se había encendido algo fuerte. Una conexión que nos encadenaba el uno al otro. Algo inevitable. Irresistible.

La verdad era que la noche pasada me había sentido más cerca de ella que de nadie desde hacía mucho tiempo, y no estaba hablando de Frankie ni de mi madre ni de mis amigos.

Esto iba más de estar unido a alguien. Atado.

Esa conexión se convertía en un frenesí cuando estaba sentado a oscuras en su habitación y la veía dormir.

Joder... Era preciosa.

Poseía el tipo de belleza que no solo era superficial, a pesar de que su cuerpo me volvía loco de necesidad. Me refería más bien al tipo de bondad que brotaba de dentro. De sol y dulzura. La había estado observando hasta que comenzó a salir el sol, como si ella lo hubiera atraído, igual que a mí. Por fin, me había obligado a dejar su cama para poder pensar con claridad. Pero mi confusión solo había aumentado a medida que me alejaba de ella. Y cuando pensaba en ella, todas mis resoluciones y decisiones pasadas me advertían de que estaba cometiendo un error.

—Podrías por empezar haciendo algo bonito por ella —sugirió mi madre.

—¿Bonito?

Se rio.

—No me digas que estás tan perdido como para no saber qué es bonito. Debe de haber algo que puedas hacer por esa chica para que ella comprenda que te importa. Que estás interesado. No tiene por qué ser nada extravagante. Solo enseñarle que no eres el gruñón que todo el pueblo cree que eres. —Sus palabras llegaron acompañadas de una sonrisa.

Arqueé una ceja.

—¿Gruñón?

Frankie estaba de repente a mi lado, bailando y canturreando.

—Gruñón, gruñón, mi papá es un gruñón —repetía una y otra vez.

Quizá Frankie podía verlo todo mejor de lo que yo pensaba.

Y quizá había llegado el momento de que hiciera algo al respecto.

25

RYNNA

El pánico me hizo salir corriendo de la cocina y atravesar el comedor de Pepper's Pies. Pero no era el mismo tipo de pánico que me había provocado Timothy Roth.

Era provocado por un enorme golpe al otro lado de la pared. Por el temblor del suelo y los accesorios, que se estremecieron con tanta fuerza que llegué a pensar que el *diner* de mi abuela estaba a punto de derrumbarse.

Cuando me lo permitió la confusión, corrí hacia el final del pasillo que conducía a los cuartos de baño. Una vez allí, entrecerré los ojos tratando de darle sentido a la escena.

—¿Qué demonios están haciendo? —logré preguntar. El polvo llenaba aquella área cerrada, y en medio de él había tres tipos que no conocía, arrancando la placa de yeso de la pared de los baños.

—Es el día del inicio —gruñó un tipo rechoncho.

«¿El día del inicio de qué?».

—¿De qué habla? —Exasperada, di un paso adelante cuando el yeso se cayó.

Otro hombre, con una camiseta manchada de pintura, vaqueros y botas de trabajo, lanzó a un lado una pieza de madera contrachapada. Esta aterrizó en un pequeño montón que crecía con rapidez.

—Nos ha enviado el jefe. Nos ha dicho que fuéramos lo más rápidos posible.

—¿El jefe?

—Gunner —resopló el otro tipo mientras arrancaba otra gran pieza de madera, lo que hizo aparecer otra nube de polvo blanco en el aire.

Gunner.

«Gunner... Gunner... Gunner...».

El nombre atravesó la bruma antes de que comprensión hiciera desaparecer la neblina de mi mente.

«¡Oh, Dios!, ¿qué estaba haciendo Rex?».

Di un paso atrás, temblorosa. Las emociones que me atravesaban eran demasiado enrevesadas para comprenderlas por completo. Así que me aferré a una de ellas. La de la frustración y la conmoción, ya que me veía incapaz de

procesar las acciones inesperadas de ese hombre.

Corrí de vuelta a la cocina, cogí el bolso y las llaves y atravesé volando la puerta con mi destino muy claro.

RG Construcciones.

Aparqué de cualquier manera y luego atravesé la entrada de las oficinas. El espacio interior era lo suficientemente pequeño como para solo tener que rodear a la recepcionista, que se levantó de un salto.

—Perdón, señora...

No disminuí la velocidad, solo empujé la puerta del despacho de Rex. Entré de inmediato, y la puerta golpeó la pared al mismo tiempo. Me sentía aturdida, enfadada y sorprendida a la vez.

—Será mejor que tengas una buena explicación.

Extrañado, levantó la vista de los papeles que estaba leyendo.

—Rynna.

¡Dios! Me dejaba sin aliento. Me quedé en la puerta, tratando de contenerme, de recordar por qué estaba tan cabreada. ¡Oh, sí!

—¿Por qué has enviado a tus hombres a destrozar el *diner*?

Se levantó lentamente, robándome un poco más de aire. Era un hombre tan poderoso, tan guapo, que me costaba pensar.

—Necesitabas que se hiciera un trabajo, y yo tenía los recursos para ello — explicó.

Entrecerré los ojos saliendo de mi estupor.

—Entonces..., ¿los has enviado sin más? ¿Sin consultarme? Es que... Es que... —No sabía qué más decirle. Cuando por fin lo descubrí, me salió con un chillido de frustración—. No tengo dinero para pagarte.

—No tienes que pagarme.

—¿Qué? —Fue otro chillido, esta vez acompañado de un pisotón. Esta loco. Habíamos pasado una noche juntos. Vale..., una noche extraordinaria, que había alterado mi mundo. Además de unas dos horas mágicas besándonos en el porche a medianoche como adolescentes la noche pasada, pero eso no tenía nada que ver con el tema.

—Me preocupa esta comunidad, Rynna. —Detrás de la firmeza de su expresión y de sus ridículas palabras había casi una sonrisa.

—¿Me tomas el pelo?

—Gingham Lakes está floreciendo, y la reapertura de Pepper's Pies solo era una ventaja. —Vi que frotaba el pulgar y el índice. Parecía que había estado

practicando el discurso y que se estaba asegurando de estar haciéndolo bien.

—No puedes... —Levanté las manos en el aire—. No puedes entrar en el *diner* sin más y hacer lo que te da la gana. Tengo planes. Quiero... Necesito hacerlo yo. Resolverlo por mi cuenta. No quiero que un tipo cualquiera entre allí y haga el trabajo por mí como si yo no fuera capaz.

Las lágrimas hicieron que me ardieran los ojos. Quizá estaba revelando demasiado, llegando al corazón del asunto de que hubiera empezado aquello sin mi permiso. El miedo a no tener lo necesario para hacerlo. Que fallaría antes de tener la oportunidad de comenzar.

Pero Rex parecía conmocionado cuando rodeó el escritorio y me acorraló contra la pared.

—¿Un tipo cualquiera? —exigió.

Toda la indiferencia que había mostrado antes había desaparecido. En su lugar estaba el mismo hombre persuasivo y confundido que me había empujado, apartado y reído de mí desde el día en que lo conocí.

—¿Eso soy para ti? ¿Un tipo cualquiera?

Lo miré, tratando de descifrar lo que había en sus ojos. Dolor. Estaba herido y asustado, y había tanto sufrimiento que mi corazón se tambaleó. Se me rompió. Aquel hombre siempre me pillaba con la guardia baja.

—Ya sabes lo que quería decir —repuse bajito.

Me miró parpadeando.

—No, no lo sé —dijo con sencillez.

Levanté la mano para ponérsela en el pecho, donde su corazón atronaba. Dejé que mis dedos temblorosos se recrearan en la vibración.

—Lo que he querido decir es que no es justo que asumas el control por mí. Que no me hayas preguntado. Es el *diner* de mi abuela. Me lo dejó a mí. Me lo confió. No puedes entrar y tomar el control sin consultarme. Me hace sentir que piensas que no lo puedo hacer sola. Que necesitas rescatarme. No eres un tipo cualquiera, Rex. Para mí significas mucho. Más de lo que imaginas.

Mi voz quedó reducida a una confesión, y él suspiró al tiempo que plantaba ambas manos sobre mi cabeza. Se inclinó más sobre mí, inmovilizándome contra la pared. Su cercanía hizo que me diera vueltas la cabeza. El calor que irradiaba llegó a tocar mi alma. ¡Dios! Era demasiado. Devastador, abrumador e irresistible.

—¿Y si estuviera haciéndolo para rescatarte? —preguntó con la voz forzada—. ¿De verdad pensarías que no creo en ti? Joder, Rynna... Lo hago porque creo

mucho en ti, y quiero formar parte de ello. Solo quería... darte una sorpresa.

Noté un escalofrío en la espalda que aterrizó en un estanque de emociones que cada vez era más profundo. Dentro de nada, ese hombre acabaría ahogándome. Me mataría. La emoción me atenazó la garganta, y me obligué a hablar mientras jugueteaba con su camisa.

—Rex, te estoy muy agradecida. Mucho. Pero esta es una de esas cosas que me deberías haber consultado. Es un gran problema para mí, y supone mucho dinero. Y si de verdad crees en mí, deberías respetarme lo suficiente como para decirme algo que va a afectar tanto a mi vida. No puedo permitir que me dejes tanto dinero. No puedo porque no es correcto. Quiero ganármelo. Quiero devolver Pepper's Pies a la vida porque puedo.

—Solo quería hacer algo bonito por ti.

Me reí por lo bajo mientras dejaba que mi mano se deslizara por la piel caliente de su cuello.

—¿Bonito? Tu idea de «bonito» es un tanto extravagante, ¿no crees?

La risa hizo retumbar su pecho.

—Quizá. Te he advertido de que no se me da bien esto.

Retrocedió y me puso una mano en la mejilla con una expresión de sinceridad, y esa sinceridad era una confesión de su miedo.

—Te he dicho que no tenía nada para darte. Y ahora quiero dártelo todo.

Me ablandé por completo.

—Rex... —Dios, quería todo lo que estaba dispuesto a darme.

—¿Demasiado y demasiado rápido? —preguntó con una sonrisa de disculpa en aquella boca tan sexy y tierna.

—No estoy segura de que vaya a pensar que algo es demasiado cuando se trata de ti. Solo te pido que hables conmigo.

Me rozó el pómulo con el pulgar, y abrí un poco la boca, saboreando la sensación de aquel simple contacto.

—Te advertí desde el principio de que no sé lo que estoy haciendo. Que siempre lo jodo todo.

—No estás jodiendo nada. Solo estamos... aprendiendo a conocernos.

Se apretó contra mí.

—Sí, estoy conociéndote de muchas formas —dijo con la voz ronca.

Me aferré a su camisa, presa de una intensa sensación de calor.

—¿Qué tal si hacemos un trato? —preguntó, retrocediendo.

—¿Qué tipo de trato? —me interesé con cautela.

—Necesitas un préstamo.

—Rex... —le advertí, sabiendo ya lo que estaba a punto de decir.

—Escúchame un momento. —Hizo una pausa, esperando a que asintiera antes de continuar—. Descubre cómo conseguir ese préstamo, pero mientras tanto iremos haciendo la rehabilitación.

—Rex...

Me puso un dedo en los labios.

—Luego me pagarás. Considéralo un préstamo por una causa en la que creo.

—El corazón se me aceleró y la respiración se me volvió superficial cuando apretó los labios contra mi frente—. Por favor... —Sus palabras vibraron contra mi piel.

Puse las manos en su cintura mientras me mordía el labio inferior, mirándolo.

—¿Qué significa esto para ti?

Quería preguntarle qué significábamos nosotros, pero la tensión de su cuerpo me lo impidió. Parecía como si no quisiera que lo hiciera, que sacara a la luz el hecho de que ninguno de los dos parecía saber de verdad dónde estábamos. Si íbamos o veníamos.

Me apretó contra su pecho.

—Necesito despejar mi vida de mierda, Rynna. Te lo advertí, es un desastre, pero estoy dispuesto a intentarlo. Hay muchas cosas que no entiendo, pero ha llegado el momento de que lo haga. Debo descubrir quién soy, quién se supone que soy. Librarme de mierdas que debería haber olvidado hace mucho tiempo. Pero solo sé que te quiero en mi vida, y, si al menos puedo darte esto, por favor, permítemelo. Déjame aprovechar esta oportunidad.

26

REX

La lluvia golpeaba el techo y los relámpagos iluminaban las oscuras ventanas. Un trueno retumbó en el cielo fatigado. Corrí hacia la puerta después de haber oído el timbre.

Me quedé boquiabierto cuando la abrí y me la encontré allí de pie. Con el cabello castaño empapado. Quieta, bajo la lluvia, parecía una segunda oportunidad. Un día mejor.

Cargaba en los brazos cuatro bolsas de papel empapadas, que apretaba de forma precaria contra el pecho, como si así pudiera evitar que se rompieran y que cayeran al suelo todos los artículos que contenían en su interior.

—Rynna —logré decir cuando acepté que estaba realmente allí, en mi porche —. Venga, pasa antes de que te alcance un rayo —la invité abriendo la puerta.

Cuando pasó ante mí, inundó mis sentidos con su dulzura, intensificada por la lluvia.

¡Joder! Me estaba conquistando. Minuto a minuto.

Cerré la puerta y me acerqué a ella.

—Trae, deja que te ayude. —Le cogí dos de las bolsas.

—Gracias.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté finalmente, sintiendo que una sonrisa de satisfacción me inundaba la cara, porque no pensaba quejarme.

Ella me sonrió con cautela. Un gesto que fue como un golpe justo en el centro del pecho. Eso era algo que me ocurría solo cuando Frankie me miraba de cierta manera. Sin embargo, esto era diferente. Evidentemente, esto se trataba de lujuria, deseo, confusión y toda esa clase de cosas que cada vez quería más.

Se encogió de hombros.

—Me apetecía hacer algo bonito por ti.

«Bonito...».

—¿Bonito, eh? —Y mi risa retumbó como uno de los rayos que surcaban el cielo.

Se mordió el labio inferior al tiempo que asentía con la cabeza.

—Sí. Parece que a mi vecino le gusta pensar. Así que he pensado que podía

devolverle el favor. ¿Qué te parece que te haga la cena? Aunque para que quedemos a pre, debería hacértela durante el resto de mi vida.

—¿Por qué me parece el mejor pago que me han ofrecido nunca? —le susurré al oído después de inclinar la cabeza.

Ella ahogó una risita mientras iba a la cocina.

—Ya veo cómo están las cosas. Parece que me quieres más cuando cocino para ti.

Solté un gruñido mientras clavaba los ojos en el lento balanceo de su delicioso culo mientras la seguía.

—¡Oh, créeme! —musité casi para mí—. Nena, te quiero todo el tiempo, aunque no pienso negarme a que me hagas la cena, ¿sabes? En especial cuando estaba a punto de sacar una pizza del congelador para meterla en el horno.

—Eso es una blasfemia —me dijo con irritación fingida mientras dejaba las bolsas en la encimera.

—Un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer —repuse mientras ponía las demás bolsas junto a las primeras.

Me miró con ternura al tiempo que ahuecaba la mano sobre mi mejilla en una de esas caricias suaves tuyas.

—Y debes saber que consideraría un honor poder ayudarte en ello. —Eché un vistazo en dirección a la sala, donde podíamos escuchar a Frankie jugando, hablando y chillando en su mundo feliz—. ¿Te parece bien que esté aquí? No quiero confundirla ni presionarte. Es solo que... me apetecía pasar la velada contigo. Con ella —agregó con rapidez, como si eso pudiera asustarme.

Y sí, joder, me asustaba. Pero seguramente no de la forma en la que ella estaba pensando. Quería esto, pero estaba demasiado asustado para esperararlo. Sin embargo, no importaba, la anticipación estaba allí, creciendo en mi interior. Salvaje y feroz. Tanto como la tormenta que sacudía los cristales de las ventanas y tamborileaba en el tejado.

Entrelacé los dedos con los de ella y me llevé sus nudillos a los labios.

—¿Qué te parece si nos lo tomamos con calma delante de ella? Dejemos que nos acepte a los dos. Nos hará preguntas, y cuando sea así, se las responderemos.

Se mordió el labio, mirándome.

—¿Y cuál será la respuesta correcta, Rex?

Le solté la mano para deslizar los dedos entre sus sedosos mechones de pelo húmedo. Con ese único contacto, mi pecho se encogió, como si quisiera que no tuviera la facultad de volverme loco; un desorden que estaba transformándose en

algo nuevo. La acerqué a mí y le di un beso en la frente.

—Le decimos que nos queremos —murmuré contra su piel—. Es así de simple.

¿Sabía ella que era así como me sentía? ¿Que cada vez que la miraba otra pieza de mi muralla se rompía y que perdía un poco el equilibrio?

Me incliné para rozar con los labios el borde de los de ella.

—Te quiero aquí conmigo. —Me acerqué todavía más, y el calor de su cuerpo me envolvió—. De verdad. Y creo que, en resumidas cuentas, es todo lo que importa.

Me moví para sujetarla por la cintura, y se me cortó la respiración cuando hundí los dedos en su carne. Todo se volvió espeso cuando me permití recorrerle el cuerpo con la nariz.

Aquel aroma abrumador estaba de vuelta. Irradiaba de su piel. Dulce, tierna felicidad. A pastel de cerezas.

Gruñí, y ella soltó el aire, luego los dos nos quedamos paralizados cuando oímos el ruido de pasos pequeños resonando por el pasillo.

Di un paso atrás, dejando espacio entre nosotros, y vi la oleada de rubor que cubrió el cuello de Rynna. Como si la hubieran pillado. Fue algo jodidamente hermoso.

Frankie patinó hasta detenerse al final del pasillo al ver a Rynna en la cocina.

—¡Rynna! ¿Qué haces aquí? —Mi hija volvió a ponerse en movimiento, corriendo hasta ponerse a dar saltitos delante de Rynna para llamar su atención. Como si no la tuviera ya. Porque Rynna sonrió en cuanto vio a Frankie. Sonrió como si verla significara algo para ella.

Un rayo de miedo antiguo golpeó mi pecho en un lugar profundo, una advertencia de que había cruzado la línea cuando había dejado que Rynna entrara en nuestras vidas. Como si estuviera pidiendo problemas, se burlaba de mí recordándome esa pena que duraba desde siempre. Un castigo por lo que había hecho, ¿o pensaba que me había librado de él?

Rynna se arrodilló delante de mi hija con una expresión de ternura, casi tan tierna como la forma en la que pasó los dedos por la salvaje melena de Frankie.

—He pensado que quizá podrías ayudarme a preparar la cena. ¿Qué te parece?

Frankie abrió los ojos con entusiasmo.

—¿En serio? ¿Puedo preparar la cena contigo? ¡Oh, sí! ¿Podemos hacer una empanada? —Entrelazó los dedos y apoyó la barbilla en ellos en un gesto suplicante—. ¡Por favor, quiero hacer una empanada!

Rynna contuvo una risita apretando los labios. Esos malditos labios que me incitaban a la lujuria. Traté de no recordarlos alrededor de mi polla mientras veía que ella cogía a Frankie de la mano. Eran un equipo.

—¿Y quieres hacer algo más? Había pensado hacer una empanada y una tarta de cereza.

Entonces, Rynna me miró, buscando mi aprobación. Mi reacción fue la misma que si me hubieran clavado una flecha en el corazón. Un lugar invisible y enterrado, que consideraba muerto.

—¡Me parece el mejor trato del mundo!

—Venga, vamos a lavarte las manos. Tenemos mucho que hacer.

Rynna me guiñó un ojo mientras cogía a Frankie por debajo de los brazos. A partir de ahí, centró su atención en mi hija. Con cuidado, vertió jabón en sus manos y se las puso debajo del agua tibia. Las dos frotaron las manos mientras se reían de alguna tontería que había dicho Frankie.

—Allá vamos... Tú vas a estar aquí sentada —dijo Rynna mientras la sentaba en la encimera—. Ten cuidado, ¿vale?

—Vale —prometió Frankie, y Rynna se puso a trabajar. Sacó los ingredientes de las bolsas sin dejar de hablarle a Frankie.

—Mi abuela solía sentarme en la encimera cuando era una niña como tú. Así estaba cerca y podía ver y ayudarla.

—¿Te gustaba cocinar con Corinne?

—Me encantaba ayudar a Corinne. —Había una nota melancólica en el tono de Rynna—. La echo mucho de menos, pero me hace feliz poder enseñarte lo mismo que ella a mí.

—Me gusta que me enseñes. ¿Sabes? Voy a ser pintora. Mi abuela dice que soy superbueno, como mi padre.

—¿En serio?

—¡Oh, sí! Y voy a tener un cachorro. Es lo que más quiero del mundo, un perrito.

Esta vez, Rynna me miró con curiosidad, indagando, antes de volver a bajar la vista a las judías verdes que lavaba bajo el grifo.

—Así que quieres un perrito, ¿eh?

—Oh, sí. Sí, sí, sí...

Suspiré, tratando de no mostrar ninguna frustración en la voz.

—Frankie Leigh, ya te he dicho que no es una buena idea en este momento.

Ella empezó a hacer pucheritos, por lo que Rynna se apresuró a darle un *tetrabrik*

de leche y una taza de medir.

—¿Crees que podrías llenarla hasta esa línea? —le preguntó, señalando con un dedo una marca. Había distraído a mi hija como una profesional—. Muy bien —la alentó, mientras Frankie vertía la leche muy despacio en el cuenco que Rynna le había puesto en el regazo. Luego le enseñó a batir la mezcla antes de ponerse a lavar otro ingrediente. Era una pasada verla hacer malabares con tres recetas diferentes a la vez. Debía de ser algo innato. Algo que le surgía con la elegante facilidad que me había mostrado en su casa cinco noches antes.

Me apoyé en la otra encimera con los brazos cruzados sobre el pecho. Observándolas. Tratando de mantener controlados los sentimientos. Intentando no adelantarme a los acontecimientos.

Pero era algo que sentía muy adentro. Y todo giraba en esa dirección cuando oí la forma en la que Rynna hablaba con mi hija. Le dio instrucciones para que la ayudara, se rio cuando Frankie metió la pata. Y, durante todo el tiempo, fue paciente con la niña, consciente de que era una persona que requería de mucha paciencia. La tolerancia de Rynna no vaciló, y supe que no era fingida. No estaba actuando, no estaba comportándose así por algún motivo oculto. Y, ¡joder!, resultaba aterrador. Tan aterrador como perfecto. Porque era lo que yo quería. La quería a ella.

Una hora después, los tres estábamos sentados alrededor de la mesa, compartiendo la cena: la mejor empanada que hubiera comido. Y así lo dije.

Frankie sonrió y le dijo a Rynna que le daba un diez.

—Nos ha salido muy bien, Rynna —dijo Frankie con una sonrisa feliz. Y quizá se sentía tan feliz como yo. Quizá, solo quizá, era aquí donde debíamos estar.

Tal vez, por una vez en mi vida, me habían concedido el indulto.

Salió por una puerta con un beso y un adiós reticente.

No pude contenerme y corrí detrás de ella para cogerla por la muñeca, incapaz de dejar que se fuera. Mi beso fue exigente cuando la empujé contra la fachada exterior. La oí gemir mientras me encerraba la cara entre las manos y yo ponía las mías en sus caderas.

—Debería marcharme —susurró.

—Lo sé... Pero no sé cómo permitirlo. —La subí en el aire, y me rodeó la cintura con las piernas. Se frotó contra mí, haciéndome sentir el calor de su coño. Mi polla se apretó contra la tela, desesperada por ella—. Joder, Rynna... ¿Qué

me estás haciendo? Noto que pierdo la cabeza por ti: cuando entras en una habitación no puedo controlarme.

Me mordió los labios antes de besarme, friccionándose contra mi erección.

—Lo único que yo sé es lo desesperadamente que te deseo. Cuánto quiero esto.

—¿Qué es lo que quieres? —logré decir. A continuación gemí profundamente, apretándome contra ella mientras me preguntaba si sería un padre horrible si la desnudaba allí mismo y follábamos contra la pared.

—Esto. A ti. Nosotros. A Frankie.

Al oír su confesión, me quedé helado, mi corazón se convirtió en una piedra en el centro de mi pecho antes de ponerse a latir como un loco. Galopando ante las posibilidades. Me aparté para buscar sus ojos en la oscuridad. El aire estaba cargado de humedad; la tormenta había dejado como residuo una húmeda neblina que mojaba nuestra piel ardiente.

Ella me sostuvo la mirada sin reservas. Sin miedo. Con sencillez y esperanza. Como si fuera un faro que me guiara en la tormenta.

—Y yo... —Toda la mierda que seguía acechando en mi vida contuvo mis palabras. La promesa que quería hacerle se quedó retenida en mi lengua, porque lo último que quería era hacerla sufrir.

Percibí el dolor que atravesaba por su expresión antes de que esta se convirtiera en una de tierna comprensión. Porque así era esta chica, demasiado buena para ser real. Se retiró unos centímetros para mirarme a la cara, y yo la solté a regañadientes, ayudándola a mantenerse de pie. Me quedé allí, una sombra que bloqueara la luz que ella emitía.

Entonces inclinó la cabeza y me puso la mano en la mejilla.

—¿Todavía la amas?

Mi pecho creció tanto que estuve seguro de que iba a explotar.

—¿A tu ex? —insistió.

Ese era el problema. Su conclusión era errónea. Había ido por una dirección incorrecta. Pero cuando llegó el momento, el problema era la madre de Frankie. Aquella estúpida y jodida lealtad a la que llevaba demasiado tiempo aferrándome. Eso fue lo que me invadió, en forma de arrepentimiento.

—Joder, Rynna —susurré con fuerza, y el suelo se tambaleó bajo mis pies—. Es que... —Bajé la vista a las tablas de madera, luchando por encontrar una respuesta correcta a su pregunta. Ella se merecía saberlo, y aun así, yo no sabía cómo decírselo. Cautelosamente, me centré en ella, y dije lo único que podía transmitir con sinceridad—: Cuando se trata de la madre de Frankie, la única

emoción que puedo procesar es odio. —Parpadeé, tragué saliva. Noté un fuego en mi interior. Las implacables llamas del infierno—. Pero luego me pregunto si tengo derecho a odiarla cuando fui yo quien la echó.

—Ella te dejó. Abandonó a Frankie. No conozco las circunstancias, pero solo por eso ya la odio. Porque no la entiendo. No sé cómo ha podido alejarse de vosotros dos. Si la vida me hubiera hecho un regalo como vosotros, jamás lo habría abandonado.

Se me escapó una pequeña bocanada de aire, y le rodeé la cintura con un brazo para atraerla hacia mí.

—Rynna... —suspiré, besándola en la parte superior de la cabeza. Rynna.

Mi dulce Rynna.

Mi ladronzuela.

Siempre a punto de robarme el corazón.

Frankie chilló, aplaudió y se arrodilló en el porche de la casa. El pequeño cachorro corrió hacia ella, saltó sobre su pecho y le lamió la cara.

—¡Papi! ¡Papi! Es un perrito. Mira, un perrito. Es el perrito más precioso del mundo.

Abrazó el cuerpo que se movía contra ella, seguramente con demasiada fuerza, pero la pequeña bola de pelo se volvió más salvaje, y se levantó sobre su pecho para llegar a su cara y lamérsela como si acabara de encontrar a su mejor amigo, al que hubiera perdido hacía mucho tiempo.

Por desgracia, esa era la impresión que también transmitía Frankie.

Sus risas resonaron en el aire.

—¡Papi! Me está dando besos. Muchos besos. Supongo que me quiere mucho.

Al verlo, sentí como una piedra en el estómago. Clavé los ojos en Rynna, que estaba allí de pie, mirándonos con una sonrisa tierna en la cara. En sus ojos brillaba una emoción que no estaba seguro de estar preparado para conocer. Noté un pesado nudo en la garganta. Tan pesado como la piedra que tenía en el estómago, y que solo creció más cuando Rynna se inclinó hacia delante y se arrodilló junto a Frankie. Luego alargó la mano para acariciar la cabeza del cachorro, mientras miraba a mi hija con amor.

—Es un golden retriever. ¿Crees que podrías ponerle un nombre? —preguntó.

—¿Te gusta Milo? Un amigo del colegio se llama Milo, y es un niño amable. Este perrito es un cachorro, así que deberíamos llamarlo Milo porque es igual de

amable que mi amigo.

Rynna ni siquiera vaciló ante la perorata que soltó Frankie; su sonrisa se hizo más grande mientras miraba al animal, que ahora se apoyaba en las patas traseras, como si quisiera saltar a las rodillas de Rynna.

—Eres un perrito bueno, ¿verdad? —canturreó, permitiendo que Milo le lamiera la cara—. Pues será Milo.

—¡Milo! ¡Adoro a Milo! Lo adoro. ¿Puedo llevarlo a pasear? ¿Tienes una correa?

Y las dos desaparecieron trotando por el camino, Frankie chillando de alegría y Rynna vigilante, solo por si el cachorro lograba soltarse.

Treinta minutos después, vi que Frankie corría a través de la puerta de Rynna con el cachorro pisándole los talones. Rynna estaba en la misma terraza donde había cambiado todo, con los brazos cruzados sobre el pecho mientras se mordía el labio.

Yo me había contenido, me había apoyado en la barandilla, incapaz de procesar lo que estaba sucediendo en mi interior. Me puse detrás de ella y noté el escalofrío que le bajó por la espalda por la forma que tembló cuando solté el aliento en su oreja. Algunos de sus mechones castaños volaron en el aire hasta hacerme cosquillas en los labios.

—Así que un perro, ¿eh? —susurré.

Inspiró hondo antes de girarse despacio hacia mí.

—Es que... —Miró hacia la casa—. Vivo sola, y he pensado que me vendría bien tener compañía. Todo está muy solitario por la noche.

Cuando se giró para mirarme de frente, había un gran interrogante en su frente.

—¿No te gustan los perros?

Noté un profundo dolor en las entrañas. Tenía razón desde el principio; desde que Rynna Dayne había entrado en mi vida, había vuelto a abrir cada vieja herida, las estaba liberando a todas de sus confines, para hacerlas bailar justo debajo de mi nariz.

—Claro que me gustan los perros. —Apenas podía contener la dureza de mis palabras.

En sus rasgos apareció una expresión de anhelo cuando miró hacia la puerta, como si me estuviera suplicando que lo entendiera.

—Sé que tú y yo estamos conociéndonos. Pero Frankie... Cuando vi al cachorro, en lo único que pude pensar fue en ella. En lo emocionada que estaría.

Quería ofrecerle algo que no tuviera... —Parpadeó con rapidez para hacer desaparecer las lágrimas que llenaban sus ojos—. Quería que amara algo que fuera parte de mí. ¿Estás enfadado?

No pude reprimirme más. La estreché contra mí.

—Joder, Rynna. Claro que no estoy enfadado.

La abracé con fuerza. La besé en lo alto de la cabeza, deseando poder explicarle que todo esto me traía recuerdos que no sabía procesar.

Estaba al lado de la carretera, aturdido, mirando sin expresión los faros traseros que desaparecían en la distancia. Traté de parpadear para definir las líneas rojas que se difuminaban por la neblina que cubría mis ojos. Era como mirar al sol y luego cerrar los ojos. O quizá solo quería cerrarlos, pero los tenía abiertos de par en par. Y la mirada fija. Abajo. En Missy, muerta a mis pies.

Tragué saliva ante la imagen, con la bilis subiéndome a la garganta desde la agonía que me inundaba el pecho. La señora Dayne estaba a mi lado, y me puso la mano en el antebrazo.

—No te preocupes. Yo me ocupo de ella. Haz lo que tengas que hacer.

Cogió a Frankie de la grava, donde estaba tumbada boca abajo, mientras yo era incapaz de procesar lo que pasaba por el aturdimiento que me nublaba la mente. Mi hija llorando. Las luces distantes.

¿Qué le había hecho?

¿Qué le había hecho?

Una pala. Tierra. El sudor en la nuca.

Intenté respirar, pero mi entumecimiento se rompió cuando levanté a Missy y la llevé al agujero para meterla en él. Entrecerré los ojos, tratando de ver entre la niebla. Una paletada de tierra. Otra. Un montículo de nada.

Mi novia, mi mujer, se había marchado.

Como todos los demás.

—¿Quieres ser mi mejor amigo? —La vocecita de Frankie me llegó a través de la pared, tan apagada como la luz.

—¿Quieres que sea tu mejor amigo? —La voz de Rynna era un eco, tan jodidamente suave que penetró hasta mis profundidades.

No hubo ninguna respuesta, pero en mi mente evocaba una clara imagen de Frankie, que asentía de forma vigorosa con la cabeza contra la almohada. Podía imaginar a Rynna arrodillada en el suelo, junto a la cama, donde había estado leyéndole a mi hija una historia antes de dormir.

Porque, por supuesto, Frankie se lo había vuelto a pedir.

—Me encantaría —murmuró Rynna, y se levantó para darle lo que yo sabía que era un beso tierno.

Me dio un vuelco el corazón. Existe un tipo especial de terror que solo sientes cuando todo es perfecto. Cuando algo es demasiado bueno. Esa calma arrulladora antes de que tu vida se vea devastada por una tormenta demoledora.

—Buenas noches, garbancito —dijo Rynna.

Mis orejas estaban sintonizadas con los movimientos en la habitación de Frankie cuando Rynna apagó la luz. La avalancha de necesidad, de deseo, se hacía más palpable con cada paso. Noté que me tragaba cuando ella apareció al final del pasillo.

Rynna rodeó el sofá, y mientras Frankie estaba a salvo en la cama, Rynna se acurrucó a mi lado. Todavía seguíamos siendo prudentes, sin imponer a Frankie la idea de que éramos pareja. La envolví con mi brazo y le di un beso en la sien. Milo soltó un ladrido, y Rynna lo consoló, cogiéndolo en brazos. Luego se recostó en mi pecho y soltó un suspiro de felicidad. Un suspiro que se filtró en mi interior proporcionándome paz. Así como luz y calor. Milo buscó mi mano, y no pude contener un suspiro cuando bajé la mirada y me encontré con esos enormes ojos castaños. El animal gimió de nuevo, buscándome con el húmedo hocico. De forma automática, le pasé la mano por el suave pelaje de la cabeza. Se me tensó el pecho y sentí que se me rompía otro trozo de mí.

«¡Dios, maldita sea!».

Rynna se acurrucó mejor. ¡Joder!

Rynna.

Mi dulce Rynna.

Mi ladronzuela.

RYNNA

—¡No! —Nikki se inclinó hacia delante como si la información que yo había soltado fuera lo más escandaloso del mundo.

Eché un vistazo al pintoresco pueblo donde Nikki, Lillith y yo estábamos sentadas en la terraza de una coqueta cafetería, bajo una sombrilla, tomando café. Veíamos a la gente por la acera, mirando los escaparates, disfrutando de la mañana del sábado. Había árboles exuberantes jalonando la calle, estratégicamente colocados para que sus hojas verdes y las gruesas ramas dieran sombra a los viejos edificios de un par de pisos que acababan de ser rehabilitados como parte de un proyecto de restauración de diez años.

Macaber Street se parecía mucho a Fairview, donde estaban el *diner* y el nuevo hotel. Solo podía rezar para que Pepper's Pies disfrutara de la misma revitalización. Que floreciera y entrara una multitud de personas. Era la vida que deseaba allí mismo, al alcance de mi mano. Y eso había provocado la exclamación de Nikki. Así que me encogí de hombros y tomé un sorbo del *frappuccino* helado que había pedido.

—¿Qué pasa?

Ella me miró como si estuviera loca.

—Mmm... ¿Acabas de decir que RG Construcciones se ha hecho cargo de la renovación del *diner*?

—¿Y?

Ella se rio y miró a Lillith, que ocultaba la sonrisa detrás del café. La incredulidad rebosaba el tono de Nikki cuando continuó hablando.

—Hablamos de RG, la empresa de Rex Gunner, el gilipollas que resulta ser tu vecino y que, claramente, te ha encandilado desde el día que te conocimos.

Me habría molestado la insinuación de que Rex era un gilipollas si no hubiera sido porque el rubor que me cubría las mejillas superaba a cualquier otra emoción. No podía controlarlo, y menos al pensar en los recuerdos de la noche anterior.

Frankie había dormido en casa de su abuela, lo que significaba que Rex había estado conmigo toda la noche. Y me había tomado una y otra vez. Un hombre

duro, imponente y salvaje. Que exigía mi placer igual que él había buscado el suyo. Mi cuerpo era suyo. Jamás había disfrutado de un sexo así, en toda mi vida.

Me moví en la silla metálica.

—¡Oh, Dios mío! —Nikki me miró con la boca abierta.

Abrí los ojos con tanta inocencia como pude fingir.

—¿Qué pasa?

Sí, era muy buena cuando me tocaba actuar. No me iban esos juegos, pero pensaba sinceramente que a Rex no le gustaría que les dijera a mis amigas que era una máquina en la cama.

—No me torees, amiguita. Sé que hay una historia ahí. —Me señaló con un dedo, como si tuviera escrita una confesión en la cara—. Y una historia de las buenas. No me puedo creer que vosotros dos tengáis un rollo. —Hizo unas comillas en el aire al decir «rollo».

Lillith le dio a Nikki un golpe en el brazo.

—Si no quiere hablar de eso, no la presiones. —Lillith me miró con una sonrisa de disculpa—. Te juro que siempre está igual, porque cree que es necesario conocer cada detalle sobre todo lo que ocurre.

—Para eso están las amigas. Para dar detalles. Y quiero que me los cuentes todos. —Miró al cielo como si estuviera pidiendo paciencia, y luego volvió toda su atención hacia mí con una súplica en los ojos—. Vamos, Rynna, cuéntamelo. No puedo soportarlo. Quiero saber cómo has convencido a Rex para que trabaje para ti. Es decir, eres muy guapa, ya lo sabemos todo, y estoy segura de que puedes conquistar a cualquier hombre con tus artimañas sexuales, pero estamos hablando de Rex Gunner.

Me eché hacia delante y apoyé los antebrazos en la mesa mientras jugueteaba con la servilleta de papel.

—No es gilipollas. —Ni de lejos—. Es solo que normalmente no permite que lo conozca la gente.

Nikki arqueó las cejas.

—¿Y tú lo conoces?

—Yo...

—¿Tú qué? —Eso venía de Lillith, que también se echó hacia delante—. ¿Estás saliendo con Rex? —Cada sílaba estaba llena de sorpresa.

Nerviosa, miré hacia la calle, sin saber cómo describir mi relación con Rex. Lo que éramos el uno para el otro. Me hacía sentir que lo era todo, pero todavía no le había puesto nombre.

—Hemos estado pasando algún tiempo juntos —decidí finalmente.

Nikki dio un golpe en la mesa antes de señalarme con el dedo.

—¡Lo sabía!

—¿Estás saliendo con Rex Gunner? —Lillith respiró hondo, sorprendida por completo.

—¿Tanto os sorprende? —No quería parecer a la defensiva, pero lo estaba. Me sentía protectora con Rex, y no entendía su mala reputación. Como si no mereciera amor. O quizá esa era la causa de todas esas dudas ridículas de que no era lo suficientemente bueno.

Por no mencionar la inseguridad que sentía ante el misterio que ocultaba y que leía en sus ojos, esa incómoda punzada que me impulsaba, presionaba y advertía que me ocultaba algo.

Existía, estaba allí, y le aterraba mostrármela.

—Me sorprende, sí —dijo Lillith en tono suave—, pero no por nada malo. Rex se merece encontrar la felicidad. Lo ha pasado mal. No puedo imaginar a nadie mejor que tú para él y esa niña.

Apreté los labios y decidí actuar con sinceridad. Porque Lillith y Nikki me habían hecho sentir querida.

—Lo siento. A veces... hay momentos en los que me pongo a la defensiva como siempre. En el instituto no era precisamente la chica más popular, y no tengo mucha confianza en mí misma.

Lillith miró a Nikki.

—No creo que la adolescencia fuera fácil para ninguna de nosotras.

—Oh, Lillith y yo tampoco nos llevamos bien con las zorras del instituto, ¿verdad, Lilly Pad? Créeme, conseguimos superarlo, y te prometo que con nosotras estás a salvo. Te hemos invitado a ser nuestra amiga porque nos caes bien. Punto.

Mi corazón palpitó de gratitud y curvé los labios en una sonrisa.

—Eso significa mucho para mí. Quiero que lo sepáis.

—Claro que lo sabemos. ¡Somos guays! —Nikki me guiñó un ojo.

Me reí un poco. Lo cierto era que estaba encantada de que me hubieran abierto los brazos.

Mi teléfono vibró sobre la mesa, y un ramalazo de emoción se extendió por mi pecho. Estaba mordéndome el labio inferior cuando lo cogí del lugar donde estaba, boca abajo, y no pude reprimir la sonrisa cuando vi el mensaje de texto de Rex.

«¿Todavía estás con las chicas?».

Se había burlado de mí por la mañana cuando salí de la cama, en la que él estaba gloriosamente tumbado, como si fuera el mejor tipo de relleno para las sábanas revueltas. Desnudo, perfecto y poniendo mi mundo del revés. Me había dicho que se le ocurrían formas mucho mejores de entretenerme. Me había costado lo mío levantarme para darme una ducha.

Y él me había seguido hasta el cuarto de baño.

Respondí con rapidez:

«Termino pronto. ¿Nos vemos luego?».

Lo volví a dejar en la mesa. Fue evidente que mi sonrisa me delató. Nikki y Lillith me miraban fijamente.

—Oh, chica... —aulló Nikki—, estás pilladísima. Deberías verte la cara ahora mismo. Tienes un problema gordo. Estás colada hasta las trancas.

—Ya basta —susurré, riéndome de sus palabras a pesar de que trataba de ocultar la emoción que me embargaba. Era un pulso vibrante que me alcanzaba en los lugares perfectos. Esos lugares que estaban reservados para cuando todo era ideal. Cuando sabías que era así.

—Entonces, ¿estáis saliendo juntos, saliendo, saliendo? —preguntó Lillith.

—Sí. —En cuanto lo dije, recordé todas las preguntas que me hacía sobre él. Las que tenían respuesta en la oscuridad que cubría sus ojos.

—¿Qué? —me presionó.

Vacilé, inquieta, esperando no estar compartiendo con ellas algo que le pudiera molestar a Rex. Pero no sabía a quién más recurrir, porque cuando lo pensaba un poco profundamente, me asustaba.

—Su ex... —Parpadeé, trabándome con las palabras—. No sé si se ha olvidado ya de su ex.

La mera idea me hacía sufrir. Creaba un espacio hueco y vacío en mi interior desde el que irradiaba dolor. Él me había dicho que la odiaba, pero había tanto dolor en él que me tenía confusa.

—Esa zorra no se los merecía a ninguno de los dos. —Las palabras salían fluidas de la boca de Nikki, con la pizca de provocación y de facilidad con la que se enfrentaba a la vida. Dura y un poco amarga.

Odiaba la idea de estar cruzando una línea, invadiendo su privacidad al pedirles detalles que él no me había ofrecido.

Pero había una parte menos buena en mí que se retorció con las dudas. Al fin y al cabo, resultaba difícil librarse de las viejas inseguridades.

—¿Cómo era? —Apenas había logrado formular la pregunta con voz entrecortada cuando captó mi atención una enorme *pickup* blanca que pasó a nuestro lado, giró en redondo y se detuvo bruscamente junto a la acera, enfrente de nosotras.

—Joder... —dijo Nikki, riéndose por lo bajo—. ¿De verdad es Rex Gunner? Parece que No eres la única que está pillada hasta las trancas.

Me dio un vuelco el corazón cuando se abrieron las dos ventanillas del lado del copiloto. Rex me ofreció una sonrisa casi tímida desde el asiento del conductor, una sonrisa sexy que se filtraba en mi espíritu para anidar en mi alma. Frankie me saludó con frenesí desde el asiento de atrás. Llevaba a Milo en el regazo, y este ladraba mientras trataba de colarse por la ventana para llegar a mí.

—¡Nos vamos de pícnic, Rynna! ¿Quieres venir? —gritó Frankie.

Rex se había ofrecido a cuidar de Milo cuando me fui por la mañana, alegando que a Frankie le encantaría verlo cuando fuera a recogerla por la mañana a casa de su abuela.

¿Verdad que eso era una señal? Tenía que serlo. Me aferré a eso.

—Ha sido idea de Frankie —aseguró Rex con la voz ronca. El sonido me erizó la piel y me provocó escalofríos—. Quiere pasar el día en el lago, y hemos pensado que quizá Milo y tú queráis acompañarnos.

—Hemos hecho la comida, Rynna, aunque no es empanada de carne ni nada así. ¿Te vale?

¡Oh, mi pobre corazón! Esa niña me lo estaba deshaciendo tan rápido como su padre. El afecto que sentía por ella vibraba agitado, espeso y al tiempo liviano en mi pecho.

—De acuerdo, garbancito —repuse.

—Hola, Rex —canturreó Nikki, sonriendo mientras se reclinaba en la silla—. Saluda a Ollie de mi parte.

—Nikki... —fue la única respuesta exasperada que obtuvo.

Rex clavó la mirada en Lillith durante un segundo, y alzó la barbilla en un saludo moderado, aunque su expresión era de pura incomodidad. Pero, aun así, había algo significativo en él, allí sentado, duro y fuerte en aquella *pickup* enorme. Había algo dulce en su oferta. Porque esto, eso, era una ofrenda.

—Me encantaría ir. —Miré hacia Lillith y Nikki—. No os molesta que me vaya un poco antes, ¿verdad?

Nikki me hizo un gesto para que me fuera.

—Venga, lárgate. Eso de ir al lago suena mucho más divertido. Además, Lily Pad está deseando volver con Brody. Es lo correcto. Ya sabes, dejadme sola y colgada. No me importa en absoluto.

Lillith se rio.

—Qué dramática eres...

Nikki abrió mucho los ojos.

—¿Y de qué otra forma lograría captar vuestra atención? Parece que todas la tenéis en otro lado. —Abrió los ojos como platos y los clavó en mí de una forma significativa.

La besé en la mejilla.

—Gracias. La próxima vez que nos veamos, te prepararé la cena. ¿Qué te parece? Necesito ensayar mucho si quiero conseguir que el *diner* sea un éxito.

Puso los ojos en blanco.

—Tía, no me tomes el pelo. ¿Te parece bien mañana? Iré a tu casa a las siete.

—Tenemos una cita —me reí antes de mirar a Lillith—. ¿Te apuntas?

—Pues claro. Diviértete.

Me subí de un salto al asiento delantero de la *pickup* de Rex, que entrelazó los dedos con los míos y me los apretó con fuerza entre los asientos. Parecía que estaba reclamándome. Haciendo una declaración. Miré a Frankie y luego nuestras manos unidas antes de clavar los ojos en su hermosa cara.

—¿Te parece bien esto? —musité.

Me apretó la mano con más fuerza, como si yo fuera suya y él mío.

—Me parece mejor que bien, Rynna.

Me envolvió una gran alegría.

Jamás había habido una verdad mejor... hasta entonces.

Pasamos por mi casa para que cogiera un traje de baño, me pusiera unos pantalones cortos y un top. Además, elegí un calzado más apropiado.

Veinte minutos después, Rex tomaba un camino de tierra que no era más que un sendero gastado, tallado por los vehículos que recorrían la sinuosa senda. Tenía más curvas según se internaba en el bosque que bordeaba el lago, que ocupaba la base de las montañas a las afueras del pueblo.

Pensaba que estaba preparada, que ya no importaba. Que podría mantenerlos a raya. Pero los recuerdos se desperezaban a medida que avanzábamos entre los árboles. Cuanto más nos acercábamos, más fuerte era la sensación en el estómago. Más fuerte se hacía la risa guardada en mi memoria. Incluso once años después, las palabras de Janel flotaban entre las hojas.

«Eres idiota. ¿De verdad pensabas que él te quería?».

Me tragué las lágrimas que me hacían arder la garganta y que amenazaban con llenarme los ojos. Hacía mucho tiempo de eso, no era la misma chica que había corrido descalza entre los árboles, sollozando. Rota de una manera que no había sabido que fuera posible hasta que me habían mostrado las crueles realidades del mundo de la manera más brutal.

Pero ahora no importaba nada de eso. Y menos cuando Rex me pasaba el pulgar por el dorso de la mano y Frankie estaba cantando la canción más tonta que hubiera escuchado en el asiento trasero, con mi perrito a salvo en su regazo.

—Lo siento, esto está muy lejos. A Frankie y a mí nos gusta venir a esta zona del lago, ¿verdad, Frankie Leigh?

—Sí. Tenemos nuestro lugar secreto que no conoce nadie, solo nosotros.

Rex me guiñó un ojo. Mi corazón, donde rebosaban las emociones, dio un vuelco. ¡Dios! Rex estaba muy guapo bajo el sol que entraba por la ventanilla abierta. Los rayos atravesaban las hojas de los árboles, lanzando brillantes destellos sobre su cara mientras cruzábamos la espesura. Los mechones más largos de su pelo rubio oscuro se iluminaban como si fueran fuego blanco, la dura curva de su mandíbula y el pelo quedaban definidos por el resplandeciente contorno, y sus ojos combinaban perfectamente con los árboles.

—Ya estamos —dijo cuando se detuvo, en el momento en el que el camino llegó a un lugar sin salida. Nos bajamos y ayudé a Frankie mientras Rex cogía la nevera portátil del maletero. Con la correa de Milo en una mano y la de Frankie en la otra, lo seguí por un estrecho sendero.

A los lados del sinuoso sendero se alineaban exuberantes arbustos y árboles imponentes. Una suave brisa nos envolvió, trayendo consigo un fragante aroma a flores silvestres, hojas y tierra.

A lo lejos, se escuchaba el ruido de un arroyo que caía en cascada desde la montaña, con los pájaros piando en lo alto.

Había paz y tranquilidad.

Inhalé, respirando hondo, impresionada por el recuerdo de por qué siempre había adorado este lugar. Unos minutos después, los árboles dieron paso al lago.

Una vidriosa extensión azul en calma. Los acantilados estaban formados por rocas escarpadas por las que era conocida la zona, y el sendero los bordeaban, guiándonos a una playa aislada.

El temor avivó el fuego que continuaba creciendo en mi espíritu.

—Esto es precioso.

Casi había olvidado este lugar. La absoluta belleza que daba nombre a Gingham Lakes.

Frankie saltaba arriba y abajo a mi lado, tirando de mi mano para llevarme más cerca del agua.

—Este es nuestro lugar secreto superespecial. Y ahora tú también lo conoces. ¡No puedes hablar de él! ¿Lo prometes?

Le solté la mano para hundir los dedos en su cabello revuelto.

—No se me ocurriría contarle a nadie vuestro secreto.

Ella me sonrió, mostrándome una hilera de pequeños dientes de leche y muchas creencias.

—Ahora es también tu secreto, tonta. ¿No es cierto, papá?

Miró a Rex para confirmarlo. Él estaba dejando la nevera junto a un anillo de piedras para hacer fuego. Rex me miró de forma significativa y poderosa.

—Sí, Frankie Leigh. Ahora también es el secreto de Rynna.

Me estremecí. Fue un tembló diferente al que dejaban los viejos recuerdos que habían amenazado con estropearme el día. Este venía provocado por un río de esperanza. Rex me dejaba entrar en su vida, me dejaba ser parte de ellos. Bajé la vista a Frankie, que todavía me seguía sonriendo.

—Este es justo el tipo de secreto que me gusta guardar —dije, pero estaba segura de estar haciéndole a Rex una promesa, la promesa de que quería más. Como le había dicho en su casa la otra noche. Esto era lo que quería. A ellos. A nosotros. Y lo protegería tan ferozmente como él protegía a Frankie.

Milo soltó un ladrido agudo al tiempo que daba saltos, persiguiendo a una mariposa que pasaba volando.

—¿Podemos ir a nadar? —preguntó Frankie. Se acercó a su padre con aquel tutú rosa, que se había puesto sobre un bañador entero. Era una niña tan adorable que hacía que me doliera aquel lugar secreto. Supuse que quizá yo también tenía secretos.

—¿Qué te parece si comemos primero y vamos después? A Rynna le gustaría ir a dar un paseo hasta nuestro lugar súper, superespecial.

—¿Nuestro lugar súper, supersecreto? —susurró ella con una emoción apenas

contenida.

Él asintió mientras volcaba su atención en mí, con la niña bailando a mi alrededor.

—¿Quieres, Rynna? ¿Quieres ver ese lugar supersecreto? ¡Papá ha dicho que podemos ir!

La expresión de Rex era tierna cuando apartó la mirada de mí y se volvió hacia su hija con una sonrisa en aquellos labios hechos para besar. Me pregunté si él sabía el tipo de padre que era: increíble, maravilloso y amable.

—Me sentiría muy honrada si me llevarais a ese lugar tan superespecial —aseguré, y Frankie se puso a dar vueltas, llevándome con ella. Aquella niña estaba tejiendo una red en torno a mi corazón. Hilo a hilo. Sentía el impacto que supondría que la hija de Rex se convirtiera en una parte permanente de mi vida.

—¡Vamos!

—Dame un segundo para organizarlo todo, garbancito —dijo Rex, poniendo unas ramas en el anillo de piedras.

Me acerqué y me arrodillé a su lado.

—¿Puedo ayudarte de alguna forma?

Curvó los labios de una forma muy sexy.

—¿Podrías hacerme el favor de acercarte más? —susurró con la voz ronca.

Me sentí confusa hasta que seguí la trayectoria de sus ojos hasta el punto donde se abría el top, ofreciéndole una buena vista de mis tetas.

Le di un golpe en el hombro.

—Rex... —Me reí por lo bajo.

Él soltó una carcajada al aire, que hizo eco en los acantilados.

Un sonido que reconfortó mi corazón por completo.

—Por aquí... —Frankie correteó por delante de mí, guiándome. Su excitación era contagiosa. No había forma de que desapareciera la permanente sonrisa que surcaba mi cara.

Seguíamos un camino más angosto y aislado que el que habíamos tomado para llegar al lugar del pícnic. Los rayos del sol se filtraban entre las altas copas que se alzaban sobre nosotros, entre los troncos delgados, iluminando la corteza grisácea. Por encima, había densas ramas, y bajo nuestros pies, tierra blanda.

Estábamos subiendo, y las piernas me ardían por el esfuerzo. Cinco minutos después, cambiamos el rumbo, y el sendero nos llevó hasta un claro en el bosque.

Contuve el aliento al verlo.

Un rugido atronador me llenaba los oídos, y la piel se me estaba quedando cubierta por un rocío fresco. Estábamos parados en un saliente de rocas sobre el lago. Justo a nuestra derecha había una cascada que era alimentada por un arroyo que bajaba desde la cima de las montañas. El agua se derramaba sobre los acantilados y caía libre sobre el lago, seis metros más abajo. A lo lejos, los acantilados se elevaban mucho más, y tres riachuelos más caían también en cascada en otro costado.

—¿Qué te parece? —Los rasgos de Frankie estaban llenos de esperanza cuando me sonrió.

—Es posible que sea el lugar más hermoso que haya visto en mi vida.

—¡Y yo! ¿Crees que le gusta a Milo? Supongo que sí. Míralo, cómo lo huele todo.

Me reí.

—Estoy segura de que a Milo también le encanta. ¿Cómo no va a ser así?

Ella tiró de la correa, arrancándomela de la mano, y se fue con él por otro sendero que llevaba más cerca del lago.

—Frankie Leigh, ten cuidado —le advirtió Rex, desde atrás—. No te acerques al agua.

—Vale, papá. Pero ya me conozco todas las reglas, no tienes que seguir diciéndomelas.

Me reí de nuevo, pero el sonido se detuvo en seco cuando miré por encima del hombro al lugar donde se encontraba Rex.

Me estaba mirando de forma penetrante. Fijamente. Con hambre. Se inclinó lentamente hacia delante, y la grava crujió debajo de sus botas, irradiando poder depredador con cada paso.

Me bajó un escalofrío por la espalda cuando se puso detrás de mí que estalló como una tormenta, un destello de electricidad. Las callosas palmas de sus manos rozaron la piel de mis brazos desde los hombros hasta los dedos. Entonces entrelazó los suyos con los míos, me rodeó la cintura con los brazos y apretó mi espalda contra su pecho. Aquel era un abrazo posesivo, con nuestras manos unidas apoyadas contra mi vientre tembloroso.

Se echó hacia delante y me dio un beso en la mandíbula, justo encima del punto donde mi pulso vibraba de forma salvaje. Luego soltó un suspiro y apoyó el mentón en mi hombro. Era feliz. Era la primera vez que me abrazaba por completo en un lugar donde Frankie pudiera vernos.

Su hija soltó una risita.

—¿Os estáis abrazando? La abuela me dijo que papá estaba colado. Papá, ¿estás colado?

«¿Le ha hablado a su madre de mí?».

—Supongo que sí, Frankie Leigh. —Su voz sonó ronca cuando se inclinó para hablarme al oído—. Papá está colado.

Me estremecí, una y otra vez.

—Ven aquí —me dijo. Me llevó hasta las rocas y me colocó entre sus piernas para poder vigilar a Frankie. Me rodeó de nuevo con los brazos y hundió la nariz en mi pelo mientras Frankie jugaba con Milo, corriendo y saltando los dos, dejándose caer para rodar por encima de la tierra mullida de debajo de los árboles.

—Gracias por haberme pedido que venga con vosotros. Significa mucho para mí.

Lo miré de reojo, con la cabeza apoyada en el trueno que le latía en el pecho.

—No creo que te hagas una idea de lo que significa para mí que estés aquí, Rynna.

Me besó en la frente. Era una ofrenda. Tan tierna que mi cuerpo tuvo una caída en espiral en lo emocional. Mis sentidos estallaron al llegar al suelo, igual que el río que caía en cascada a unos metros.

—Nunca he hecho esto antes —admitió.

—¿Traer aquí a alguien con Frankie y contigo?

Asintió con la cabeza; fue un gesto breve, pero parecía una admisión vital.

—Sí, ni siquiera a mi madre.

—Porque es vuestro secreto. —Casi fue una provocación, o lo habría sido si no hubiera sido por el afecto que imprimí a las palabras.

Deslizó los ojos hacia Frankie, que arrojó un palo a Milo, antes de volver a concentrar su atención en mí.

—Sí, es nuestro secreto. Algo que solo lo compartimos Frankie y yo. Porque ella es mi vida. —Vaciló—. Rynna, quiero tú también seas parte de ella.

«De su vida...».

Me sentía abrumada por la alegría.

—Yo también lo quiero —logré decir a pesar de la emoción que me obstruía los pulmones.

Rex unió nuestros dedos y me abrazó con más fuerza. Nuestras manos eran sólidos puños contra el lugar donde mi corazón martilleaba como si quisiera

saltar de mi pecho. Pude sentir que tragaba aire, el movimiento de su fuerte cuello.

—¿Alguna vez has soñado con eso? —dijo con la voz ronca—. ¿Con ser madre? Porque es mucho, Rynna, lo que estoy pidiéndote. Lo entiendo y no quiero empujarte a algo para lo que no estés preparada.

Me giré lentamente. Las rocas duras se me clavaron en las rodillas, y sus penetrantes ojos me taladraron. Había esperanza y miedo en ellos.

—Siempre, Rex. Siempre he querido ser madre. Tener una familia. Es posible que en un principio lo imaginara de una forma diferente en mi mente, pero así...

—Miré a Frankie—. Frankie y tú sois lo más maravilloso que me he encontrado en la vida. No. No os esperaba. En absoluto. Pero ahora que os tengo, no pienso permitir que ninguno de los dos se vaya.

Casi de forma frenética, Rex me abrazó, apretando la cara contra mi cuello.

—Joder, Rynna, ¿cómo es posible que me hagas sentir así?

Un grito nos arrancó de nuestra burbuja. Ambos giramos la cabeza a la vez para ver que Frankie tropezaba con una raíz. Salió volando hacia delante y su pequeño cuerpo cayó por una pendiente rocosa al otro lado de donde había estado jugando. Hubo una nube de polvo, e incluso antes de que se asentara, Rex ya estaba de pie y corría en esa dirección, conmigo pisándole los talones.

—¡Frankie! —gritó, aterrado.

El aire estaba lleno de ansiedad.

Corrió hacia su hija por la ruta más rápida, una resbaladiza cresta de rocas mojadas. El agua salpicaba sus pies mientras saltaba de una roca a otra y luego al camino de tierra. Llegó al lado de Frankie más rápido de lo que yo podía procesar la escena.

—¡Frankie! —gritó.

Dos segundos después, llegaba yo hasta ellos. Mi corazón dio un vuelco, mientras miraba aterrada por encima de su hombro, donde estaba de rodillas, a su lado. Frankie estaba boca abajo en el suelo, con la cabeza apenas a unos centímetros de una roca afilada.

—¡Oh, Dios! —gemí.

Rex temblaba de pies a cabeza. Estaba casi en estado de *shock*. Había unas visibles oleadas de terror recorriendo su cuerpo.

—¡Frankie! —seguía gritando de forma agónica. Parecía que su voz, cada duro aliento que salía de sus pulmones, se me clavaba en el pecho. Puso las manos, que le temblaban de forma incontrolable, en la espalda de la niña—. Frankie Leigh.

¡Oh, Dios, nena! ¿Estás bien? Dime que estás bien.

Frankie gimió, y contuve el aliento cuando ella se dio la vuelta para mirar al cielo. La recorrí con los ojos de pies a cabeza, buscando lesiones, mientras Rex se inclinaba con las manos sobre ella, sin tocarla, como si estuviera buscando heridas, pero temiendo que su contacto pudiera empeorar la situación.

Frankie parpadeó mirando al cielo.

—Guau... —dijo con la voz ronca—. ¿Lo has visto, papá? Ha sido el mayor salto que he dado en mi vida.

El alivio hizo que soltara un suspiro audible, y la adrenalina me abandonó poco a poco. Me arrodillé cuando Rex la apretaba entre sus brazos. Aunque yo me sentía aliviada, Rex parecía seguir en estado de *shock*. Frenético, la estrechó con fuerza, apretándola y negándose a soltarla. Me acerqué más a ellos. El terror anidó en mi espíritu cuando miré a Rex de nuevo. Cuando le vi los ojos.

Había en ellos agitación, miedo y desesperación.

Quería acercarme y tocarlo. Asegurarle que todo estaba bien. Prometerle que Frankie estaba sana y salva. Quería borrar lo que fuera que lo hubiera condenado a esa clase de tortura, pero él la estaba abrazando contra su pecho, con los dientes apretados con tanta fuerza que estaba segura de que estaba luchando contra las lágrimas. Luchado contra el caos rabioso que llevaba dentro.

En cambio, me concentré en Frankie. Con suavidad, alargué la mano y le retiré la maraña de pelo que le había caído sobre los ojos. Tenía una mancha de tierra desde el mentón por un lado de la cara, pero no vi sangre.

—Frankie, ¿te has hecho daño en alguna parte? —pregunté con aspereza. Frankie giró el brazo para mostrarme un rasguño rojo en el codo. La herida era superficial, pero se estaba llenando de sangre con rapidez.

—Necesito una tiritita.

Rex hizo una mueca. Volví a mirar el camino, y me di cuenta de que no podía haber caído más que metro y medio. Que solo se había tropezado. Algo que les pasa a todos los niños constantemente. Le puse a Rex una mano en el brazo, esperando romper el terror que le recorría el cuerpo. Sus músculos se contrajeron y apretó los dientes.

—Oye..., está bien. No ha sido una caída muy grave. Solo un accidente. Está bien. Está bien.

No me respondió. Solo se movió y se levantó, manteniéndola acunada entre los brazos. Sus movimientos suaves parecían contrarios al poder intimidante de su postura, cuando con pasos casi crueles se dirigió directo al sendero. Sin saber qué

hacer, corrí tras él, agarrando de paso la correa de Milo, que estaba fuera del camino. Seguí a Rex de cerca, y vi con sorpresa que iba directo a la *pickup* en lugar de regresar al lugar del pícnic. Puso a Frankie en el elevador y le dio unos cuantos besos en la frente.

—Vamos a ver si te ha pasado algo, nena. Estás bien, te lo prometo.

Lo dijo como si estuviera tratando de convencerse a sí mismo. Aun así, no me dijo nada cuando ocupé el asiento del copiloto. Puso el motor en marcha y aceleró. Regresamos al pueblo en silencio, con la tensión flotando en la cabina como un ser vivo mientras el vehículo avanzaba por el tosco sendero. Rex condujo directamente a urgencias, al mismo lugar donde habíamos llevado a Frankie hacía semanas. De alguna forma, parecía como si hubieran pasado años desde esa noche, por lo mucho que había cambiado mi vida desde entonces.

Rex apagó el motor y el silencio que cayó fue tan clamoroso que casi nos dejó sin aire. Podía sentir la magnitud de la respiración de Rex mientras inhalaba mirando la puerta automática de urgencias a través del parabrisas. Su mirada permaneció fija en ese punto hasta que habló.

—Ya te he dicho que no podía arriesgarme.

Le tendí la mano y se la puse en el antebrazo. Los músculos fibrosos se tensaron con mi contacto bajo la piel bronceada y los tatuajes que le recorrían el brazo.

—Rex, hay que asumir los riesgos en su justa medida.

Tragó saliva. Noté cómo le temblaba la garganta, y me suavicé cuando me miró. Allí, en sus ojos, había algo. Una súplica. Era un hombre pidiéndome comprensión. Se me ocurrió que quizá estaba esperando que huyera, asustara. Que lo dejara como había hecho la madre de Frankie. En ese momento, la odié un poco más.

Acaricié la cabeza de Milo.

—Llévala dentro. Yo llamaré a Nikki a ver si puede recoger a Milo, luego iré contigo.

«Porque no voy a ir a ninguna otra parte».

Una sonrisa incrédula asomó en las comisuras de su boca. Era un hombre brillante y bueno, así que no era justo que la vida que había dejado atrás lo hubiera derrotado.

—Vale —dijo.

Saltó y soltó a Frankie, y cuando los miré por encima del hombro, Rex tenía a su hija en los brazos, con la cabeza apoyada en su hombro. Me tendió la manita.

Y yo hice lo mismo hasta que las yemas de nuestros dedos se encontraron. Pasó de una a otra un destello de energía, una conexión profunda.

—Iré ahora, garbancito —le prometí con un murmullo.

—Apura... Te necesito.

—Yo también te necesito a ti —susurré.

Nunca me habían gustado las apuestas, pero ahora estaba apostando para siempre.

RYNNA, A LOS DIECISIETE AÑOS...

—Putá —susurró Janel con odio a mi espalda. La miré por encima del hombro. Janel estaba en la puerta, furiosa, con lágrimas en los ojos. Su madre acababa de salir, con la mano apretada contra la boca, como si estuviera tratando de aceptar lo que le acababa de decir y quisiera rechazarlo.

—Lo siento, Janel, pero yo... No puedo seguir cubriéndote. Mintiendo por ti. Necesitas ayuda.

—¿Que yo necesito ayuda? No sabes nada.

—Sé que le has estado robando a mi abuela, sé que te has quedado dinero de la recaudación del baile del instituto, y sé que aunque te he cubierto hasta ahora, no estoy dispuesta a seguir haciéndolo. Tu madre tenía que saberlo.

Janel soltó una risa seca.

—Solo quieres quedar bien, como siempre. —Sonó amargada—. Rynna Dayne, el ángel de la guarda de Gingham Lakes. Que va de santa cuando no es más que una puta. —Se echó hacia atrás, negando con la cabeza—. Me las pagarás, Rynna Dayne.

REX

El atardecer flotaba en la atmósfera, y el cielo se había oscurecido, pasando de rosa a gris. Me senté en la mecedora del porche para ver cómo se escapaba el día. Los insectos zumbaban desde los árboles quietos, el aire estaba en calma mientras mi corazón seguía latiendo de una forma inestable.

Levanté la vista cuando la puerta de entrada se abrió lentamente. Los pasos de Rynna fueron silenciosos cuando se asomó a la noche.

—Acabo de ir a ver a Frankie. Está dormida.

Asentí con la cabeza, y ella dio un paso adelante con Milo trotando a su lado. Cerró la puerta, aunque no del todo, para que pudiéramos escuchar a Frankie si nos necesitaba. No había sido nada. Por supuesto que no había sido nada. Aunque a mí me resultara inesperado, era algo que Kale había querido demostrarme. Le había exigido que examinara a mi hija por si acaso habíamos pasado por alto alguna herida. Me había enseñado unas estadísticas sobre la cantidad de caídas medias que tenía un niño de la edad de Frankie al día, señalando que no era como si se hubiera caído por el acantilado.

Como si me importara... Cuando se trataba de Frankie, no corría riesgos.

Rynna me ofreció una cerveza.

—He pensado que te vendría bien.

Solté una risa ronca e incrédula. Todavía me resultaba extraño que esta chica pudiera irrumpir en mi vida y que lo único que necesitara para derribar mis muros fuera su bondad y su fe.

—Gracias —murmuré. Después de destaparla, bebí un trago muy largo, y el líquido helado se deslizó por mi garganta.

Rynna se asomó al porche y se sentó en los escalones, de espaldas a mí, mientras se rodeaba las rodillas con los brazos. Se quedó quieta, pensativa, mientras la paz zumbaba a nuestro alrededor, contemplándolo todo. Era tan guapa que me costaba diferenciar todas las emociones que vibraban, bailaban y brillaban cuando estaba con ella. Estaba en guerra constante contra las señales que me gritaban, advertían y aullaban. El caos que reinaba en mi corazón y en mi mente hacía que quisiera arrancarme el pelo.

Era una locura, pero de repente, me parecía que todo lo que había vivido en mi vida era mentira. Con Rynna era todo o nada, y lo sabía. No podía seguir ocultándome de ella, no podía seguir advirtiéndola sin mostrarle una razón. Había llegado el momento de que me entregara a ella por completo. Necesitaba confesarle la mierda que me obsesionaba y que era una constante en mi vida. Tenía que contárselo todo, solo que no sabía cómo sacarlo a la luz. Si huía, me odiaría como me merecía.

Una gran agonía me oprimió el pecho, y abrí y cerré la boca como si las palabras fueran demasiado grandes para mi lengua. Por fin, me obligué a hablar, a romper el silencio de la tranquila noche.

—Ya te advertí que no te iba a gustar mi caos —lo dije con la voz ronca, ahogada.

Ella no me miró. Acababa de enviar aquella razón mía flotando a las estrellas que empezaban a parpadear en el cielo.

—Y yo te respondí que no tenía miedo.

Me senté en el borde de la mecedora y apoyé los codos en los muslos mientras hacía rodar la botella de cerveza entre mis manos.

—La primera chica a la que amé la perdí cuando tenía diecisiete años.

Una mierda. Una vez que arranqué la tapa de mis emociones, todo el tormento que había bullido dentro, oculto y contenido, escapó burbujeando, derramándose por los lados. Desbordándose. Ardiente, chamuscado y escaldado. El dolor me impactó, me sorprendió tanto como el aliento que soltó Rynna como un chorro de aire. Estaba esperando con paciencia, tan condenadamente amable y comprensiva como siempre.

Solté una risita, confusa y ronca.

—La amaba, Rynna. Con toda mi alma. Todavía puedo sentir con exactitud lo que sentía cada vez que pensaba en ella. Cómo me sentía cuando la tocaba.

Me miró. Me preocupaba ofrecerle demasiado, ser demasiado sincero. Quizá no debía contárselo todo todavía, aún no. Pero ella necesitaba saberlo. Al ser Rynna como era, la empatía era una de las emociones que llenaba sus llamativos rasgos, su boca y esos ojos que siempre parecían ver mucho más profundamente en mí de lo que yo quería.

—Era la hermana pequeña de Ollie, Sydney —confesé con un susurro—. Tenía un año menos que nosotros.

Noté su sorpresa antes de que la ocultara y se quedara allí sentada, retorciendo los dedos mientras me escuchaba.

—Ollie me habría matado si supiera —dije con la voz tensa— lo que estuve viviendo con su hermanita durante los seis meses. Escapándome para estar con ella cada vez que tenía la oportunidad. Los dos mentíamos sobre el lugar donde íbamos cuando nos reuníamos.

El dolor me hizo tragar saliva. Tenía un nudo sofocante en la garganta. Casi sentía el fantasma de ella, el leve roce de su mano. No sabía si lo recibía con agrado o si lo odiaba.

—Estábamos todos en el lago. Habíamos estado bebiendo, sentados en las toallas y en la parte trasera de la *pickup*. Kale estaba haciendo solo Dios sabe qué con su novia, y Ollie había invitado a otras chicas. Se suponía que una de ellas era mi pareja. Sydney...

Su nombre me quedó enganchado en la lengua, noté nudos en el estómago. Era una ardiente agonía.

—Sydney estaba allí, al acecho, odiándola. Odiando no poder decir nada mientras esa chica estaba subida a mi espalda y me rodeaba la cintura con las piernas. Me reía como si no fuera nada, mientras Ollie me incitaba. Me decía que solo era una nenaza y que ya era hora de que tuviera un poco de acción. Que debía empezar a mojar la polla.

—Rex... —susurró Rynna con dolor. O quizá esa emoción solo era el eco de la mía.

Parpadeé con el recuerdo.

—Ella saltó de la camioneta y se quedó quieta junto al vehículo, exigiéndome que la llevara a casa. Estaba muy enfadada, Rynna. Una pena. Y yo me reí de ella y le di un beso a esa chica porque era lo que pensaba que Ollie esperaba que hiciera.

Cerré los ojos. Ya me importaba que mi mente se viera invadida por la misma jodida visión. La de la última vez que la vi.

—Jamás olvidaré su casa, Rynna. —Mis palabras era gotas de ácido sobre viejas heridas—. Le había roto el corazón allí mismo, y ni siquiera lo había hecho en serio. Ollie le gritó que sí, que se largara a casa, que de todas formas aquel no era su sitio. Ella me miró una vez, con una expresión atormentada. Luego se dio la vuelta y empezó a recorrer el camino de tierra. Y yo la dejé marchar.

«La dejé marchar...».

¡Joder!

—No la volvimos a ver nunca. —La culpa me atravesó, pisoteándome.

Rynna contuvo el aliento.

—¡Oh, Dios, Rex!

—La vi salir corriendo hacia la noche, Rynna. La vi huir y no la seguí. No me enteré de que se había perdido hasta el día siguiente.

Rynna se puso a cuatro patas y gateó sobre las tablas del porche hasta que llegó a mis pies. Sus ojos estaban brillantes por las lágrimas.

—¿Y qué pasó?

Me estremecí de horror, de odio, de miedo. De lo que había llevado dentro durante doce putos años. Aquella chica me había perseguido durante cada día de mi vida, me había obsesionado por las noches.

—La buscamos. La busqué una y otra vez durante un tiempo que me pareció eterno. Recorrí el bosque todos los días durante meses, quizá un año o más. Gritaba su nombre, rogándole que regresara. Pero se había marchado, Rynna. Había desaparecido sin dejar rastro. Sin ninguna pista...

Preso de la agonía, luché contra la humedad que se me había acumulado en los ojos.

—Ahora la busco en sueños. La busco, grito su nombre, desesperado por encontrarla, porque sé con cada parte de mí que se ha ido. —Me mordí los labios—. Que está en alguna fosa por ahí.

Las lágrimas le bajaban por las mejillas.

—¡Oh, Dios, Rex! Lo siento mucho. Lo siento. No puedo...

Masticó mi tragedia. O quizá la magnitud de esa tragedia estaba hundiéndose en ella lentamente, pues se rodeaba el estómago con los brazos como si estuviera enferma.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Ollie...! ¡Oh, Dios! —gimió, mirándome. Y me puso una de las manos en la mejilla, con una expresión de angustia.

¿Cómo era posible que estuviera mirándome de esa manera? ¿Con la pena inundando su rostro y una cálida simpatía en los ojos?

—¿Se lo has llegado a contar a Ollie alguna vez? ¿Sabe que la amabas? —me preguntó suplicante.

Me estremecí.

—Rynna, me mataría. Me mataría. Él dejó que se fuera, pero lo hizo por mi culpa. Yo fui el responsable, Rynna.

—No.

—No puedes decirme nada, nada que no me haya dicho yo a mí mismo, para convencerme de lo contrario. Lo sé, Rynna. Sé que si no hubiera hecho aquello, ella seguiría aquí.

Aquella certeza flotó entre nosotros como una espada de doble filo, perforando la atmósfera. Dejé que mi mirada se perdiera en la noche, en la oscuridad que envolvía el cielo, en los árboles que movía la brisa. Hubiera jurado que escuché el espíritu de Sydney aullando.

—Cualquiera pensaría que lo que ocurrió nos habría separado a los tres. Pero de alguna forma nos unió. Ollie ha sido... —Tragué saliva a pesar de las púas que se clavaban en mi garganta—. Su vida está siendo un maldito desastre, Rynna. Y yo no dejo de culparme a mí mismo, porque lo que ocurrió esa noche fue por lo que yo hice, y soy un capullo que no logra confesárselo. Él trata de fingir que está bien, pero no es cierto. Ninguno está bien.

Rynna me acarició la barbilla con ternura; le temblaban los labios, y no dejaba de llorar. Casi logré esbozar una sonrisa.

—Kale es una roca. Creo que ha sido él quien nos ha mantenido enteros a pesar de que sabía que nos estábamos desmoronando.

—¿Él lo sabe?

Asentí quedamente.

—Sí. Se dio cuenta de lo que había entre Sydney y yo desde que empezó. Date cuenta de que el muy capullo lo deduce todo antes de que ocurra.

Rynna esbozó una suave sonrisa antes de apoyar la mejilla en mi rodilla, mirándome mientras se agarraba a mi pierna como si así pudiera evitar que me levantara. Esa chica era mi fuerza cuando eso era lo que yo había querido ser.

—Cuéntame cómo conociste a la madre de Frankie —susurró, animándome a seguir.

—Estuve perdido durante muchos años, Rynna. Jodidamente perdido. Pero también me sentía solo, ¿sabes? Me dedicaba a follar por ahí, ¿sabes? Pero eso también era un desastre, porque cada vez que tocaba a otra chica, cerraba los ojos y solo veía la cara de Sydney.

Rynna se estremeció, pero continué, incapaz de frenar el choque de trenes que estaba a punto de confesar.

—Entonces, conocí a la madre de Frankie.

Rynna se puso rígida.

—Fue lo mismo de siempre. La conocí en un *pub*, al otro lado del pueblo. Fui más veces por allí. Durante todo ese tiempo, me devoraba la misma culpa, porque solo podía pensar en lo mucho que deseaba que ella fuera Sydney. Entonces, apareció en mi casa un día, diciéndome que estaba embarazada.

Bajé la voz y me incliné hacia Rynna, como si le estuviera ofreciendo un sucio

secreto.

—Me acojoné. La acusé de mentir. Aseguré que no era mío..., porque, joder, no podía tener un hijo, con ella no.

Rynna intentó sofocar un sollozo. Pero no fue capaz, y se convirtió en un compañero de la brisa.

—Ella me lo había dejado claro: se desharía del bebé. No tenía problema. Y se largó. Lo siguiente que supe fue que estaba persiguiéndola, rogándole que regresara, prometiéndole que lo resolveríamos todo. Me dijo que la única forma de conseguir que no abortara era que me casara con ella. Mi madre —añadí en tono suplicante— siempre me enseñó a hacer lo correcto, Rynna, así que lo hice. Me casé con ella. No la conocía siquiera, no me gustaba, pero me casé con ella.

—Rex —susurró.

Mi mirada se volvió hacia ella, arrodillada a mis pies, mirándome. La emoción nos envolvía, palpitando a nuestro alrededor, atrayéndonos al uno hacia el otro. Me estremecía de pies a cabeza, abrumado.

—Y, de repente..., sostenía a mi niña entre los brazos... —Extendí las manos, con las palmas hacia arriba, como si Rynna pudiera ver la imagen. Como si pudiera verme sosteniendo a Frankie Leigh por primera vez. Como si pudiera experimentar lo que había sentido—. Entonces, no solo fue lo correcto, fue lo mejor que me pudo ocurrir.

Mis lágrimas se unieron a las de ella.

—Nunca pensé que se podía amar así —confesé con la voz ronca—. Al menos después de perder a Sydney. Y pensé que había tenido suerte. Que quizá me habían ofrecido otra oportunidad. En ese momento, comencé a amarlas. Dejé que se convirtieran en el centro de mi mundo, como debería ser. Tenía a mi perra, Missy, a mi hija, compramos esta casa y todo fue perfecto.

Parpadeé confuso, admitiendo que había sido un error.

—Ni siquiera sé cuándo me equivoqué. Trabajaba todo el tiempo, demasiadas horas, pensando que estaba haciendo lo mejor para ellas. Y la madre de Frankie... sufría y ni siquiera me enteré. Una noche, llegué a casa justo después de la puesta de sol y...

Estaba al lado de la carretera, aturdido, mirando sin expresión los faros traseros que desaparecían en la distancia. Traté de parpadear para definir las líneas rojas que se difuminaban por la neblina que cubría mis ojos. Era como mirar al sol y luego cerrar los ojos. O quizá solo quería cerrarlos, pero los tenía abiertos de par en par. Y la mirada fija. Abajo. En Missy, muerta a mis pies.

Las palabras no llegaron a formarse en mi lengua, las heridas estaba abiertas de nuevo y sangraban. Mi confesión se detuvo allí porque no sabía qué coño había hecho mal. No lo entendía, seguía sin entenderlo. Y Rynna puso las manos en mi rostro, de rodillas en el suelo, con las piernas entre mis pies, obligándome a mirarla a los ojos.

—Esa mujer os abandonó a Frankie y a ti. Eso no es culpa tuya.

—No importa, Rynna. La cuestión es que también la perdí. Todas las chicas que he amado me han dejado después de que Sydney desapareciera. Cada vez que le ocurre algo a Frankie... —Apreté la mano contra el corazón—. Me aterra demasiado, Rynna. Me acojona que ella desaparezca también. Que le ocurra algo horrible. Si la perdiera también... ¡Joder! No puedo perderla, no lo consentiré. Antes muero que dejar que le pase algo. ¿Me entiendes ahora? ¿Por qué siento miedo por ti? ¿Por qué me asusta lo que me haces sentir? Esta tarde, yo...

—Quiero que me escuches —dijo en tono apagado pero desesperado—. Lo que le ha ocurrido a Frankie esta tarde no ha sido culpa tuya. No ha sido una negligencia. Estaba jugando, disfrutando de la increíble vida que le das. Experimentando, como debe ser. Viviendo al máximo, porque eso es lo que ella hace. Es vital, alegre, traviesa, curiosa y perfecta. Y lo último que quieres tú es limitarla. No puedes evitar que se caiga, Rex, pero puedes estar allí para ayudarla a levantarse cuando lo haga. Eso es lo más importante.

Apoyé la frente contra la de ella.

—Después de que la madre de Frankie se fuera —susurré en la oscuridad— la esperé, Rynna. La esperé porque pensaba que era lo que debía hacer.

Una lealtad distorsionada y confusa. Que me envolvía como un maldito sueño.

—La verdad es que no quería amar a nadie, de todas formas. No quería repetir la experiencia. Me negaba a caer en esa trampa nunca más. —Encerré su preciosa cara entre las manos—. Y entonces ahí estabas tú. Preciosa al otro lado de la calle, y cada promesa que me había hecho a mí mismo me pareció falsa. Me haces sentir de nuevo, Rynna. Me haces sentir que cada oportunidad vale la pena. Es como si me estuvieras arrancando de la oscuridad que ha gobernado mi vida. Cuando cierro los ojos, te veo a ti. Enséñame el camino, Rynna. Enséñame la salida. Por favor, enséñame el camino.

Y ella apretó la boca contra la mía.

Con fuerza.

—Rynna —gemí.

Rynna.

Mi dulce Rynna.
Mi ladronzuela.

29

RYNNA

Los fuertes brazos de Rex me rodearon la cintura, y la mecedora gimió cuando se puso en pie, llevándome con él. Me alzó con la fuerza de sus brazos y, al instante, le rodeé la estrecha cintura con las piernas. Mientras me sujetaba con un brazo alrededor de mí, me cogió la barbilla con la otra mano para controlar el beso, gobernando mi mente hasta que desaparecí en el abismo que había formado ese hombre complicado.

Mi espíritu rugió. Se vio inundado por un torrente de amor y dolor. Quería cantar por él, por ese hombre que había perdido tanto y se merecía todo lo bueno que el mundo tenía para ofrecer. Así que lo derramé sobre él, en nuestro beso y en cada caricia desesperada.

Me sostuvo con fuerza, abriendo la puerta y llevándome dentro. Con el pie mantuvo la puerta abierta, y se separó un poco de mí para llamar a Milo con la voz ronca. El pequeño cachorro correteó entre sus pies para trotar directamente hasta la cama que Rex le había preparado en una esquina del salón. El animal ya conocía su lugar.

Luego volvió a besarme. Enrolló mi pelo alrededor de su mano y con la otra me envolvió la cintura. Sufría por él de una forma que solo era posible cuando la alegría de alguien te importa más que la tuya. Cuando renuncias a todo lo tuyo para que ese alguien sonría. Cuando te sacrificas para que sea feliz. Cuando estás tan entregado que solo te importa esa persona.

Mi abuela me había asegurado que lo sabría. Que sería magia. Y así era como se sentía. Magia; magia compuesta de muchos hilos. De capas de heridas, dolor y tragedia. Todo ello atado por una semilla de esperanza que había germinado en algún lugar del camino y estaba floreciendo. Y crecía tan grande y brillante que solo podía ver a este hombre. Me parecía algo demasiado poderoso para que fuera unilateral. Demasiado grande para que lo viera deformado. Nuestras vidas estaban viéndose reconstruidas de forma precaria y frágil. Un tierno y amoroso equilibrio imperfecto.

Me llevó por el pasillo deteniéndose solamente para mirar a Frankie, que estaba profundamente dormida. Rex me sonrió cuando entornó la puerta, y su

expresión era concentrada cuando volvió a ponerme la mano en el pelo.

—Quiero hacer esto todas las noches, Rynna —dijo con la voz ronca. Una semilla de esperanza florecida—. Quiero acostar a mi hija y luego llevar a mi chica a mi cama.

Recorrimos el resto del camino hasta su habitación. Abrió la puerta de un puntapié y me arrojó en la cama. Reboté en el colchón mientras me capturaba una oleada de necesidad, libre ya de los miedos y preguntas que me habían acosado desde el momento en que nos conocimos.

Nada se interponía en nuestro camino.

Alargó la mano y cerró la puerta antes de inclinarse para quitarse la camiseta por encima de la cabeza, dejando a la vista la abrumadora fuerza de su pecho y la forma de sus abdominales, iluminados por los tenues zarcillos de rayos de luna que inundaban la habitación.

Lancé un suspiro.

—Todas las noches, Rynna. Quiero tomarte, follarte, amarte, abrazarte.

Me estremecí cuando el impacto de sus palabras me atravesó como un terremoto. Me apoyé sobre las palmas de las manos para incorporarme un poco.

—No pienso ir a ninguna parte.

Lo miré mientras se desabrochaba el botón de los vaqueros y se los quitaba, enseñándome todo.

«¡Oh, Dios!».

Era magnífico. Su polla sobresalía apuntando al techo. Loca de necesidad por mí.

«Por mí...».

—Primero va a ser un polvo sudoroso, Rynna Dayne, y luego volveré a comenzar.

—Soy tuya.

El aire crepitó como algo vivo. Como si hubiera un fuego ardiente y lleno de llamas. Me retorcí mientras lo miraba. Todo músculos, fuerza, y con ese increíble corazón debajo. Se inclinó hacia delante, y me volvió loca cuando alargó la mano y se deshizo de mis pantalones cortos y el traje de baño. Los dejó caer al suelo antes de pasar los dedos entre mis muslos.

—Eres jodidamente dulce.

—Rex, te necesito...

—Soy tuyo, nena. Para siempre, en todas partes, en cualquier momento. Siempre.

Se puso de rodillas en la cama para arrastrar lentamente mi top y quitármelo; luego hizo lo mismo con la parte superior del bikini. La arrojó por encima de su hombro con una mirada malvada. Entonces se inclinó más sobre mí, cerniéndose sobre mí con su cuerpo poderoso, y empezó a soplarme los pechos. Al instante, mis pezones se convirtieron en guijarros apretados, y arqueé las caderas.

—Rex, por favor.

Lo necesitaba más de lo que lo había necesitado nunca. Me sentía más cerca de él que antes. Había dejado caer todos los escudos, todas las capas. Solo éramos nosotros dos.

Apoyé las palmas de las manos en las duras y definidas crestas de su abdomen, y él empezó a frotar su polla contra mi centro en una burla lenta y sensual. Me bajó un escalofrío por la columna que me zambulló directamente en la piscina de deseo que surgía desde el punto de ebullición en el centro de mi vientre. Deslicé las manos por su suave piel. Con codicia exploradora. Saboreando cada centímetro.

—Eres perfecto, Rex Gunner. Por dentro y por fuera. Gracias por dejarme verte. Por confiar en mí, por ser así.

Me permití pasar los dedos por el magnífico tatuaje que llevaba en el brazo, una clara muestra de dolor. Por fin entendía lo que significaba. Era un tipo de pérdida que no desaparecería nunca. Ahuecó la palma de la mano sobre mi cara, con una expresión seria en la cara.

—Soy tuyo, Rynna. Voy a poner en orden la mierda de mi vida, algo que debería haber hecho hace mucho tiempo.

Abrí la boca para preguntarle qué significaba eso, pero lo consideró una oportunidad de hundir la lengua entre mis labios con un beso que me hizo arder el alma.

Se me evaporaron todos los pensamientos.

—Rynna... —Mi nombre era una súplica. Una oración. No creía que ninguno de los dos volviera a pronunciar nuestros nombres de otra manera.

Se apretó profundamente entre mis muslos. Su erección quedaba apretada entre nosotros, rogando liberación. La necesidad palpitaba, y de repente, me sujetó por las rodillas, separándomelas mientras doblaba las suyas. Y se inclinó para lamer mis pliegues. Gemí, me retorcí y me aferré a su pelo.

—Rex.

La única respuesta fue devorarme. Follarme con la lengua, con largas pasadas y succiones vertiginosas. El placer me inundó de repente, con tanta rapidez que

contuve un grito, pero al final me retorcí, aullé y gimoteé su nombre. Me había llevado al punto preciso. Estaba lista para estallar.

Un segundo después estaba encima de mí. Puso una mano junto a mi cabeza mientras me ponía la otra por debajo de la rodilla derecha. Levantó mi pierna sobre su brazo, pegando nuestros pechos de tal forma que podía sentir el latido de su corazón contra el mío. Palpitaba salvaje, libre y desbocado.

Poco a poco se hundió en mi cuerpo. Sin mirar a otro lado. Tomándome, poseyéndome, obligándome... Abrí la boca mientras él apretaba los dientes.

Cuando comenzó a moverse, sus embestidas fueron lentas, impulsando las caderas de forma deliberada, en una conquista lenta y constante. Me llevó al límite de nuevo. Jugó con mi cuerpo con una forma exquisita de tortura, de pasión tensa, palpable y viva.

Era demasiado poco, y supliqué más.

Las sensaciones físicas y emocionales que llevaban esperando ansiosamente en lados contrarios se estrecharon. Colisionaron en el medio, en una sublime devastación. La unión de cuerpo y alma. Se me llenaron los ojos de lágrimas que me resbalaron por la cara. Porque me veía superada de nuevo. Abrumada por ese hombre. Inhalé, llenando mis pulmones con su esencia. Agua, tierra y cielo todo junto.

Se movió dentro de mí con envites contenidos, lentos y duros, reclamando mi placer mientras yo atravesaba el más brillante tipo de dicha.

Fue algo cegador.

Me deleité en aquella belleza insondable. Me dejé llevar a ese lugar que se había convertido en nosotros. Un sitio real y completo.

Me rozó la boca con los labios.

—Lo has cambiado todo, Rynna. Donde yo veía el final, tú has visto el comienzo. Me has salvado. Me has arrancado de las sombras. Lo pusiste todo patas arriba el día que entraste en mi vida. Eres la segunda oportunidad de mi corazón.

Floté presa del éxtasis que suponía esa oportunidad. Subí. Lanzada hacia la armonía perfecta que habíamos creado. Donde siempre aterrizaría. Ingrávida.

Rex me cogió por los hombros y sus envites se volvieron frenéticos mientras yo me impulsaba hacia él, mientras él enterraba la cara en mi pelo, mientras susurraba mi nombre.

—Rynna... —«Y Rex».

Y cayó conmigo en el lugar que siempre había sido mi sitio.

30

RYNNA

La paz inundaba su habitación, un silencio oscuro roto por la luz de la luna que entraba por la ventana. No podía haber nada más perfecto que estar acurrucada en el hueco de su brazo, con la cabeza apoyada en su pecho. Con nuestras extremidades enredadas, iluminados por el sol del amanecer. Me peinó el pelo con los dedos con suavidad, y suspiré, feliz. Solo rezaba para que ese hombre extraordinario sintiera lo mismo que yo. Me deslicé un poco para poder besar el lugar donde latía su corazón.

—Tú también eres la segunda oportunidad de mi corazón —murmuré.

Me movió para ponerme encima. Me levantó y me miró.

—¿Por qué lo dices?

—Durante el tiempo que estuve en San Francisco —expliqué mientras jugueteaba con uno de los mechones más largos de su pelo— sentía que me estaba perdiendo algo... Cuando me marché... —Parpadeé ante los recuerdos, intentando saber qué decir. Preguntándome si debía mencionarlo. El pasado estaba pasado, pero él había compartido el suyo, y necesitaba que conociera el mío—. No pienso pretender que lo que me ocurrió a mí se acerque a lo que pasaste. A lo que Ollie, Kale y tú perdisteis ese día, aunque yo perdí una parte de mí misma cuando me marché. Mucho más que una parte... —reconocí con un suspiro apresurado—. Dejé atrás mis sueños, mi inocencia y mis esperanzas. Dejé atrás a mi abuela, que era mi única familia.

Haberla perdido era algo que me carcomía, que me producía un intenso dolor.

Me pasó los dedos por el pelo hasta ahuecar la mano sobre mi cabeza.

—No minimices lo que pasaste, Rynna. Sí, lo que ocurrió con Sydney fue brutal, jodidamente brutal. Pero sé que no soy la única persona del mundo que ha sufrido. —Vaciló un momento antes de presionarme—. ¿Qué te ocurrió, Rynna? ¿Qué te llevó a huir?

Parpadeé y dejé que mis pensamientos regresaran a ese momento.

—Había una chica... Éramos amigas. —Negué con la cabeza, y continué con voz tranquila—: No, en realidad no lo éramos. Ya te he contado que jamás encajé bien. Siempre estaba sola, era una solitaria. Mirando atrás, sé que ella se

aprovechó de eso. Que estaba dispuesta a menospreciarme y rebajarme para que no tuviera amigos.

Notaba el temblor de sus dedos contra mi cabeza.

—Se hizo peor según crecía. Mucho peor. Descubrí que ella estaba robando, y puede que fuera estúpida, pero me preocupé por ella. —Gemí y lo miré—. Así que se lo dije a su madre. —Negué con la cabeza—. Ella se enfadó. Se enfadó tanto que yo debería haber sabido que me haría pagar cuando me lo advirtió. Pero yo era un tanto ingenua, y jamás sospeché de su crueldad, porque estaba muy lejos de saber que alguien pudiera hacer algo así contra otra persona.

—¿Qué ocurrió? —Su voz era un ruido sordo, y sentí su inquietud. Notaba la ira que lo cubría, que lo invadía.

Me apoyé en su pecho para pegar la oreja al tierno latido de su corazón. No sabía si podría mirarlo a los ojos cuando hiciera esa confesión. Me puse a trazar distraídamente el tatuaje que le cubría el hombro y el brazo, dejando que las palabras flotaran en el aire denso.

—Estuve enamorada de un chico desde que tengo memoria..., o al menos desde que empecé en el instituto. —Mi voz rezumaba tristeza, aunque estaba rota por el dolor—. Jamás pensé que se fijaría en mí, hasta que un día me invitó a salir.

—¿Quieres venir a tomar algo el viernes por la noche?

Estaba detrás del mostrador del diner de mi abuela, mirando a mi espalda, a mi alrededor. ¿Aaron estaba hablándome a mí? Las mariposas que sentía en el estómago me hicieron contener la respiración. Mi corazón se aceleró de tal forma que estuve segura de que podían notarlo todos los ocupantes del restaurante.

—¿Rynna? —insistió.

Lo miré fijamente, con la boca abierta, pero mi lengua no cooperaba.

—¿Tú... quieres salir... conmigo? —logré tartamudear, en estado de shock.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas? —Encogió aquellos hombros musculosos, y mis ojos, abiertos como platos, no se perdieron el movimiento. Era un sueño, ¿verdad?—. Entonces, ¿qué dices? —Se inclinó para capturar mi atención—. No me rompas el corazón, Rynna.

«¿Que no le rompiera el corazón? ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! Esto está sucediendo de verdad».

—Mmm... sí, claro. Claro que quiero salir contigo —repuse asintiendo de forma frenética.

Él sonrió y las mariposas de mi estómago se dispersaron, creando un frenesí en mi vientre.

—Te recogeré a las siete —dijo, golpeando el mostrador antes de señalarme con el dedo.

Intenté mantener las lágrimas a raya mientras soltaba toda la historia.

—Dios, estaba tan emocionada, Rex, al ver que ese chico se había fijado en mí...

Rex soltó un gruñido, que yo oí bajo mi oreja hasta que me traspasó y me llegó al alma. Me agarró con más fuerza. Como si no quisiera escucharme pero necesitara hacerlo, igual que yo debía seguir contándole aquello.

—Me vino a buscar a las nueve. Me recogió y me cogió de la mano. Me besó al otro lado de la calle, frente a la puerta de mi abuela. Seguimos viéndonos durante tres semanas. Los dos solos. Me besó, me tocó y me hizo sentir como si por fin fuera importante para alguien. —Contuve un sollozo cuando las palabras se me atascaron, pero me obligué a seguir—. Por fin no era invisible.

—Rynna... —murmuró de forma temblorosa.

Me incliné para mirarlo a la cara.

—Estaba harta de ser invisible, Rex. De sentirme estúpida, fea y desagradable. Estaba harta de estar sola. Pero debería haberme dado cuenta, Dios, debería haberlo visto venir.

Me miré en el espejo de cuerpo entero de mi habitación, girándome de un lado a otro para estudiarme desde todos los ángulos, tratando de convencerme de que el vestido me sentaba bien. Que no se veían mis curvas exuberantes. A Aaron parecían gustarle, y no le importaba que se vieran.

Era mi cumpleaños. Cumplía dieciocho años y estaba cansada de estar asustada. Quería poner fin a las dudas e inseguridades que amenazaban con hacerme explotar, que me hacían encogerme bajo las sábanas de mi cama. Iba a vivir la vida a tope. Eso era lo que me había enseñado a hacer mi abuela, y era hora de ponerme a ello.

Salí corriendo de mi habitación y bajé las escaleras hasta la cocina. Mi abuela se alejó de los fogones, donde estaba probando una nueva receta.

—Mi niña, mírate. Tan mayor ya.

En el centro de la vieja cocina di una vuelta sobre mí misma para enseñarle el vestido.

—Gracias por habérmelo comprado, abuela.

—De nada, cariño. Todas las chicas necesitan un vestido nuevo para celebrar que cumplen dieciocho años. Ahora eres una mujer, y estás más guapa que nunca, ¿sabes?

Me miró con ternura y yo le sostuve la mirada. El amor me atravesó con la intensidad del sol.

—Espero que sepas todo lo que significas para mí, abuela. Espero que seas consciente de lo mucho que aprecio todo lo que has hecho por mí. Los sacrificios, me has criado y me has querido. Sé que siempre has pensado que no era suficiente, pero nunca podría pedir nada mejor.

Sus ojos grises se llenaron de lágrimas, que los hicieron brillar mientras sonreía. Una sonrisa que acaparaba el significado de nuestros dos mundos. Me tendió una mano arrugada y me cogió uno de mis rizos rebeldes, que me había alisado con la plancha.

—Hemos hecho un buen equipo, ¿verdad?

—El mejor —reconocí, rodeándola con mis brazos—. Gracias, abuela, gracias —le murmuré al oído, inhalando el aroma a vainilla y azúcar que se había convertido en una parte permanente de ella.

Me abrazó con fuerza, delgada y frágil, pero increíblemente fuerte.

—Te quiero más de lo que sabrás nunca, Corinne Paisley. Has sido la mejor luz de mi vida, ha sido un honor ver cómo te convertías en una mujer.

Se me empezaron a caer las lágrimas, y las sorbí. Se apartó para secármelas.

—Basta de lágrimas, o acabarás arruinando el maquillaje que has pasado dos horas perfeccionando. —Me empujó hacia la puerta—. Venga, diviértete.

Di un paso atrás y le apreté las manos.

—Gracias, te quiero mucho.

Con la vista nublada, me tragué el nudo de dolor que tenía en la base de la garganta.

—Esa noche salí de casa muy feliz.

—Joder, Rynna, no puedo... —Rex se tensó debajo de mí, como si quisiera saltar para volver a ese día y evitar que ocurriera. Pero todo eso formaba parte del pasado, había terminado hacía mucho tiempo. Solo quedaban las cicatrices que había dejado atrás.

—Aaron me recogió al final de la calle y me subí a su *pickup*. Todavía recuerdo que me apretó la mano, asegurándome que esa noche solo estábamos los dos. En ese momento, me sentí hermosa —continué a pesar de la agonía que me bloqueaba la garganta.

—Joder, Rynna. —La voz de Rex era ronca. Vibraba con el odio que provocaba su afán de protección hacia mí.

—Me llevó al lago. Yo estaba nerviosa, emocionada. Había algo... —Fruncí el ceño con el recuerdo—. Me puse tensa cuando detuvo el coche. El lugar estaba tan aislado de todo que no hubiera sabido llegar a él. Había una cabaña cerca de la orilla y un fuego encendido fuera. Me dijo que había venido antes a prepararlo. Fue la primera vez que me sentí incómoda. Algo en aquella situación chirriaba. Debería haberme guiado por mi intuición.

Volví la mirada hacia Rex, que rechinaba los dientes con los puños cerrados, apoyándome en silencio.

—Debería haberme fiado... —repetí con un suspiro tembloroso.

Aaron me llevó hasta la cabaña y, al instante, me cubrió la boca con la de él. Le devolví el beso luchando contra el miedo que se me deslizaba por debajo de la piel. Él me gustaba. Me gustaba mucho. Solo era que estaba nerviosa. A fin de cuentas, era la primera vez, todo el mundo se ponía nervioso cuando mostraba su vulnerabilidad a otra persona. Cuando entregabas ese tipo de confianza.

Llevaba toda la vida enamorada de el y por fin tenía una oportunidad; habría sido idiota si hubiera permitido que la ansiedad y la inseguridad se interpusieran en mi camino otra vez, como había hecho durante tanto tiempo.

Pero cuando me guio hasta el pequeño catre que había contra la pared del fondo y se puso a desnudarme, no pude dejar de temblar. Solo me estremecía una y otra vez. Mis nervios no se calmaban. Una vez desnuda, noté que se me revolvía el estómago, y no pude relajarme. Apreté una rodilla contra la otra, queriendo cubrirme. No fue algo que parara cuando Aaron se desnudó en la oscuridad.

Debería haber estado observando su musculoso cuerpo entre las sombras. En cambio, cerré los ojos y luché contra las lágrimas.

—Shhh —dijo cuando se puso encima de mí, colocándose entre mis muslos. Me temblaron las piernas, y las empujé contra él, porque algo de todo aquello me hacía sentir mal. Le clavé los dedos en los hombros y se me escapó un gemido.

Un dolor agudo me dejó sin respiración cuando empezó a hundirse en mí. Traté de reprimirlo, pero se me escapó un gritito. Y otro. Y otro más. No pude contenerlos mientras él seguía penetrándome, moviendo la cabeza, lejos, sin mirarme a la cara. Las lágrimas siguieron fluyendo, casi en silencio mientras miraba el techo, preguntándome por qué sus besos me habían gustado tanto cuando esto me parecía... erróneo.

Lo sabía. Mi instinto me lo había dicho. Estaba mal. Era incorrecto, incorrecto. Algo estaba condenadamente mal. Solo que no supe hasta qué punto hasta que él gimió y se derramó en mí antes de apartarse con rapidez. Entonces se puso de pie. Su cuerpo desnudo quedaba iluminado por los tonos anaranjados de las llamas que llegaban desde el exterior.

Luego, sonrió.

Parpadeé ante aquel hombre increíble que estaba completamente inmóvil, escuchándome. Aunque sabía que no me juzgaría, eso no significaba que la voz no me temblara de vergüenza y agonía.

—Me miró antes de vestirse y recoger mi ropa del suelo. La apretó contra su pecho y... se marchó con ella. No podía dejar de llorar, Rex. No podía. Lo llamé. Le grité que regresara, que no me dejara allí. Nunca me había sentido más sola que en el momento en el que me abandonó después de robarme la inocencia. Después de hacerme pensar que significaba algo para él.

—Menuda escoria —musitó Rex con los dientes apretados.

Me humedecí los labios con la lengua.

—Me quedé allí mucho tiempo, fue algo horrible. Estaba todo muy oscuro y yo estaba desnuda, y sola. Por fin..., me moví para ir a buscarlo, tratando de cubrirme.

Sentí que la pena me envolvía el corazón con aquella parte de la historia.

—Cuando salí, había... Había un montón de chicos del instituto —logré decir. Cada palabra rezumaba la humillación que había sentido ese día—. Estaban esperando a que saliera. Todos empezaron a reírse, como si estar allí desnuda..., herida... y aterrada fuera lo más divertido que hubieran visto nunca.

Eran unas ocho personas, que se rieron a carcajadas cuando tropecé y me caí cuan larga era, notando que algo me goteaba entre las piernas. Oculté la cara, sin querer mirarlos a los ojos.

«¡Oh, Dios, ayúdame!».

Me giré torpemente, apretando los muslos y las rodillas, cruzando los brazos sobre los pechos en posición fetal. Como si pudiera protegerme así. Como si de esa manera no oyera los insultos, los abucheos, las risas.

Apenas asomé la nariz, jadeé al ver a Janel en el centro del grupo, con Aaron. Él le rodeaba la cintura con un brazo, pegándola a su costado, y ella le acariciaba el pecho. Él todavía no se había puesto la camiseta y bebía una cerveza de forma casual, como si no me hubiera degradado de la peor manera posible.

«¡Oh, Dios, no!».

La cabeza me dio vueltas y sentí náuseas. Iba a ponerme enferma. Me eché hacia atrás, tratando de abogar los gritos que pugnaban por salir de mi dolorida garganta. Que se me clavaban como vidrios rotos.

—Aaron... —supliqué finalmente.

—Oh, Rynna... —Janel se acercó a mí, con el pelo rubio iluminado como una aura por el fuego que ardía a su espalda—. Eres patética. ¿De verdad has pensado que Aaron saldría contigo? ¿Que le gustabas?

—¡Oh, Dios mío! Mira toda esa grasa, amigo, ¿en serio que acabas de tirártela? No sé cómo lo has conseguido. —Aunque no quería, no pude evitar mirar a Remi, el mejor amigo de Aaron, que se reía de forma histérica junto a la hoguera.

Aaron me miró con una sonrisa antes de besar la sien de Janel.

—Haría lo que fuera por mi chica. Y estaba oscuro. —Se encogió de hombros—. No ha estado tan mal.

Janel sonrió.

Yo me quede horrorizada, el mundo empezó a girar a mi alrededor, las luces flotaron desde todas partes.

«¡Oh, dios! ¡Oh, Dios!».

—Ay, pobre Rynna Dayne, siempre la chica buena. Pero mírala ahora, solo es una puta gorda.

Otra ráfaga de luces. Eran los flashes de una cámara. Estaban haciendo una foto tras otra.

—Janel —suplicué.

No respondió. Traté de cubrirme mientras sollozaba.

—Deberías haber sabido que no debías joderme —se burló.

Entonces me lanzaron una tarta, me salpicaron el pelo de salsa de arándanos, que acabó goteando en mi pecho, en mi vientre. El gesto fue seguido por aullidos de risa.

—Feliz cumpleaños, Rynna —se burló Janel. Luego me tiró el vestido.

Jadeé aliviada, luchando por recogerlo; aterrizó a unos metros de mí, y lo apreté contra mi cuerpo. Las bromas y los insultos llegaban de todas partes mientras me cubría con la tela, como si aquel fino material pudiera protegerme de aquel tormento. Ocultarme. Esconderme...

La confesión llegó acompañada de un manto de lágrimas. Rex me abrazó, horrorizado, mientras me apretaba con todas sus fuerzas.

—Corrí hacia casa, mortificada. Sabía que esas fotos estarían en cada rincón del instituto al día siguiente. Sabía que mi abuela las vería y sabría lo que había hecho. Así que corrí, corrí, corrí y nunca dejé de correr, Rex. Hasta que regresé aquí.

Hasta que colisioné con ese hombre hipnotizador.

—Rynna, ¿qué te pasa? —La voz, somnolienta y llena de preocupación, me llegó desde detrás de mi espalda. Aquella preocupación fue como un latigazo. Cerré los ojos y supe que las palabras me saldrían temblorosas.

—Lo siento, abuela, tengo que marcharme.

Oí cómo crujía el suelo bajo los pasos de mi abuela. Contuvo el aliento cuando me vio, sorprendida por mi aspecto maltrecho.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué te ha pasado? —Le tembló la voz—. ¿Quién te ha hecho daño? Dímelo, Rynna. ¿Quién? No pienso tolerarlo.

Negué con la cabeza de forma enérgica mientras pensaba una mentira.

—Nadie. Es que... No puedo quedarme en este estúpido pueblo ni un segundo más. Voy a buscar a mamá.

Odié la mueca de agonía que apareció en la cara de mi abuela cuando mencioné a mi madre.

—¿Qué quieres decir?

—*Que me voy.*

Alargó la mano curtida para agarrarme el antebrazo.

—*Pero... la graduación es el mes que viene. Tienes que pronunciar el discurso. Subir al escenario con tu toga y tu birrete. Jamás había visto a alguien tan entusiasmado con algo en toda mi vida. ¿De verdad vas a marcharte? Eras feliz como una perdiz, y ahora vas a huir asustada.*

Las lágrimas me caían por las mejillas sucias, y me obligué a mirar a la mujer que lo significaba todo para mí.

—*Abuela, solo puedo confiar en ti. Por eso tengo que marcharme. Dejemos así las cosas.*

—*Rynna, no permitiré que te vayas así —aseguró con una expresión de angustia en su rostro lleno de arrugas.*

Alargó la mano y me secó una lágrima que se me escapaba del ojo. Inclino la cabeza a un lado, y la misma sonrisa tierna, con la que me había mirado por lo menos un millón de veces, se le insinuó en la comisura de los labios.

—*Nunca lo olvides: «Si no te estás riendo, estás llorando». ¿Qué es lo que prefieres? —Hizo una pausa, pero no pude obligarme a responder—. Sécate las lágrimas y averigüémoslo, como hacemos siempre.*

La tristeza creció hasta ser un propio ente en la diminuta habitación. Una pérdida. Un lamento. Un eco de cada aliento que mi abuela me había susurrado al oído.

—*Abuela, no puedo quedarme. Por favor, no me pidas que lo haga.*

Al oír mi súplica, mi abuela hizo una mueca. Me eché con rapidez hacia delante para besarla en la mejilla, inhalando el omnipresente aroma a vainilla y azúcar que quería grabarme en la memoria. Luego puse la maleta en la cama y fui hacia la puerta. Mi abuela se acercó y me rozó el brazo con la punta de los dedos.

—*Rynna, no te vayas —suplicó—. Por favor, no me dejes así. No hay nada tan malo como para que no lo entienda. Podremos arreglar lo que sea.*

No me detuve. No respondí.

Hui.

Y no miré atrás.

—*Pero...* —Las palabras se me escaparon en una lamentable declaración de culpa— *desearía haber regresado antes. Haberme dado cuenta de que no importaba lo que me hubieran hecho, mi abuela jamás me hubiera mirado de otra manera. Me amaba. No importaba nada más, y dejé que me robaran once años con ella por eso.*

Rex hundió los dedos en mi piel, apenas conteniendo la ira.

—*Quiero ir a por ese cabrón y matarlo, Rynna. ¿Quién coño te hizo eso?*

¿Quién es esa perra? Joder, no puedo imaginarlo.

Tuve el nombre de Aaron en la punta de la lengua, y también el hecho de que me había tropezado con él en la acera de delante del *diner* hacía un par de semanas. Pero ¿de qué serviría dar nombres? ¿Repartir culpas? Solo quería que Rex lo supiera, que me viera como era, que me comprendiera de la misma forma en la que había permitido que lo entendiera a él.

—Fue hace mucho tiempo, Rex.

—Pero eso no borra lo que hicieron.

—No. —Moví la cabeza. La esperanza hizo que curvara un poco los labios—. Y tienes razón. Me he pasado mucho tiempo teniéndoles miedo. La mera idea de volver a verlos me mantuvo encadenada a San Francisco. Quizá ahora lo lamenten. Quizá con los años se hayan dado cuenta de la depravación que me hicieron. Quizá miren atrás y sientan vergüenza y remordimiento, y quizá lo borrarían todo si pudieran.

Rex me acarició la cara.

—Tienes un corazón puro, Rynna Dayne, al perdonarlos así.

—Aferrarme al odio solo me haría más daño.

—¿Puedo odiarlos yo por ti? —preguntó con una sonrisa.

Me mordí el labio inferior, intentando reprimir la risa. De nuevo, él me había vencido. Con su hermoso aspecto y el corazón que latía debajo de él.

—Si eso te hace sentir mejor...

Me abrazó y hundió la cara en mi cuello, apretando los labios contra mi piel.

—Sí, me hace sentir mucho mejor.

Luego me mordió y se echó a reír.

Porque Rex Gunner me hacía sentir completamente libre.

Me moví para mirarlo fijamente, y hubiera jurado que sus ojos veían todo lo que yo había ocultado profundamente en mi interior. El aire cambió, se cargó de electricidad como si hubiera caído un rayo. Respiré hondo, y él puso la palma de la mano en mi pecho, empujándome hacia atrás hasta que me quedé sentada y me puse a horcajadas sobre él.

Entonces se cogió la erección con la mano. Preparado para mí. Queriendo más, lo que me parecía bien, porque todo lo que tenía pertenecía a este hombre.

RYNNA

La luz de la mañana entró brillante y luminosa por la ventana. Pensé que quizá era justo el reflejo de cómo me sentía. Vi a Rex, profundamente dormido. La paz lo envolvía como un halo; reposaba boca abajo, entre las sábanas revueltas, donde asomaba un poco de su culo perfecto entre la tela satinada. También quedaban a la vista su espalda y sus hombros musculosos. Me recreé en cada centímetro de piel expuesta.

A pesar de que había estado perdido, se había abierto, dispuesto a dejar que lo encontrara. El rubor subió de mi pecho a mi cara, acompañado de esa sensación que era tan pesada y cálida y luminosa en mis sentidos. Todo eso era correcto. Ni siquiera intenté reprimir la sonrisa. Me vestí en silencio y salí de la habitación.

Eché un vistazo a Frankie. Tuve que contener la carcajada cuando me la encontré con la cabeza a los pies de la cama, destapada. Tenía un brazo separado del cuerpo y una pierna apoyada en la pared en un ángulo extraño. Ni siquiera el sueño podía dominar a esa niña inquieta. Me palpó con fuerza el corazón. Lleno de amor.

Entorné la puerta y continué adelante para bajar las escaleras, ansiosa por empezar el día. Alguien tenía que sacar a Milo. Además, suponía que a Rex le encantaría que estuviera esperándolo una taza de café recién hecho cuando despertara. Y quizá... Quizá podía hacer una de las tartas de desayuno de mi abuela, una de esas por las que era conocida. Un bizcocho con la corteza crujiente y dulce que la gente había recorrido kilómetros para saborear antes de comenzar el día.

Esbocé una sonrisa cuando pensé en la reacción de Rex. La forma en la que me miraba cuando se despertaba y aparecía adormilado por el pasillo para encontrarme en su cocina.

A ese hombre le perdían los dulces.

Milo se levantó cuando me oyó acercarme. Corrió hacia mí arañando el suelo de madera con las uñas. Estaba tan contento de verme que movía la cola y las patas, casi parecía que temblaba.

—Buenos días —lo saludé, cogiéndolo en brazos—. Seguro que tienes ganas

de hacer pis, ¿verdad? —canturreé, apretando la nariz contra su cabeza. Él me lamió la barbilla.

Me puse las sandalias que había dejado junto al sofá y cogí la correa. Justo cuando estaba a punto de tocar el pomo de la puerta, sonó un golpe en la madera. Me detuve en seco. Milo se retorció entre mis brazos con las orejas en alto, con la atención concentrada en esa dirección. Le pasé los dedos por el suave pelaje.

—Vale, cariño. Vamos a ver quién es antes de que se despierte toda la casa.

Miré el reloj. Ni siquiera eran las siete de la mañana. Fruncí el ceño y giré la llave en la cerradura de forma rápida y silenciosa para abrir con cuidado. Confundida, parpadeé, tratando de ver a pesar de la brillante luz del sol que asomaba por detrás de la figura que estaba en el porche. Una silueta recortada a contraluz delante de la puerta de Rex.

Al principio pensé que era una alucinación, e intenté enfocar la vista, desesperada por ver quién estaba allí en realidad y no en la mujer que mi mente estaba imaginando. El desconcierto agitó mi cerebro, empujando los recovecos de mi mente como si insistiera en que el dolor había triunfado. Cada miedo que había contenido apretó el gatillo, lanzándome de bruces a la peor pesadilla.

«¡No!».

Parpadeé.

«¡No!».

Un movimiento al final del pasillo desvió mi atención de la figura del porche. Abrí la boca, queriendo hacer miles de preguntas a Rex cuando me lo encontré allí de pie, solo cubierto con los vaqueros. Pero no pude decir nada. Su propia conmoción lo había dejado paralizado, y tenía los ojos abiertos como platos.

—Janel —dijo finalmente con la voz seca. El nombre apenas fue audible, pero hizo explotar mi mundo como una bomba atómica. Un detonante que llevó todo a la destrucción absoluta. Me volví lentamente a mirarla y se me debilitaron las rodillas.

El mundo dio vueltas a mi alrededor.

REX

Apenas podía ver a través de la neblina que cubría mi mente. Me sentía abrumado, confuso. El odio y el dolor me laceraron el espíritu como si fueran un maldito ciclón en mi sangre. Me quedé quieto en el pasillo, mirando a la mujer que solo podía ser una aparición. Un puto fantasma. Un demonio surgido del infierno para atormentar a los vivos. O quizá era mi justa condena. Mi infierno. Mi castigo por haberme rendido.

Porque Rynna estaba allí, tan sorprendida como yo. Noté que se le debilitaban las rodillas cuando por fin pronuncié el nombre de Janel. Por cómo reaccionó, podría haber sido una bala. Dio un paso atrás y apoyó la mano en la pared para evitar caerse. Janel la miró fijamente. ¿Conmocionada, cabreada, celosa? No lo sabía. Lo único seguro es que ella dijo su nombre.

—¿Rynna? —Lo pronunció como si la conociera—. ¿Qué estás haciendo aquí? —le espetó de repente, en tono seco.

Supongo que eso fue lo que me arranchó del trance. El hecho de que esa mujer tuviera la audacia de entrar en mi casa con alguna clase de reclamación. Di un paso adelante, con la cabeza inclinada a un lado. Era mi hogar. Frankie estaba en casa. Y tenía la firme intención de que fuera también el hogar de Rynna.

—¿De verdad tienes los ovarios de presentarte aquí y exigirle a alguien que te diga por qué está en mi casa? ¿Me estás tomando el pelo?

—Rex... —Janel fijó en mí sus ojos azules, muy abiertos y con expresión de inocencia. Como me miraba siempre que quería algo más. Lo que solía ser todo el tiempo. Quizá no lo había reconocido hasta entonces, pero ahí estaba, y la verdad me inundó. ¿Después de tres putos años, ella iba a ponerse a mirarme así?

—Lárgate —espeté con la voz ronca.

Rynna se tambaleó a mi lado, con la respiración entrecortada. Estaba a punto de caer de rodillas, con Milo apretado contra su pecho.

—No —gimió con dolor.

—Rynna —susurré, estirando los brazos para sujetarla. Para sostenerla. Para que supiera que no importaba que esa zorra de mierda se hubiera presentado en mi casa.

Me invadió el pánico cuando ella evitó mi contacto y se tambaleó hacia delante para coger el bolso del lugar donde lo había dejado en el suelo la noche anterior. Luego salió corriendo por la puerta. Janel se apartó de su camino cuando Rynna pasó volando a su lado.

No pensaba permitir que sucediera esto.

Me lancé detrás de ella.

—Rynna, detente. No te vayas. No lo hagas... Joder, no te vayas.

«No te vayas, por favor».

Me dio la impresión de que no podía concentrarse cuando me miró. Siguió moviéndose, bajando los escalones del porche mientras se aferraba a la barandilla con una mano y a Milo con la otra. Sus ojos estaban vidriosos por la confusión. Por el horror. Por la incredulidad. Como si estuviera huyendo de sus propios fantasmas.

—Rynna... —supliqué de nuevo, desesperado, desde el borde del porche. En el mismo lugar donde le había confesado anoche todos mis secretos.

—Por favor... Es que... No... —me suplicó ella. Y clavó los ojos en Janel antes de levantar la mano para detenerme. Frenética, tragó saliva—. Tengo que... Tengo que salir de aquí.

—¡Rynna!

Con una última sacudida enérgica con la cabeza, se dio la vuelta, buscando su casa a tientas. Cada parte de mí me impulsaba a perseguirla. Lo último que quería era quedarme allí, impotente, viéndola huir por el camino y desaparecer dentro de la casa.

Pero tenía que resolver un problema.

Me giré lentamente con los puños apretados hasta el lugar donde estaba Janel, en el otro extremo del porche. Ella retorció los dedos mientras tragaba de forma compulsiva y se mordía el labio inferior.

—Lo siento mucho. No era mi intención aparecer y...

Incliné la cabeza a un lado.

—¿Lo sientes? —Mis palabras eran dardos ardientes, e impidieron que siguiera hablando—. Tres putos años —di un paso amenazante hacia delante— y ¿lo sientes?

—Rex..., puedo explicártelo.

—No quiero escuchar nada de lo que tengas que decir.

El corazón me dio un vuelco cuando vi que Frankie aparecía en la puerta, frotándose los ojos con los puños.

—¿Papi? ¿Quién está ahí?

—Mi niña —soltó Janel de repente, y se lanzó hacia delante, hacia ella.

Sentí ira, asco, incredulidad, cabreo absoluto... Así que alargué la mano y la agarré por el brazo, seguramente con más fuerza de la que debía.

—Ni te atrevas.

Me miró como si no pudiera creer que estuviera dispuesto a detenerla. Como si ella tuviera algún derecho. La empujé y caí de rodillas delante de mi hija. Casi frenético, le aparté aquel pelo siempre revuelto de la cara mientras sentía que todo estallaba en mi interior.

—Necesito que le hagas a papá un favor enorme.

Sonrió, y me quedé helado cuando miró por encima de mi hombro.

Lo noté.

La había reconocido. Las putas fotos que solía mostrarle, pensando que ver la cara de su madre podría consolarla. Cuando le prometía que su madre regresaría algún día. Que todo estaría bien. Seguro de que algún día Janel recobraría el sentido y regresaría. Cuando me había mantenido devoto a su recuerdo. Cuando lo había suplicado. Puta lealtad...

—¿Es mi madre? —Parecía confusa, y no precisamente emocionada, sino cautelosa.

El pánico me inundó con un frenesí absoluto.

—Sí, cariño, sí, soy tu madre.

Cada músculo de mi cuerpo se tensó, y quise atacarla. Gritarle. Decirle que volviera al infierno del que había venido. Me moví para que Frankie pudiera verme solo a mí y la miré suplicante.

—Papá necesita que le hagas un favor, garbancito. —Asintió con la cabeza, como si fuera consciente de mi confusión. La sujeté por las caderas—. Necesito que vayas a tu habitación y cierres la puerta. No salgas hasta que vaya a buscarte, ¿vale? ¿Podrás hacerlo?

Asintió con toda la confianza del mundo.

—Claro que puedo.

—Esa es mi chica —dije esperando que no me temblara la voz.

No me levanté hasta que dobló la esquina al final del pasillo, haciendo una sola pausa para mirarnos una vez, con curiosidad y algo de miedo en sus ojos castaños. Como si pudiera sentir mi temor. Apenas conteniendo los años de odio reprimido. Todo estaba allí, apretado entre mis puños cuando por fin me levanté. Apreté los dientes con tanta fuerza que estaba seguro de que se me harían añicos.

¿Y Janel? Ella permaneció allí, con una expresión suplicante en la cara. Un rostro que una vez había considerado hermoso.

Incluso precioso.

Pero esa mujer, a la que había permitido conquistarme y atarme, me había dejado seco. Sin embargo, las lágrimas que caían de sus ojos resbalaban por sus mejillas.

—Está tan mayor... —dijo con la voz entrecortada.

—Han pasado tres años, ¿qué creías? —Mi voz era puro rencor.

Negó con la cabeza y miró hacia otro lado, bajando la mirada.

—No lo sé. Solo soy consciente de que parece que haga una vida y como si hubiera sido ayer.

Solté un bufido.

—¿Ayer? Si apenas andaba cuando te largaste. Empieza en el colegio el año que viene. No es necesario que vengas y finjas que no te has perdido nada cuando la realidad es que te lo has perdido todo.

Me estremecía con fuerza. Esperaba que eso sirviera para despejar el caos. El desorden que me hacía tambalearme.

—¿Qué quieres? —pregunté con amargura mientras volvía a mirarla. Esa mujer podía venir dispuesta a destrozarnos nuestro mundo inestable. Allí estaba, con expresión de inocencia en su cara. Sosteniendo en su mano todo el poder.

—Eres mi marido.

Fue como si me hubiera golpeado la cara. El estómago. Su declaración me devastó como la explosión de una granada.

—No me consideres como tal —la amenacé con voz grave.

—Es cierto.

—Hace mucho tiempo que te largaste. —Negué con la cabeza con actitud hostil.

—Jamás he dejado de pertenecerte. No llegaste a firmar los papeles, ¿recuerdas? Y eso fue lo que tú elegiste.

¡Joder! ¡Mierda!

—Eso no significa nada —aseguré.

Dio un paso adelante, suplicante.

—Lo significa todo. Es que...

Sin esperanza, miró la casa que se suponía que sería nuestro hogar. El que ella había dejado. Lo recordé todo mirando al suelo, cómo me eché la culpa de todo antes de que ella saliera huyendo y nos dejara atrás. En este momento, bien

podría haber retrocedido en el tiempo. Prisionero de él. Con Missy muerta a mis pies y mi esposa cada vez más lejos.

Abandonándome.

Centré mi atención en el otro lado de la calle, en el silencio impenetrable que flotaba como una piedra alrededor de la casa de Rynna.

«No me dejes».

Un sollozo estalló en el aire, sacándome de mi ensimismamiento, alejándome de mi propósito. Le hice una seña con la cabeza y ella apretó las manos contra el corazón, como si estuviera tratando de mantenerlo dentro.

—¿Estás con ella? ¿Con Rynna?

—¿La conoces? —exigí.

Al parecer, la noche anterior había destapado la caja de Pandora. Cada demonio de mi pasado voló ante mis narices; supuse que debía ser lo más apropiado en el porche de delante de mi casa. Buscando una salida cuando había sido tan impotente para mantenerlo todo alejado.

Rynna.

Mi dulce Rynna.

Mi ladronzuela.

En el momento en el que ella había entrado en mi vida, la había puesto patas arriba.

Janel frunció el ceño, vacilante, antes de hablar en voz baja.

—No la conocía bien, pero sí lo suficiente como para saber que es la nieta de Corinne Dayne. Sin embargo, no frecuentábamos los mismos círculos. Es solo que... me ha pillado por sorpresa que estuviera aquí. Estoy... Sé que no tengo ningún derecho a estar celosa, pero no puedo evitarlo. Pensaba que cuando regresara con vosotros... —Se detuvo, dejando que sus intenciones quedaran colgando en el aire como una espesa manta de terror.

—Bueno, pues has pensado mal. Nos abandonaste, no puedes volver esperando que te estemos esperando.

—Sabes que no podía quedarme más. Me estaba muriendo por dentro. Y tú...

—Entonces, ¿qué haces aquí? —La interrumpí con mordacidad.

—Conseguí ayuda... Un terapeuta me ayudó a darme cuenta de que solo teníamos que superar nuestros problemas. Luchar por nosotros. Por mi familia.

«¿Luchar por nosotros?».

—Sí. —Lo dijo con sencillez, como si fuera fácil. Como si pudiera dejar atrás tres años de dolor, como si fuera a renunciar a Rynna.

—Es un poco tarde para eso.

—Nunca es demasiado tarde. —Alargó el brazo y me rodeó la muñeca con ambas manos—. Además, necesito ver a Frankie Leigh. No puedo seguir sin ella, Rex, no he vuelto a ser la misma desde que me alejé de mi hija. Nunca había conocido una tortura como la que he estado viviendo. Por favor, necesito intentar compensarla. Tiene que conocer a su madre.

La agonía me invadió como una bestia devoradora que me hubiera clavado los colmillos hasta el hueso. ¿Cuánto tiempo llevaba rezando por esto? Rezando, rogando y clamando en el vacío de la noche. Como si fuera un mendigo arrodillado, dispuesto a renunciar a todo para que la vida de mi hija fuera completa. Esforzándome para que nunca sintiera la traición que había sido mi segunda piel.

Y su madre había vuelto. Sin mi permiso.

Volví la mirada hacia la puerta abierta. Siempre había hecho lo mejor por mi hija; el problema era que, en este momento, no tenía ni idea de qué era eso. Lo que sería mejor.

—No estoy seguro de poder concederte otra oportunidad, Janel.

—Es mi hija.

—¿Una hija a la que abandonaste? —reliqué en voz baja para que Frankie no pudiera oírlo.

Soltó un sollozo, un gemido fuerte y gutural.

—Lo siento mucho —gimió—. Lo siento muchísimo. Haré lo que sea necesario para compensarla. Lo que sea. Por favor, dame una oportunidad. Solo quiero estar con mi hija.

RYNNA

Entré en casa trastabillando y con la respiración acelerada. Aunque trataba de mantenerme entera, sabía que era imposible.

«¡Janel!».

Janel.

Rex.

Frankie.

«¡Oh, Dios!».

La agonía me recorría y me cortaba en dos. Apreté a Milo contra el pecho e incliné la cabeza hacia el techo. Las lágrimas que se deslizaban por mi rostro goteaban por mi pelo. ¿Por qué? ¿Por qué la vida tenía que ser tan cruel? El destino era un ente retorcido, deforme y pervertido.

Dejé a Milo en el suelo y me puse a rebuscar el móvil frenéticamente en el bolso. Las manos me temblaban sin control mientras trataba de encontrar el contacto de Macy. Por fin, logré llamarla. Sonó dos veces antes de que ella respondiera.

—¿Hola?

En San Francisco eran tres horas menos, sin duda la había arrancado del sueño. Sin embargo, la necesitaba. No podía recurrir a nadie más. La pena que me embargaba me arrancó unos cuantos gemidos jadeantes. No tenía palabras, y una horrorizada y frenética confusión se apoderó de mi mente.

—Ryn..., ¿eres tú? —La imaginé intentando liberarse de la bruma del sueño. El pánico era palpable en su voz—. Ryn, ¿qué ha pasado? Dime qué ha pasado.

—Ella está aquí —gemí.

—¿Quién? —exigió antes de caer en la cuenta. El silencio eclipsó momentáneamente la avalancha de preocupación que había estado brotando de su boca—. ¡Mierda...! —murmuró—. ¿Dónde te has encontrado con ella?

—Es... —Luché por decírselo, asfixiándome en la repulsión que me provocaba tener que decirlo—. Es la madre de Frankie. —Y luego solté un gemido.

—¡Oh, Dios, Rynna...! Cariño... ¡Mierda! Lo siento mucho.

—No puedo creerlo —susurré.

Rex, el hombre en el que me había perdido, había sido de ella antes. No podía soportar la imagen de ella tocándolo. De él acariciándola. Se me revolvió el estómago. Me dio vueltas la cabeza. Era como si estuviera en un aplastador de basura que me estuviera estrujando por completo.

—¿Él lo sabe?

La pena me oprimió el pecho.

—No —siseé—. Anoche, finalmente, le conté todo lo que había pasado, pero no tiene ni idea de que fue cosa de ella.

Porque entonces, pensaba que no importaría. Porque entonces el nombre y la cara no significaban nada, porque lo único que quedaban eran las cicatrices. Unas heridas que ahora se habían abierto de nuevo.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. Ella está... está allí ahora, y no tengo ni puta idea de lo que se supone que debo hacer. ¡Es su madre!

Y eso me había caído encima como una losa. Me había provocado dolor, abatimiento, lamento. Janel era la madre de Frankie Leigh. Era un hecho innegable que no se podía cambiar. Algo que no podría soportar, daba igual lo mucho que adorara a esa niña.

—Ryn, lo siento mucho. Dime qué puedo hacer. ¿Qué quieres que haga para ayudarte?

—No creo que puedas hacer nada.

—No soporto la idea de que estés en ese estado a tantos miles de kilómetros y que no haya nadie a tu lado para darte litros de helado.

Ahugué una risita.

—A mí también me gustaría que estuvieras aquí.

—Si me necesitas, sabes que me subo al primer avión. Solo tienes que silbar y allá voy.

—Lo sé, gracias.

—Ryn, sé fuerte... Es posible que él esté tan sorprendido como tú. Espera a ver qué pasa, lo que él dice y hace.

Asentí. Era lo más racional.

Esperar.

Pero también sabía que la espera podía matarme.

Tres horas después, estaba en el *diner*. Al final, había resultado que lo de esperar

no se me daba bien. No podía quedarme quieta mientras Janel estaba al otro lado de la calle con Rex y Frankie. Era imposible cuando no podía ver a través de las paredes ni escuchar lo que decían.

Una tortura. No había otra palabra mejor para describir la agitación que bullía en mi interior. Tirando, rasgando y arañando mi espíritu. Sentía como si me estuvieran despedazando, desgarrando, y suponía una agonía al rojo vivo.

Entonces decidí ir al único lugar donde encontraría consuelo. Me quedé paralizada con el martillo en la mano, parpadeando en la penumbra del viejo *diner* como si realmente supiera qué hacer con él.

Como si eso supusiera alguna diferencia.

En el suelo se había posado una gruesa capa de polvo, y los plásticos que cubrían los reservados habían sido retirados y colocados contra la pared, esperando a que el contratista empezara a cambiar el tapizado. Las mesas habían sido arrancadas del suelo, y los huecos parecían aguardar la colocación de otras nuevas.

Era sorprendente lo que habían logrado ya los hombres de Rex.

La emoción y la esperanza que había sentido la última vez que había estado en ese mismo lugar hacía solo un par de días parecían ahora un sueño. Entonces había estado soñando con el día en que terminarían, cuando por fin podría encender el letrero de neón que había encargado. Cuando los clientes comenzarían a amontonarse, ansiosos por probar el legado de mi abuela, que ya se había convertido en algo mío.

Me estremecí al mirar a mi alrededor, con la inquietante certeza de que esas paredes todavía guardaban secretos. Mi pasado era como un eco que había llegado a su destino y rebotado, por lo que ahora venía directo a mí. Me di la vuelta hacia la barra, apretando los dedos alrededor del mango de madera. Al menos tenía algo a lo que aferrarme.

Me quedé paralizada cuando mi conciencia hizo que me enervara.

La puerta crujió despacio. El aire se espesó de forma instantánea y la tensión creció palpitante hasta golpear las paredes, amplificando el efecto creciente, que tiraba, tiraba, tiraba... Era como si pudiera sentir la gravedad haciendo temblar el suelo y subiéndome por las piernas. La conexión no me soltaba, aunque quizá fuera solo una sensación frenética.

Dejé caer el martillo al suelo lentamente y me di la vuelta. Era el hombre que tenía el poder de dejarme sin aliento cuando lo veía. Mis pulmones se agitaron al verlo.

—Rex...

—Rynna. —Se acercó, pasándose la mano por los mechones más largos del pelo. Miró hacia el suelo como si allí estuviera la respuesta que buscaba—. Dios, Rynna... —Su voz era ronca y estaba cargada de culpa—, jamás, ni en un millón de años, me habría esperado lo que nos hemos encontrado esta mañana al despertar. Lo siento muchísimo.

Me di la vuelta y tragué aire, tratando de concentrarme. De ver aquello de forma racional. De enfocarme en lo más importante.

—¿Dónde está Frankie?

Tragó saliva cuando nuestros ojos se encontraron.

—La he llevado a casa de mi madre. No quería que se viera metida en medio de esto. Y menos cuando no tengo ni puta idea de lo que se supone que debo hacer.

—¿Qué es lo que quiere ella? —Mi pregunta rezumaba desesperación. «¿Qué quieres tú?», deseaba preguntarle, pero estaba aterrada. Me daba miedo la respuesta. Me asustaba lo que este hombre me hacía sentir. Porque me había consumido por completo. Todo lo mío era suyo.

Mi cuerpo.

Mi corazón.

Mi mente.

Me miró con expresión distante, con los labios temblorosos, como si hubieran movido su mundo de su eje.

—A Frankie. A mí... ¡Joder! No lo sé.

—¿Y qué quieres tú? —La pregunta surgió con un llanto estrangulado de mis profundidades, y me sujeté el estómago. Al segundo, Rex recorrió los dos pasos que nos separaban. Sus grandes manos me encerraron la cara, obligándome a mirarlo.

—Te quiero a ti. Dios, Rynna, te quiero a ti.

El alivio fue tan feroz como el dolor. Tan intenso como la pena que brillaba en sus ojos. Su expresión reflejaba la culpa más profunda.

—Tengo que decirte algo, Rynna.

Lo miré parpadeando, muda. Mi mundo dependía de lo que él podía decir.

Cerró los ojos con fuerza, con una expresión que era puro arrepentimiento.

—Es que yo...

—¿Qué? —supliqué.

Negó con la cabeza y se inclinó a un lado para acercarme más, como si estuviera suplicándome que lo entendiera.

—Sigue siendo mi esposa, Rynna.

Se me detuvo el corazón de horror, de incredulidad.

—¿Qué? —exigí de nuevo, pero esta vez no quería recibir la misma respuesta. Quería que me dijera que no lo había entendido bien. Que lo que había escuchado no significaba lo que yo pensaba. Luché para liberarme de sus manos, pero él me abrazó con más fuerza.

—No llegué a firmar nunca los documentos del divorcio, Rynna. Lo siento muchísimo. Debería habértelo dicho. Dios, debería habértelo dicho.

Me mareé. Esta vez la sensación fue tan intensa que casi me caí al suelo.

—¿Sigues... casado... con ella? —Lo dije en tono acusador.

¿Después de todo lo que habíamos compartido? ¿De todo lo que le había dicho? ¿De lo que me había dicho él? ¿Se le había olvidado mencionar ese detalle?

Por mi mente atravesaron un montón de recuerdos. Cosas que Rex había esquivado, cómo había reaccionado cuando nos conocimos. El hecho de que nunca hubiera estado con otra mujer después de que Janel se fuera. Hasta que se rindió, no había dejado de advertirme que no tenía nada que ofrecerme.

—Estabas esperándola —solté presa del horror—. Durante todo este tiempo, has estado esperando a que regresara.

Comenzaron a caerme las lágrimas e intenté zafarme de sus brazos.

—Ni siquiera tuvimos una oportunidad, ¿verdad? —Apenas podía hablar por los sollozos que me obstruían la garganta. La pena me apretaba el pecho, por lo que no lograba respirar—. Siempre has estado esperándola.

«Y ahora está aquí».

Janel.

¡Oh, Dios mío!

Me apreté la boca con la mano, tratando de contenerlo todo. De no vomitar el odio que había revivido en mí en el momento en el que la había visto ante su puerta. Quería decirle cómo era en realidad. Lo que ella me había hecho.

Pero era la madre de Frankie. ¿Cómo podía hacerlo? No podía ser yo quien le abriera los ojos. Quien difamara el nombre de Janel porque tenía lo que yo quería. ¿Quién era yo para conjeturar que ella no había cambiado? Como le había dicho a Rex, habían pasado más de diez años.

Mi alma se revolvió, rechazando esa idea, convencida de que sabía con exactitud cómo era ella. Pero ¿y si era fruto de mis celos? ¿Porque era la madre de Frankie? ¿Porque era la esposa de Rex?

«Su esposa».

Las náuseas me asaltaron de nuevo, un enfermizo veneno que se había vertido directamente en mis venas. Rex buscó mi rostro a tientas con las manos; su mirada era intensa y su presencia me atravesaba. Y eso solo me destrozaba más.

—No, Rynna. No. ¡Joder! Por supuesto que tenemos una oportunidad. Lo nuestro, tú y yo, es lo que debe ser. —Su tono era desesperado.

Parpadeé mirándolo, tratando de darle sentido a la situación. De tamizar cada horrible emoción. Mi ira. Mi dolor. El amor, que resultaba demasiado brillante. La intención de mirar dentro de mí buscando lo que no estaba bien. Pero fue la traición lo que hizo que lo fulminara con la mirada. Pensé en Janel con Rex; ¿cómo podía tener sentido una relación entre ellos?

—Me has mentado.

—No, Rynna, iba a decírtelo. Te prometo que iba a decírtelo.

—Anoche tuviste mucho tiempo para decírmelo. Rex, estás casado. ¡Casado! Y porque lo has elegido tú. Porque estabas esperando que ella regresara contigo. ¡Oh, Dios! —gemí sin control.

—Te lo juro, Rynna, te lo juro.

Negué con la cabeza de forma frenética.

—Tienes que descubrir lo que quieres de la vida, Rex, porque yo no puedo estar contigo cuando estás con ella.

—No —aseguró él, negando con la cabeza—. No existe ninguna posibilidad de que esté con ella. Rynna, tú eres lo que quiero.

—No puedo... —Me interrumpió con un beso. Un beso tan desesperado que casi me perdí en él. No quería soltarlo. Deseaba que me llevara, me amara y me capturara. Quería que fuera real. Quería imaginar que no estaba casado y que su mujer no lo estaba esperando en casa. Retrocedió con las manos todavía enmarcando mi rostro.

—Por favor...

Lo sujeté por las dos muñecas y lo miré con los ojos empañados. Las lágrimas calientes me resbalaban por la cara hasta sus dedos.

Aquel hombre hermoso y complicado no era mío.

Me invadió la tristeza, la agonía, el dolor... La amalgama de emociones giró a nuestro alrededor y se convirtió en un tornado.

—No puedo retenerte cuando nunca me has pertenecido.

Emitió un gemido y me agarró con más fuerza.

—No hagas esto, Rynna. —Su voz era un sonido áspero—. No hagas esto,

Rynna. Me prometiste que no huirías. Que no te irías. ¡Me lo prometiste!

La cara de Janel se burló de mí. La idea de que lo tocara, de que él la tocara a ella.

—No puedo —susurré con el corazón roto.

Emitió un sonido ahogado, como si esto estuviera provocándole dolor físico, antes de darse la vuelta y marcharse. Se detuvo para mirarme después de abrir la puerta, con el sufrimiento reflejado en cada línea de su rostro.

—Me prometiste que te quedarías.

—Y yo jamás pensé que estuvieras mintiéndome. —Temblaba de pies a cabeza. Su nuez subía y bajaba como si estuviera digiriendo la realidad.

Estaba casado, y jamás había considerado que esa circunstancia fuera lo suficientemente importante para decírmelo.

¿Dónde nos dejaba eso?

Luego se dio la vuelta y se fue.

34

REX

Tuve que alejarme de ella, obligarme a salir del *diner* cuando era lo último que quería hacer, y una maldita agonía me persiguió durante todo el camino.

«Ella me lo ha prometido».

Seguí adelante, cerrando los ojos para no ver la dura realidad mientras me preguntaba si esto era lo que se sentía al ser comido vivo. Si era esto lo que se sentía cuando cada parte de ti era devorada y destruida, y no fueras capaz de hacer otra cosa que aceptar que te aguardaba una muerte lenta y dolorosa. Que morirías poco a poco.

Porque eso era. Me apagaba por dentro, los pedazos que había puesto en manos de Rynna se marchitaban. Y eso solo dejaba más espacio para la amargura, para la ira, el odio y las preguntas que me inundaban sin cesar.

Aturdido, subí detrás del volante de la *pickup*, cerré la puerta y encendí el motor. Aceleré y salí a la carretera..., aunque quería dar media vuelta y suplicarle a Rynna. Sin embargo, tomé la dirección de mi casa.

Todavía no podía creermelo que mi mujer hubiera aparecido en mi puerta.

¡Joder! ¡Mi mujer!

Me pasé una mano por la cara como si eso pudiera proporcionarme algo de claridad cuando nada podía proporcionármela. Janel había vuelto y quería a Frankie. Y yo no sabía cómo lidiar con ello. Lo que quería era rechazarla. Largarla fuera de aquí para que Rynna y yo pudiéramos regresar a la noche anterior. Enredados en la cama, unidos. En perfecta sintonía. Sin embargo, los recuerdos de la promesa que le había hecho se burlaban de mí desde la periferia de mi mente, aquellos votos que yo me había creído a pies juntillas. ¿Podría ignorarlos sin más? ¿Pasar por alto el compromiso? ¿Y por qué me sentía tan mal cuando había sido ella la que se había escapado?

«Putal lealtad...».

Había sido Janel la que rompió los votos. La que me había traicionado, abandonado y engañado. No tenía ni puta idea de dónde había estado durante los tres últimos años, lo que había hecho. Lo peor de todo fue darme cuenta de que en realidad no era algo que me importara.

De todas formas, daba igual eso, ¿verdad? Rynna había tomado su decisión. Me había dejado de lado como merecía.

¡Dios! ¿Qué había pensado que ocurriría cuando se lo dijera? De hecho, había guardado las palabras en mi interior como un sucio secreto. Rynna tenía razón: había estado esperando que Janel volviera. Había aguardado durante años. Pero lo que Rynna no comprendía era que ella lo había cambiado todo. Una vez que Rynna apareció en mi vida, el agujero que Janel había dejado atrás ya no estuvo vacío, porque Rynna había ocupado cada centímetro. Ahora ese espacio era de nuevo un pozo; más oscuro, más profundo y más sofocante. Solo un abismo hueco que me succionaba y al que estaría cayendo eternamente.

Giré hacia la izquierda para tomar mi calle. Atravesé entre la hilera de casas, felices bajo la sombra de los altísimos árboles. El perfecto barrio para familias. Cuando detuve el vehículo, me quedé dentro, observando entre estremecimientos el mismo coche destartado que Janel había utilizado tres años antes. Me parecía un objeto sombrío y amenazador bajo los alegres rayos de sol veraniego.

Todo lo que debería haber sido correcto se había convertido en un error.

Porque el regreso de Janel era una oración que deseaba que se hubiera quedado sin conceder.

Apoyé la frente en el volante y solté un profundo suspiro antes de obligarme a salir. Aunque eso no significaba que no odiara cada paso que daba, ni que mis pisadas no estuvieran llenas de temor. Deslicé la llave en la cerradura y abrí la puerta. Entré con resignación, ya no me faltaba casi nada.

Janel estaba en la cocina y se giró hacia mí, retorciéndose las manos mientras me miraba con expectación. Lancé las llaves a la mesita que había junto a la puerta.

—Puedes quedarte —solté con sequedad.

La vi soltar un suspiro de alivio y comenzar a andar hacia mí. Asqueado, negué con la cabeza bruscamente y di un paso atrás. Ella se detuvo en seco. ¿De verdad no entendía por qué la apartaba? ¿No comprendía lo que había hecho?

—Puedes dormir en mi habitación, yo lo haré en el sofá. —Escupí las palabras sin poder evitarlo. La ira me envolvía, hundiéndose profundamente en mí; la libertad que había encontrado con Rynna se había transformado en cadenas.

Me miró con una expresión de decepción, y volvió a retorcer los dedos. Yo seguí adelante, sintiendo que no tenía otra opción.

—No quiero que estés a solas con Frankie.

—Pero...

—Janel, en esto no tienes ni voz ni voto. Te largaste, y si quieres ver a Frankie, será bajo mis condiciones. También puedes volver a salir por la puerta. —La señalé, esperando que se lo tomara como una invitación. La vi tragar saliva antes de asentir con la cabeza para que continuara.

—Bueno, ya te he dicho que haría cualquier cosa.

—Frankie va a sentirse confundida, por lo que debes darle tiempo. Deja que se acostumbre a ti. Además, vas a tener que demostrarme que realmente quieres estar aquí. Que has cambiado antes de poder confiártela.

Abrió los ojos azules con sinceridad, y su coleta rubia se balanceó cuando dio un paso adelante.

—Lo haré. Haré lo que sea necesario. Quizá... Quizá pueda trabajar para ti en la oficina. Hacer algo. Demostrarte que soy responsable. He cambiado, Rex. He cambiado.

La miré con incredulidad.

—Creo que estás yendo un poco rápido, ¿no crees?

—Solo quiero hacer las cosas bien. ¿Qué... qué pasa con nosotros?

—Janel, no hay «nosotros».

Emitió un gemido.

—¿Por culpa de Rynna?

El dolor me atravesó como si fuera un disparo directo a mi corazón. Traté de ocultar mi reacción, pero sabía que Janel lo había visto.

—Lo que tenga con Rynna no es asunto tuyo.

—Eres mi marido, Rex.

Pasé junto a ella para entrar en la cocina. Cogí una cerveza de la nevera, haciendo todo lo posible para mantener el control.

—¿Con quién te largaste?

—Ya estoy de vuelta. He regresado porque te he echado mucho de menos. Cada día... —Lo dijo en tono suplicante.

Me encogí de hombros; no quería escucharla, no me importaba lo que me dijera.

—Es demasiado tarde.

—Nunca es demasiado tarde.

Su voz fue un ruego que dejé atrás.

35

RYNNA

Pensaba que lo tenía todo bien cronometrado. Había aprendido a asomarme por la ventana para asegurarme de que no había moros en la costa antes de salir corriendo al coche. Así me aseguraba de que nuestros caminos no se cruzaban. Pero allí estaban; Rex junto a la puerta de la casa para cerrar con llave, Frankie bajando los escalones gritando mi nombre.

—¡Rynna! ¡Rynna! ¿Qué haces? Vamos al lago. ¿Quieres venir?

Janel estaba entre ellos, en lo alto de los escalones. Con los brazos cruzados y una expresión burlona en la cara al encontrarse nuestros ojos. Me tragué la agonía mientras trataba de apresurarme para desbloquear el SUV. Tenía que alejarme, escapar. En cambio, me temblaban tanto las manos que dejé caer las llaves, y chocaron contra el suelo. Lo único que había conseguido era llamar más la atención hacia mi persona.

Recogí el llavero tratando de tranquilizarme, intentando que no me temblaran ni el corazón, ni las manos ni la voz.

—Frankie, no creo que sea buena idea.

—Oh, te echo de menos.

«Te echo de menos... Te echo de menos... Te echo de menos...».

El mundo giraba a mi alrededor en un atormentado círculo. Respiré hondo, parpadeé...

—Yo también te echo de menos —susurré con un hilo de voz.

«Mucho».

—¿Puede venir Milo a jugar?

Detrás de Janel, Rex se dio la vuelta lentamente. Todo su ser se estremeció cuando me vio, y al instante clavó los ojos en el suelo del porche. Como si lo hubiera destrozado de la misma manera que él me había destrozado a mí. El odio que había en la expresión de Janel desapareció, y lo miró radiante antes de poner la mano sobre el hombro de Frankie.

—Vamos, cariño. Será mejor que nos vayamos antes de que sea demasiado tarde.

Tuve problemas para sentarme detrás del volante y cerrar la puerta. Cuando

salí del camino, tenía los ojos llenos de lágrimas, pero me negaba a dejar que vieran cómo me desmoronaba. Apreté los dientes mientras hacía los giros precisos para salir a la carretera principal.

Una vez allí, se me nublaron los ojos, y entré en el aparcamiento de un supermercado. Entonces, aparqué y, con el volante apretado entre las manos, dejé caer la cabeza jadeando.

«Rex me ha mentado»

Quizá, de todas formas, era la forma en la que se suponía que terminaría todo. Quizá Janel había cambiado. ¿Y si ella era lo que necesitaban? ¿La que los haría tener una nueva vida? ¿La que podía ahuyentar la oscuridad que seguía viendo en las profundidades de los ojos de Rex?

Mi ser rechazaba la idea con cada parte de él. El hecho de que Janel fuera la mujer de Rex, que él le perteneciera, era irrisoria. Mi corazón me gritaba que él era mío.

Me mantuve quieta cuando se abrió la puerta del *diner*. Pero no me sorprendió la presencia que llevaba echando de menos durante los cinco últimos días, sino una antorcha de ira descarnada y ardiente.

Yo había estado barriendo la suciedad que había quedado después de que se marchara la cuadrilla, buscando algo en lo que mantener ocupadas las manos. Sabía que si me quedaba quieta mucho tiempo, me volvería loca.

Pero me quedé mirando boquiabierta a la mujer que irrumpió en el restaurante. Era puro fuego y animosidad.

Estaba vestida con unos vaqueros, botas y una blusa floja. El pelo rubio se le estaba poniendo canoso y lo llevaba largo, formando rizos. Era una mujer muy guapa de una forma terrenal. Ya no era joven, y se notaban las líneas de expresión en las comisuras de la boca.

Pero sus ojos... Sus ojos eran cálidos y sinceros, a pesar de la furia que contenían. De la sabiduría. Mi corazón se aferró a ello, porque esa mujer era la madre de Rex.

Cruzó los brazos y me miró de arriba abajo.

—Bien, tú debes de ser Rynna Dayne.

Solté la escoba y me enderecé, intentando mantener el tipo.

—Sí, soy yo —repuse con voz temblorosa—. Y tú debes de ser Jenny Gunner.

Aun así, se me atascó su nombre. Ella parecía estar en guerra con algo, y soltó

un resoplido al tiempo que levantaba la barbilla cuando llegó a la conclusión que hubiera estado buscando. Parte de su ira desapareció.

—Me habría gustado que nos hubiéramos conocido en circunstancias diferentes —dijo—. Sinceramente, he venido aquí pensando que iba a tener que meter un poco de sentido común en tu cabeza por haber roto el corazón de mi niño, pero desde donde yo estoy, me parece que tú también estás sufriendo lo tuyo.

Solté una carcajada. ¡Guau! Era... dinamita. Confiada, descarada y tierna. De la tierra. Igual que las mujeres entre las que había crecido.

Me obligué a sonreír, aunque me costó.

—Sí... Creo que tengo el corazón un poco roto yo también.

«¿Solo un poco...? Mentira». Los fragmentos rotos y dentados se me clavaban en las entrañas y me salpicaban de sangre. Se hundían más profundamente con cada respiración. Era un dolor constante e insoportable.

Ella inclinó la cabeza a un lado.

—Entonces, ¿dónde está el problema?

Mi risa ahogada se convirtió en un grito.

—¿Que dónde está el problema? —Me estremecí y la miré parpadeando entre las motas que flotaban a través de la neblina de luz que entraba por las ventanas—. Rex está casado. Su mujer está ahora mismo en su casa. ¿Qué clase de persona sería si me interpusiera en su camino?

Volví a esgrimir la misma justificación que había tratado de meterme a mí misma en la cabeza, que Janel podía ser lo que necesitaban. Durante toda la semana, había tratado de convencerme a mí misma de que quizá era lo que estaba predestinado. Que sería mejor que me alejara.

Pero después había comenzado a preguntarme si no estaría tratando de cubrir el dolor y el miedo de encontrarla allí, y lo que eso significaría para Rex y para mí. Si alguna vez podría hacer desaparecer su rostro de mi mente si permitía que él me tocara de nuevo. O quizá tenía miedo de enfrentarme al mismo tipo de rechazo que me había hecho huir la primera vez.

Jenny Gunner no vaciló.

—Solo el hecho de que consideres eso es la prueba de que eres el tipo de mujer que él necesita.

Por un momento le di la espalda, y solo me volví hacia ella cuando hube rehecho mis defensas.

—Ella es la madre de Frankie, Jenny. Y yo...

—Tú los amas. —No era una pregunta, sino una respuesta.

Apreté las manos contra el pecho.

—Con todo mi ser. Por eso estoy dispuesta a renunciar a ellos.

Se apartó de mí y comenzó a pasear por el restaurante, recorriendo con los dedos las mesas que habían instalado esta semana.

—¿Sabes? Crie a mi hijo para que fuera una buena persona. —Su voz era una reflexión en sí misma—. Para que respetara a todos los que se cruzaran en su camino. Para que honrara sus promesas. Quizá porque su padre me abandonó en el momento en el que le dije que Rex estaba en camino, pero quise que él fuera una persona leal. Jamás me arrepentiré de eso, del hombre en el que se ha convertido. —Se giró para mirarme por encima del hombro—. Es un buen hombre. Honorable y noble. Cuando ama, lo hace con todo su ser. Y ese amor no ha hecho más que morderlo una y otra vez. —Miró al techo, inhaló profundamente y se estremeció—. Cuando Sydney desapareció, me aterraba que mi hijo no volviera nunca a ser el que había sido. Físicamente era evidente que estaba allí, pero ¿y el resto? ¿Qué había sido de su sorprendente espíritu? ¿De su enorme sonrisa y de sus creencias? Ya no estaban. Y luego llegó Frankie... Frankie Leigh. Ella revivió una parte que se había apagado en él. Lo encendió. Él sacrificará cualquier cosa por ella. —Me miró—. ¿Janel? Ella siempre ha sido un sacrificio. Eligió amarla porque era su deber. Y no voy a disimularlo. Dicen que estuvo mal, pero mi hijo trataba de hacer lo correcto. La mala semilla de esta ecuación fue Janel. Siempre ha sido una sanguijuela. —Miró a su alrededor al tiempo que negaba con la cabeza—. Sinceramente, me cuesta creer que tu abuela la tolerara durante tanto tiempo.

—¿Cómo has dicho? —La miré confusa.

—Tu abuela... —dijo volviéndose hacia mí.

—Ya sé que has mencionado a mi abuela —fruncí el ceño—, pero Janel... ¿Trabajó aquí? ¿Mientras estaba con Rex?

Ella entrecerró los ojos, vacilante.

—La verdad es que no sé de qué vivía cuando no trabajaba para tu abuela. Por lo que sé, empezó aquí cuando estaba en el instituto.

«¡Oh, Dios!».

Me rodeé la cintura con un brazo. No sabía por qué había asumido que Janel ya no trabajaba en Pepper's Pies. Había supuesto que, cuando me fui, mi abuela la había despedido.

Gran error...

Cuando llegué a California y llamé a mi abuela para contarle dónde estaba, le pedí que no me contara nada sobre Gingham Lakes y sus habitantes. Le aseguré que la única persona que me importaba era ella. Quería evitar todo lo que me recordara a ese lugar, esconderme y fingir que no había ocurrido nada. Pero, por supuesto, la vida aquí había continuado. Mi abuela no sabía lo que Janel me había hecho, así que no había ninguna razón para que la despidiera.

—¿Qué pasa? —preguntó Jenny, dando un paso hacia mí.

—Es que... No sabía que había continuado trabajando para mi abuela. Que había estado aquí. Me parece una... equivocación.

Una equivocación absoluta.

Un error.

Mi conciencia me presionaba, me hacía cosquillas para salir a flote.

—¿La conocías? —preguntó Jenny.

Asentí.

—Yo viví con mi abuela desde pequeña.

Jenny resopló.

—Janel es una equivocación total, Rynna. No andes con paños calientes. —Se me acercó y me puso la mano en la mejilla con una expresión suplicante—. Mi hijo se merece ser feliz. Y mi nieta, estar a salvo. Los dos merecen ser amados. De la manera correcta. Sé que no te conozco, pero siempre he sido buena juzgando a la gente, y estoy segura de que tú también te lo mereces.

Me estremecí cuando, de repente, dio un paso atrás y se alejó. Cuando llegó a la puerta, me miró de nuevo.

—No confío en ella, Rynna. Mi hijo y tú... Vuestros corazones han elegido correctamente, y cualquier sacrificio que Rex y tú estéis tratando de hacer solo está abriendo la puerta para que ella os haga daño de nuevo.

Todavía me daba vueltas la cabeza cuando salí del restaurante. Las farolas estaban encendidas, y el crepúsculo era de un azul profundo. El aire de Alabama enfriaba las calles con las ráfagas silenciosas. Y las tiendas de la calle ya estaban cerradas.

Me había pasado el día allí dentro. Trabajando, limpiando e intentando procesar lo que Jenny Gunner me había tratado de decir. Parecía una advertencia. Medité sobre ello hasta que dejó de entrar luz por las ventanas y la oscuridad se apoderó de todo.

Me acerqué al SUV, que había aparcado en la calle, con la mente a pocos

kilómetros de distancia, en la casita que había enfrente de la mía. Retrocedí bruscamente cuando vi a un hombre ante las ventanas del *diner*, con las manos ahuecadas alrededor de los ojos, como si estuviera tratando de obtener una mejor vista del interior a través de las ventanas polarizadas. Lentamente, se retiró y avanzó en mi dirección.

«Aaron».

¿Por qué miraba el interior del restaurante?

El terror me bloqueó la garganta, y di un paso atrás cuando se acercó a mí. Sonrió, mostrando un montón de arrogancia bajo la luz de las farolas. En esta ocasión, el muy imbécil sabía quién era yo.

—Bueno, bueno, si es Rynna Dayne. Ya me habías parecido familiar, pero no lograba ubicarte. Tienes muy buen aspecto. Estás muy guapa.

Me cogió por la muñeca. Algo bulló en mi interior. El miedo fue reemplazado por ferocidad. Me zafé de él, disgustada, y la ira saltó, caliente.

—¿No me ubicabas? ¿Por qué? ¿Porque no estaba desnuda, dejando que te aprovecharas de mí? ¿Porque no te estaba siguiendo como si fuera estúpida? ¿Porque he perdido peso? ¿Cuál es la respuesta?

Soltó un silbido por lo bajo.

—Ahh... —dijo, divertido—. Ya veo que tu aspecto no es lo único que ha cambiado. Salvaje. Eso me gusta.

Cuando me quiso tocar la mano, me eché hacia atrás.

—No me toques. No me mires. No te acerques. De hecho, mantente alejado de esta calle. No quiero volver a verte delante de mi restaurante nunca más.

Me aparté, tratando de mantenerme serena, fingiendo que no estaba temblando de pies a cabeza. Estaba a punto de derrumbarme, desquiciada.

En su boca retumbó la risa, y me miró al tiempo que negaba con la cabeza.

—Siempre interponiéndote en el camino de Janel, ¿verdad? Chica valiente. Solo me pregunto a quién más hará daño esta vez.

Me giré hacia él.

—¿Qué has dicho?

Él sonrió antes de alejarse por la calle.

Cuando llegué a casa, temblaba tanto que apenas veía. Apagué el motor y me senté en la oscuridad de la cabina, sujetando el volante mientras respiraba hondo.

¿Qué debía hacer? ¿Qué significaba todo esto?

Me obligué a salir. El viento me envolvió como la preocupación que inundaba mi cuerpo. A pesar de todos mis esfuerzos, centré la atención en su casa. Estaba

iluminada, todas las ventanas brillaban con un suave y cálido resplandor.

El coche de Janel estaba en el camino de entrada; no así la *pickup* de Rex. Al menos me quedaba el consuelo de saber que no estaban juntos. Era viernes por la noche, así que Rex habría ido al bar, y Frankie pasaría la noche con su abuela, que, evidentemente, miraba por los intereses de la niña.

Me obligué a subir los escalones, cruzar el porche y meter la llave en la cerradura. Abrí la puerta.

El terror que sentía resonó en el silencio.

Dios, estaba perdiendo la razón. Tenía que ser eso.

Pero todo parecía... apagado.

Hubiera jurado que algo incorrecto flotaba en el aire, una perturbación que rebotaba en las paredes de mi abuela y que no estaba allí cuando me había ido por la mañana.

Encendí la luz y miré a mi alrededor, examinándolo todo. Nada parecía fuera de lugar. Pero mi instinto me advertía de que alguien había estado allí. El miedo se deslizó bajo mi piel cuando di un paso hacia dentro y cerré la puerta. Entré en la cocina y encendí la luz. Estaba vacía.

Sí, estaba sola. De alguna manera eso no me hacía sentir mejor. Puse un poco de empanada en un plato y me senté en la mesa junto a la ventana. Era como si me hubiera metido arena en la boca, pero me obligué a comérmela, ya que llevaba días alimentándome mal.

Cuarenta minutos después, el ruido de un motor retumbó en la calle. Cada vez más cerca. El aire se cargó de electricidad. Mi conciencia despertó. Me llenó de confusión, de pavor. Los faros iluminaron la oscuridad mucho antes de que la enorme *pickup* de Rex se dirigiera al camino de acceso. Mucho antes de lo que yo esperaba.

El frenesí volvió a inundarme. La respiración me bloqueó los pulmones antes de salir por fin, y no pude apartar la mirada de él mientras subía los escalones del porche y entraba con la cabeza caída entre los hombros. Cerré los ojos y apreté la mano contra el corazón.

¡Dios! ¿Qué se suponía que debía hacer?

36

REX

Me senté en la barra, y tomé una cerveza tras otra. Olive's estaba lleno, como todos los viernes por la noche. Había muchas personas allí, disfrutando de sus vidas mientras se reían, hablaban...

Eso solo amplificaba el vacío. El hueco de mi interior. La confusión que había surgido en mí el día que Rynna me había dejado, solo había crecido con cada momento que pasaba. La presencia de Janel se había vuelto cada vez más difícil de soportar. Cada vez que abría la puerta de casa y la veía, me hundía un poco más. Verla hacía que se me revoliera el estómago, que el corazón se me encogiera, pues odiaba no ver a Rynna al volver a casa. Odiaba que Frankie no supiera cómo comportarse con su madre, que se mostrara inquieta, insegura y un poco asustada. Odiaba que se me pusiera la piel de gallina cada puta vez que Janel abrazaba a mi niña.

Lo odiaba todo.

Ollie se presentó delante de mí ofreciéndome una cerveza más. Me la deslizó por la brillante barra.

—No sé si seguir alimentando eso o interrumpirlo.

Me la llevé a los labios y di un buen sorbo antes de inclinarla en su dirección.

—Estoy seguro de que conoces la respuesta a eso si me las sigues sirviendo. Ya sabes lo que dicen: trata a los demás como te gustaría que te trataran.

Riéndose por lo bajo, plantó las manos encima del mostrador y estiró sus brazos tatuados hacia mí.

—Sí, bueno —dijo en voz baja, echándose hacia delante—, podría ser el caso. Pero también significa que te conozco, y que sé que te encuentras fatal. Esto no es saludable.

Tomé otro sorbo.

—No tengo mucho que hacer al respecto, ¿verdad?

Ollie me miró con preocupación.

—No creo que beber aquí hasta perder el conocimiento sea la mejor solución.

—Ollie, no puedo... no puedo volver allí.

Suspiró y se limpió la mano antes de volver a centrar su atención en mí.

—Así que has dejado que tu ex entre en casa, y ahora no puedes volver allí, ¿no? ¿No te das cuenta del problema?

Oh, me daba cuenta de muchos problemas.

Me reí con amargura.

—El primer problema, Ollie, es que Janel no es mi ex. Sigue siendo mi mujer.

Frunció el ceño.

—Lo único que dice eso es un puto pedazo de papel. ¿Y sabes qué más dice en él? Que os seríais fieles el uno al otro, os amaríais, os respetaríais durante el resto de vuestra vida. Dice que seguiríais juntos en las buenas y en las malas. Para lo bueno y lo malo. Estaba allí, ¿recuerdas? ¿De verdad piensas que Janel te ha sido fiel desde que se fue? ¿Crees que te dejó porque te respetaba mucho? —Ollie negó con la cabeza con silenciosa indignación—. Estoy seguro de que ese papel ya no vale nada.

Pegué un brinco cuando sentí una mano en el hombro. Giré la cabeza y me encontré a Kale, que se sentó en un taburete a mi lado con una sonrisa.

—Hola. Decidme que llego justo a tiempo para participar en la conversación sobre la jodida situación el que se ha metido nuestro chico.

Jodidamente fantástico.

Lo que me faltaba era que mis amigos se pusieran a atormentarme. Que se burlaran de mí con lo que ya sabía.

Ollie le hizo a Kale un gesto con la barbilla.

—Sí. Justo a tiempo, colega. Estoy seguro de que este imbécil piensa que quedarse aquí sentado toda la noche hará que desaparezcan sus preocupaciones.

—Ollie me miró—. ¿Qué crees que pasará cuando te levantes por la mañana? Que seguirán allí, esperándote.

—Qué reconfortante... —gruñí, tomando un trago más.

—Solo te digo la verdad. —Ollie se encogió de hombros.

—¿Y qué coño quieres que haga al respecto? Rynna ya ha tomado una decisión. —No quería parecer tan cabreado e iracundo, pero ya no podía detenerme porque, era así. Estaba enfadado. Herido. La furiosa tormenta que bullía en mi interior hacía que me sintiera perdido, flotando en medio del mar, engullido por las olas. Sin una puta posibilidad de salvarme.

—¿Sí? —me desafió Kale, girando hacia un lado en el taburete para quedar enfrente de mí—. ¿Y eso por qué es?

—Porque sabe que no vale la pena liarse con alguien que tiene una vida tan desastrosa como la mía.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Eso son tonterías.

Solté un bufido de frustración.

—Fui a hablar con ella, Kale, fui a suplicarle y me dijo que me fuera. La traicioné, es cierto, no lo puedo negar. Ahora no confía en mí, y tampoco puedo pedirle que lo haga. Lo he jodido todo, como siempre.

—Sí, porque saber que todavía sigues estando casado la desilusionó. ¿No crees que habría reaccionado de otra forma si hubiera estado preparada? ¿Si hubieras dado los pasos necesarios para poner punto final a ese matrimonio de mierda que nunca debería haber existido?

—O quizá me habría echado igual. Hice un voto, y por una vez en mi vida, tengo que mantenerlo.

—¿Por una vez en tu vida? —Lo dijo como si no pudiera creer lo que estaba escuchando.

—Sí. ¿Acaso crees que no le hice a Sydney las mismas promesas?

Cerré la boca de golpe, bajando la barrera a las palabras que quería seguir diciendo.

Ollie parecía perdido.

—¿Qué tiene que ver Sydney con esto?

«¡Joder, joder, joder!».

Había metido la pata. Justo como había estado diciendo todo el tiempo, desde que Rynna entró en mi vida, las cosas estaban fuera de control. De la peor forma posible. Acababa de abrir la caja de Pandora de un pasado que no quería recordar. Un maldito choque de trenes, sin considerar a quién me llevaba por delante.

Lo último que quería era lastimar más a Ollie. No necesitaba esto. Joder, no merecía nada de esto. Nunca se lo había merecido.

—¿Qué has dicho? —La voz de Ollie sonaba tensa y ahogada.

Me puse en pie de un salto y me llevé las manos a la cabeza para mesarme el pelo, tratando de controlarme.

—Nada... —¿Qué más daban unas mentiras más? Como si fueran a suponer alguna diferencia—. Nada, que esa noche deberías haberla detenido. —Me terminé la cerveza y la dejé en la barra—. Voy a salir de aquí.

Dejé caer un puñado de billetes en el mostrador, giré sobre mis talones y me abrí paso entre la gente. Empujé los cuerpos apretados, mientras sus risas y su

alegría me rechinaba en los oídos. Me quemaba en la conciencia.

Cuando salí a la noche, estaba a punto de sufrir un ataque de pánico. Me recreé en la brisa fresca levantando la cabeza hacia el cielo, deseando lo que cualquier estrella que pudiera aparecer me concediera.

Bajé la cabeza cuando se abrió la puerta a mi espalda. No era necesario que me diera la vuelta para saber que era Kale.

—Vete adentro —le pedí.

—¿De verdad piensas que te voy a dar la espalda? ¿Ahora? ¿Cuando más me necesitas? Es posible que te pienses que has hecho un gran trabajo durante todos estos años para convencerte de que no necesitas a nadie, pero imagino que a estas alturas ya tienes claro que estás equivocado. —Dio un paso hacia mí—. Dime lo que quieres, Rex. Dímelo. ¿A quién quieres?

«A Frankie y a Rynna. A Frankie y a Rynna». Sus nombres giraban en mi mente, sin pausa. Negué con la cabeza.

—Lo he jodido todo, Kale. —Me volví lentamente—. Lo he jodido tanto todo que no tengo ni puta idea de qué hacer.

—Claro que lo sabes. Saber perfectamente lo que quieres hacer.

Resoplé por la nariz y aparté la mirada al tiempo que me pasaba una mano por el pelo.

—¿Y qué es?

—Posiblemente deberías empezar por perdonarte por lo que ocurrió con Sydney. Dejar de cargar con la losa que llevas. Decírselo a Ollie, porque merece saberlo.

La angustia me erizaba los nervios.

—Sydney no tiene nada que ver con esto. —No tenía defensa posible.

Kale dio un paso hacia delante, inclinando la cabeza a un lado.

—¿En serio? ¿De verdad vas a quedarte ahí y actuar como si no tuviera nada que ver con cada puta decisión que has tomado desde que ocurrió? ¿Realmente vas a actuar como si lo que te sucedió con Janel no tuviera nada que ver con eso?

—¿Qué? —Me revolví airado hacia él—. No veo de qué forma están relacionadas esas dos cosas.

—Te has acomodado, tío. Te estableciste porque pensabas que no te merecías ser feliz. Porque pensabas que no debías volver a amar. Y luego Frankie, esa dulce niñita, entró en tu vida y ya no supiste cómo decir que no al amor. Entonces, cediste, le abriste tu corazón, y la amaste. Amaste, amigo, y Janel lo volvió a destruir todo. Y ahora que te estabas asentando de nuevo, ha regresado.

—Se echó hacia delante y bajó la voz—. ¿De verdad crees que no vale la pena pelear por Rynna?

La angustia me oprimió el corazón.

—Por supuesto que vale la pena.

—Entonces, lucha por ella, Rex. Lucha por ella y por Frankie, y por una puta vez, lucha por ti mismo.

Me tensé de pies a cabeza.

—¿Y si no me lo merezco? —Nadé contra las emociones que me inundaban—. Lo he jodido todo. Como siempre he perdido a las personas que amo. Esta vez pensaba... Pensaba que con Rynna lo había conseguido. Que tenía una segunda oportunidad. Y a continuación, me deja también. No me quiere. No me quiere, y no sé cómo asumirlo. No sé cómo asumirlo.

Eso me había dejado destrozado. Me apreté los ojos con las manos.

¡Joder!

Regresé a casa roto de dolor. Había permanecido sentado en la *pickup* durante dos jodidas horas, dejando que el alcohol siguiera su curso antes de obligarme a moverme. Cuando aparqué delante de casa, traté de no mirar hacia el porche de Rynna. Quizá si bloqueaba ese lado de la calle, ya no querría nada.

«A Frankie y Rynna».

Quizá si lograba adormecerme, borraría todo el dolor. Quizá entonces podría flotar a través de los días.

Solté un par de suspiros antes de obligarme a salir. Casi arrastrando los pies, subí los escalones del porche y me acerqué a la puerta.

Entré en casa aturdido, y entrecerré los ojos cuando la puerta se cerró a mi espalda. Era como si estuviera viendo la escena a través de un sueño. Distorsionada.

Janel estaba en la cocina. Haciendo la cena.

«A Frankie y a Rynna».

El olor a costillas de cerdo flotaba en el aire, pero me repugnaba. Noté un nudo en la garganta y tragué saliva.

La melena rubia se onduló alrededor de sus hombros cuando se volvió para mirarme, sorprendida. Guardó el móvil con rapidez en el bolsillo trasero, y noté que le temblaban las manos.

—Oh, has llegado pronto. —Abrió la nevera y cogió una cerveza—. Ten.

Parece que la necesitas.

Parecía preocupada cuando se acercó a mí. Me abrió la lata y me llevó hasta el sofá.

—¿Has tenido un mal día? —preguntó, arrodillándose en el suelo para mirarme.

Solté una carcajada. ¿Un mal día? No tenía ni idea de lo que su regreso había supuesto. De lo que le había hecho a Rynna. Del precio que estaba pagando Frankie. Y todavía no sabía si dejarla entrar en nuestras vidas era lo adecuado, si se merecía la oportunidad de ser madre.

Había ido con Frankie un par de veces a baile, había hecho todo lo que yo le había dejado: la había llevado al parque, jugaba con ella cada vez que podía, aunque cada vez que las veía en la misma habitación quería arrancarme el pelo.

Pero Janel estaba intentándolo. ¿No?

—Podría decirse que sí —repuse.

Me puso las manos en las rodillas y se incorporó.

—Entonces —dijo quedamente, alcanzando la cremallera de mi pantalón—, Rex, permite que consiga que te olvides de todo lo malo. Déjame cuidarte. Por favor, Rex, déjame ocuparme de ti.

Gruñí y apoyé la cabeza en la parte superior del sofá, jadeando.

«A Frankie y a Rynna».

RYNNA

Me paseé por la cocina, sintiéndome como si estuviera atrapada en el limbo. Ante mí se extendía un camino, pero todavía no sabía si tomarlo; estaba atrapada en un purgatorio de preocupación, celos y pérdida. Mientras una ira reluciente iluminaba los bordes del lugar donde estaba encerrada. Me sentía indefensa. Y eso era lo último que quería.

Milo estaba dormido en su cama, en la esquina, y yo seguía dando vueltas por la cocina, tratando de distraerme. Quizá si cocinara algo vería la situación más clara. Entendería cuál era la decisión correcta. Podría ser un oasis de paz en medio de la perturbación horrible que seguía sacudiéndome por dentro.

Traté de rechazar el escalofrío de inquietud que me bajaba por la espalda, incapaz de deshacerme de la idea de que mientras yo estaba fuera alguien había entrado en mi casa. Me preguntaba si solo estaba siendo tonta, o si los celos me hacían ver fantasmas. Mi abuela me había dicho que siempre, siempre, confiara en mi instinto. Pero tenía las entrañas atadas con nudos imposibles de desatar. De esos cuyo principio y cuyo final no se podían distinguir.

—Abuela..., me gustaría que estuvieras aquí. Tú sabrías qué hacer —murmuré en voz baja, sacando de la nevera y la despensa los ingredientes necesarios para hacer tarta de manzana. La noche era oscura al otro lado de la ventana, y la lámpara globo que colgaba del techo iluminaba todo con un matiz amarillo.

Acababa de ponerlo todo en la encimera cuando me quedé quieta. Se me erizó el pelo de la nuca, aunque esta vez se trataba de un miedo diferente. Esta vez era fruto de la esperanza, de la emoción y de una profunda confusión. Cogí aire, di un paso atrás y estiré el cuello hacia el salón, escuchando.

El silencio hizo eco una vez más, pero era un silencio denso, ponderado, pesado. Como si tuviera una correa atada alrededor de mi cintura y anclada a mi vientre. Y me impulsaba a acercarme más.

Me deslicé por la habitación con pasos mudos, y apenas respiraba cuando me acerqué a la puerta. Hubo un fuerte golpe, que sonó como una llamada, una súplica. Me temblaba la mano cuando la llevé a la cerradura. Quizá fuera tonta, pero abrí de todas formas. El sonido metálico resonó en el silencio, y, durante un

instante, cerré los ojos con fuerza antes de girar el pomo y abrir la puerta.

Allí estaba él.

De pie en mi terraza.

Había un cielo estrellado y las ráfagas de viento azotaban los mechones de su pelo. En los puntos donde la luz de la luna iluminaba su rostro se veía una expresión dolorida. Era la imagen perfecta de la esperanza y la desesperación.

Al instante, se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Rex...

Tenía los puños cerrados, los dientes apretados y una mirada dura. Era un hombre dominante y peligroso al que, sin embargo, encadenaban todas sus dudas. Energía controlada, atormentada e incitante. Resultaba irresistible.

Y, Dios, yo quería discutir. Pelearme con él por mentirme. Porque lo amaba. Porque eso era lo correcto. El problema era que no estaba segura de qué era exactamente eso.

Rex respiró por la nariz, abriendo las fosas nasales, mientras nos mirábamos. Estábamos cautivos de todas las preguntas que flotaban entre nosotros. Que se agolpaban una sobre otra. Me di cuenta de cuándo se desconsoló. Atravesó el umbral y estuvo junto a mí al instante. El calor de su cuerpo me calentó como un horno. Mi corazón revoloteó, acelerado.

Me puso la mano en el pelo para obligarme a mirarlo.

—Mi ladronzuela. —Me acusó con la voz ronca, y yo suspiré de forma entrecortada. Eso solo hizo que lo sintiera más profundamente, que su presencia penetrara en cada una de mis células. La emoción explotó justo cuando el dolor por el pasado —por quién era Janel y lo que me había hecho— me recorría las venas, como un río embravecido que amenazaba por ahogarme. Lancé un grito, incapaz de retener aquello durante más tiempo.

—Me casé con ella, Rynna. Me casé con ella, y durante todo el tiempo supe que no debería haberlo hecho. Quizá me avergonzaba admitirlo ante ti o temía tu reacción cuando descubrieras que no había cortado por lo sano. Pero te prometo que iba a hacerlo, te lo prometo. Cuando te dije que tenía que ordenar algunas cosas de mi vida, me refería a eso. A poner fin a ese matrimonio como debería haber hecho hace años.

Solté otro grito. Él encerró mi rostro entre sus grandes manos y hundió los dedos en mi pelo.

—Rynna..., nena..., Rynna. No llores. —Se puso a besarme murmurando una avalancha de palabras frenéticas contra mi boca—. Estoy aquí. Estoy aquí, y no

me voy a ir a ninguna parte. Le he dicho que se vaya. Le he dicho que me iba y que tardaría una hora en volver y que para entonces tanto ella como sus cosas tenían que haber desaparecido. Le he dicho, Rynna, que mi corazón te pertenece, incluso aunque no lo quieras, a pesar de que quiero que lo hagas. Voy a luchar por ti, Rynna. No me voy a dar por vencido, jamás, porque tú y yo somos lo correcto.

Me besó más profundamente, ahogando uno de mis gritos. Y yo lo único que quería hacer era sucumbir a él. Perderme en ese hombre. En su presencia, su poder y su abrumador corazón.

Se me escapó desde el fondo de la garganta otro sollozo desgarrador. Imparable. Mis heridas estaban abiertas, y dolían demasiado.

—Rex, me duele mucho. No quería que fuera así, pensaba que lo tenía superado. Pero no. Es más grande todavía, y está justo ahí. No sé cómo manejar lo que ocurrió. Es pensarlo y me duele igual de nuevo.

Me enmarcó la cara con las manos, retrocedió y me miró confuso.

—¿De qué estás hablando, nena?

Al otro lado de la calle, se escuchó el ruido de un motor, un recordatorio de quiénes éramos y de por qué estábamos luchando. Pude oír el crujido de un coche sobre la gravilla cuando hizo la maniobra para salir, antes de acelerar y alejarse por la calle.

«Janel». Sabía que era ella. Y eso solo me hizo llorar con más fuerza.

—Janel. —Hipé el nombre.

Él miró por encima del hombro.

—Llevo una hora paseándome por tu porche. Cuando he llegado a casa, esta noche, pensaba que lo único que podía hacer era condenarme a mí mismo. Alejarme de ti y fingir que lo que tenemos no importa. Casi me rindo, porque pensaba que era lo correcto. Pero no lo es, Rynna. No lo es, porque tú y yo somos lo correcto. No estoy dispuesto a conformarme ni a darte la espalda y actuar como si no me estuviera muriendo por ti. La he dejado ahí y he venido directo aquí. Y durante todo este tiempo he estado tratando de armarme de valor, he tratado de encontrar las palabras para convencerte de que somos lo correcto. Por favor, Rynna. Por favor, no me dejes sufrir más. No puedo perderte. No puedo perderte a ti también.

—Janel... —Fue otro quejido, y supe que no tenía ningún sentido, porque no iba a ocurrir nada de eso.

—Rynna, ella no me importa. Te lo prometo. Sí, he estado esperándola durante

estos años. Me he mantenido fiel porque tenía la idea de que algún día volvería, y quería que la familia estuviera unida. Pero apareciste tú, Rynna, mi segunda oportunidad, y lo cambiaste todo. Mi fidelidad ahora es para ti. Mi corazón. Para ti y para Frankie. Eso es lo que necesito.

—Janel me odiaba, Rex. Me odiaba. Y lo que me hizo... No sé cómo voy a superarlo. Tendría que perdonarla y continuar, porque sé que formará parte de la vida de Frankie.

—¿Qué? —Se echó atrás, sosteniéndome la cara con más fuerza.

—Janel... —repetí, y solté otra perorata de palabras incoherentes—, ella era la chica que me odiaba tanto. Creo que te eché, que me aferré al pequeño error que cometiste al no decirme que estabas todavía casado, por su culpa. No supe manejar el hecho de que hubierais estado juntos, así que preferí... Esperé que ella hubiera cambiado. Por tu bien. Por el bien de Frankie. Pero no puedo...

—¿Qué acabas de decir? —Las palabras de Rex fueron un gruñido amenazador y feroz. Su comportamiento cambió al instante. Dejó de suplicar.

—Fue Janel. Ella es la responsable de lo que me ocurrió. La que lo planeó todo. Ella ideó que Aaron fingiera que quería salir conmigo. No sabía que ella era tu esposa, la madre de Frankie. No lo supe hasta que abrí la puerta.

Rex se apartó como si hubiera estallado una bomba.

—¿Aaron? ¿Aaron qué?

Lo miré parpadeando, porque Aaron en el fondo no importaba.

—Aaron Reed.

La sorpresa fue evidente en su cara antes de convertirse en pánico. Empezó a pasearse de un lado para otro, mesándose el pelo.

—¡Joder! Lo sabía. Lo sabía, lo sabía.

Me acerqué a él, su frenesí había sosegado el mío.

—Tranquilo, Rex. ¿Qué pasa?

—Aaron Reed era mi socio en la constructora. —Negó con la cabeza, presa del estupor—. Janel y él actuaron siempre como si no se conocieran. Pero la noche que me enrollé con ella en un bar en el otro lado del pueblo, él estaba conmigo. Fue quien me sugirió que fuéramos allí después del trabajo. Quien la vio... — Rex giró y me agarró de los brazos. No estuve segura de si era yo la que lo sostenía a él o él a mí—. Me impulsó hacia ella. Me dijo que me la ligara. Que parecía mi tipo. Y ella... Janel cayó al instante en mis brazos. Como si... hubiera estado esperándome.

Se apartó para volver a hundirse los dedos en el pelo.

—Han estado juntos todo el tiempo, ¿verdad? —Dio un puñetazo en el aire—. ¡Joder! Han estado juntos todo el tiempo y ni siquiera me lo imaginé. O quizá sí...

Bajó la mirada al suelo. La cabeza le temblaba, como si estuviera digiriéndolo todo.

—Cuando arrestaron a Aaron por malversación, había algo raro. Tuve la sensación de que... de que había más en todo eso. Que no podía estar actuando solo. Todos los documentos se habían manipulado, y el dinero desapareció.

—¡Oh, Dios mío! —Me llevé la mano a la boca.

Rex me miró con expresión de pánico

—Ella se largó un día antes de que él fuera a la cárcel, Rynna. Cuando salió la sentencia, pensé que todo iba a ir bien por fin, y luego, llegué a casa y me encontré con que Janel estaba dejándome.

—¡Oh, Dios mío! —repetí—. He visto a Aaron esta tarde, delante del *diner*. Y también hace aproximadamente una semana. Me ha dicho algo de que yo volvía a interponerme en el camino de Janel.

Rex me miró fijamente durante un instante antes de abrir los ojos como platos. Luego salió corriendo por la puerta y cruzó la calle volando.

REX

Crucé la calle corriendo, subí los escalones del porche de dos en dos, atravesé la puerta de entrada a la misma velocidad; no sabía lo que estaba buscando, pero me impulsaba una ansiedad abrumadora.

Cuando oí alejarse el motor de su coche hacía diez minutos, solo había sentido alivio. Sin embargo, ahora nada tenía sentido. Lo que había conocido como verdad todos esos años había sido una especie de fantasía retorcida. Durante este tiempo había pensado que había hecho algo mal, que había descuidado a Janel, que no la había tratado lo suficientemente bien, que no le había dedicado el tiempo suficiente y que la había hecho sentirse indigna. Porque lo cierto era que, en mi corazón, nunca había sido digna.

¿Había sido todo una charada?

Recorrí la estancia con la mirada, buscando cualquier cosa fuera de lugar. En la mesa de la cocina estaban los platos para la cena, y la comida en el interior del cubo de la basura, en medio de la habitación, como si se hubiera enfadado conmigo por haberla echado de repente.

Eso lo entendía. La idea de que podría haber sido cómplice en la jugada que me había hecho Aaron hacía tantos años, no. No podía entenderlo, aceptarlo... Aunque la verdad resonaba en mi conciencia. La certeza de que ella era culpable, que me había estado utilizando todo el tiempo.

Mientras la ira crecía en espiral en mi interior, apreté los dientes y fui hacia el pasillo, directo a mi habitación. Estaba justo como esperaba: destrozada, saqueada. El contenido de los cajones había sido arrojado al suelo en una alocada búsqueda de cualquier cosa de valor. Había arrancado las mantas de la cama, apartando el colchón a un lado. Y la caja fuerte que escondía debajo de la cama había desaparecido.

—Zorra... —murmuré furioso.

Debería haberlo sabido. Debería haber imaginado que no debía dejar que entrara en casa. En nuestras vidas, que podía volver a largarse dejándolo todo patas arriba. Aunque, sinceramente, lo único que me importaba en ese momento era que ya no estaba. Con gusto aceptaría la pérdida del poco dinero que

guardaba en la caja de seguridad si eso significaba que Janel estaba fuera de nuestras vidas.

Una plaga eliminada. Extinguida.

—¡Rex! —El grito de Rynna me taladró los oídos. Salí al pasillo y la vi delante de la puerta de la habitación de Frankie. Tenía la mano apretada contra la boca sin apartar la mirada de dentro.

Por un momento, me quedé paralizado por el terror.

«Frankie».

Me puse en movimiento, y Rynna se apartó de mi camino para que yo también viera lo mismo que ella. Me quedé helado en la puerta de la habitación de mi hija. Con solo una mirada fugaz, nadie vería nada fuera de lo normal, ya que la cama estaba hecha y los peluches seguían alineados contra las almohadas. Pero la ropa colgada en el armario había sido arrancada de las perchas, y habían desaparecido algunos zapatos. Frenético, corrí hacia la cómoda de Frankie. Los cajones... estaban vacíos.

Se adueñó de mí el peor terror que hubiera sentido nunca. Todos los miedos que tenía de perder a mi hija se apoderaron de mí. Salieron a la superficie, me sobrepasaron y cayeron sobre mí como una losa. Aplastándome. No podía respirar.

Cuando empecé a buscar el móvil en el bolsillo, me temblaban las manos. Pero se puso a sonar antes de que yo tuviera la oportunidad de marcar ningún número. El nombre de mi madre apareció en la pantalla.

Respondí, y todo mi ser se partió en dos.

Mi madre gritaba. Solo gritaba una y otra vez lo mismo.

—No está. Rex, no sé dónde está. No está aquí. Frankie no está.

RYNNA

Oía los gritos de Jenny Gunner a través del teléfono. Aullaba, rogaba y lloraba. Y Rex hacía mientras tanto un ruido inhumano. Emitía un gemido que provenía de su alma. Estaba agonizando, devastado, aplastado. El sonido reverberó en las paredes y me golpeó los sentidos. Me rodeé el cuerpo con los brazos como si así pudiera detener el dolor que me retorcía por dentro.

«Frankie Leigh».

Mi corazón se desmoronaba al tiempo que mi espíritu gritaba. Debería haber hecho algo antes, debería haber hablado. Esto era culpa mía —¡culpa mía!— desde el principio. Debería haberme quedado aquella primera noche cuando Janel me había apartado. Debería haberme mantenido firme, defenderme. Janel hubiera quedado expuesta como lo que era realmente. Pero había dejado que ella siguiera con sus pecados como si no los hubiera cometido.

Rex lanzó un montón de palabras incoherentes a su madre antes de poner fin a la llamada. Luego marcó el 911. Oí perfectamente cuándo respondió la operadora. Rex se había transfigurado de nuevo, alejándose de la espiral de tormento. Había enderezado los hombros y en su rostro solo se podía leer determinación. Como si estuviera dispuesto a impedir que se cumplieran sus peores miedos. Su voz era dura, firme y directa mientras transmitía la información a la operadora. El nombre de su esposa. La marca y modelo del coche. La descripción de ella y de la niña. La última vez que las habían visto.

Cuando puso fin a la llamada, cruzó el pasillo hacia el vestíbulo, con su poder e intensidad apenas contenidos. Me cogió entonces por los hombros.

—Quédate aquí, Rynna —me suplicó—. Quédate por si regresan. Y ten el móvil preparado para llamar a la policía. —Hundió los dedos en mi carne con suavidad—. ¿Vale?

—Por supuesto —dije con apenas un suspiro. Apreté los labios contra mi frente y se fue.

El único rastro que dejó fue el sonido de su salida y el rugido de la *pickup* calle abajo. Luego, el silencio se extendió como una cortina acerada y fría que clamaba contra las paredes y hacía temblar el suelo. Una sensación siniestra y

premonitoria.

Me retorcí los dedos mientras recorría el pasillo una y otra vez. Desesperada por hacer algo. La intuición me decía que no existía ninguna posibilidad de que Janel regresara aquí.

Mi mente daba vueltas. No podía acallarla, porque las imágenes parpadeaban en mi mente, oía voces como si hubiera alguien allí, susurrándome al oído. Me vinieron a la mente las palabras de Jenny Gunner cuando la vi en el *diner*: «La verdad es que no sé de qué vivía cuando no trabajaba para tu abuela. Por lo que sé, empezó aquí cuando estaba en el instituto». Recordé que me había encontrado a Aaron en la calle, y que había estado mirando por la ventana. «Siempre interponiéndote en el camino de Janel, ¿verdad?».

Todo giraba, se liaba, mezclándose. Por fin, se afianzó una certeza. No había sido una casualidad que Aaron fuera al *diner* y mirara por la ventana. No era curiosidad ni interés por la reapertura del viejo restaurante. Estaba espiondo. Preguntándose qué estaba pasando dentro.

Me bajó un escalofrío por la espalda que me dejó helada. Paralizada. Se filtró en cada célula de mi ser, sin dejarme apenas respirar. Mis pulmones se agitaron por fin y salí de mi parálisis para buscar el teléfono a ciegas. Ya corría por la puerta y cruzaba la calle cuando me lo llevé a la oreja. Me saltó de inmediato el buzón de voz de Rex.

—¡Joder! —murmuré, tratando de encajar el aparato entre mi hombro y mi oreja para poder abrir el coche. Ya estaba sentada detrás del volante cuando sonó la señal para dejar un mensaje—. Por favor, no te enfades, pero voy al *diner*. —Metí la marcha atrás y salí a la calle—. Es posible que solo sea una corazonada, y lo último que quiero es distraerte, pero no puedo ignorar este presentimiento. Tengo que asegurarme de que Janel no está allí. Tengo que actuar en consecuencia con lo que creo. Te comunicaré más tarde si veo algo raro.

Una vez colgué, lancé el móvil al asiento del copiloto y aceleré. Atravesé el vecindario a toda velocidad. Las farolas pasaron borrosas ante mí, se filtraron en mis ojos y pusieron mi corazón al límite. Di los tres giros necesarios para llegar al centro del pueblo con más velocidad de la que debía y, por fin, entré en Fairview.

Todos los negocios estaban cerrados, salvo el bar del extremo, y había pocas luces iluminando las aceras y los escaparates, pues ya habían pasado muchas horas desde el cierre. Reduje la velocidad al llegar a Pepper's Pies, y aparqué delante. Mis faros iluminaron las ventanas oscuras, y la brillante luz se reflejó en

el cristal, cegándome.

Apagué el motor, abrí la puerta y salí. El hotel en construcción enfrente del *diner* estaba a oscuras. Vacío. Y el único movimiento en la calle era la brisa premonitoria que me envolvió. Estaba asustada. En realidad estaba aterrada. Había entrado en el restaurante de mi abuela un millón de veces, y nunca antes había provocado en mí este tipo de reacción. Pero no podía ignorar lo que me gritaba mi mente.

Cogí el móvil y marqué el número de la policía, para poder llamar en cualquier momento. Mis pasos fueron lentos y cautelosos mientras me desplazaba por delante del SUV y la acera frente al negocio. Contuve la respiración al meter la llave en la cerradura, y abrí la puerta con suavidad. Me asaltó un profundo silencio. Siniestro y espeso. Muy espeso. Tanto que el miedo inundó mi ser. Se me puso la piel de los brazos de gallina y la conciencia me erizó el cabello.

Avancé poco a poco, midiendo cada paso para mantenerme en completo silencio. Cuando atravesé el comedor, mi respiración era superficial, y jadeé al rodear el largo mostrador para abrir la puerta metálica de la cocina.

Seguí hacia delante lentamente. Observando la cocina con atención. Oí un paso, una reverberación tenue en el aire denso. Un paso que no era mío. El miedo se apoderó de mí, así que deslicé el dedo por la pantalla del móvil. Vi un borrón de pelo rubio por el rabillo del ojo que provocó que mi terror creciera. Contuve el aliento al escuchar un silbido, un cambio en el aire, antes de que algo metálico se estrellara en mi nuca.

Luego hubo dolor. Mucho dolor. Y a pesar de todo intenté no perder la conciencia. Necesitaba pelear. Luchar por Frankie. Pero la oscuridad me envolvía, tomaba el control, y todo se volvió negro.

CORINNE DAYNE
TRES AÑOS ANTES...

La ira devoraba mis frágiles y viejos huesos. La aprensión me tenía bloqueada la boca del estómago y mis venas movían la sangre lentamente, porque el miedo era cada vez menor. Mis manos curtidas ya no me temblaban tanto.

Debería haberme dado cuenta hacía mucho tiempo. Siempre había visto algo raro en esa chica. Pero lo había ignorado como una idiota, pensando que cada persona era diferente y no tenía derecho a hacer juicios sobre nadie. Pero ¿esto? Sobre esto sí que pensaba actuar.

Cuando detuvo el coche al otro lado de la calle, me acerqué a la puerta y salí al porche. Por primera vez en mucho tiempo, deseé ser más joven. Más fuerte. No cojear y que mi cuerpo no protestara a cada paso. La vi sacar a su precioso bebé del asiento trasero y besarla en la sien como si no fuera una desgraciada.

El cielo había adquirido un tono azul oscuro al caer la noche, y el horizonte apenas contenía los últimos vestigios anaranjados y rosados del día que se iba. Crucé la calle con la prueba apretada contra el pecho.

—¿Qué has hecho? —le espeté con la voz temblorosa, incapaz de contener la acusación.

Janel giró la cabeza en mi dirección.

—Corinne —resopló—, hoy no tengo tiempo para tus divagaciones sin sentido. Las cosas están muy difíciles con todo lo que ha ocurrido en la compañía de Rex. Tengo que hacerle la cena, pues llegará dentro de poco. —Me dio la espalda y se apoyó a Frankie Leigh en la cadera para dirigirse hacia el porche.

—Eso ha sido muy conveniente, ¿no? El hecho de que Aaron, el chico que ha sido siempre tu amigo en el colegio, vaya a la cárcel por malversación en la empresa de tu marido. Que robara todo ese dinero. ¡Qué lástima! Y aquí estás, jugando a hacerte la inocente. Supongo que así habrá sido siempre, ¿no? Nos has tomado a todos por tontos mientras manipulabas todas las situaciones para salirte con la tuya.

Me inundó un profundo pesar. Debería haberlo sabido entonces, cuando mi Rynna huyó. ¡Oh, cómo había anhelado mi niña a ese chico, Aaron! Al que miraba con ojos soñadores cada vez que se presentaba en el *diner* para comprar

un trozo de tarta, y cómo se había alegrado cuando por fin él se dio cuenta de su existencia.

No fue hasta que vi el vídeo que me di cuenta de los dos eran los culpables de su ejecución.

Janel y Aaron.

Igual que eran los culpables de lo que le estaba pasando a Rex.

Pero esta vez yo no pensaba hacer la vista gorda.

Janel se quedó paralizada delante de la puerta que estaba abriendo. Se volvió despacio para mirarme.

—¿Qué has dicho? —musitó—. Porque me ha dado la impresión de que me estabas acusando de algo que no es cierto.

La cinta de vídeo me pesaba en las manos.

—Ya sabes... Durante todos estos años ha faltado dinero. Han sido tantas veces que he llegado a pensar que me estaba volviendo loca o que ya no sabía contar. Pero se me ocurrió que había llegado el momento de que necesitaba pruebas de que no podía manejar el día a día para cerrar el negocio y retirarme. Imagina mi sorpresa cuando me senté a ver el vídeo de la noche pasada.

Janel palideció. Se quedó blanca como un fantasma. Ella sabía tan bien como yo lo que aparecía en el vídeo. Había pensado contarle que iba a poner cámaras, pero luego se me ocurrió que era mejor que no lo hiciera, que no supiera que me estaba volviendo senil ni de que alguien me robaba. Sencillamente, no había calculado lo enorme que era el robo que habían realizado.

La escena que había capturado la cámara en medio de la noche había sido una discusión entre Janel y Aaron sobre el hecho de que Aaron había realizado una malversación en RG Construcciones.

—Eres un idiota y te han pillado —espetó Janel, furiosa.

—Y tú la que me ha empujado a ello. Ahora tú tienes el dinero y yo voy a ir a la cárcel. Pues ni de coña. Esta idea ha sido cosa tuya, y lo vas a confesar. Llevas años controlándolo todo, ya ha llegado el momento de que te detengas.

—¿Estás loco? Rex no sabe nada, y va a seguir así. Haz lo que se supone que debes hacer. Comportarte como un hombre, porque desde donde yo estoy solo pareces una nenaza.

Vi que ella se acercaba más a él y le deslizaba una mano por el pecho.

—Además, a ninguno de los dos nos va a servir de nada si estamos los dos tras las rejas. Todavía conservamos ese dinero con el que no contaban. Lo esconderé y, cuando salgamos, nos volveremos a encontrar justo donde lo dejamos. Ahora que

no estarás involucrado en el negocio de Rex, necesitará a alguien que se haga cargo. ¿Quién mejor que su querida esposa?

Luego habían empezado a besarse y a hacer otras cosas desagradables que me habían puesto la piel de gallina. Sentí una oleada de simpatía por ese pobre hombre cuyo único pecado era haberse partido la espalda trabajando para cuidar de su familia. Rex no tenía ni idea de que lo habían traicionado.

Janel dejó a Frankie en el suelo. Aquella niña preciosa se tambaleó hacia delante en un precario equilibrio, balbuciendo con dos dedos dentro de la boca. Janel me miró de forma amenazadora.

—Vieja, jugar conmigo es un error.

Posiblemente, sí, pero no podía evitarlo. Y menos cuando veía a esa niña, alegre e inocente. Y cuando sabía que esa mujer no era más que veneno. Lo único que Janel hacía bien era destruir, y no me iba a apartar para ver cómo arruinaba a más personas.

—Parece que esta vez soy yo la que tiene la sartén por el mango, ¿no?

Un instante después, Janel bajó corriendo los escalones en mi dirección. Me sorprendió que me clavara las uñas en la muñeca.

—Dámela.

A pesar de que estaba lastimándome, emití una risa burlona. Sentía ira por mi Rynna, por Rex. Rabiaba por todas las personas a las que ella había hecho algún mal, porque apostaba algo a que ellos no eran sus únicas víctimas.

—Ten. Tengo más cintas de vídeo grabadas de la misma forma. Y lo he preparado todo para que las reciba la policía...

Ella retrocedió.

—Creo que me estás mintiendo, Corinne Dayne, porque si tuvieras algo contra mí, ya habrías acudido a la policía, como hizo tu nieta cuando se lo contó a mi madre. Sois iguales. ¿Qué quieres de mí?

En eso se equivocaba. No iba de farol. Solo que no me había arriesgado a que la policía ignorara el vídeo o lo considerara poco concluyente. No quería que esa intrigante convenciera a ese hombre honesto de que yo había interpretado todo mal y él le diera otra oportunidad. Solo quería que se marchara.

—Solo quiero que te largues. Haz el equipaje antes de que Rex vuelva a casa y vete del pueblo. Y no vuelvas nunca.

En sus ojos azules ardió el odio. Frío como el hielo.

—¿Estás loca? No pienso hacer nada de lo que dices.

—Entonces, será un placer poner todo en marcha. Y si me sucede algo, ¿quién

sabe dónde aparecerá uno de estos vídeos?

Si hubiera sido posible, habría echado humo por las orejas, con la barbilla afilada y tensa. Llena de odio.

—Zorra, igual que tu puta nieta.

—Quizá, pero es mejor que ser una ladrona, una mentirosa y una traidora. Y creo que tu marido podría estar de acuerdo conmigo.

Palideció como si en ese momento se hubiera dado cuenta de que yo hablaba en serio.

—¿Me estás pidiendo que me vaya? —dijo con la voz entrecortada.

—Oh, no te estoy pidiendo nada. Te lo estoy ordenando.

—Que me vaya... del pueblo y no vuelva. Si lo hago, ¿ese vídeo no aparecerá? ¿Esos son los términos? ¿No quieres nada más?

«Piensa el ladrón que todos son de su condición».

—Nada más. Solo eso, que te vayas.

Soltó una risita agria y hostil antes de cuadrar los hombros y alzar la barbilla, como si no le hubiera hecho daño a nadie.

—Estupendo.

Se dio la vuelta y subió corriendo los escalones. Golpeó la puerta mientras entraba a toda velocidad. La perra de Rex, Missy, ladró colándose por la puerta para ir a montar guardia junto a Frankie. La niña se rio, hundiendo los dedos en el pelaje del perro. Di un par de pasos hacia la entrada, pensando que sería mejor vigilarla de cerca.

Diez minutos después, Janel salió disparada, cargando una maleta enorme, que arrastró por los escalones para meterla en el maletero. Luego volvió a subir las escaleras corriendo. Cogió a Frankie Leigh del suelo y la llevó al vehículo. Missy bajó con ella, gimiendo, sabiendo que pasaba algo.

El pánico casi me rompió el corazón en un millón de pedazos, así que me acerqué deprisa justo cuando Janel ponía a Frankie en el asiento trasero. Cerró la puerta de golpe y corrió a sentarse en el asiento del conductor. Después de encender el motor, metió la marcha atrás para salir del camino.

Como pude, agarré la manilla y abrí la puerta trasera. Odiaba la idea de poner a Frankie en peligro, pero no podía permitir que se fuera con ella. Janel frenó en seco cuando yo estaba cogiendo a Frankie. Luego salió del coche con una expresión de furia.

—Puede que me vaya, pero no lo haré sin mi hija.

Me la intentó arrancar de los brazos, rompiéndose las uñas. Frankie empezó a

llorar. A llorar sin parar. Confusa y aterrada. Solo era un bebé que no se merecía nada de esto. Luché contra ella, retrocediendo por el camino de entrada mientras apretaba a Frankie contra mi pecho.

—Janel, no te la vas a llevar. Eres un demonio, y no pienso permitir que manches a esta niña. Déjala aquí, o moriré de buena gana para demostrarle a Rex quién eres exactamente.

Missy seguía saltando a nuestro alrededor, ladrando, sin saber a quién debía proteger y contra quién debía pelear. Janel siguió tratando de coger a Frankie, y empezamos a forcejear cada vez más cerca de la carretera.

Traté de aguantar. No pensaba permitir que se llevara a Frankie. Pero Janel era más fuerte que yo. Por fin, me la quitó, con una expresión de victoria en la cara. Justo en ese momento, escuchamos el estruendoso motor de la *pickup*, que acababa de entrar en la calle. Por un segundo, Janel se quedó congelada, así que aproveché la oportunidad para arremeter contra ella, agarrando a Frankie con un brazo por la cintura. La alejé de Janel justo antes de que ella me empujara tan fuerte como pudo. La niña y yo caímos al suelo.

Frankie gritó y se puso de pie para empezar a andar tambaleándose hacia la parte trasera del coche de su madre. Rodé sobre la grava hasta detenerme a su lado. El motor seguía rugiendo en la distancia, cada vez más cerca. Presa del pánico, Janel saltó detrás del volante y metió la marcha atrás, solo preocupada por escapar.

—¡No! —grité.

Los neumáticos chirriaron levantando una nube de polvo. Había mucho ruido: el motor, mis gritos, los lloros de Frankie... Y no pude darle sentido a nada, solo a que ella llegó a la carretera y salió pitando en la dirección opuesta a la *pickup* de Rex.

«¡No! Frankie Leigh no, ¡oh, Dios mío!».

Lo rezaba para mis adentros, lo gritaba.

Un sonido de alivio estrangulado salió del fondo de mi garganta cuando vi a Frankie. Estaba llorando, tendida boca abajo en la tierra. Busqué con la vista hasta ver con horror que Missy estaba muerta en vez de ella. Tendida en un borde del camino. Missy había salvado a Frankie, la había empujado fuera del camino.

Rex frenó bruscamente en medio de la carretera y salió tambaleándose. El resplandor de sus faros cortaba la noche, cada vez más profunda.

—¡Oh, Dios, señora...! ¡Oh, Dios, Frankie! —En cuanto vio a su hija, corrió

hacia ella. Aturdido, miró por encima del hombro las luces traseras que desaparecían en la distancia. Su expresión se rompió cuando miró la escena al fondo. Pero la cuestión era que este hombre leal y trabajador no sabía cuán peor podría haber sido.

41

RYNNA

El dolor hacía que me palpitara la parte de atrás de la cabeza. Era cegador y agudo. Luché contra él, tragándome las náuseas, y me obligué a ponerme de rodillas. Busqué a tientas mi teléfono por el suelo. No estaba. No estaba.

Hasta las profundidades de la cocina llegó el eco de unos murmullos. Venían de la vieja sala de descanso y el despacho. Luché contra el terror que me inundaba las venas para obligarme a levantarme y escudriñé la oscuridad con los ojos entrecerrados. Apreté la espalda contra uno de los hornos industriales, intentando hacerme lo más pequeña posible. Poco a poco, me arrastré en silencio hacia las voces.

Los fregaderos quedaban en la pared trasera. Y había una despensa enorme a la derecha. El viejo despacho quedaba en el pasillo de la izquierda. Pegada contra la superficie metálica, me moví para poder asomarme a las tenebrosas profundidades. En la pequeña habitación la luz parpadeante de una vela y una linterna proyectaba sombras en las paredes. Allí dentro había dos personas, y sus siluetas recortadas daban fe de sus movimientos.

¿Dónde estaba Frankie?

Me bajó un sudor frío por la nuca y cerré con fuerza los ojos para reunir valor. Midiendo si podría llegar al teléfono que había en el viejo escritorio en el interior de la oficina. Avancé por el pasillo, y las voces se hicieron más claras con cada paso que daba. Ambos se susurraban asustados mientras buscaban algo con frenesí.

—¿Dónde está?

—La cuestión es ¿dónde cojones lo escondiste?

—Tiene que estar por aquí. Han... han pasado muchos años. No me iré sin ese dinero. El dinero, mi hija y la maldita cinta de vídeo.

—¿Crees de verdad que no te están buscando ya por haberte llevado a la cría? Ha sido una estupidez, Janel. Te dije desde el principio que era lo más estúpido que podías hacer. Mira que volver a casa de Rex... ¿En qué estabas pensando?

—No pienso volver a dejar atrás a mi niña. Ese era el trato.

—Sí, ¿y qué esperabas? ¿Que me mantuviera al margen mientras tú te

relacionabas con ese capullo arrogante otra vez? ¿Beneficiándose de lo que es mío? Estás loca si pensabas que iba a dejar que te quedaras allí.

—Cállate y ayúdame a encontrarlo. Solo importa eso.

Seguí acercándome quedamente, con el corazón a punto de salirse del pecho.

—¡Sí! Aquí está..., ¡aquí está! —gritó Janel de repente, poniéndose de pie con una caja en las manos. Una caja que debía de haber encontrado debajo de las tablas del suelo.

Sabía que me había quedado sin tiempo, así que corrí hacia el móvil, que estaba a cuatro pasos de distancia. Cuando agarré el aparato, pulsé los tres simples números de socorro. Lo hice, lo conseguí, un segundo antes de que me arrancaran el receptor de la mano. Empecé a girar, sorprendida, y me empujaron a un lado con fuerza.

Dejé de sentir el suelo bajo los pies hasta que aterricé contra la pared. Pero esta vez estaba preparada, lista para pelear. Una lucha que debía haber enfrentado hacía años, pero ahora me parecía que luchaba por Rex, por Frankie. Por mí.

—Cobarde, te has llevado a una niña —la acusé, apretando el hombro contra su pecho con todas mis fuerzas.

El color me subió por la cabeza, pero valió la pena. Y la valió porque Janel se tambaleó hacia atrás, agitando los brazos y con el pelo alrededor de la cara. La caja que sostenía entre las manos salió volando por el aire y se estrelló en el suelo. Me incliné a por ella, pero una mano me cogió del pelo y tiró hacia atrás.

—Zorra estúpida, siempre interponiéndote en mi camino. Esta vez no. No.

Lancé un codazo hacia atrás y la alcancé en las costillas. Ella lanzó un grito. Me di la vuelta y la pillé cuando estaba moviéndose hacia mí. Nuestros cuerpos colisionaron. Un choque de almas. La enganché del cuello, tratando de sujetarla, de abrazarla.

Ella se soltó, tan frenética que se tambaleó, sin fuerzas. Siguió retrocediendo hasta golpearse con el escritorio. Me lancé sobre ella y caímos sobre la madera resbaladiza, tirando al suelo todo lo que había encima de la mesa. Los papeles, el teléfono y la vela. Y luchamos. Puñetazos, golpes y tirones de pelo. Luché hasta que un enorme cuerpo me cogió. Entonces chillé, di patadas y peleé con furia, llena de odio. Envuelta en la desesperada necesidad de llegar a Frankie.

«Frankie».

«Frankie Leigh».

Cuando el aroma a la colonia de Aaron inundó mis fosas nasales, el recuerdo

casi me hizo vomitar. Luché para liberarme de él, pero era demasiado fuerte. Finalmente me arrojó a un lado, como si no fuera nada.

Solo basura.

Como me había tratado antes.

Aaron cogió la caja del suelo y a Janel por la muñeca.

—Tenemos que salir de aquí ahora mismo.

Yo clavé mi atención en el suelo, al otro lado del despacho, donde cobraba vida una llama. La vela había prendido en un pedazo de papel que flotaba en el suelo. Una parte de mí quería apagarla. Proteger el legado de mi abuela. Pero nada tendría importancia si se marchaban con Frankie. No podía permitir que ocurriera eso.

Janel y Aaron recorrieron el pasillo de la mano hasta la puerta de atrás. Seguramente el punto por el que habían entrado. Frankie era mi única preocupación, no aquel edificio, sus recuerdos o la esperanza de lo que podría volver a ser algún día. Solo la niña.

Gritando de dolor, intenté ponerme de pie para perseguirlos. Cuando atravesé la puerta, corrían hacia un Durango negro, aparcado en la parte de atrás. Por mi visión periférica, pude ver las llamas. Sabía que el *diner* estaba a punto de arder.

No bajé la velocidad, solo corrí con más rapidez, desesperada por encontrar a Frankie. Aaron intentó obligar a Janel a sentarse en el lugar del copiloto, pero ella se desvió y abrió la puerta trasera.

—Frankie... ¿Frankie? —gritó llena de pánico—. ¡Frankie! —Se giró hacia Aaron intentando zafarse de él—. ¿Dónde está Frankie?

Trastabillé a medio camino de ellos, en el solar vacío, con el corazón desbocado.

—Ya te lo advertí, Janel, pero no has querido escucharme. No vamos a llevar con nosotros a esa jodida niña. Vamos a largarnos de Gingham Lakes, del estado, y nada nos frenará. Venga, vámonos.

—¿Dónde está?! —gritó ella.

A pesar de que la atención de Aaron no era esa, se volvió hacia el *diner*, con la expresión retorcida en un breve destello de culpa. Y todo porque el restaurante de mi abuela estaba en llamas.

No. ¡Oh, Dios mío!

Negó lentamente con la cabeza.

—No esperaba que ardiera. Eso no ha sido culpa mía. Ahora entra, o te dejaré aquí.

La expresión de Janel era de terror absoluto. Y pensé por un momento que estaba viendo su primer rastro de humanidad. Que reaccionaba como cualquier madre. Pero aquello desapareció con rapidez, y Janel se metió en el Durango.

Iba a abandonar a su hija.

Me giré, presa de mi propio horror. Las llamas asomaban por la ventana trasera y brillaban a través de la puerta abierta. Durante un instante, cerré los ojos, pero de pronto oí la voz de mi abuela en el oído. Su presencia resultaba tan abrumadora que podía sentirla en mis profundidades: «*Todos los momentos importan, aunque rara vez sabemos lo importantes que son hasta que ya ha pasado la oportunidad de actuar sobre ellos*».

Siempre había sabido que Rex y Frankie valían la pena. Esto me podía salir muy caro, podía perderlo todo, pero siempre valdría la pena.

Corrí hacia el *diner*; la adrenalina y el miedo eran combustible en mis venas, y oía un pitido en los oídos. Levanté el brazo como si este pudiera protegerme cuando atravesé la puerta para entrar en la cocina. El humo me tragó entera. Negro. Espeso. Sofocante. Contuve la respiración mientras me agachaba todo lo que podía, y empecé a buscarla. Cuando no aguanté más, me cubrí la nariz con la camiseta y subí.

Respiré. Pero el aire me quemó los pulmones de tal manera que fue como si se encogieran, igual que el resto de mis entrañas. El calor ardiente me lamió la piel, y quise gritar. Gritar para que me ayudaran, para no volverme loca, por Frankie. Sobre todo por ella. Palpé a tientas las paredes, tratando de encontrar mi camino, para saber en qué dirección avanzaba. Desorientada, intenté situarme; una pared, un horno, la despensa... ¡Oh, Dios, la despensa!

La puerta estaba cerrada, y cuando me fui por la noche estaba abierta. Estaba segura. Había estado metiendo cosas y no había cerrado. Deslicé las manos por ella, palpando, buscando... Me inundó el alivio cuando encontré el pestillo y logré abrirlo. El humo inundó el cuarto y, al mismo tiempo, escuché el llanto de Frankie.

—¡Frankie! —Mi grito fue de alegría, de consuelo..., de miedo. Todas las emociones me inundaron una detrás de otra, porque no podía respirar ni ver, y me dolía todo. El calor me abrasaba y el humo me asfixiaba.

Pero no pensaba darme por vencida.

Las llamas estaban lamiendo la pared junto a la puerta de la despensa, consumiendo la cocina, el yeso, la madera y los recuerdos. Caí de rodillas y gateé. Por fin, toqué algo que se movía: un pie..., una pierna..., un pequeño cuerpo,

que capturé entre mis brazos y sostuve contra mi pecho, enterrando su rostro en mi camiseta.

Porque haría cualquier cosa para protegerla. Para salvarla.

Me mareé. Era como si me girara todo, la cabeza, el cuerpo, el alma. Luché para mantener la consciencia, para permanecer despierta y pelear. Aferré a Frankie contra mí, y comencé a gritar mientras me arrastraba hacia atrás.

REX

Atravesé las puertas de la comisaría. Había estado hablando por teléfono con mi madre durante todo el camino, tratando de sonsacarle tanta información como pude y de tranquilizarla al mismo tiempo. Lo que era una intención ridícula, porque yo mismo estaba a punto de descontrolarme. Era como si me hubieran arrancado una extremidad. Janel me había golpeado en el centro del pecho, la muy zorra me había arrancado el corazón todavía sangrando y latiendo, y lo sostenía como rehén con su mano corrupta y cruel.

Nunca, ni en un millón de años, hubiera imaginado que se rebajaría tanto. Claro que tampoco tenía ni idea de la profundidad de su traición.

Porque me había traicionado. Sin remisión.

El teniente Seth Long estaba saliendo de su despacho cuando me detuve delante de él. Habíamos ido juntos al colegio, y habíamos sido amigos desde que podía recordar. Aquel chico había dedicado su vida al bienestar de la comunidad.

—Rex —jadeó, después de poner a todo el equipo en alerta roja—. Hemos emitido un comunicado y tengo a todos los vehículos policiales disponibles en las calles. Vamos a dar con ella. Te lo prometo, Rex. Aunque sea lo último que haga, encontraré a tu hija.

Asentí con la cabeza, aunque seguía sintiéndome agitado, dividido entre el odio y el miedo. Que se juntaran los dos era una combinación peligrosa. Porque mis pensamientos cogían una dirección incorrecta, de venganza y agresión, como si estuvieran atados a mi cuerpo por una cuerda.

—Pero... tengo que hacer algo, no puedo estar quieto.

Me puso una mano en el hombro y bajó la cabeza para que nuestros ojos se encontraran, como si estuviera tratando de llegar a mí, de hacer que viera la razón cuando solo podía ver de color rojo.

—Lo sé. Pero necesito que hagas antes una declaración oficial; luego puedes acompañarme, ¿vale? No quiero que cometas ninguna estupidez.

Asentí otra vez, renuente, pero ¿qué más iba a hacer?

—Vale —convine.

—Venga, sigamos con el protocolo para poder salir de aquí.

Cuando lo estaba siguiendo a su despacho, me entró un mensaje de voz en el móvil. Lo saqué del bolsillo y entrecerré los ojos al darme cuenta de que me había llegado hacía quince minutos, mientras estaba hablando con mi madre.

Era de Rynna.

La aprensión me presionó las costillas y escuché el mensaje con rapidez, acercándome el aparato a la oreja. Rynna, en el otro extremo, parecía aterrada y preocupada, así como avergonzada, mientras me decía que lo sentía, pero que iría a Pepper's Pies. En ese mismo instante, la radio de la comisaría emitió un pitido, soltó un código y una dirección. Era de un oficial pidiendo apoyo.

Era una dirección que conocía muy bien.

Mis ojos se encontraron con los de Seth. El tiempo se congeló mientras nos mirábamos con entendimiento. Luego empecé a correr. Hacia la noche y la *pickup*. Seth me pisaba los talones para meterse detrás del volante en la patrulla. Lo adelanté, sin importarme estar rompiendo unas quince leyes distintas mientras aceleraba hacia el restaurante. Hacia Rynna, hacia Frankie, hacia toda mi vida. Hacia el centro de mi mundo.

Sentí que tardaba una eternidad en llegar a pesar de que no podían haber sido más de cinco minutos. Doblé la última esquina y giré bruscamente a la izquierda, con el motor rugiendo por la carretera. Cuando el edificio apareció ante mis ojos, me quedé sin aliento. Pepper's Pies estaba siendo pasto de las llamas y el humo.

¡No!

«¡No, no, no...!».

No frené, sino que aceleré, y tampoco detuve el vehículo cuando las llantas chocaron contra el borde de la acera. Solo me paré antes de golpear la pared de ladrillo, pisé el freno y salté del vehículo sin necesidad de apagar el motor. La angustia me inundaba las venas. Espoleándome para que fuera lo más rápido posible.

Fui directamente a la puerta de entrada y la abrí, porque la desesperación te hace hacer cosas desesperadas. Y no vacilé. No pensé en nada más que en llegar a ellas. Sabía que estaban allí. Lo sabía cada parte de mí.

Una gruesa columna de humo salió a borbotones por el espacio cuando entré corriendo. Era como meterse en un horno. Seth me llamó, gritándome que no lo hiciera, que me detuviera; pero no existía ni la más mínima posibilidad de que me detuviera. Me subí la camisa para cubrir la boca y la nariz y me deslicé hacia la cocina, que era el lugar de donde procedía el humo. Cuando llegué a la puerta

giratoria, me ardieron los ojos cuando la traspasé, y cada centímetro de mí fue tragado por el calor. Era un infierno. Pero me negaba a dejar que se convirtiera en nuestro infierno.

—¡Rynna! —grité. A mi lado, cayó una avalancha de metal al suelo que me hizo dar un salto hacia atrás para esquivarla y no convertirme en un montón de escombros con ella.

¡Dios! Hacía demasiado calor. Tanto que hubiera jurado que la piel se me derretía sobre los huesos. Pero seguí hacia delante, con la adrenalina impulsándome como una bala.

—¡Rynna! —grité de nuevo.

Entonces escuché algo, débil y apenas discernible, pero lo oí por encima del rugido. Era un sonido extraño, justo a mi derecha. O quizá solo fue una especie de sexto sentido. Un tipo agudo de conciencia. Una necesidad interna que se convirtió en mi mayor fortaleza.

A ciegas, busqué hacia allí, cayendo de rodillas, con los dientes apretados para no notar las llamas. Busqué con las manos, recorriendo el restaurante como si estuviera escrito en Braille. Cada bache y depresión me decían que fuera más rápido. Cada segundo que pasaba se me agotaba el tiempo.

Entonces, mi mano cayó sobre algo sólido pero blando. Algo tierno. Y me sorprendió y alivió a la vez, porque eran mis chicas, acurrucadas al pie de la puerta trasera. Rynna golpeaba el suelo con una olla para guiarme.

Traté de abrir la pesada puerta de metal, pero estaba cerrada, razón por la que, seguramente, Rynna no había podido salir. Sentí que me explotaban los pulmones, pero reuní todo lo que tenía, todo mi amor, mi devoción, mi esperanza. Entonces, retrocedí y le di una patada.

Y como no conseguí nada, volví a hacerlo.

Se abrió de golpe.

Quería gritar victorioso y lleno de esperanza. Pero me volví, cogí a Rynna por detrás, con mi hija envuelta en la seguridad de sus brazos, y las arrastré hasta el asfalto del aparcamiento trasero, alejándolas todo lo que pude del fuego antes de desplomarme de rodillas junto a ellas.

Me atraganté, tosiendo, mientras me veía rodeado por voces y sirenas. Había alguien con una radio, pidiendo ayuda, diciendo que había al menos tres víctimas. Pero lo único en lo que yo podía concentrarme era en sus rostros cubiertos de ceniza. Frankie se aferraba a los brazos de Rynna. Yo no quería tocarlas, pues me preocupaba hacerles más daño, aunque estaba seguro de que mi hija no respiraba.

Mi corazón, ya herido, se detuvo.

«¡Oh, Dios, por favor, no!».

Rynna aspiraba grandes y violentas bocanadas de aire, con los ojos muy abiertos, pero sin que pudiera apreciar en ellos una mirada coherente.

—¡Ayuda! —grité—. ¡Que alguien nos ayude!

Percibí unos pasos apresurados y alguien me alejó. Luché por volver a ellos, pero unas manos estaban sobre mí, conteniéndome

—Deja que se ocupen de ellas. Tienes que dejar que las atiendan —me dijo Seth con la voz ronca al oído.

Me desplomé hacia delante, cayendo de nuevo de rodillas. Los bomberos y sanitarios pululaban alrededor, trabajando sin pausa. Una tormenta controlada y frenética. Mi mundo daba vueltas hasta que, de repente, un enfermero se detuvo para tomarme el pulso y preguntarme si sentía dolor o problemas para respirar.

Pero él no sabía que todo mi aire eran ellas. Que con gusto les daría el mío, cada respiración, cada latido del corazón. Les entregaría todo, siempre y cuando estuvieran bien.

Estaba encorvado en una silla de plástico duro, sentado con los codos apoyados en las rodillas y cansado hasta la médula de los huesos. Al otro lado de la puerta se apresuraba la gente por el pasillo, pero dentro de la habitación el tiempo se había detenido. No existía otra cosa que una larga espera que jugaba con mi mente. En aquella paz fingida flotaba una penumbra, donde el sonido del monitor me arrullaba con una constante sensación de seguridad que esperaba que no se detuviera nunca.

—Tío, deberías descansar un poco.

Salté cuando la voz apagada llegó desde atrás. Me pasé una mano por la cara, tratando de salir del aturdimiento, y miré por encima del hombro. Kale estaba allí, con la bata blanca. Parecía tan cansado como yo; desde el momento en el que atravesamos las puertas de urgencias, había corrido de un lado para otro sin parar, asegurándose de que realizaran todas las pruebas posibles a mi hija. Comprobando que no quedaba nada por examinar. Llevaba despierto todo el día y toda la noche.

—Estoy seguro de que el que debería descansar eres tú —dije.

Esbozó una sonrisa.

—Bah, soy casi un superhéroe, puedo seguir adelante.

«Capullo arrogante».

Me reí por lo bajo.

—¿Tú crees?

—Vamos, si ya lo sabes. —Su sonrisa era afable.

Volví a concentrarme en mi hija. Frankie estaba durmiendo, con su cuerpecito escondido bajo las sábanas blancas.

Descansando.

Sana y salva.

Según Kale, todo podía torcerse hasta dos días después de una exposición prolongada al humo. Lo que me hacía ser un jugador reacio en este juego de espera. Pero Kale siguió insistiendo en que no debía preocuparme. Que Frankie iba a ponerse bien. Que él se aseguraría de ello. Le habían administrado antibióticos como previsión, así como tratamientos respiratorios, y Kale me había prometido que no se había pasado nada por alto. Siempre había sabido lo buen médico que era Kale, pero no lo había tenido tan claro hasta entonces.

—Gracias, tío —murmuré por lo bajo—. Jamás podré pagarte lo que estás haciendo por mí.

Chasqueó la lengua.

—Solo estaba haciendo mi trabajo, Rex. Sabes que Frankie no estaría aquí si no fuera por ti y por Rynna.

«Rynna».

Mi hermosa Rynna. La chica que se había convertido en mi sol, mi luna y mis estrellas. Ella había salvado la vida a mi hija, y para ello se había puesto en peligro. Había luchado por ella, por nosotros. Y yo la amaba de forma absoluta.

—Y casi a costa de su vida.

Había ido a por todas. Y le estaba agradecido con cada parte de mi ser, a pesar de que la idea de que casi la había perdido también era otra agonía.

—No voy a pretender conocer demasiado a Rynna —dijo—, pero, por lo que sé de ella, estoy seguro de que no se arrepiente más que tú de haberse internado en ese fuego. Por eso estoy aquí. Puedes ir a verla.

Me balanceé hacia delante al tiempo que cogía aire.

—¿Puedes quedarte con Frankie un rato?

—Será un honor.

Entró en la habitación de Frankie arrastrando los pies, exhausto. Me levanté y luego vacilé antes de acercarme a él. Por fin, lo agarré y lo abracé con fuerza, poniéndole la mano en el centro de la espalda.

—No podría hacer nada de esto sin ti. Gracias, muchas gracias.

Él me devolvió el abrazo sin decir nada, pero los dos nos comunicamos en silencio. Con un poco de pesar, por lo que podría haber pasado.

Luego dio un paso atrás.

—Vete. Frankie está en buenas manos.

Estaba acercándome a la puerta cuando Frankie se movió y gimió por lo bajo. Al instante, cambié de dirección para estar con mi hija, que solo había estado despierta una hora en todo el día. Kale me dio una palmada en el hombro.

—Espero en el pasillo. Avísame cuando quieras que entre.

—Gracias.

Me hundí en la silla despacio, y noté que me temblaba todo el cuerpo cuando pasé los dedos por el pelo de mi hija, que era mi mundo.

—Hola, papi —me dijo, esbozando casi su preciosa sonrisa.

Le pasé el pulgar por la frente.

—Hola, garbancito —dije bajito—. ¿Cómo te sientes?

—Me duele el pecho.

Me invadió la ira, pero la contuve.

—Lo sé, nena. El tío Kale está trabajando para que pronto estés como nueva. Para ello solo vas a tener que descansar mucho, ¿vale?

Asintió levemente con la cabeza, con los ojos marrones abiertos de par en par bajo la luz tenue. Odié el miedo que vi en ellos. Que se hubiera visto dañada por culpa del mal y la avaricia. Seguí rozándole la frente con el pulgar para que supiera que estaba allí, que no me iba a ir a ninguna parte. Por fin, cuando rompió el silencio, fue con un susurro.

—Papá, tengo un secreto.

Me dio un vuelco el corazón, amenazando con fallarme, aterrado de lo que me podía decir. De lo que podía haber experimentado mientras la retuvo Janel. No podía soportarlo, y, sinceramente, estaba un poco preocupado por lo que podría hacer. Lo que ya quería hacer. Pero me controlé, porque mi hija era lo más importante, no la furia que bullía dentro de mí.

—¿Cuál es, nena? Puedes contárselo a papá.

Vaciló, como si lo que iba a decir pudiera meterla en problemas.

—Es que quiero que mi mamá sea Rynna, no Janel.

Me tragué la risa, y miré a mi hija parpadeando al tiempo que me preguntaba cómo había logrado tener tanta suerte. Me eché hacia delante para besarla en la sien antes de mirar sus ojos abiertos y confiados.

—¿Qué te parece si no lo guardamos en secreto? Creo que es mejor que se lo digamos a todo el mundo.

Me había aterrado enamorarme. Perder a alguien más, pues sabía que no había sitio dentro de mí para ello. Que mis huecos eran demasiado profundos.

Pero Rynna...

Ella los llenaba todos. Había salvado mi mundo y me había devuelto el corazón.

Rynna.

Mi dulce Rynna.

Mi ladronzuela.

RYNNA

La puerta se abrió con un crujido, y giré la cabeza en esa dirección. Intenté retener las lágrimas cuando descubrí quién estaba allí, pero no pude. Se me escaparon, se me deslizaron por la cara auténticos ríos calientes.

—Hola... Estás despierta. —Su voz era un murmullo cauteloso y ronco. Aun así su presencia me golpeó con fuerza. Era totalmente abrumador.

—¿Y Frankie? —Su nombre era como el fuego que sentía en la garganta, que tenía en carne viva y llena de ampollas. Lo miré llena de miedo, ansiedad y esperanza.

Cuando me había despertado, le había suplicado a la enfermera que me dijera cómo estaba la niña, que me diera cualquier noticia, porque lo único que recordaba era a Rex de pie junto a nosotras mientras yo abrazaba a Frankie. En lugar de darme una respuesta, la mujer me había prometido que les haría saber que estaba despierta para que alguien viniera a hablar conmigo. Por un segundo, Rex clavó sus poderosos ojos en mí, y noté que le temblaba el labio. Luego sonrió. Esa sonrisa lenta, sorprendida y adorable.

—Gracias a ti, Rynna. Gracias a ti, Frankie estará bien.

Se me cayeron más lágrimas. Pero esta vez fueron de alivio puro e incontenible. Las dejé caer como si estuvieran cayendo del cielo. Y agradecí que hubieran atendido mis oraciones.

Rex recorrió la distancia que lo separaba de mí, devorando el suelo con los pasos. La cama se movió cuando se hundió con cuidado a mi lado. Me retiró el pelo revuelto de la frente.

—Está bien... —repitió con la voz quebrada—, gracias a ti.

Toda la agitación que había contenido hasta ese momento se derramó de repente.

—Debería habértelo dicho desde el principio —le dije—. Si lo hubiera hecho, esto nunca habría ocurrido. Lo siento mucho.

Rex negó bruscamente con la cabeza, y me acarició la mejilla.

—No te atrevas a pedir disculpas, Rynna. Podría acusarme a mí mismo, ya que debería haber sabido todo el tiempo que Janel no era buena. Que solo un tonto

no se hubiera dado cuenta de que ella me había estado robando desde el primer día. Nuestra relación, nuestra hija, no ha sido más que una estratagema para estar más cerca de mí, para tener acceso a mis cuentas, para integrarse más profundamente en mi vida. —Me encerró la cara entre las manos—. La culpa es de ellos. Lo que nos hicieron caerá en su conciencia. Son culpables, y van a pagar durante el resto de sus vidas.

—¿Los han atrapado? —pregunté con la voz temblorosa.

Asintió brevemente.

—A unos treinta kilómetros del pueblo. Con una caja llena de dinero que no les pertenecía. Al parecer, también llevaban una cinta que implicaba a Janel en las acusaciones de malversación por las que encerraron a Aaron. —Luego continuó en tono significativo—. El vídeo era de unos días antes de que ella se fuera, y lo grabaron las cámaras de Pepper's Pies, Rynna..., en el despacho. Y aparecen tanto ella como Aaron.

Su declaración flotaba en la habitación, sobrevolándonos, clavándose en mi conciencia.

—Mi abuela lo sabía todo —concluí lentamente.

Él asintió.

—Sí. Creo que sí. Ahora que me he enterado de algunos detalles más, todo tiene sentido. El hecho de que tu abuela estuviera allí el día que Janel se alejó, por ejemplo, apoyándome en el golpe que supuso para mí ver a mi mujer largándose y a Missy muerta en la calle. Creo que tu abuela podría haberla asustado; seguramente esa sea la razón por la que Janel solo haya regresado al enterarse de que ella había fallecido.

Me embargó la pena, que siempre quedaba contenida en mi pecho: la pérdida de mi abuela era una herida que, estaba segura, nunca desaparecería. Pero en ella había algo dulce, tierno y amable. Sabiduría. Justo como había sido mi abuela.

Noté que a Rex le palpitaba la mandíbula.

—No sé... Ni siquiera estoy seguro de querer saber qué pasó ese día. A pesar de que en ese momento me quedé destrozado, lo único que puedo hacer ahora es agradecer a tu abuela que interviniera y protegiera a mi hija. Es posible que nunca me entere de lo que ocurrió, pero después de ver que Janel ha intentado llevársela esta noche, estoy seguro de que habría perdido a mi hija hace mucho tiempo si no hubiera sido por tu abuela. —Esbozó una sonrisa de adoración—. Todas las mujeres Dayne han salvado a mi hija. Y las dos entraron en nuestras vidas cuando más las necesitábamos.

Ese lugar en mi interior brilló lleno de luz y calor.

—Quizá mi abuela lo supo desde el principio, Rex —dije, ignorando el dolor que hacía arder mi brazo izquierdo para esbozar una sonrisa—. Quizá ella sabía que estábamos destinados el uno para el otro. Y tal vez por eso insistió tanto en que debía volver. Tenía el don de intuir las cosas antes de que ocurrieran.

Rex me acarició la cabeza en un gesto consolador y tranquilizador, haciéndome desear que siguiera tocándome eternamente.

—¿Crees que ella sabía que estabas destinada a mí?

Mi sonrisa se hizo tímida mientras asentía.

—Mi abuela siempre me dijo que lo sabría. Que sería magia. Quizá ella sintió esa magia mucho antes que nosotros.

—Porque es magia, Rynna. Frankie se pondrá bien, tú también, y estamos juntos. Eso es todo lo que importa.

En cuanto lo dijo, hizo una mueca, y un fuerte chorro de aire abandonó sus pulmones.

—Rynna, siento mucho lo del restaurante, lo siento.

Alargué el brazo para rodearle la muñeca y llevarme la palma de su mano a los labios y besársela antes de apretarla contra mi corazón palpitante.

—Rex, hubiera renunciado a cualquier cosa para salvarla. Al restaurante, a mi corazón, a mi vida... —Lo sujeté con más fuerza—. Y pensé que iba a ser así. Que nuestras vidas se escapaban. Y luego apareciste tú para salvarnos. Para salvar a Frankie.

Su expresión se transformó, casi feroz en su intensidad.

—Quizá en eso consiste ser una familia. Siempre he tenido miedo de perder a Frankie, pues sé que no sobreviviría a ese tipo de pérdida. Cuando perder a cualquiera de vosotras se convirtió en una posibilidad real, lo habría sacrificado todo, lo que fuera, hubiera vendido mi alma, perdido mi vida...

Me rozó la mejilla con el pulgar, e inclinó la cabeza a un lado. Aquellos ojos sabios me atravesaron hasta llegar a lo más profundo de mi ser.

—Rynna, has salvado mi vida. —Parpadeó como si estuviera luchando por decir lo más correcto—. En el momento en que te conocí, supe que eras diferente. Luché contra ti mientras tú peleabas por mí, por nosotros. Pero cada vez que nuestros caminos se cruzaban, sabía que mi vida estaba cambiando. Lo cierto es que me aterraba correr el riesgo. Pero, como tú has dicho, se trata de seguir el camino correcto.

Se acercó tanto que nuestras narices se rozaron y su respiración se confundió

con la mía.

—Frankie y tú me habéis brindado las mejores oportunidades de mi vida. Y en ambas ocasiones estaba aterrado. Pero si algo no te da miedo, quizá no sea lo suficientemente importante. Tú eres mi vida, Frankie y tú dais significado a la palabra familia. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Mi corazón se agitó desbocado, a punto de salirse del pecho. Rex se echó hacia delante y unió nuestros labios en un beso dulce antes de echarse atrás e inmovilizarme con esa mirada hipnótica.

—Te amo, Rynna Dayne. Te quiero con toda mi alma, y no voy a dejarte marchar nunca.

Amor... Amor... Amor...

Surgió y se extendió, fluyendo. Llenando cada grieta, cada vacío, y mi corazón. Creo que incluso se dividió en dos. Porque procedía de dos personas, dos personas que se iban a convertir en el centro de mi vida, en mi objetivo, en la base de mi existencia.

Me había parecido imposible traspasar la coraza de Rex Gunner, lo había considerado un obstáculo insuperable, impenetrable e imposible. Pero mi abuela siempre me había dicho que la vida solo era una larga cadena de posibilidades, y que algunas valían la pena con creces. Este hombre y su hija merecían cada una de ellas.

EPÍLOGO 1

REX

—¿Tienes los ojos cerrados? —pregunté, incapaz de evitar mirar a la increíble mujer que ocupaba el asiento del copiloto de la *pickup*.

Era mirarla y me daba un vuelco el corazón por el deseo, el amor... Sí, ese alocado tipo de amor. Era preciosa. Tan condenadamente hermosa que resultaba difícil apreciar su belleza en todo su esplendor, porque Rynna era ese tipo de hermosura que brillaba, cegaba e irradiaba. Era preciosa por dentro y por fuera. Conjugaba bondad y elegancia... Por no hablar de ese cuerpo, que seguía siendo mi mayor tentación, aunque no tenía ningún reparo en dejarme caer en ella.

—Sí, y me has puesto la venda en los ojos. —Rynna señaló la tela púrpura como si yo no fuera consciente de que estaba allí. Reprimí la risa mientras ella continuaba con su diatriba—. En serio, no estoy seguro de que crees que puedo ver, cuando todo está negro como el carbón. —Parecía a punto de llorar de emoción, aunque su sonrisa era brillante y se mordía el labio, sin poder contener la ansiedad—. Y estoy segura de que has estado conduciendo en círculos para despistarme. O para que me mareara... A saber.

Pero su sonrisa era enorme, y yo sabía que le gustaba esto tanto como a mí.

—Sujétate fuerte, cariño. La sorpresa está a la vuelta de la esquina.

Aparqué la *pickup* y apagué el motor. Luego me acerqué a ella, porque me gustaba inhalar su aroma, y cuando estaba a pocos centímetros de su cara, supe que lo sabía por la forma en la que se estremeció. Entonces le desaté la tela que le cubría los ojos y la solté. Ella parpadeó, tomándose su tiempo para intentar orientarse. Nada me podía hacer más feliz que, cuando lo hizo, me mirara fijamente. Era su punto de enfoque, justo como ella era el mío.

—Hola... —murmuró con ternura.

—Hola, preciosa. —Durante unos segundos, nos dejamos llevar por el momento, como siempre que estábamos juntos. Luego sonreí e hice un gesto con la cabeza para que concentrara su atención en lo que había al otro lado del parabrisas.

Ella soltó una carcajada antes de devolverme la mirada como si hubiera perdido la cabeza, aunque lo único que había perdido era el corazón.

—¿Me has traído a Pepper's Pies? ¿Después de estar aquí todo el día,

trabajando como una esclava? ¡No me digas que estamos aquí para que te haga una tarta! —Cada palabra de su boca era juguetona, llena de provocación.

Mi risa fue retumbante.

—Ni se me ocurriría, nena. Vamos... —Abrí la puerta, salté y corrí a su lado. Cuando se abrió la suya, yo ya estaba allí, ayudándola a salir. Entrelacé nuestros dedos y me llevé la mano a los labios para acariciarle los nudillos—. Esta noche te voy a cuidar yo.

Habían pasado seis meses desde el incendio. Aquel día que podía haber sido fatídico, pero no lo había sido. Por eso estábamos celebrándolo.

La guie por la acera hasta la puerta y ella soltó una risita, tratando de seguir mis largos pasos calzada con tacones. Me apresuré a meter la llave en la cerradura para desbloquear la puerta. La abrí un poco y me quedé de pie allí en medio; luego me di la vuelta para mirar a la mujer que lo había cambiado todo. La que había liberado todos los pedazos amargos y rotos de mi corazón hasta descubrir lo que se escondía debajo.

—Rynna, este edificio... significa mucho. El fuego... —Noté un nudo en la garganta y vi que a Rynna se le llenaban los ojos de lágrimas mientras me miraba fijamente—. Casi lo perdimos todo en el incendio: este edificio, tus sueños. A Frankie. El uno al otro. —Cada palabra era más intensa que la anterior. Y esa energía era la vida misma, un deseo interminable—. Pero resurgimos de esas cenizas. De ahí proviene mi mayor esperanza, mi mayor alegría.

Nunca se me había ocurrido que llegaría a amar a otra mujer después de haber perdido a Sydney, pero Rynna lo había cambiado todo. Había revivido partes de mí que yo pensaba que habían desaparecido para siempre. Aunque todavía no se lo había contado a Ollie, lo pensaba hacer. Ya no tenía miedo de que me odiara, solo me preocupaba provocarle más dolor.

Pero Rynna y yo habíamos aprendido también que mantener ese tipo de secretos solo nos perjudicaba más.

Le cogí las dos manos y tiré de ella hacia dentro, cerrando la puerta con rapidez. Estaba todo a oscuras salvo por la lámpara de seguridad contra huracanes que había puesto sobre una manta en medio de la estancia. Al lado había un cubo donde se estaba enfriando el champán. Todo estaba en la sala donde se instalarían las mesas la próxima semana. Esta misma tarde, el equipo y yo habíamos entrado después de que Rynna se fuera y habíamos llenado las paredes de fotos. Eran imágenes ampliadas, en blanco y negro, con grandes marcos, de la abuela de Rynna en este lugar, sirviendo las tartas, cocinando en la

cocina, trabajando en la caja y haciendo sonreír a los clientes sentados en la barra. Se trataba de fotos antiguas que había encontrado en una caja, en el armario de la habitación de Rynna, esperando ser encontradas y poder hablar por sí mismas.

Abrumada, Rynna miró a su alrededor mientras le caían las lágrimas por las mejillas, brillando bajo la tenue luz que bailaba desde la lámpara.

—Rex... —susurró, mordiéndose el labio y tratando de no llorar—. Es increíble.

La conduje más adentro de la habitación.

—Nada podría haberme hecho más feliz que devolverte este edificio, Rynna. No puedo pensar en un honor mayor que resucitar cada ladrillo, y jamás he estado más orgulloso que de estar a tu lado mientras recuperabas este lugar.

Tras otros dos pasos, noté que su pecho se agitaba mientras mi corazón latía de forma salvaje. La sangre atronaba en mis venas.

—Hace seis meses podríamos haberlo perdido todo, y en cambio, nos lo dieron todo. Otra oportunidad.

La miré parpadeando, vencido por la emoción, por los sentimientos.

—Cuando entraste en nuestras vidas, Rynna, lo hiciste todo mejor. Estaba lleno de miedo y odio, y me has enseñado a amar de nuevo. Le has mostrado a mi hija lo que supone ser amada por una madre, y nos has proporcionado una alegría diferente a la que conocíamos. Verla contigo es...

Me tragué la emoción: Rynna y mi hija. Oír que la llamaba mamá. Que Rynna la adorara sin límites.

—Te veo con ella y todo mi mundo está en su sitio —dije apretándole las manos—. Porque Frankie y tú sois mi mundo. Mi mundo entero, y no quiero estar sin ti.

Apoyé una rodilla en el suelo, y Rynna me miró sorprendida mientras las lágrimas caían de sus ojos. Pero los húmedos regueros solo iluminaban esa cara hermosa. Saqué el anillo del bolsillo y lo sostuve ante ella con dedos temblorosos.

—Cásate conmigo, Rynna Dayne —le supliqué—. Quiero ofrecerte todos mis días. Mi corazón y mi vida. Dime que serás mía para siempre.

Contuvo un gritito y luego permaneció allí, mirándome durante un buen rato, con la sonrisa iluminando su boca suave, húmeda y completamente dulce.

—Tú..., Rex Gunner, me lo has dado todo. Mis sueños, mis esperanzas. Una hija que llamar mía. Frankie y tú sois una parte de mí que no sabía que había

perdido. Vosotros sois mi corazón, mi vida. Y te prometo que siempre seré tuya.

Abrumado por la emoción, parpadeé para contener mis lágrimas mientras le ponía el anillo en el dedo. Rynna cayó de rodillas en la manta delante de mí. Me buscó con sus ojos, que revolotearon por mi cara.

—Ya sabía que hoy era un día especial, y te he reservado una sorpresa.

Le acaricié la cara, pasando el pulgar por su mandíbula. Siempre necesitaba tocarla.

—Así que tienes una sorpresa para mí, ¿no? Estoy seguro de que no quiero nada más de lo que ya me has dado.

Aleteó las pestañas mientras bajaba la cabeza y ponía las dos manos sobre su vientre. Luego me miró con una sonrisa tímida, con la eternidad reflejada en su rostro.

Mi eternidad. Mi para siempre. Mi segunda oportunidad

—¿Me estás diciendo que tengo la suerte de que vas a hacerme padre de nuevo? —pregunté, apenas capaz de hablar mientras le ponía las manos sobre las suyas.

Asintió con rapidez.

—Lo sé, sé que es pronto, pero no hemos tenido demasiado cuidado y... y... ¡Oh, Dios, Rex! Soy tan feliz... Este bebé me hace feliz.

Estaba divagando, nerviosa y emocionada a la vez. Preguntándose cómo reaccionaría. Le volvía loca que nunca hubiéramos tenido esta conversación, pero me había estado arriesgando con ella todo el rato.

Apoyé la frente en la de ella, enredé los dedos en su pelo mientras nuestras narices se rozaban.

—Nada podría hacerme más feliz que hacer esta familia contigo —murmuré—. Me siento feliz, Rynna. Condenadamente feliz. Eres mi segunda oportunidad, y no tengo miedo de enfrentarme a lo que nos traerá la vida.

Mi ladronzuela, que me había robado el corazón. Y yo iba a dárselo todo.

EPÍLOGO 2

RYNNA

Me detuve ante la puerta batiente de la cocina con una tarta de cerezas recién horneada en las manos, mirando al comedor. Todas las personas que amaba estaban allí para la gran reapertura de Pepper's Pies. Por mí, por mi legado. Era una fiesta privada solo para mi familia y mis amigos. Para mi marido. Para mi hija, Frankie Leigh. Para la mujer a la que había llegado a adorar y reclamar como mía, la madre de Rex, Jenny, que se había convertido en un elemento importante de nuestras vidas, y siempre estaba dispuesta a darme consejos y palabras de aliento cuando lo necesitaba, o sencillamente ser mi amiga en otros momentos. Era divertida, afectuosa pero irreverente, y estaba segura de que jamás desaparecería esa veta salvaje. Nos amaba de forma incondicional, a su manera perfecta.

Ollie y Kale, Nikki, Lillith y Brody también estaban allí, riéndose junto a las mesas que habíamos agrupado en el centro de la habitación. Seth Long, el oficial que había detenido a Janel y a Aaron, y algunos de los chicos de RG Construcciones también nos acompañaban. Macy había cogido un avión para la celebración, y encajaba perfectamente. En ese momento se reía de algo que le había dicho Kale; apostarí a que se trataba de algo muy inapropiado.

Y hubiera jurado, mientras miraba a mi alrededor, que mi abuela también estaba allí. Su espíritu era fuerte, su presencia profunda. Me guiaba con el susurro de sus alentadoras palabras, con la tranquilidad que me envolvía, la calidez que me iluminaba de pies a cabeza cuando sentía su murmullo en el oído.

«Algún día entenderás de qué estoy hablando. Algún día sabrás lo que es estar enamorada... Sabrás que lo estás cuando su felicidad sea más importante que la tuya. La clave es que tu felicidad también significará más para él. Y si juntas eso, Rynna, hay magia. Ese es el verdadero amor. Dos personas que entregan todo lo que tienen para ofrecer».

Rex y yo creábamos magia. Éramos dos personas ofreciendo todo lo que teníamos. Nos amábamos con el alma, anteponiendo la felicidad del otro a la nuestra. Y nuestra relación se afianzaba con esa felicidad que crece día a día, que se manifiesta en las cosas pequeñas y se fortalece cuando la vida nos pone obstáculos en el camino.

De repente, Frankie me miró, con aquella sonrisa que lograba llegar a mi alma y la palabra que hacía que vibrara.

—¡Mamá!

—¿Sí, nena?

—¿Es una tarta de cerezas?

—Por supuesto que lo es. Tu favorita.

—¿Sabías que la abuela Corinne me hacía estas tartas? —Se giró y continuó contándole a Macy, que parecía haberse convertido en su mejor amiga—. Ella también trabajaba aquí, pero ahora lo hace mi madre, y me hace tartas riquísimas, aunque mi padre se las come. Siempre tengo que pelearme con él para conseguir un pedazo.

—¡No me digas! —exclamó Macy con horror fingido.

Con el corazón rebosante de amor, rodeé el mostrador para ir hacia él. Mi hombre se movió como si supiera que me acercaba. Me inmovilizó con su mirada, capturándome. Era guapísimo, con ese exterior tosco y áspero y el corazón más generoso del mundo debajo. Ya no lo ocultaba, me había dado la bienvenida en él, por completo. Ninguna pregunta se interponía en nuestro camino.

Rex me cogió la tarta y la puso sobre la mesa antes de volverse hacia mí con esa sonrisa sexy en los labios plenos, la que me hacía sentir mariposas en la barriga y me llenaba de deseo. Entonces, puso las manos sobre mi vientre, sobre nuestro hijo, y su amor me envolvió en oleadas incontenibles.

—Te amo, Rynna Gunner —murmuró.

—Te adoro —repuse.

Nuestras miradas se enredaron durante un momento, y luego me moví para ponerme a su lado. Él levantó la copa de la misma forma que la voz por la algarabía de las voces.

—Creo que tenemos que hacer un brindis.

Todos nos miraron con brillantes sonrisas, unidos todos por los lazos de la amistad y la familia. Rex me miró, y luego a ellos.

—Por la abuela Dayne. Por la mujer que adoraba este *diner* pero que amaba todavía más a la gente de Gingham Lakes. Por su valiente corazón. No sé dónde estaríamos ahora si no fuera por ella. —Levantó la copa más alto. Hasta el cielo—. Siempre serás parte de Pepper's Pies. Y de nuestras vidas.

Hubo un coro de vítores. Un brindis por la abuela Corinne, la mujer que nos lo había dado todo. Por su amor e inspiración.

«Todos los momentos importan, aunque rara vez sabemos lo importantes que son hasta que ya ha pasado la oportunidad de actuar sobre ellos».

Gracias a ella, yo había actuado. Me había arriesgado frente a la posibilidad del amor. Ante la oportunidad del para siempre.

Y nunca había mirado atrás.

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA



A. L. JACKSON es una autora *best seller* de novelas románticas contemporáneas incluidas en las listas de *The New York Times* y de *USA Today*. Escribe historias llenas de sentimiento y con un toque sexy sobre chicos buenos que desean quizá no serlo tanto...

Si no está escribiendo, la podemos encontrar en la piscina con su familia, tomando cócteles con sus amigas o, cómo no, con la nariz metida en un libro.

Web: aljacksonauthor.com



Twitter: [@aljacksonauthor](https://twitter.com/aljacksonauthor)
Facebook: [@aljacksonauthor](https://www.facebook.com/aljacksonauthor)
Instagram: [aljacksonauthor](https://www.instagram.com/aljacksonauthor)
Pinterest: [aljacksonauthor](https://www.pinterest.com/aljacksonauthor)
Youtube: [A.L. Jackson](https://www.youtube.com/A.L.Jackson)

ENSÉÑAME EL CAMINO

A. L. JACKSON



Rynna Dayne huyó de su pueblo natal, Gingham Lakes, Alabama, cuando tenía diecisiete años con el firme propósito de no regresar jamás..., hasta que su abuela le deja en herencia el restaurante familiar que Rynna adora desde la infancia y no le queda más remedio que volver.

Rex Gunner, propietario de la empresa constructora más importante de Gingham Lakes, ha tocado fon-

do demasiadas veces, la última de ellas cuando su esposa lo abandonó y le dejó a cargo de la hija de ambos. Entonces se juró a sí mismo que nunca más volvería a entregar su corazón a ninguna mujer..., hasta que conoce a su nueva vecina, la nueva propietaria del restaurante del pueblo, y sabe que va a tener problemas.

Ahora Rex tendrá que elegir si es mejor esconderse entre las cuatro paredes de su casa y vivir en paz o salir y volver a arriesgarse a que le rompan el corazón. Mientras, Rynna sabe que no podrá luchar contra la irresistible atracción que la empuja a querer estar cerca de un hombre que ha renunciado al amor.